

ISBN 978-987-691-383-6



9 789876 913836 >

La pereza y la celebración de lo humano, el título del capítulo con el cual comienza este libro, es un homenaje y una reivindicación. Homenaje a Paul Lafargue, socialista francés que en 1880 publicara el notable *Derecho a la pereza*, una impresionante y original denuncia sobre el extremo alcanzado por la explotación del trabajo moderno. Y una reivindicación, porque su planteo mantiene vigencia plena cuando el capitalismo ha convertido esa explotación del trabajo en una fuente inagotable de inhumanidad y barbarie en este umbral del siglo XXI. Es la razón por la cual ese capítulo de homenaje y reivindicación constituye el punto de partida de esta obra, consagrada al análisis de una crisis histórica abismal.

La "celebración de lo humano", por lo tanto, adquiere sentido preciso si se comprende el alcance sin precedentes de la quiebra vertebral que domina el actual escenario del capitalismo. Asistimos a una nueva etapa de la crisis que plantea la posibilidad de un dislocamiento sin precedentes de la economía mundial, del aislamiento de sus elementos componentes nacionales e incluso de la fractura del sistema monetario en la economía global. Las consecuencias de esta situación, por supuesto, serán enormes.

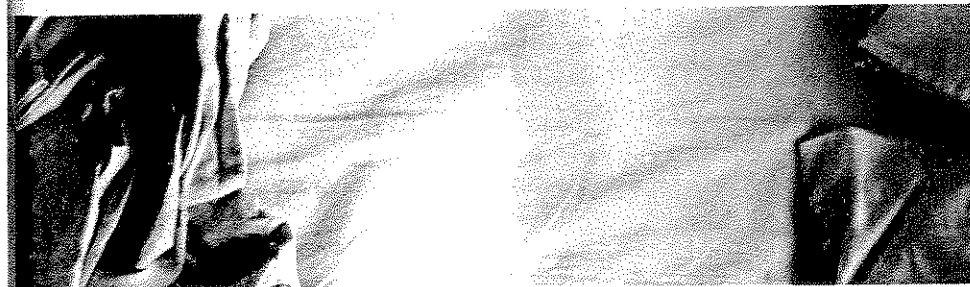
La crisis que se extiende sobre el planeta entero desde fines del siglo pasado es el objeto del examen de Pablo Rieznik desde diversos ángulos, poniendo de relieve planteamientos, controversias y polémicas que revisten tanta actualidad como urgencia. En suma, una contribución al entendimiento de los tiempos convulsivos que nos toca vivir.

Pablo Rieznik es profesor de economía. Desarrolló su trabajo profesional tanto en Brasil como en la Argentina. En la actualidad ejerce su actividad docente en la Universidad de Buenos Aires, donde también se desempeña como investigador en el Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales. Es dirigente del Partido Obrero. Ha publicado *Endeudamiento externo y crisis económica mundial* (1985), *Marxismo y sociedad* (2000), *Las formas del trabajo y la historia* (2004), *El mundo no empezó en el 4004 antes de Cristo* (2009) y, como editor, *Un mundo maravilloso. Capitalismo y socialismo en la escena contemporánea* (2010).

Editorial Biblos
PENSAMIENTO SOCIAL

Pablo Rieznik

LA PEREZA Y LA CELEBRACIÓN DE LO HUMANO y otros escritos



Editorial Biblos
PENSAMIENTO SOCIAL

Índice

Presentación	13
--------------------	----

TRABAJO, ALIENACIÓN Y COLAPSO

La pereza y la celebración de lo humano	19
Sobre la <i>joie de vivre</i> (para comenzar)	25
Elogio del ocio (desde hace mucho tiempo)	26
Crítica de los ociosos (¿cuáles?)	28
El ocio recreado (¿qué hay de nuevo, viejo?)	31
El utopismo precursor (y sus méritos)	35
La crítica del trabajo (lo que no se entiende)	37
El trabajo en la historia (lo que hay que entender)	40
Una actividad vital (antropología y algo más)	44
Trabajo y naturaleza humana (instinto e historia)	46
El cerebro, la mano, el trabajo (hombre y pensamiento)	49
Trabajando para no trabajar (ayer, hoy mañana)	52
Individuo social (para la desalienación del trabajo)	56
Riqueza material (libertad y espíritu)	58

Alienación y fetichismo, de ayer a hoy	63
El fetiche y su misterio	64
La novedad	67
Dinero e inmersión en la realidad	71
Capital ficticio y fetichismo: crisis y actualidad	74

ACERCA DE LA ACTUAL BANCARROTA CAPITALISTA

¿Qué es la teoría del derrumbe del capitalismo?	81
Clásicos y neoclásicos, capital y trabajo	82
La certeza como dualidad y el Marx juvenil	84
"Derrumbistas" revolucionarios y... no revolucionarios	85

La tendencia decreciente de la tasa de ganancia	87
Marx sobre Ricardo y los <i>Grundrisse</i>	88
Automatismo y (anti) dialéctica	90
La ley del valor: cuánto	93
La ley del valor: cómo	95
La extinción de la ley del valor	96
 La Gran Depresión del siglo XXI	101
Veinte años y algo más	101
El signo de la historia	105
Grandes depresiones y agotamiento capitalista	108
La negación del capital	111
Unión Europea	113
El cuento chino	115
Economía y política... mundo	117
 Sobre la crisis mundial, Marx y Keynes	119
No era un oasis	120
Analogía defectuosa (historia)	123
Una cuestión de método	125
Keynes ¿revolucionario?	128
Lo que se dijo	130
El Estado y la crisis, ahora	132
 Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial	137
Una cuestión decisiva	139
1968-1975	140
Lecciones de la historia	142
Cadáver insepulto	145
 Equilibrios, desequilibrios y catástrofe capitalista	147
Las cosas en su lugar	149
El "centro de gravedad"	150
Final de época	152
Otra vez China	154
Un derrumbe histórico	156
 MÁTICES CRIOLLOS	
 Neoliberalismo, (anti)neoliberalismo y crisis: el caso argentino	161
Big bang	162
El ajuste y sus condiciones	167
Parasitismo... final	170

La deuda eterna: el Plan Brady, o la pequeña historia de una gran entrega	175
Un año de preparativos	176
Sin descuentos	177
El lado oculto de las cosas	179
Todavía hay más	182
Deuda... peor que nunca	183
Contabilizando costos	184
Un fracaso anunciado	185
La ceremonia y su significado	186
Se concreta el "descuento-aumento"	186
Peor que antes	188
 Progresismo, ciencia y capitalismo en el Mercosur y más allá	189
<i>Quid pro quo</i> nac & pop	189
Macaneo tropical	192
La manzana podrida	193
Discurso, vulgaridad, encubrimiento	195
Las cosas por su nombre	197
 La mercantilización educativa: denuncia y crítica	201
Iceberg	202
"¡No es la educación, estúpido!"	203
"Aprender a ser"	205
Millones y millones	206
Resistencias	207
Insuficiencias	208
...y críticas	210

A MODO DE EPÍLOGO EL JUICIO ABO, LA HISTORIA, LA IMPUNIDAD... Y YO

Un contexto determinante	215
El alegato necesario	216
Historia: el Cordobazo	217
Más historia: la huelga general de 1975	219
Memoria sí, hipocresía no	220
Hablan las víctimas, calla el poder (impunidad)	221
Homenaje	222
 Bibliografía	225

Presentación

El norteamericano Noam Chomsky ofreció en marzo de 2015, pocos días antes de que entregáramos este libro a la editorial, una conferencia en Buenos Aires con la inquietante afirmación de que la humanidad se encuentra frente a la posibilidad de sucumbir frente a un precipicio. Se refería así a la eventual emergencia de una catástrofe ambiental sin precedentes de alcance planetario y que ya no podría ser evitada.

Semejante posibilidad alude, por supuesto, a un quiebre profundo, vertebral, de nuestro modo de existencia histórico, como especie humana. Y nos valemos aquí de esta formulación para señalar que es a un precipicio semejante al que remite este libro. La "celebración de lo humano" a la que alude su título sólo adquiere sentido preciso si se comprende el alcance sin precedentes de la crisis capitalista mundial en este inicio del siglo XXI. Es la crisis que se extiende sobre el planeta entero desde fines del siglo pasado y que es el objeto de nuestro examen desde diversos ángulos, que ponen de relieve planteamientos, controversias y polémicas que revisten tanta actualidad como urgencia.

Es, para ser más precisos, la crisis que se extiende sobre el planeta entero desde fines del siglo pasado y que es el objeto de nuestro examen desde diversos ángulos, poniendo de relieve planteamientos, controversias y polémicas que revisten tanta actualidad como urgencia.

Varios de los artículos que integran esta obra han sido publicados en los últimos años de una larga década. Se presentan aquí como unidad novedosa, planteando de conjunto las más diversas aristas de este derrumbe de la sociedad capitalista, que es el más grave de toda su historia. Basta para comprobar lo que decimos una rápida recorrida por los títulos que muestra el índice.

La integración de estos trabajos en un texto único es, además, una demanda presentada con insistencia por alumnos, profesionales e investigadores que conocen nuestro trabajo, o asisten a nuestros cursos

de grado, seminarios de posgrado y otras actividades en el medio de la enseñanza superior y universitaria.

El vínculo entre la mentada "celebración de lo humano" y "la pereza" que da al libro su nombre comienza con una larga introducción que abunda largamente en la reivindicación del vínculo entre una y otra cosa. Y también su vigencia, a pesar de que esa relación entre lo perezoso y nuestra condición humana fuera ya hace mucho tiempo planteada por un notorio revolucionario marxista, Paul Lafargue, a la sazón yerno de Karl Marx.

Apenas una observación en una misma línea: exactamente cien años antes de que Chomsky hiciera el planteo que tomamos en las primeras líneas, una revolucionaria polaca advirtió que la humanidad se encontraba frente a una alternativa dramática, que quedó expresada en términos abrumadores: "Socialismo o barbarie".

Sea entonces la barbarie, entonces, según la formulación de Rosa Luxemburgo; o sea el derrumbe de la civilización en un abismo, como nos acaba de recordar el pensador norteamericano, la cuestión domina y recorre las páginas que siguen.

Esta "barbarie" que nos domina puede precisarse en una doble dimensión. En primer lugar, en un sentido general, refiere a la naturaleza intrínseca del modo de producción que corresponde al capital.

Como dijera Marx, el capital vino al mundo "chorréando lodo y sangre" por todos sus poros. De manera que su impronta civilizatoria, en la medida en que contribuyó a un desarrollo sin comparación con cualquier otra época de las fuerzas productivas del hombre, tuvo asimismo y desde siempre la marca "barbara" de una inhumanidad que le es propia.

Es una barbarie, además, que toma proporciones características en los momentos de crisis, un fenómeno propio del modo de producción capitalista, que es indisociable de la forma cíclica de su desarrollo y que se traduce en momentos de expansión y depresión que se implican de manera recurrente.

En segundo lugar, no puede hablarse de la "barbarie capitalista" de un modo concreto sin considerar que el movimiento cíclico del capital que acabamos de mencionar se encuentra condicionado por la naturaleza de la evolución de ese capital en la historia.

Como nos encontramos en una etapa de declinación del capitalismo, sus crisis no pueden dejar de expresar ahora lo que corresponde a un período de agotamiento histórico, es decir, de senilidad del metabolismo social de este modo de producción que nos domina.

La crisis presente, en la cual nos encontramos en esta segunda déca-

da de nuestro siglo, estalló sobre el final del siglo pasado y atravesó por diversas vicisitudes en el plano nacional y en el internacional. A esta breve síntesis no necesitamos agregar nada más porque su despliegue como análisis es la sustancia misma de este libro.

En el conjunto de la obra que presentamos se combina lo que se denomina un análisis estructural del sistema capitalista y otro de tipo coyuntural, ligado a la evolución propia de una crisis mundial que continúa abierta. Importa precisarlo por aquello de que un texto nunca se concluye, simplemente se interrumpe. La interrupción, en este caso, no obedece a la eventual exigencia creativa del autor sino sobre todo a la imposición objetiva de los hechos, que naturalmente vale para la fecha de producción de los artículos que aquí se integran como totalidad.

Por lo que acabamos de señalar, también importa precisar que al momento de concretar esta presentación el planteo general del trabajo aparece iluminado por los nuevos acontecimientos que se desarrollan como parte de la crisis mundial capitalista en un período cercano a las dos décadas; una extensión que constituye, además, un tema de consideración específica en el libro.

Los acontecimientos que mencionamos incluyen lo que podemos resumir aquí como síntesis en cinco cuestiones clave y una conclusión:

- 1) Un derrumbe en el precio del petróleo y una caída en el valor de las materias primas en el comercio mundial, dos factores que evitaron una profundidad mayor de la crisis en el último lustro.
- 2) Una severa contracción en el crecimiento de la economía china, un principio de fuga de capitales del gigante asiático y una tendencia a la devaluación de su moneda, que desmoronaría la estructura financiera global, en una situación insostenible.
- 3) Esta última situación está asociada fuertemente a lo indicado en los puntos 1) y 2): se amplía y adquiere un carácter muy agudo la quiebra más general de regiones y países, que se extiende a una crisis de conjunto de regímenes políticos (Rusia, Brasil, Venezuela, Oriente Medio, sólo para citar los casos más notorios de la coyuntura presente).
- 4) El desequilibrio que, con relación a la serie de puntos que aquí se indican, marcan la "geopolítica" internacional, como lo revela lo que está sucediendo en Ucrania, en los países árabes, en las relaciones entre Estados Unidos, Europa y Oriente, etcétera.
- 5) La constatación de que, en el contexto aquí descripto, los pilares de la historia reciente de la economía mundial capitalista se caracterizan por lo siguiente:

- El continente europeo no sale del marasmo general y la tendencia a una profunda desintegración política, con la situación en Grecia como expresión ahora explosiva del panorama de la Unión Europea.
- La economía japonesa sigue hundida en un estancamiento que pronto cumplirá las tres décadas.
- La economía norteamericana "crece" sin crear empleo y, por sobre todas las cosas, acentuando la desigualdad social hasta extremos propios de la barbarie.

Conclusión: asistimos a una nueva etapa de la crisis que plantea la posibilidad de un desplazamiento sin precedentes de la economía mundial, del aislamiento de sus elementos componentes nacionales e incluso de la fractura del sistema monetario en la economía planetaria. Las consecuencias políticas de esta situación serán, por supuesto, enormes.

Veremos, en consecuencia, en el período que viene cómo se desarrollan las contradicciones insuperables del capital en esta crisis, protagonista de las páginas que siguen, que así quedan a disposición del lector, con la intención de que contribuyan a una mejor comprensión de este mundo que nos toca vivir.

* * *

Queda finalmente el agradecimiento a quienes han contribuido a este trabajo: mis compañeros del proyecto que dirijo en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires: Lucas Poy, Daniel Duarte, Diego Bruno, Pablo Rabey. Gracias, por supuesto, a la eficaz edición final de Mónica Urrestarazu, como siempre. Y gracias, por fin, a la revisión general del texto que completó María Sánchez, mi infaltable compañera de los momentos decisivos... y de los otros también. Estímulo a los textos del pasado y del futuro también.

TRABAJO, ALIENACIÓN Y COLAPSO

No se trata de liberar al trabajo sino de derogarlo.

Karl Marx

Marx [...] consideraba que el modo futuro del trabajo sería tan diferente del modo imperante, que vacilaba en emplear el mismo término "trabajo" para designar de igual manera el proceso material de la sociedad capitalista y el de la sociedad comunista.

Herbert Marcuse

Si la clase obrera lograra desterrar de su corazón el vicio que la domina y que envilece su naturaleza, para levantarse con toda su terrible fuerza y aplicarla, no a reclamar los derechos del hombre (que no son más que los derechos de la explotación capitalista) ni tampoco el derecho al trabajo (que sólo es el derecho a la miseria), sino a forjar una ley que prohibiese a todos los hombres trabajar más de tres horas por día, si la clase obrera lograra hacer esto, la Tierra, nuestra vieja Tierra, se estremecería de alegría y sentiría surgir en ella un nuevo universo... ¡Oh, Pereza, ten piedad de nuestra dilatada

miseria! ¡Oh, Pereza, madre de las artes y de las nobles virtudes, sé el bálsamo de las angustias humanas!

Paul Lafargue

El trabajo, que es la nota distintiva del ser humano, se ha convertido en el tormento y la maldición de la mayoría de los hombres; el trabajo que es la premisa de toda existencia humana se ha convertido en título del sometimiento del mayor número de los hombres; el trabajo que es la condición de todo progreso, ha puesto los sufrimientos, las privaciones, los esfuerzos y el aguante del mayor número de los hombres al servicio de la comodidad de los menos. La historia es pues un infierno y hasta podría representarse en un drama lúgubre como la tragedia del trabajo.

Antonio Labriola

La pereza y la celebración de lo humano

Este texto tuvo una primera versión hace algunos años. La ampliación y la corrección que le da ahora una nueva forma podrían rematar en un eventual cambio del título original. Si no lo hemos hecho, es porque ese título apuntaba a una delimitación que sigue siendo plenamente pertinente: la pereza como expresión de "humanidad" cuestiona de entrada la asociación inversa que con demasiada frecuencia se establece entre el hombre y su actividad vital (trabajar), como si fuera un vínculo positivo, lineal... incuestionable. Cuando en el lenguaje del poder (y de la academia) el trabajo es presentado como sinónimo de "integración social" y requisito de una supuesta realización humana, lo que tenemos es una completa mistificación. Un planteo que contrasta con la realidad de un trabajo precario y superexplotado que se extiende *urbi et orbi*. Por eso el trabajo parece portar hoy, en una dimensión aun más amplia y profunda que en el pasado, el signo del sufrimiento; no de lo humano sino de lo inhumano. Porque la distancia entre las posibilidades de un trabajo "digno" (para utilizar una palabra en boga) y la realidad del trabajo indigno no tiene precedentes en el pasado.

¿"Integración social"... trabajando? La descomposición prácticamente universal de las condiciones laborales es más bien la manifestación de lo opuesto, es decir, de las tendencias a la desintegración de la sociedad en la cual vivimos. Una desintegración que también se manifiesta en una desocupación de magnitud sin precedentes en el escenario del mercado mundial. Parece obvio que presentar el trabajo miserable como lo opuesto a la situación límite del desempleo encubre el hecho de que uno y otro son la consecuencia de una sociedad que se debate en el agotamiento de sus posibilidades... humanas. Hablamos, claro, de la sociedad capitalista sumida en el momento presente en una crisis histórica cuyo alcance único es motivo de consideración reiterada y permanente en el escenario económico, político y social, en sus múltiples manifestaciones y en los ámbitos más diversos del mundo entero.

El texto que ofrecemos ahora renovado fue escrito originalmente cuando esta misma crisis detonaba con alcance planetario sobre el final del siglo XX y tomaba forma "nacional" en el derrumbe del régimen menemista, que se extendería sin solución de continuidad al gobierno presidido por Fernando de la Rúa. En los capítulos de este libro el lector encontrará abundante material sobre esta materia, la crisis capitalista internacional (y nacional). De manera que este capítulo, en tal contexto, debería tener otro relieve.

En las circunstancias en que esta crisis mundial estallaba sobre el final del siglo pasado el título de este largo capítulo pretendía enfatizar el ángulo provocador de la obra de Paul Lafargue, *El derecho a la pereza (refutación del derecho al trabajo)*, con el doble propósito de reivindicar la pereza y de reivindicar también la filiación marxista de los planteos de quien fuera el yerno del propio Marx. El propósito no era establecer los términos de una oposición irreductible entre el trabajo y su carencia, entre el trabajo y el no trabajar, entre el trabajo y la pereza. No, no se trataba de plantear una polarización superficial o unilateral, sino de abrir el camino a una apreciación correcta de la labor vital del hombre (eso es el trabajo), conforme al carácter contradictorio de su evolución histórica y de su representación como pensamiento en las etapas diversas de esa misma historia. La historia que ha hecho del "trabajo [...] nota distintiva del ser humano [...] tormento y maldición de la mayoría de los hombres", según la cita del italiano Antonio Labriola que reproducimos en el último epígrafe. Es la misma historia, además, que imprime al trabajo contemporáneo y a sus resultados su sello particular y... contradictorio.

* * *

La potencia de la producción y del conocimiento humano, cuyo vínculo íntimo pusiera de relieve Giambattista Vico en la primera mitad del siglo XVIII, alcanza en nuestra época una dimensión que parece superar la imaginación más audaz. Las dimensiones de la existencia humana y el dominio consciente de las condiciones de su desarrollo se presentan como el terreno propio de una aventura cuyos límites no cesan de extenderse. Mientras la ciencia pone de relieve los orígenes mismos de nuestro universo y las características de la materia que lo constituye, la labor práctica del hombre crea las posibilidades de una vida libre de las restricciones inmediatas, omnipresentes, que imponen las necesidades de la supervivencia a cualquier especie animal. Si los hombres nos distinguimos del resto de nuestro "reino" (animal) por la capacidad de producir

nuestros medios de vida, por un lado, y de hacer de nuestra relación productiva con la naturaleza un objeto de elaboración de la conciencia, por el otro, tal distinción entre nuestra especie y el resto se ha transformado en una distancia abismal. Es un abismo creado por el trabajo, con las características únicas que son propias del *Homo sapiens* y su específica potencia. Una potencia de su trabajo social que no niega en absoluto lo que señalamos aquí en un principio. Puesto que no es menos cierto que el trabajo y su mundo se presentan como evidencia de una degradación que toma formas igualmente abismales. Casi un siglo y medio después de aquellas manifestaciones del movimiento obrero que cristalizaron en el 1 de mayo como expresión internacional de lucha proletaria, la jornada laboral de ocho horas se encuentra de hecho abolida. Los "derechos de los trabajadores" se derrumban bajo el peso de una explotación capitalista sin precedentes. El trabajo humano se hace más productivo mientras su ejercicio destruye hombres, mujeres y niños de carne y hueso, millones y millones de hombres, mujeres y niños de carne y hueso. O sencillamente los convierte en ejército de desempleados en una magnitud también sin precedentes y de "larga duración", un fenómeno novedoso que creció sistemáticamente desde las últimas décadas del siglo pasado. El trabajo, entonces, es potencia y degradación.

Es en función del escenario de miseria social, que plantea una desocupación de masas como la que señalamos, que la literatura convencional dejó correr ríos de tinta sobre lo que llamó un mundo del "fin del trabajo", algo que se constituyó incluso en un negocio editorial y se presentó como si fuera descubrimiento "científico". En términos generales, el planteo del "fin del trabajo" es un fraude. Por eso la realidad agobiante del trabajo precarizado y humillado o del desempleo en masa se presenta como un resultado "natural" de la automatización productiva; no de un régimen social incapaz de asimilar las consecuencias de su propio desenvolvimiento. Así se transforma en condena lo que es una bendición, si se permite darle un tono celestial al lenguaje para precisar una conquista histórica muy terrenal como es la que corresponde al hecho de que la máquina sustituya al músculo. Los teóricos del "fin del trabajo" presentan la realidad de un trabajo envilecido como si fuera una consecuencia propia del progreso. Al mismo tiempo, suponen que el capitalismo es el terreno en el cual podría reciclarse ese mundo "sin trabajo". Claro que un mundo del capital "sin trabajo", si las cosas tienen algún sentido, es un mundo sin trabajadores. Algo perfectamente ridículo si se tiene en cuenta que el motor de la explotación capitalista es la ganancia; el beneficio que obtiene por el hecho de que el valor creado por la fuerza de trabajo es

superior al valor que remunera esa fuerza de trabajo. En este contexto el planteo del "fin del trabajo" es una suerte de ludismo invertido, después de su surgimiento como novedad dos siglos atrás: la culpa no sería de un régimen social anacrónico sino de las máquinas y la tecnología.

La automatización creciente de la producción como resultado de la competencia entre los diversos capitales, que deriva en la expulsión del trabajo de la producción directa, es una contradicción que estalla en las crisis recurrentes de la producción y en la necesidad de llevar la explotación del trabajador colectivo a niveles cada vez más extremos. La fantasía del "fin del trabajo" se da de patadas con el hecho incontrastable de que el capital mundial ha buscado su supervivencia con la creación de un proletariado semicautivo, semiesclavo, en proporciones homéricas, en una magnitud sin igual en el pasado y en un enorme país "comunista", reconvertido a la más feroz acumulación privada. En otros capítulos de este libro se desarrolla el significado de esta paradoja de la historia como presente: el "fin del trabajo" se desplegó en forma concomitante a la mayor creación de mercado laboral de toda la historia, para la explotación del capital y en el continente asiático. Y semejante recurso no alcanzó para sacar al capitalismo mundial de su "gran depresión" (ver el capítulo "La Gran Depresión" en este mismo volumen). Tomemos nota.

* * *

Si el trabajo como potencia y el trabajo como degradación son dos aspectos de un mismo fenómeno, es porque no estamos hablando del trabajo en general sino del trabajo en la sociedad concreta de este tiempo. Un tiempo, además, que no es sólo del capital en general, sino el de un capitalismo en un estadio de desarrollo en el que se manifiestan los signos de un agotamiento que incorpora elementos propios de una decadencia irreversible, de una descomposición que es propia de esta suerte de etapa terminal de un modo de producir, de un modo de actividad, de un modo de trabajo del hombre que ha cumplido su función histórica: crear un mercado mundial y crear las bases de un desarrollo incondicional de la fuerza productiva humana.

El título original de este texto, "La pereza y la celebración de lo humano. El trabajo como categoría antropológica", debe ser apreciado en un sentido preciso. No sólo apuntaba a poner de relieve el error de identificar trabajo y hombre en términos genéricos. También apuntaba a marcar un contraste, exaltando la pereza a manera de provocación, exaltándola como lo mejor de una vida humana. Claro que no como un

ejercicio en el ámbito de la vaguedad o la imprecisión. La convocatoria a la "pereza" tenía y tiene un tono de provocación militante que intenta recoger la obra al mismo tiempo canónica y olvidada del marxismo. *El derecho a la pereza* es una convocatoria al combate: alude deliberadamente a un pecado "capital" mediante el cual la sotana pretende estigmatizar el rechazo al trabajo esclavo moderno asalariado. Una convocatoria al combate de la cual da cuenta emblemática el párrafo incluido asimismo en el epígrafe y en el cual Lafargue llama a la "clase obrera a desterrar de su corazón el vicio de reclamar el derecho al trabajo [capitalista]" y a pelear por avanzar hacia un trabajo libre de explotación, incompatible con el capital, puesto en pie por productores colectivamente asociados. La "pereza y la celebración de lo humano" alude a un contexto determinado porque se plantea considerar la contradicción *trabajo potencia / trabajo degradación* no en el cuadro de un capitalismo impulsivo y joven sino en el cuadro que corresponde, conforme indicamos, a su etapa de senilidad y decadencia irreversible. Ahora, en el volumen que principia con este texto, este tema es desenvuelto en una sección particular que da cuenta de la crisis capitalista mundial que apenas debutaba en circunstancias en que la versión original del texto conocía su primera publicación.

En el comienzo de esta introducción poco económica dijimos que el título procuraba una doble delimitación. Entonces va ahora la "segunda" delimitación, al modo de una chacarera. En su primera versión, este artículo llevaba un subtítulo, "El trabajo como categoría antropológica", con el cual se oponía a la moda reinante que precisamente negaba tal carácter al trabajo humano, para identificarlo como una "construcción social" o "histórica". Como si una cosa, la otra o ambas fueran opuestas a la comprensión de la dimensión "antropológica" de la actividad vital del hombre. Esto significa que el carácter social del trabajo, y en consecuencia de la peculiaridad de su misma existencia "humana", no debe ni puede negar los condicionamientos naturales de la labor vital del hombre en su condición animal, si la expresión es posible, es decir, como sinónimo de las determinaciones naturales de nuestra propia evolución. Esa base misma sobre la cual los humanos se elevan para la construcción de una realidad que, superando lo puramente natural (no humano), se distingue por su especificidad histórica y social. La hipertrofia de lo social como una suerte de lo absoluto antinatural, y en este caso antiantropológico, deriva hacia una suerte de idealismo que no debe ser aceptado. Como si el hombre se relacionara con la naturaleza sólo a partir de que como sujeto trabaja y produce, y tal cosa pudiera no considerarse como arbitrariedad, como acto primigenio anterior a la existencia "natural" del hombre. Hace

tiempo ya Sebastiano Timpanaro trató largamente la cuestión en su libro *Praxis, materialismo y estructuralismo*, cuyo análisis excede ahora las posibilidades de este texto. Por eso no creemos necesario agregar en este punto nada sustantivo a lo que el propio artículo ya señalaba en su primera versión (ver más adelante el apartado “El cerebro, la mano, el trabajo”).

* * *

Importa señalar también aquí que fue la “economía política” sometida a “crítica” en *El capital* la que hizo del trabajo una empresa humana al considerar que constituía la base del desarrollo de la riqueza. La nueva disciplina negó la formulación de sus predecesores, que atribuían la riqueza apenas a la labor del hombre en la naturaleza (fisiócratas) o que la explicaban a partir de los beneficios del comercio (mercantilismo). La economía, además, tomó forma de disciplina propia en el análisis de la regulación de la producción del hombre a partir de las leyes de la división social de ese trabajo por medio del intercambio de sus productos (mercado). La elevación del trabajo a la condición de fundamento del desarrollo de la sociedad humana debe ser valorada como un planteamiento de alcance revolucionario. Es lo que puso de relieve la mentada “crítica” al indicar las limitaciones de la “economía” como representación de la ideología del orden burgués, identificado como el fin de la historia.

Pero, aun en ese contexto, fue también el “padre de la economía política” —Adam Smith— quien percibió al trabajo como sacrificio de la libertad y fuente de desdicha. La naturaleza contradictoria del trabajo no aparecía entonces como una realidad condicionada por la historia y destinada a ser superada en un nuevo orden social (lo que es un punto de partida decisivo de la “crítica”). Lo que puede llamarse la doble condición del trabajo se presentaba, en cambio, como una suerte de condena natural de la sociedad del hombre que, en su supremo e insuperable desarrollo, llegaba al progreso por la vía del sufrimiento, la codicia y el empeño en la realización puramente individual. Desarrollo supremo e insuperable que daba fin al proceso histórico de nuestra especie al combinar esa esencia egoísta del humano con una “mano invisible” que regulaba la mejor alternativa de un modo de existencia de la sociedad que carecía de toda alternativa. Hacer hincapié en el carácter “ambivalente” del trabajo como si fuera su atributo esencial, inmodificable, remite a las limitaciones del análisis clásico dos siglos atrás y es materia de especulación que no cesa (Hopenhayn, 2001).

Sobre la *joie de vivre* (para comenzar)

Es posible que el más profundo análisis sobre la posibilidad de superar el “doble carácter” del trabajo como potencia y como degradación sea un extraordinario estudio, no traducido al castellano, de Pierre Naville. Fue publicado como libro hace muchos años, a finales de la década 1950 (Naville, 1957). El título, *De l'aliénation à la jouissance*, por lo tanto, puede ser entendido no sólo como “un análisis de la génesis de la sociología del trabajo en Marx y Engels”, sino como una investigación sobre la perspectiva del hombre en la historia y, si se quiere (¿por qué no?), como una consigna. Nos place darle tal connotación por el significado particular de la palabra *jouissance*, que no es fácil volcar al castellano porque ninguna de sus traducciones nos impresiona como acertadas. *Jouissance* es gozo, disfrute, deleite, placer, y todo ello junto también. Un sentido que también aparece en la expresión *joie de vivre*, traducida normalmente como “alegría de vivir”. En este caso el pasaje del trabajo, es decir, de la actividad vital del hombre, del sufrimiento y la tragedia, al placer y la alegría, no está mal como consigna, al menos en un texto como éste y por una razón precisa. Es que el libro de Naville, un militante trotskista en su juventud y considerado uno de los fundadores de la moderna sociología del trabajo, puede ser también imaginado como un título alternativo a *El derecho a la pereza* de Paul Lafargue, un libro escrito en 1860, naturalmente opacado por el estalinismo y que gozara de una enorme popularidad en la segunda mitad del siglo XIX, sólo comparable a la que entonces conocía el *Manifiesto comunista*. Por supuesto, aunque sea reiterativo, insistamos en que es a esta obra de Lafargue que rendimos tributo aquí en el título de este capítulo y del propio libro. El vínculo que establecemos entre Naville y Lafargue tiene, además, otro motivo. Porque *De l'aliénation à la jouissance* culmina con un capítulo dedicado precisamente al problema del “trabajo y el no trabajo”, es decir, a la “pereza” si se entiende el término lafarguiano, y por eso mismo es aquí que Naville nos informa que la obra de Lafargue fue inspirada en palabras del propio Marx, inscriptas en un libro sobre el ocio que poseía en su biblioteca.

Jouissance, entonces. *El derecho a la pereza* de Lafargue debe ser leído como un auténtico canto a la vida, una suerte de manifiesto en favor del hombre. Por eso mismo no es una proclama abstracta; tampoco el llamado a una redención celestial: es un grito de guerra ante el sometimiento y la humillación propios de la moderna barbarie capitalista. Una evidencia que se expresa en el tono antirreligioso y anticlerical que inflama el gesto

de toda la obra: un homenaje a uno de los célebres pecados capitales, en oposición al "dogma" y a las "bendiciones" del trabajo, título de los dos primeros capítulos del libro. La "pereza" reivindicada, por lo tanto, carece de todo parentesco con la pasividad o la inacción; es un ataque demoledor al "dios" trabajo, embrutecedor y miserable, propio de la sociedad moderna. El "derecho a la pereza" es, entonces, una especie particular de apelación a la *joie de vivre* —el gozo de vivir—, algo que para un marxista es inseparable de la lucha contra la explotación del capital y por la emancipación revolucionaria del proletariado. En esta dimensión el "derecho" convocado por Lafargue es el contrario a la indolencia o a la pura ociosidad vacía de contenido. Su "pereza" es la alegría, aquello que el diccionario define como el movimiento vivo y grato del ánimo, que se manifiesta con signos exteriores. En lo que el trabajo de Lafargue tiene de epopeya, de gesta al mismo tiempo heroica, humana y posible, es un himno que suena como los acordes finales de la célebre novena sinfonía de Beethoven; precisamente, el "himno a la alegría". Aquellos que podrían acompañar, entonces, los párrafos finales del trabajo del yerno de Marx: "Si la clase obrera lograra desterrar de su corazón el vicio que la domina y que envilece su naturaleza..." (vuelva el lector al epígrafe, que vale la pena).

Elogio del ocio (desde hace mucho tiempo)

La asociación de pereza y no trabajo no es arbitraria. Lo revela el hecho de que podría incluirse también con pretensiones de sinonimia el concepto de ocio, al cual una aproximación superficial puede identificar con lo propio de lo que se niega (la eventual positividad del trabajo). Cuando apenas raspamos la superficie es interesante, sin embargo, la connotación positiva del ocio en el origen de esta larga historia. Por eso desde tiempos muy remotos el ocio aparece como sinónimo de tiempo libre, es decir, como posibilidad de alejarse de la compulsión... del trabajo, de la obligación de dedicarse a las tareas imprescindibles para garantizar la producción de los elementos necesarios para mantener la vida del hombre. El trabajo aparecía entonces como imposibilidad de ejercicio de una actividad liberada de exigencias naturales y obligatorias. Por eso mismo, desde el punto de vista etimológico, el ocio se presenta como una afirmación y el trabajo como negación. Concretemos: el trabajo es el (neg)ocio, el no ocio en su versión latina. Un sentido similar expresan los términos que designan lo mismo en la lengua griega. Como no podía ser

de otra manera, por lo tanto, las ideas sobre el trabajo, el ocio, la pereza y el no trabajo se han modificado con el correr de la evolución histórica.

Es en la antigua Grecia donde el sentido positivo del ocio adquiere la plenitud de un estatus que se identifica con la esencia misma de lo humano: trabaja el esclavo, el no hombre, el ser que se confunde con la pura animalidad. El ocio, el no trabajo, es el continente, no el contenido mismo de la actividad del hombre en su tiempo "libre". En Aristóteles, el ocio se identifica con la condición del hombre que, no obligado a trabajar, se enfrenta con las exigencias auténticamente morales que corresponden a su naturaleza específica. El ocio, de hecho, se confunde con un estado social y su empleo sólo se plantea como problema para la clase de los hombres en libertad, no esclavizados por el trabajo (Lanfant, 1978). También para Platón y para Sócrates el trabajo es impropio del ser hombre porque el sometimiento a la materia o la transformación de la naturaleza son incompatibles con el espíritu humano auténticamente libre.

En esta versión, los enunciados de los grandes pensadores griegos parecen corresponder al orden social de la época bajo el dominio establecido de la aristocracia terrateniente. Tres siglos antes de Platón, en la obra de Hesíodo *Los trabajos y los días*, la visión era otra: se lo consideraba una suerte de pena divina pero, por eso mismo, el cumplimiento de un mandato celestial por los pecados cometidos. De modo que se ponderaba el trabajo como algo opuesto a la holgazanería sin sentido. "No es vergüenza el trabajo, vergüenza es la falta de laboriosidad", decía Hesíodo. Martín Hopenhayn (2001) agrega que una valoración positiva del trabajo se verificaba, asimismo, entre algunos sofistas, que oponían a la filosofía aristocrática que representaban los "clásicos" una religión de misterios, de origen campesino, que exaltaba el trabajo por el cual el hombre se unía a la naturaleza. También aparece una visión mucho más matizada del trabajo en la apreciación de los pueblos de Oriente Medio, como es el caso de los caldeos y los hebreos, vinculados a diversas formas comunitarias de trabajo de la tierra (Battaglia, 1955).

En Roma, en cambio, el *otium* revestirá dimensiones más amplias y precisas. En primer lugar, como sinónimo de vacío, soledad y calma unida a la civilización pastoril. En segundo lugar, asociado a la idea de fiesta y de celebración, con una connotación religiosa. En tercer lugar y, de un modo predominante, como concepto vinculado al lenguaje militar y equivalente al silencio de las armas (Andrée, 1966). En este terreno, el ocio adquiere también un significado más amplio, en un sentido muy concreto: la ociosidad del guerrero en tiempo de paz es también una fuente posible de descomposición social. El propio Aristóteles prevenía ya contra

la posible anarquía de un ocio carente de orden y control. Es el motivo por el cual se extienden los debates de orden filosófico y doctrinal sobre el ocio en las épocas griega y romana. En cualquier caso, el no trabajo es siempre un derecho perteneciente a los hombres que integran la clase dirigente de la sociedad.

Como en muchos otros terrenos, la Iglesia Católica incorporará estos contenidos a su propia doctrina. En Santo Tomás y San Agustín está presente también la idea de una sociedad escindida en órdenes y estamentos, determinados por instancia divina, que establece quién recibe el don del no trabajo y quién la obligación de trabajar. Un variante laica de la percepción del ocio, como sinónimo del disfrute de la vida humana, comienza con el Renacimiento en Italia, se extiende en los círculos de un sector de la aristocracia francesa del siglo XVII y se continúa en el siglo siguiente en las obras de personajes calificados como libertinos, provenientes de medios aristocráticos o plebeyos, como es el caso del Marqués de Sade o de Casanova. En esta misma trayectoria Charles Fourier y Friedrich Nietzsche, en el siglo XIX, darán expresión a la defensa del ocio y del placer contra la moral puritana, identificada con el orden social burgués (Lanfant, 1978). En Fourier, no obstante, la visión del no trabajo como expresión de un impulso a la labor creativa y no compulsiva es, también, una evidencia de la posibilidad de un trabajo no penoso sino, al contrario, socialmente productivo y humanamente atractivo, como veremos más adelante.

Crítica de los ociosos (¿cuáles?)

De todos modos, desde el final de la Edad Media, con la conformación de los primeros elementos propios de la sociedad moderna y del mundo cosmopolita y burgués, son las críticas de la ociosidad las que tomarán una nueva dimensión en consonancia con el nuevo lugar que el trabajo humano ocupa en el conjunto del metabolismo de la sociedad. Si, en oposición al trabajo esclavo, los griegos identificaban el ocio como requisito de una vida humana, la propia vida era concebida como sinónimo de contacto armónico con la naturaleza y del hombre con sus semejantes. Las tendencias propias de la modernidad tienden a asimilar la misma idea con... el trabajo. El ocio, en cambio, se estigmatiza como la condición del haragán, del que no quiere ni procura nada como hombre, es el vacío de la inactividad. Es otra época histórica. No se trata ya del antiguo trabajo esclavo (aun cuando la esclavitud del trabajo tomará más adelante

formas insospechadas como desarrollo pleno del universo capitalista). Estamos, ahora, en el Renacimiento, en el punto de partida de la ciencia contemporánea, resultado de la combinación fecunda del pensamiento teórico con la indagación práctica y empírica. Es el siglo XVI, cuando Paracelso —uno de los fundadores de la medicina experimental— proclama que “la felicidad no consiste en la ociosidad, ni en el placer sensual, o en las riquezas, o en la charla, o en la glotonería... El camino correcto reside en el trabajo y la acción, en hacer y producir; el hombre perverso no hace nada, pero habla mucho. No debemos juzgar a un hombre por sus palabras sino por su corazón. El corazón habla a través de las palabras solamente cuando éstas son confirmadas por los hechos... Nadie ve lo que está oculto en él [en el hombre], sino sólo lo que revela su trabajo. Por lo tanto el hombre debe trabajar continuamente para descubrir lo que Dios le ha dado” (citado por Mészáros, 1970).

Es un nuevo mundo el que Paracelso anticipa: el mundo que reivindica la laboriosidad propia del artesano, del profesional, del agricultor, del banquero, del comerciante, es decir, del trabajo considerado como la virtud de la nueva sociedad, cuyos antagonismos específicos apenas comienzan a desarrollarse. Es la misma perspectiva que trazará Tommaso Campanella, ya en el siglo XVII, en *La Ciudad del Sol*, donde además identificará el trabajo manual y el intelectual como partes de la actividad humana y como componentes inseparables. Es un anticipo de lo que más claramente quedará expuesto en el pensamiento de Vico, ya mencionado, en la cual se presentarán producción y saber humano como aspectos de nuestra actividad; una visión que coincide con la época fundacional de la ciencia moderna que reconoce su punto de partida en la obra de Galileo, del mismo siglo. En Campanella, no obstante, la reivindicación del trabajo convive con una cuidada ponderación del ocio como un complemento indispensable y necesario de aquel y en una armonía equilibrada:

A todos los oficios y las artes y las obras, nos toca fatigar cuatro horas cada uno [...] aprender gozando, disfrutando, leyendo, enseñando, caminando y siempre con placer... [así], luego de cuatro horas de trabajo el hombre podía dedicarse a estudiar, a leer, a escribir, a contar historias, a discutir amigablemente, a pasear; en una palabra, a manifestar y ejercitar, alternativamente, el cuerpo y la inteligencia sin pasar por un momento de malestar. (Citado por Battaglia, 1955)

La consolidación del trabajo moderno, asociada a las marcas de la modernidad, de la ciudad y de la manufactura, se afirmará en la transi-

ción del siglo XVIII al XIX, en el contexto de un nuevo orden, cuyo origen revolucionario tiene su ícono en la Francia de 1789. Saint-Simon resumió del punto de vista de la nueva época de una manera muy pedagógica y con una connotación social y política extremadamente clara:

Admitamos que Francia conserve sus industrias y los sabios que posee, pero que tenga la desgracia de perder en un mismo día al señor hermano del rey, a monseñor duque de Angouleme, a monseñor el duque de Orleans, etc. Que pierda a un mismo tiempo a todos los grandes oficiales de la Corona, a todos los ministros de Estado, a todos los consejeros de Estado, a todos sus mariscales, a todos sus cardenales y, además de esto, a los diez mil propietarios más ricos entre los que viven notablemente... Este accidente afligiría a los franceses porque son buenos. Pero esta pérdida de treinta mil individuos considerados como los más importantes del Estado no les causaría más pena que la puramente sentimental, pues no resultaría de ello ningún mal para la nación y para la sociedad... Sería muy fácil volver a ocupar las plazas vacantes, pues todo aquel que trabaja puede, sin dificultad, convertirse en ocioso como estos distintos representantes de la máquina gubernamental del Estado. Además porque esta gente es perfectamente inútil, pues la prosperidad de la nación no depende más que del trabajo de los sabios, los artistas y de los industriales. (Citado por Lanfant, 1978)

El “descubrimiento” del trabajo como el ámbito privilegiado de la realización del hombre, en el sentido de la exteriorización de su ser social y de su ser natural, es el mérito indudable de los teóricos “clásicos” de la economía política, como señalamos aquí mismo. Vale agregar en este punto que, a partir de su propia asimilación de la economía política inglesa, el mayor filósofo de entonces —Georg Wilhelm Friedrich Hegel— desarrollará su idea de que es por medio del trabajo que el ser humano se despliega como autocreación. Una idea fecunda que sometió a un escrutinio clave por la intuición elemental de que en la sociedad contemporánea quienes dominan no trabajan; algo que también vale para la proposición inversa: los que trabajan son dominados. De ahí el famoso intríngulis hegeliano sobre “el amo y el esclavo” que explicaba la independencia y autosuficiencia del primero pero también su limitación definitiva en la medida en que dependía del... esclavo. Era este último, mediante su trabajo, quien protagonizaba la relación con la naturaleza y, dada la potencia creativa de tal vínculo, el que podía emanciparse. Como lo expuso en su momento José Aricó (2012), la relación hegeliana

del amo y el esclavo se transforma en Marx en el problema de la dialéctica de las clases sociales.

En la razón de este texto corresponde enfatizar el giro copernicano que adquiere así con Hegel el trabajo como un valor positivo. Como lo planteó Carlos Astrada (1999), queda abolido el trabajo “castigo” propio de una vieja herencia religiosa y, al revés, se lo presenta como actividad constructiva y esencial del individuo y de la sociedad, y clave en el progreso de una historia propia del hombre. Queda así consagrado en una nueva dimensión el trabajo como creador de riqueza “descubierto” por la economía, como ámbito privilegiado del reino humano. El hombre es el mundo que construye y lo hace por medio de su propio trabajo. La crítica a la ociosidad, entendida como mera oposición al trabajo, es el resultado de la vida moderna porque sólo con la sociedad capitalista el trabajo se expresa en plenitud como fuerza social, como capacidad de desenvolver la potencia productiva, transformadora del universo del ser humano en una escala sin precedentes en cualquier época histórica pretérita.

El ocio recreado (¿qué hay de nuevo, viejo?)

En el breve recorrido que hemos concretado hasta aquí, la “pereza” convocada por Lafargue parece arrinconada en una especie de anacronismo. Si admitimos la equivalencia entre esa pereza y el ocio, la apología de Lafargue puede aparecer en una especie de tensión con la rica tradición del pensamiento que desde el fin de la Edad Media acabó por colocar al trabajo como la fuente misma de lo humano y de la humanidad. Un producto intelectual que es propio de la modernidad puesto que, como quedó dicho, es sólo con la sociedad burguesa que quedó abierto el horizonte práctico de una novedad en la Historia (a propósito con mayúscula, en modo enfático): el horizonte que dota al hombre con la posibilidad de elevarse por encima de la dependencia primitiva de la naturaleza y convierte la universalidad propia de su trabajo en una posibilidad real. El ensanchamiento del mundo humano, es decir de aquello que es su propia construcción, alcanza la dimensión de un conjunto gigantesco de relaciones sociales, la forma de una totalidad concreta, la realidad de un mercado mundial y de una interconexión material entre los hombres que no cesa de deslumbrar en su vastedad inagotable. ¿Cuál sería el lugar, en este mundo, de la pereza, del reclamo de un ocio incompatible con el “dogma del trabajo”, para decirlo lafarguianamente?

El interrogante tiene una respuesta que hemos adelantado: estamos hablando, no del trabajo en general, sino del trabajo en su expresión concreta y contradictoria en la sociedad capitalista. Lafargue no se refiere al trabajo como potencia social genérica sino a su oposición/contradicción con el trabajo impotente del propio trabajador, del trabajo explotado, del trabajo que se presenta como mercancía, del trabajo cuya sustancia es expropiada del productor directo para pasar al control de su poseedor, del capitalista, del propietario de los medios de producción. Es, en consecuencia, el trabajo desprovisto de las condiciones del propio trabajo, puesto que la clase trabajadora moderna lo es a partir de su separación de los medios de producción y de su apropiación por parte de los que no trabajan: el capital es una relación social establecida, precisamente, en este antagonismo fundante entre poseedores y desposeídos.

Este fue, precisamente, el punto de partida de la elaboración crítica de Marx, admirablemente expuesta en sus famosos *Manuscritos económico-filosóficos* y que nos ocupamos de analizar en un texto que ya tiene sus años, referido al *Manifiesto Comunista* (Rieznik, 1998). El trabajo, en consecuencia, es trabajo alienado en la forma específica que adopta en la historia presente –y, visto desde el siglo XXI, no tan presente–. Sigamos a Marx:

¿En qué consiste el trabajo alienado? [...] En que el trabajo es exterior al obrero, es decir no pertenece a su esencia, y por lo tanto, que el obrero no se realiza sino que se niega en su trabajo, no se siente bien sino desdichado, no desarrolla sus energías físicas e intelectuales libres sino que se arruina su físico y su intelecto [...] el obrero se halla fuera del trabajo en sí mismo y fuera de sí en el trabajo. [Algo que está determinado] por el hecho de que el trabajador se relaciona con el producto de su trabajo como un objeto extraño. Partiendo de este supuesto, es evidente que cuanto más se vuelca el trabajador en su trabajo, tanto más poderoso es el mundo extraño, objetivo que crea frente a sí y tanto más pobres son él mismo y su mundo interior, tanto menos dueño de sí mismo es. Lo mismo sucede en la religión. Cuanto más pone el hombre en Dios, tanto menos guarda en sí mismo. El trabajador pone su vida en el objeto pero a partir de entonces ya no le pertenece a él, sino al objeto. Cuanto mayor es la actividad, tanto más carece de objetos el trabajador. Lo que es el producto de su trabajo, no lo es él. Cuanto mayor es, pues, este producto, tanto más insignificante es el trabajador. La enajenación del trabajador en su producto significa no solamente que su trabajo se convierte en un objeto, en una existencia exterior, sino que existe fuera de él, independiente,

extraño, que se convierte en un poder independiente frente a él; que la vida que ha prestado al objeto se le enfrenta como cosa extraña y hostil.

El trabajo alienado es, en consecuencia, un “no trabajo”, pero en un sentido totalmente distinto del significado que le dimos hasta aquí. Es “no trabajo” porque, en lugar de manifestar al hombre, es el trabajo que se deshumaniza, se vuelve simple actividad mecánica, fuerza y también desperdicio. El trabajador se convierte en un “puro apéndice de la máquina” desprovisto de todo aquello que no sea rutina, repetición, engranaje, sin alma ni vida. Si el trabajo animal puede ser entendido como puro instinto, pura determinación natural en la ausencia de actividad consciente, el trabajo alienado es trabajo puramente animal. En el trabajo alienado lo humano se hace animal y lo animal, humano, dirán los *Manuscritos*.

Estamos frente al trabajo esclavo moderno. En el comienzo del capítulo de su obra relativo al problema del ocio y el gozo, Naville cita a Simone Weil: “Nadie aceptaría ser esclavo dos horas; la esclavitud, para ser aceptada, debe durar lo suficiente, cada día, como para quebrar algo elemental en el hombre”. El trabajo como tarea compulsiva, forzada por la obligación del proletario de vender su fuerza de trabajo para sobrevivir, debe extenderse cotidianamente lo necesario para confundirse con la existencia misma de la esclavitud asalariada, sin tiempo para considerar otra alternativa. Trabajo asalariado que une o domina a los hombres con hilos invisibles pero más poderosos que los de la propia esclavitud, según el autor de los *Manuscritos*.

Que haya demasiado tiempo libre, fuera del trabajo, es incompatible con su cualidad de labor alienada y explotada. Desde este punto de vista, la antítesis del trabajo no es el trabajo mejorado, valorizado, “humanizado”; es el no trabajo, la órbita de las actividades libres. Cantidad y calidad: el tiempo “libre” entre jornadas extensas, apenas como reposo imprescindible para el mantenimiento de la fuerza de trabajo, es la continuidad de la esclavitud. La forma social del trabajo y del no trabajo constituye una suerte de par unívoco. Por eso existe el ocio alienado, el consumo compulsivo, la explotación del “tiempo libre”. La conquista real del ocio y del gozo es incompatible con el trabajo enajenado. La superación de tal enajenación sólo muy parcialmente tiene que ver con un cambio en las condiciones *latu sensu* del propio trabajo, en el sentido de convertirlo en una actividad más agradable y compatible con un menor desgaste físico, es decir, con la preservación del propio trabajador. Éste es apenas un

medio, un recurso del movimiento actuante de los trabajadores contra la explotación, por poner un límite a su extenuación física y moral:

La novedad de la posición de Marx es haber comprendido que el dictado: el que no trabaja no come, que el "derecho al trabajo" así como el "derecho al producto integral del trabajo", son apenas las formas transitorias de una reivindicación obrera que conduce más lejos hasta la perspectiva del no trabajo absoluto, esto es, de una forma completamente inédita del uso del plustrabajo social. (Naville, 1957)

La superación del trabajo alienado, del trabajo que "usa" al trabajador para valorizar al capital, es un orden nuevo de la sociedad. Un orden en el cual, por un lado, el trabajador colectivo se apropia del carácter social de su propio trabajo y lo desenvuelve de un modo consciente, por lo tanto, como individuo social. Por otro lado, es la posibilidad de que el trabajo y el no trabajo formen un todo armónico, más allá de los límites de la pura necesidad de reproducción vital, de la exigencia material de la tarea penosa y compulsiva que es propia de la lucha por la vida, de la estrechez de recursos, de la miseria del desarrollo de las fuerzas productivas de la humanidad. En las palabras de Marx en *El capital*:

El reino de la libertad sólo empieza allí donde termina el trabajo impuesto por la necesidad y por la coacción de los fines externos; queda, pues, dada la naturaleza de las cosas, más allá de la órbita de la verdadera producción material. Así como el salvaje tiene que luchar con la naturaleza para satisfacer sus necesidades, para encontrar el sustento de su vida y reproducirla, el hombre civilizado tiene que hacer lo mismo, bajo todas las formas sociales y bajo todos los posibles sistemas de producción. A medida que se desarrolla, desarrollándose con él sus necesidades, se extiende este reino de la necesidad natural, pero al mismo tiempo se extienden también las fuerzas productivas que satisfacen aquellas necesidades. La libertad, en este terreno, sólo puede consistir en que el hombre socializado, los productores asociados, regulen racionalmente su intercambio de materias con la naturaleza, lo pongan bajo su control común en vez de dejarse dominar por él como un poder ciego, y lo lleven a cabo con el menor gasto posible de fuerzas y en las condiciones más adecuadas y más dignas de su naturaleza humana. Pero, con todo ello, éste será siempre un reino de la necesidad. Al otro lado de sus fronteras comienza el despliegue de las fuerzas humanas que se considera como fin en sí, el verdadero reino de la

libertad, que sólo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad. La condición fundamental para ello es la reducción de la jornada de trabajo.

El utopismo precursor (y sus méritos)

En realidad, la posibilidad de una jornada de trabajo reducida es una muy antigua reivindicación de las mejores expresiones del pensamiento respecto del hombre y la sociedad que acompañan el nacimiento de la época moderna, como lo ha puesto de relieve el interesante trabajo de François Guedj y Gérard Vindt, *Le temps de travail, une histoire conflictuelle*. En el comienzo del siglo XVI la *Utopía* de Tomás Moro plantea ya que seis horas cotidianas de labor serían "más que suficientes para procurarse los recursos necesarios a las necesidades de la existencia". En la cita de Campanella reproducida anteriormente, y en su obra magna del siglo XVII, está contemplada la alternativa de que el trabajo del hombre para su subsistencia no sea mayor a las cuatro horas para los dos sexos.

Otras formulaciones del mismo tipo y formato diverso recorren las obras de todos los utopistas, cuyas obras florecen a lo largo de la primera parte del siglo XIX, cuando desarrollan su reflexión sobre este problema con relación a las consecuencias observadas de la Revolución Industrial y en lo atinente a las características extenuantes e inhumanas del trabajo en la manufactura. Todos ellos reivindican la potencia productiva de la industria moderna e identifican el ocio con el parasitismo social. Son conscientes, no obstante, de que el progreso es incompatible con las modalidades propias de una industrialización que llevaba las condiciones de explotación del trabajador al paroxismo. Esto explica sus diversas propuestas relativas a la democracia en la organización de la producción; aun cuando sin cuestionar la especificidad del modo de producción del capitalismo en los términos que serán específicos de un desenvolvimiento ulterior del pensamiento científico y social. Nos encontramos todavía en un período en el cual el movimiento obrero no se reconocía como tal y cuando el socialismo se halla apenas balbuceando los primeros elementos de su programa. En este contexto, la reducción de la jornada de trabajo aparecía como una medida de contención ante la ilimitada explotación de la fuerza de trabajo en la industria naciente y que pretendía corregir mediante sus proyectos de organización del trabajo colectivo propio de la producción moderna.

Fueron pioneros en este aspecto. En algunos casos, se integraron

luego a las manifestaciones prácticas del movimiento obrero, en sus primeros pasos históricos, aquellos que transformarán el reclamo de reducción de la jornada de trabajo y su limitación en una de sus banderas fundamentales y constitutivas. En estas movilizaciones participó Robert Owen, que ya en 1817 había escrito que “ocho horas es la duración máxima de la jornada de trabajo que la especie humana puede soportar para mantener la salud, la inteligencia y la felicidad”, una extensión que consideraba posible porque “los descubrimientos modernos de la química y la mecánica evitan la necesidad de demandar un esfuerzo físico de mayor extensión horaria” y que se justificaba, además, “porque nadie tiene derecho a exigir a sus semejantes un trabajo mayor que el necesario para la sociedad con el propósito de enriquecerse a costa de la pobreza ajena y porque el verdadero interés de cada uno es que los seres humanos sean y estén inteligentes, contentos y ricos”. El mismo Owen considerará posteriormente que una mejor organización económica y social de la humanidad permitiría reducir la jornada de trabajo a tan sólo tres horas de labor, reiterando lo que Filippo Buonarroti ya había postulado en su *Conspiración por la igualdad*, publicada en 1828.

El lugar de Charles Fourier en este contexto es muy particular porque su cuestionamiento al tipo de trabajo propio de su época le permite superar, colocar en un plano distinto, la cuestión de la duración de la jornada de trabajo. La reducción de la misma se le presenta incluso como un objetivo desprovisto de sentido si no forma parte de una meta superior: transformar de conjunto la calidad de la actividad laboral de modo que el trabajo no sea distinto del placer, “tan atractivo como son para nosotros las fiestas y los espectáculos”. En los falansterios, la organización comunitaria ideada por Fourier, el trabajo debía ser concebido como una especie de continuo con el conjunto de la actividad vital y como un conjunto de tareas productivas diversificadas y dosificadas, compatibles con un estado de armonía entre la satisfacción personal y la del conjunto social. La pasión, el trabajo atractivo, la educación politécnica, física y deportiva debían conformarse en un todo específicamente humano y que tendería a extinguir los límites entre el trabajo y el tiempo libre. En este sentido, la visión de Fourier es una fantástica anticipación de los planteos posteriores del marxismo sobre la materia. Engels y Marx tomarán de los utopistas el principio de trabajo como sinónimo de pluriactividad y postularán la “movilidad universal del trabajador” en diversas funciones, posibilitada por la aplicación dinámica de la ciencia y la técnica al funcionamiento de la gran industria.

La crítica del trabajo (lo que no se entiende)

De un modo general, sin embargo, el punto de vista marxista trasciende la visión de todo el socialismo y los utopistas que lo anteceden. Estos últimos consideraban el trabajo como la medida misma del hombre, en oposición a la ociosidad característica del orden precapitalista. Para Marx, en cambio, la “emancipación de los trabajadores” es el punto de arranque de la “emancipación del hombre del propio trabajo”, como trascendencia de su ámbito de vida, más allá de la restricción propia de la necesidad. En este caso, Marx sustituyó el deseo y la voluntad abstractamente concebida, sea por un trabajo agradable, sea por un ocio creativo, por el análisis concreto del capital, de la potencia material que éste creaba como requisito ineludible para la conquista de la “libertad”. La conquista de un mundo humano por el hombre se presenta, entonces, como consecuencia de la metamorfosis del trabajo (y el no trabajo social), derivada de la superación de las relaciones de explotación propias del capitalismo.

La pereza enaltecida por Lafargue nada tiene que ver, en consecuencia, con la no actividad, comprendida como sinónimo del no trabajo. La inactividad pura es lo opuesto a la existencia vital. El organismo vivo, al contrario, se identifica con los intercambios activos y constantes con el medio del cual forma parte. El no trabajo no es la inactividad sino la actividad que no tiene precio; es, en ese sentido la *jouissance*, el disfrute de la vida, el gozo. La eliminación del carácter mercantil, de la compra y la venta de trabajo y, por lo tanto, la transformación del propio trabajo en una actividad “libre”, no determinada externamente por el mercado, cambian totalmente el significado del trabajo mismo.

Es la percepción de Marx, que deriva de sus primeras indagaciones sobre el problema y que expresa magistralmente en un texto anterior a *El capital*, y es el centro de sus preocupaciones, desenvueltas en toda su obra posterior. Dice en *Trabajo asalariado y capital*:

La fuerza de trabajo en acción, el trabajo mismo, es la propia actividad vital del obrero, la manifestación misma de su vida. Y esta actividad vital la vende a otro para asegurar los medios de vida necesarios. Es decir, su actividad vital no es para él más que un medio para poder existir. Trabaja para vivir. El obrero ni siquiera considera el trabajo parte de su vida; para él es más bien un sacrificio de su vida. Es una mercancía que ha adjudicado a un tercero. Por eso el producto de su actividad no es tampoco el fin de esta actividad. Lo que el obrero produce para sí es el

salario; y la seda, el oro y el palacio se reducen para él a una determinada cantidad de medios de vida, si acaso una chaqueta de algodón, unas monedas de cobre y un cuarto en un sótano. Y para el obrero que teje, hila, taladra, tornea, construye, cava, machaca piedras, carga, etc., por espacio de doce horas al día, ¿son estas doce horas de tejer hilar, taladrar, tornear, construir, cavar y machacar piedras la manifestación de su vida, de su vida misma? Al contrario. Para él, la vida comienza allí donde terminan estas actividades, en la mesa de su casa, en el banco de la taberna, en la cama. Las doce horas de trabajo no tienen para él sentido alguno en cuanto a tejer, hilar, taladrar, etc., sino solamente como medio para ganar el dinero que le permite sentarse a la mesa o en el banco de la taberna y meterse en la cama. Si el gusano de seda hilase para ganar el sustento como oruga, sería un auténtico obrero asalariado.

El punto de partida de Marx no fue la revalorización genérica del trabajo como artifice de la construcción de una sociedad en la cual la producción adquirió el vuelo propio de su constructor y el mundo la forma de una obra humana social y colectiva, inimaginable en cualquier época del pasado. Ésta es herencia de los mejores pensadores que lo antecedieron y cuya "crítica" —esto es, cuya asimilación y superación— es el principio de la actividad teórico-práctica del marxismo. El trabajo para mí y no para otro, tal es la condición de la reconstrucción de un mundo humano que está puesto cabeza para abajo. En la medida en que desaparece la relación de amo y esclavo es que el trabajo para mí es el trabajo social, no para otro sino con los otros, como parte de los otros, en la armonía de lo mío y lo del otro; en esa misma medida el antagonismo entre el trabajo y el trabajador, entre el trabajo privado y el trabajo para la sociedad, entre el tiempo libre (fuera del trabajo) en el cual vivo y el trabajo en el cual no vivo, en resumen, el antagonismo propio de la alienación tiende a desaparecer.

Trabajo social no enajenado que, entonces sí, es la expresión vital no negada del propio hombre, por un lado, y extensión del tiempo libre como resultado de la extraordinaria productividad del trabajo empleado en la producción inmediata, por otro. Son los dos polos de la "emancipación del trabajo":

Un tipo de comunidad (humana) y de intercambios sociales, cuya forma plenamente desarrollada es todavía difícil de prever, ya que, por definición, todas las necesidades se expresarán en la esfera de la libertad y que el no trabajo y el trabajo serán metamor-

foseados en pura actividad creadora. La producción no será más el precio del consumo; ambos serán los polos de un mismo acto social y personal de creación. (Naville, 1957)

El mérito de *El derecho a la pereza* es haber expresado esto bajo la forma de un auténtico manifiesto: "En ninguna parte mejor que en el texto de Lafargue están expuestas las articulaciones del análisis marxista" (Lanfant, 1978). Anticipándose a la conocida obra de Thorstein Veblen, *Teoría de la clase ociosa*, Lafargue transforma la crítica al ocio de los pensadores de la sociedad burguesa en ascenso en un ataque al ocio, la improductividad y el derroche propio de una etapa superior de acumulación de la propia sociedad capitalista: "Para poder cumplir con su doble función social de no productor y superconsumidor, el burgués debió no solamente violentar sus gustos modestos, perder sus costumbres laboriosas de hace dos siglos y entregarse al lujo desenfrenado, a las indigestiones atiborradas y sifilíticas, sino también sustraer al trabajo productivo una masa enorme de hombres, a fin de procurarse ayuda". Las diatribas furibundas de Lafargue "contra el trabajo" no son la vindicación pura del no trabajo frente a su opuesto; uno y otro son categorías históricas, incomprensibles fuera del espacio y del tiempo.

En realidad, el yerno de Marx, al atacar el "trabajo", cuestiona aquello que el mismo contiene de "no trabajo"; critica la negación del trabajo por el capital y critica el "no trabajo", sea por su carácter íntimamente vinculado a las cadenas del propio trabajo, sea por su contenido específico en el caso del ocio capitalista. En primer lugar, porque el "trabajo" propiamente dicho, bajo el dominio del capital, es la explotación vital del obrero y, por lo tanto, "no trabajo", la negación del trabajo como auténtica actividad de desdoblamiento del hombre en su obra, como expresión de sí. En segundo lugar, porque el "no trabajo", en la medida en que es funcional al "trabajo" asalariado, es condición y continuación de la misma explotación del trabajo y se niega como esfera propia de la libertad. En tercer lugar, porque el "no trabajo" de los propietarios de los medios de producción, como atributo derivado del propio desarrollo del capital, manifiesta su existencia en el consumo y en la vida improductiva del burgués sobreproductor y derrochador.

El elogio de la pereza como expresión de las posibilidades humanas de utilización del tiempo libre al margen del trabajo necesario para la producción de las necesidades imprescindibles de la vida material puede entroncarse con las más tempranas propuestas que complementaban la idea y el reclamo de reducción de la jornada de labor. Karl Kautsky

no es original cuando plantea, en su "Programa socialista", que "sólo el triunfo del socialismo permitirá reducir suficientemente el tiempo de trabajo necesario [...] para dar a la humanidad una vida libre, la libertad de dedicarse al arte y a las ciencias, la libertad de disfrutar los placeres más nobles".

La pereza, el "no trabajo", en su connotación más sustantiva es, por lo tanto, la perspectiva de una nueva historia del hombre en la cual, parafraseando al *Manifiesto comunista*, el desarrollo de cada persona sea la condición para el desarrollo de la humanidad entera. Es decir, es la perspectiva de una humanidad social en la cual la personalidad humana, el individuo y la sociedad se estructuren como unidad desprovista de la explotación secular del hombre por el propio hombre.

El trabajo en la historia (lo que hay que entender)

El no trabajo como oposición-superación del trabajo en los términos aquí señalados es el resultado histórico de las potencias sociales del propio trabajo humano. Desde el punto de vista conceptual, el trabajo es una categoría que en términos modernos comienza a aparecer, según vimos, con la decadencia del Medioevo. En épocas remotas el trabajo ni siquiera era concebido algo propio de la actividad humana, es decir, un atributo específico de la acción del hombre dirigida a asegurar y crear las condiciones de su vida de un modo único y que le es propio. No se identificaba la riqueza con el trabajo en ningún sentido. De un modo general, en el mundo antiguo y durante un largo lapso posterior prevaleció una cosmovisión organicista y sexuada: "La Tierra concibe por el Sol y de él queda preñada, dando a luz todos los años", según la expresión aristotélica (Naredo, 1987). La riqueza era un don de la tierra, imposible de ser creada o reproducida por la intervención del mismo hombre que, en todo caso, se limitaba a descubrirla, a extraerla y consumirla.

La idea misma de producto o producción humana estaba completamente ausente en la Antigüedad. Dominaba el pensamiento de que aquellos materiales que aseguraban al ser humano su reproducción existían apenas como resultado del vínculo mencionado entre la Tierra y las potencias celestes, a las que normalmente se les asignaba el atributo de la masculinidad. En la unión, entonces, del Cielo y la Tierra, debía buscarse el origen de los animales, las plantas o los minerales "paridos" por esta última, e incluso no faltan mitos y leyendas que atribuyen al

hombre este origen. La mitología de la fecundidad de la agricultura, del arado y de la metalurgia se inscribe ya bajo el dominio del dios fuerte, del macho fecundador, de la Madre Tierra, del dios del Cielo que clavaba en la Tierra su hacha y su martillo originando el rayo y el trueno. De ahí el carácter mágico asignado primero al hacha de piedra y después al martillo del herrero, que no hacía sino imitar simbólicamente el gesto del dios fuerte.

Las prácticas agrícolas nacieron como ritos tendientes a propiciar este maridaje originario y, con ello, los frutos obtenidos. El arado comenzó siendo un instrumento en estas prácticas rituales de culto a la fertilidad: tirado por un buey que se consideraba símbolo celeste y guiado por un sacerdote, penetraba en las entrañas de la Madre Tierra asegurando su fecundidad; la siembra misma y el abonado constituían otros tantos ritos para propiciar la fertilidad vegetal, a la cual se asociaba la propia vida sexual del ser humano. Es el motivo por el cual las prácticas orgiásticas estaban entonces abundantemente relacionadas con la agricultura en la historia de las religiones. Posiblemente también pudo obedecer a la intención de facilitar esa unión sexual entre el Cielo y la Tierra, y la consiguiente fertilización de esta última, la idea de recubrir de hierro la punta del arado que iba a penetrar en la Madre Tierra. Lo cierto es que el hierro de los meteoritos fue el primero en utilizarse para tal finalidad y que igualmente se atribuía a la influencia celeste la producción de los minerales en el seno de la Tierra: el oro crece por la influencia del Sol, la plata por la de la Luna, el cobre gracias a la de Venus, el hierro a la de Marte, el plomo a la de Saturno...

En este contexto, en consecuencia, la idea misma de producción humana carecía de sentido; la riqueza no era producida ni acumulada por el hombre. Una visión de tal carácter implicaba además la idea de evolución y progreso, algo que se encuentra completamente ausente en las diversas ideologías anteriores a la modernidad. Prevalecía, al contrario, la idea de la degeneración de la sociedad humana. El verso de Horacio: "Damnosa quid non inminuit dies" (el tiempo deprecia el valor del mundo) expresa el axioma pesimista aceptado en la mayor parte de los sistemas de pensamiento de la Antigüedad.

El trabajo para el mantenimiento de la vida era concebido, por lo tanto, apenas como una compulsión, tarea obligada y penosa, ejercicio propio del degradarse, extraño a aquello que podría caracterizar lo más elevado de la esencia del hombre como tal. Por eso mismo no hay en la lengua griega una palabra para designar el trabajo humano con la connotación que le asignamos en la actualidad. Tres sustantivos designaban, a su

modo, actividades que hoy identificamos con el acto propio del trabajo: *ergón*, *poiesis* y *praxis* (Albornoz, 1998).

Ergón refería a la disposición corporal en las tareas pertinentes del hombre para mantener su ciclo vital y, por lo tanto, de la perpetuación de la especie, bajo el dominio de los ritmos propios de la naturaleza y del metabolismo humano. El campesino ejerce una labor cuando mediante su intervención se pueden obtener los frutos de la tierra; pero también se expresa como labor la actividad de la mujer que da luz a un nuevo ser. El *ergón* excluye una actitud activa y un propósito propio de transformar la naturaleza o de conformarla a las necesidades humanas. Implica pasividad y adaptación del agricultor a las leyes suprahumanas que determinan la fertilidad de la tierra y de los ciclos naturales.

Poiesis define, en cambio, el trabajo que no se vincula a las demandas de la sobrevivencia; es el hacer y la creación del artista, del escultor, del que produce un testimonio perenne y libre (no asociado a las exigencias inmediatas de la reproducción de su vida). *Poiesis* es la trascendencia del ser, más allá de los límites de su existencia, lo que se manifiesta en una obra perdurable, un modo de afirmarse en el mundo natural y sobrenatural.

Praxis, finalmente, es la identificación de la más humana de las actividades. Su instrumento es también algo específicamente humano: el lenguaje, la palabra; y su ámbito privilegiado es la vida social y política de la comunidad, de la polis. Mediante la praxis el ser humano se muestra en su verdadera naturaleza de persona libre y consecuentemente de animal político, de ciudadano, de miembro de una colectividad, que es lo que le da sentido a su vida individual. Como ha sido señalado al respecto, el concepto de "derecho natural del individuo" es ininteligible para los griegos (Mészáros, 1970). Es a Aristóteles a quien corresponde la definición recién citada de que el hombre es, por sobre todas las cosas, un animal político, ya que es manifiesto que la ciudad es por naturaleza anterior al individuo, pues si el individuo no puede de por sí bastarse a sí mismo deberá estar, con el todo político, en la misma relación que las otras partes lo están con su respectivo todo. El que sea incapaz de entrar en esta participación común, o que, a causa de su propia suficiencia no necesita de ella, no es más parte de la ciudad, sino que es una bestia o un dios. En todos los hombres hay, pues, por naturaleza, una tendencia a formar asociaciones de esta especie. La praxis griega, por lo tanto, tan distante de la apreciación moderna sobre el carácter del trabajo, incorpora ya, una dimensión absolutamente social vinculada con la conciencia, con el hablar, con la comunicación entre las personas: es decir, un principio

constitutivo del trabajo que le es intrínseco al trabajo cuando se lo considera actividad exclusiva de la especie humana.

En el mundo antiguo, el trabajo que podemos llamar intelectual, el que se identifica con la libertad y la esencia del ser humano, se presenta como opuesto a la naturaleza servil y humillante del trabajo físico. La tarea del artesano, aun cuando no fuera esclavo, no era una manifestación libre del productor, puesto que se trataba de una elaboración dirigida y condicionada a la satisfacción de una necesidad inmediata del consumidor y, al mismo tiempo, un recurso, un medio, para el sostenimiento del mismo productor. Esclavo del objeto y de las necesidades del usuario, el artesano no se diferencia de las herramientas y los medios de trabajo que dispone. Importa no el proceso de trabajo sino su resultado, que no aparece como creación sino como configuración determinada por la realidad independiente o determinante del objeto a ser usado o consumido. La actividad libre es la que no genera nada y se manifiesta externa a la compulsión física del objeto o la necesidad material. Una actividad que no se presenta, además, como resultado social de un determinado desarrollo productivo (que permite que el hombre libre no trabaje porque subsiste merced al trabajo de otros). Trabajo y no trabajo, con el significado aquí descrito, se encuentran en una oposición dada e irreductible, natural y eterna.

Los mitos y la religión fijaron esta característica como escatológica: en la tradición judeo-cristiana el trabajo productivo se presenta, entonces, como carga, como pena y sacrificio impuestos en calidad de castigo a la caída del ser humano en la miseria de la vida terrena. Trabajo y sudor, parto y dolor: consecuencia del pecado original es la célebre expresión bíblica del trabajo que lo estigmatiza como condena, doblemente asociada a la tarea material para mantenerse en el hombre y para reproducir a la especie en la mujer.

Esta concepción primitiva del trabajo se encuentra, asimismo, en el sentido etimológico de la propia palabra en la lengua latina. "Trabajo" deriva de *tripalium*, una herramienta configurada con tres puntas afiladas que se utilizaba para herrar los caballos o triturar los granos. En cualquier caso, *tripalium* era, asimismo, un instrumento de tortura, y por esto mismo *tripaliare* en latín significa torturar; identifica el trabajo con la mortificación y el sufrimiento (Stroobants, 1993).

Otras palabras latinas tienen un contenido más atenuado para denotar esfuerzo humano dirigido a un fin, una connotación implícita en las definiciones genéricas de trabajo, tal como aparecen en los verbos *laborare* y *obrare*. El énfasis en el padecimiento de la actividad o, al-

ternativamente, en su resultado y en el carácter creativo de la misma recorre el sentido etimológico de ambas expresiones, que se traslada a la mayoría de las lenguas modernas, no sólo a las de origen latino, y a la definición misma de trabajo en cualquier diccionario moderno de nuestro idioma. Los sustantivos *labour* y *work* en inglés, *Arbeit* y *Werk* en alemán, acentúan la misma dicotomía; en cada una de esas lenguas, las primeras para denotar pena y cansancio; las segundas, para expresar más bien el carácter activo de la tarea humana definida en el campo del trabajo. Como en alemán *Arbeit* deriva del latín *arvum*, que significa terreno arable, numerosos estudios infieren que la palabra traduce el pasaje prehistórico de la cultura de la caza y de la pesca a la cultura agraria basada en la crianza de animales y en la labranza de la tierra (Albornoz, 1998).

Una actividad vital (antropología y algo más)

En la misma medida en que trabajo implica una relación de actividad entre el hombre, sus dispositivos físicos y biológicos y el medio circundante, su apreciación está históricamente dominada por el tipo particular de vínculo que se postula como humano entre el individuo, la sociedad y la naturaleza. La relación entre el hombre y el mundo natural no implica todavía, *per se*, la conciencia clara de actividad propia o diferenciada; para esto debemos considerar la historia concreta de tal relación, es decir, que el hombre se humaniza, se convierte en ser natural diferenciado, como resultado de su creciente independencia del medio ambiente. La conciencia sigue a la existencia y es claro que la existencia humana se construye como tal en un sendero que conduce de la extrema dependencia de las fuerzas elementales de la naturaleza a la capacidad de comprenderlas y dominarlas. En la Antigüedad, por la completa sumisión del hombre al dominio de la fuerza natural, la vida activa sólo puede ser concebida como humana cuando se emancipa del puro mundo de la naturaleza *latu sensu*. La vida activa, como elemento diferenciador de lo humano, contradictoriamente, es contemplación e incluso pasividad con relación a la actividad productiva. Las palabras y sus connotaciones, en consecuencia, carecen de significado si son abstraídas de la historia real.

Existe, no obstante, el peligro de unilateralizar este último criterio y, en lo que nos ocupa —el trabajo humano y su representación en el pensamiento—, concluir en la imposibilidad de encontrar un concepto,

un sustrato común, a aquello que el trabajo designa en diversas etapas históricas. Se ha dicho, por ejemplo, que el trabajo es una “invención” moderna, que no existió siempre y que no puede ser concebido como inherente a la condición humana (Freyssenet, 1995). Tal planteamiento invoca como prueba el hecho de que la noción de trabajo no existe en numerosas sociedades y que sólo en la modernidad, en el mundo burgués, se lo distingue de otras actividades y se delimita con una fisonomía propia, indistinguible en cualquier época precedente. También Jürgen Habermas ha criticado lo que denomina una concepción antropológica y no histórica del trabajo porque la primera aludiría a una dimensión metafísica, vaga y genérica, que identifica el trabajo como una necesidad derivada de la supervivencia (Mandel, 1986). Es algo que se repitió en uno de los libros más difundidos sobre el final del siglo pasado con relación al trabajo de la francesa Dominique Méda, *El trabajo, un valor en peligro de extinción*.

Pero ¿son necesariamente opuestas y excluyentes la concepción antropológica y la histórica del trabajo, como sugiere Ernest Mandel en *La formación del pensamiento económico de Karl Marx*? En este punto la cuestión se traslada al campo de la epistemología porque es indudable que supera el terreno circunscripto de la realidad material y de la categoría conceptual del trabajo. Concebir la historia sin continuidad es un error similar al de abordarla como un proceso sin rupturas. La sustancia antropológica del trabajo no violenta su carácter esencialmente histórico, que se manifiesta en el hecho de que, tal como lo conocemos hoy, no existía en el pasado, y que debemos reconocerlo aun allí donde “no existía”. Precisamente porque existe ahora, a partir de su “no existencia”, es decir, de su carácter tan embrionario, pleno de precariedad natural y de naturalidad no humana. El descubrimiento es sólo posible a posteriori, del mismo modo que es el organismo desarrollado el que permite explicar al menos desarrollado y que, según la conocida tesis, es la anatomía del hombre la que permite entender la del mono.

El trabajo moderno permite, entonces, entender el trabajo pasado, iluminar lo que en una circunstancia histórica precedente no podía ser delimitado ni pensado. El concepto de trabajo es, según Marx, una “categoría totalmente simple” y muy antigua como representación del trabajo en general, es decir, de una representación de los seres humanos como productores. Sin embargo, solamente en su forma de existencia moderna, cuando se presenta como indiferente con relación a un trabajo determinado, como la facilidad de pasar de un trabajo a otro, como medio general de crear riqueza, y no como “destino particular del individuo”; solamente en estas condiciones históricas de la modernidad es que la

categoría trabajo se vuelve, por primera vez, “prácticamente verdadera”, una categoría tan moderna como las relaciones que la producen. Las abstracciones más generales, de hecho, “surgen sólo donde se da el desarrollo más rico de lo concreto” (Manacorda, 1996).

El carácter sustantivo, antropológico, natural, del trabajo humano es muy claro en Marx, a pesar de que no son pocos los marxistas que intentan negarlo. En *Sociología del trabajo*, uno de los más conocidos y fundacionales manuales modernos de la sociología del trabajo, Pierre Naville y George Friedmann plantean que nadie ha definido con más vigor que el mismo Marx la relación del hombre con la naturaleza en la actividad del trabajo; concebido, entonces, como un rasgo específico de la especie humana. Conforme a tal definición, “el trabajo (dejando de lado todo sello particular que haya podido imprimirle tal o cual fase del progreso económico de la sociedad) es, ante todo, un acto que tiene lugar entre el hombre y la naturaleza. Al trabajar, el hombre desempeña frente a la naturaleza el papel de un poder natural, pone en acción las fuerzas de que está dotado su cuerpo, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de asimilar las materias dándoles una forma útil para su vida. Al mismo tiempo que, mediante este proceso, actúa sobre la naturaleza exterior y la transforma, transforma también su propia naturaleza desarrollando las propias facultades que en ella dormitan”, dice Marx en *El capital*.

En lo que se refiere al propio Marx, esta definición del trabajo de su obra más elaborada se encuentra en total armonía con el concepto fijado en sus trabajos juveniles. Casi, diríamos, de un modo brutal: “El total de lo que se llama la historia del mundo no es más que la creación del hombre por el trabajo humano”, según se lee en los *Manuscritos*.

Trabajo y naturaleza humana (instinto e historia)

La formulación marxista es, de todos modos, el punto culminante de un largo período de desarrollo del pensamiento científico que, conforme lo señalamos en el comienzo de este trabajo, debe remontarse a los finales de la Edad Media. Se trata de una época en la cual la relación entre el ser humano y la naturaleza adquiere una nueva dinámica y en la cual se busca una definición nueva y original del trabajo. Friedmann cita la apreciación de Francis Bacon sobre el arte (en el sentido de artes y oficios) como “el hombre añadiéndose a la naturaleza”, fórmula cuyas prolongaciones pueden encontrarse en Descartes y en los enciclopedistas franceses. En lo que Bacon denomina “arte” se refugió durante la Edad

Media la actividad empírica y práctica que designaba la acción de intercambio entre el hombre y la naturaleza: la transformación de objetos, la producción de la “obra”. El arte era aquello que caracterizaba el oficio de un artesano, la tarea del artista, los propósitos de la alquimia; un saber que se consideraba ajeno al pensamiento abstracto y a los procedimientos típicos de la ciencia, exclusivos de un campo intelectual y espiritual que no podía contaminarse con el experimento o con la materialidad inmediata, azarosa y semiesotérica que caracterizaba lo que era el dominio del arte (Geymonat, 1984). Eran, por lo tanto, ámbitos que se oponían: no se pensaba que la ciencia pudiera informar, orientar o prescribir la obra, el trabajo, en el sentido y con el alcance que entonces tenía. En la superación de esta dicotomía se encuentra el significado revolucionario del nacimiento de la moderna ciencia experimental. Como indica Ludovico Geymonat, el ideal de Galileo, Descartes, etc., será el de unir íntima y definitivamente la concepción de la ciencia en la Antigüedad con la del arte de la Edad Media, es decir, edificar un saber fundado sobre las nuevas técnicas, racionales, válidas, ya no sólo en el campo de las ideas abstractas, sino en el campo mucho más rico de las experiencias concretas.

La importancia que esta referencia presenta para nuestra indagación sobre el trabajo reside en el hecho de que el supuesto social que posibilitó este cambio “es la consolidación victoriosa, decidida, de un mundo de nuevas riquezas directamente vinculadas con el trabajo y —por lo tanto— con el surgimiento de grupos cada vez más numerosos de científicos profundamente sensibles a los intereses de la producción y capaces de darse buena cuenta de la unidad indisoluble entre la práctica y la teoría”. Es la realidad creada por la actividad del hombre la que determina la base material de este nacimiento de la ciencia moderna, asociada a las obras resultantes del trabajo colectivo: la canalización de ríos, la construcción de puentes, la edificación de puertos, la erección de fortalezas, el tiro de la artillería, ofrecen a los técnicos una serie de problemas que no pueden resolverse empíricamente y que exigen necesariamente un planteo teórico. Una importancia especial adquirieron en la época los problemas prácticos planteados por la navegación, que debía afrontar viajes cada vez más extensos hacia las ricas tierras recientemente descubiertas (Geymonat, 1984). Del trabajo y sus resultados a la ciencia, de la ciencia al trabajo y sus resultados.

La concepción de trabajo que encuentra su definición en la fórmula ya citada de Marx es indisoluble de esta evolución que florecerá con el Renacimiento y que, como señalamos, es el punto de partida de todo

el pensamiento científico moderno. El trabajo mismo tiende a pensarse como una categoría antropológica desde el momento en que se concibe precisamente como la especificidad del ser humano en su vínculo con la naturaleza. El ideal, ahora, es una relación práctica y activa; y el postulado, que por medio y a través de esa relación el ser humano se hace ser humano y se muestra ser humano, se manifiesta él mismo como producto y creación histórica.

En un texto que marcó una época, *Trabajo y capital monopolista*, Harry Braverman comenzaba con una definición del trabajo que sintetiza y esquematiza adecuadamente su significado moderno y cuya dimensión natural y antropológica no implica una visión ahistórica o esencialista. Se parte en esta concepción de la evidencia natural de la cual partió el propio Marx: para sobrevivir, todo ser vivo depende de un intercambio determinado con la naturaleza de la cual él mismo proviene. Este intercambio puede ser totalmente pasivo, como es el caso de todas las especies del reino vegetal. Se trata de una primera distinción pertinente a la hora de considerar lo específico de cualquier conducta animal dirigida a la sobrevivencia, marcada, entonces, por un comportamiento activo o dirigido a un propósito determinado.

Apoderarse de los materiales de la naturaleza no constituye de por sí, sin embargo, trabajo alguno. El trabajo sólo comienza cuando una determinada actividad altera los materiales naturales, modificando su forma original. De cualquier manera, lo que compete al trabajo humano, en su particularidad, son las diferencias que lo separan de un modo radical de lo que puede considerarse trabajo puramente animal. En este caso, en palabras de Marx en *El capital*, "no tenemos frente a nosotros aquellas formas primitivas e instintivas de trabajo que nos recuerdan las de los animales [...] Presuponemos el trabajo en una forma que lo hace exclusivamente humano. Una araña realiza operaciones que se asemejan a las de un tejedor y una abeja hace avergonzar a un arquitecto en la construcción de sus celdas, pero lo que distingue al peor de los arquitectos de la mejor de las abejas estriba en que el arquitecto levanta su estructura en la imaginación antes de erigirla en la realidad. Al final de todo proceso de trabajo tenemos un resultado que ya existía en la imaginación del trabajador en su comienzo. Éste no sólo efectúa un cambio de forma en el material sobre el que trabaja, sino que también realiza un propósito propio que rige su *modus operandi* al cual debe subordinar su voluntad".

Conciencia y propósito como rasgos esenciales del atributo humano del trabajo se delimitan, en consecuencia, como características propias de

nuestra especie, ancladas en mecanismos congénitos, innatos. El trabajo del hombre reposa en su carácter único a partir de la posibilidad del pensamiento conceptual, de la capacidad de abstracción y de representación simbólica. Su origen es la naturaleza única del cerebro humano. De este modo el trabajo como acción a propósito, guiada por la inteligencia, es el producto especial de la humanidad. Como señala Braverman, a partir de esta característica de la biología humana el trabajo del ser humano puede emanciparse de la exigencia instintiva de las acciones dirigidas a la sobrevivencia propia de cualquier otro animal. El trabajo que trasciende la mera actividad instintiva es, por lo tanto, la fuerza con la cual el hombre creó al mundo tal como lo conocemos. La posibilidad de todas las diferentes formas sociales que han surgido y puedan surgir depende en último análisis de este signo específico del trabajo humano.

Precisemos lo siguiente: no se trata de que, a partir de sus aptitudes cerebrales, alguien aprenda a resolver ciertos problemas que presenta la inadaptación de ciertos recursos de la naturaleza para su utilización o consumo; esto también lo pueden concretar algunas especies no humanas. El quid de la cuestión es aquí que, con el desarrollo de la capacidad de representación, del lenguaje y de la comunicación por medio de los signos que le corresponden, el ser humano puede transmitir y delegar la ejecución de un trabajo:

La unidad de concepción y ejecución puede ser disuelta. La concepción precede y rige la ejecución, pero la idea concebida por alguien puede ser ejecutada por otra persona. La fuerza rectora del trabajo sigue siendo la conciencia humana, pero la unidad entre dos puede ser rota en el individuo y restablecida en el grupo, el taller, la comunidad, la sociedad como un todo. (Braverman, 1987)

El cerebro, la mano, el trabajo (hombre y pensamiento)

Hay que evitar, sin embargo, la tentación de identificar el origen del trabajo con las cualidades del cerebro privilegiado del ser humano, cuyo singular poder explicaría el dominio sobre el resto de los animales. Los antropólogos y los paleontólogos creyeron durante mucho tiempo que el desarrollo del cerebro era la verdadera clave para explicar el principio mismo de la evolución de nuestra especie y del cual derivarían la postura erecta y el lenguaje articulado como manifestaciones secundarias. En un principio, entonces, la mente. Los descubrimientos de la ciencia y el hallazgo de fósiles que permitieron verificar el sendero histórico del de-

sarrollo de nuestra especie comprometieron, sin embargo, el rigor de tal esquema interpretativo, como lo puso de relieve un artículo de Stephen Jay Gould (1996). Ahora sabemos, en consecuencia, que el cerebro del ser humano comenzó a crecer debido a la postura erecta; por el estímulo poderoso que suministró a la inteligencia el hecho de que las manos fueran liberadas de la locomoción. La evolución del ser humano consistió en un cambio más rápido en la postura que en el tamaño del cerebro; la liberación de nuestras manos para usar herramientas precedió a la mayor parte del crecimiento de nuestro cerebro.

Notablemente, Gould destaca el "brillante resultado" que, en torno a esta cuestión, anticipó "una fuente que sin duda sorprenderá a la mayoría de los lectores": Friedrich Engels, en su ensayo *El papel del trabajo en la transición del mono al hombre*, que fue publicado post mortem en 1896 y que —desafortunadamente— no tuvo impacto visible en la ciencia occidental, considera tres puntos esenciales en la evolución humana: el habla, un cerebro grande y la postura erecta. Plantea que el primer paso debe haber sido el descenso de los árboles, con la subsecuente evolución de la postura erecta por nuestros ancestros terrestres. Estos monos, cuando se movían a nivel del suelo, comenzaron a adquirir el hábito de usar sus manos y a adoptar una postura más y más erecta. Éste fue un paso decisivo en la transición del mono al hombre. La postura erecta libera las manos para fabricar herramientas ("trabajo", en la terminología de Engels). El desarrollo de la inteligencia y el habla vinieron después. En consecuencia, "las manos no son sólo un órgano de trabajo, son también un producto del trabajo. Sólo por el trabajo, por adaptación a cada nueva operación [...] por el siempre renovado empleo de estas mejoras heredadas en nuevas, más y más complicadas operaciones, alcanzó la mano humana el alto grado de perfección que la ha capacitado para hacer realidad las pinturas de Rafael, las estatuas de Thorwaldsen, la música de Paganini".

Este punto de vista, no obstante, no es original de Engels, puesto que había sido adelantado por un biólogo alemán contemporáneo. En cambio, Gould subraya que la importancia del trabajo de Engels consiste no en su conclusión sustantiva sino en su incisivo análisis político de por qué la ciencia occidental se encuentra tan comprometida con la afirmación apriorística de la primacía cerebral. Cuando los humanos aprendieron a manejar su propio entorno material, dice Engels, otras habilidades fueron añadidas a la primitiva caza-agricultura: hilado, alfarería, navegación, artes y ciencia, ley y política, y por último "la reflexión fantástica de las cosas humanas en la mente humana: la religión". Cuando la riqueza se

acumuló, pequeños grupos de seres humanos alcanzaron poder y obligaron a otros a trabajar para ellos. El trabajo, la fuente de toda riqueza y la fuerza motriz de la evolución humana, asumió el mismo devaluado el estatus de aquellos que trabajaban para los gobernantes. Desde que los poderosos mandaban a su voluntad, las acciones del cerebro aparecían como si tuvieran poder por sí mismas. La filosofía profesional persiguió un ideal inmaculado de libertad. Los filósofos descansaron en un patronazgo estatal-religioso. Aun si Platón no trabajó conscientemente para reforzar los privilegios de los gobernantes con una filosofía supuestamente abstracta, su propia clase dio vida a un énfasis en el pensamiento como lo primario, lo dominante y en particular más importante que el trabajo por él supervisado. Esta tradición idealista dominó la filosofía hasta los días de Charles Darwin. Su influencia fue tan subterránea y persuasiva que incluso científicos tan apolíticos y materialistas como este último cayeron bajo su influjo. Un prejuicio debe ser reconocido antes de ser combatido. La primacía del cerebro parecía tan obvia y natural que era aceptada como dada, más que reconocida como un prejuicio social profundamente asentado, relativo a la posición de clase de los pensadores profesionales y sus patrones. Engels escribe:

Todo el mérito por el veloz avance de la civilización fue adscripto a la mente, el desarrollo y la actividad del cerebro. Los hombres se acostumbraron a explicar sus acciones desde su pensamiento en lugar de desde sus necesidades... y así fue que fue ganando importancia en el curso del tiempo esta mirada idealista sobre el mundo que, especialmente desde la caída del mundo antiguo, ha dominado las mentes de los hombres. Todavía las gobierna a tal punto que aun los más materialistas de los científicos naturalistas de la escuela darwiniana son todavía incapaces de formarse una clara idea del origen del hombre porque bajo esta influencia ideológica ellos no reconocen el papel que en él le toca al trabajo.

El énfasis en una definición antropológica del ser humano subraya su carácter humano concreto, su desarrollo histórico, y no debe ser confundido con una caracterización genérica abstracta que lo designa como un "modo de actividad" cuya esencia sería la "búsqueda de un resultado en el menor tiempo posible". Es lo que afirma Jacques Bidet (1987) cuando señala que sin el trabajo, como sin el lenguaje, no puede ser pensada la especificidad del hombre. En este caso la lógica immanente del trabajo sería entonces la economía de tiempo ausente en otras actividades humanas, como el rito, el juego o la vida sexual; estas últimas al contrario,

reclaman una duración extendida como sinónimo de su realización más exitosa.

La ventaja o el rigor de esta definición consistirían en que no implica asumir la hipótesis difícilmente demostrable –según Bidet– del *Homo faber*, es decir, de la esencia humana definida por el trabajo; tampoco implicaría restringir el abordaje de toda sociedad en términos de “modo de producción”. No obstante, esta peculiar definición “antropológica” vacía de contenido la definición de trabajo humano en la misma medida en que queda referida exclusivamente a una suerte de lógica hueca, carente de finalidad. Es difícil admitir, además, que los ritos, el juego, el deporte o el sexo no contengan también una particular “economía” de tiempo.

De todas maneras, en esta particular definición de su trabajo, el ser humano queda definido en su especificidad como una suerte de ser eficiente, “ahorrador de minutos y segundos”, que desdibuja completamente la materialidad propia del trabajo y su significado en la historia real. En esta abstracción particular el trabajo queda definido como mero instrumento de una racionalidad dirigida a adecuar fines múltiples a recursos escasos. Es decir, la definición vulgar de la economía “moderna” convertida así en una suerte de ingeniería genérica –ahistórica y asocial– del comportamiento eficaz (y finalmente en el encubrimiento ideológico de la sociedad capitalista, del mercado y sus formas particulares de explotación y alienación del trabajo humano).

Lo cierto es que el *Homo faber* es el hombre, recordando aquella definición de *toolmaking animal* de Franklin citada por Marx en *El capital*, y que retoma su conocida afirmación de que el hombre se distingue del animal en el proceso histórico real, cuando produce los elementos que hacen a su vida, cuando produce su vida. El trabajo, el modo de producción, la actividad vital, pueden ser utilizados como sinónimos si la consideración antropológica hunde sus raíces en el sujeto histórico auténtico, en las etapas de su desarrollo real.

Trabajando para no trabajar (ayer, hoy y mañana)

Es decir, el abordaje antropológico sobre el concepto de trabajo debe ser al mismo tiempo una aproximación histórica, el análisis del proceso de diferenciación que le es específico como resultado de las transformaciones operadas en el vínculo cambiante del hombre con sus instrumentos y objetos de trabajo, así como con el resultado de la actividad de producción de su vida (Schwartz, 1955). En términos generales, podemos definir

tres grandes etapas en esta evolución: 1) las manifestaciones iniciales en la preparación y el mejoramiento de herramientas seminaturales que permitieron un principio de sobrevivencia diferenciada como especie biológica y sin que aún surgiera con caracteres definidos una división social del trabajo, más allá de la dictada por la diferencia de sexos; 2) el Neolítico, con la sociedad humana que se afianza en un terreno y se organiza como tal en la producción y en los ciclos propios de la agricultura y la crianza de animales, y 3) el nacimiento de la industria y el desplazamiento moderno del centro de la producción del campo a la ciudad.

Carlo Cipolla (1968) ha dicho con razón que no debemos abusar del término “revolución” al estudiar la dinámica más amplia de la historia de la población humana con relación a las formas productivas de la especie. El primer cambio revolucionario consiste precisamente en la superación del nomadismo, permitido por el dominio inicial del cultivo de la tierra. El segundo, ya en los albores de la historia presente, es el de la Revolución Industrial. Su forma social particular es la que corresponde al modo de producción capitalista, a la separación de los productores de sus medios de producción y al surgimiento de la clase trabajadora moderna resultante de la expropiación de los viejos trabajadores (campesinos, artesanos) de sus condiciones de trabajo. Por la misma razón, el trabajo moderno es el trabajo asalariado, la conversión de la capacidad de trabajar en mercancía y su delimitación muy precisa, en consecuencia, como actividad remunerada, en una esfera precisamente definida de la vida social.

La mutación actual en el trabajo deriva enteramente de los resultados de esta última revolución y del anticipo de la próxima. Esto es, de la posibilidad del ser humano de emanciparse del trabajo mismo o, si se quiere, de modificar radicalmente el carácter social de éste, su actividad vital por excelencia. La precisión es pertinente puesto que si el trabajo es concebido como forma de manifestación esencial de la vida humana, la aspiración de liberarse de él carece de todo sentido. Para decirlo con palabras ya cargadas de una densa connotación: es el cambio en la conformación material y social del trabajo, cuyos alcances revolucionarios nos harán pasar de una prehistoria a una historia auténticamente humana, el pasaje del reino de la necesidad al reino de la libertad, como se afirma en un párrafo ya citado de *El capital*.

Cabe, entonces, un esclarecimiento final que es clave para la comprensión más ajustada de la filiación marxiana del concepto de “pereza” de Lafargue. La identificación del trabajo con la producción activa de la vida humana, es decir, con la vida productiva, se presenta, a primera vista,

en oposición al carácter degradado y envilecido que adopta la existencia del trabajador en la sociedad moderna. Dicho de otro modo: en la misma medida en que la potencia social del trabajo humano se despliega con el modo de producción capitalista de un modo sin igual, en esa misma medida se corporiza en quien trabaja y en la clase trabajadora no como actividad vital sino como medio y negación de la vida misma. Es trabajo explotado y enajenado en el cual el ser humano "se pierde a sí mismo". Mario Manacorda (1996), entre muchos otros, puso de relieve que es en Marx donde encontramos esta apreciación del trabajo humano como contradictorio con la humanidad misma y, en apariencia, en contradicción interna con la propia caracterización —de Marx— sobre el significado único y específico del trabajo del hombre. De ahí las numerosas visiones estalinianas sobre la "inmadurez" del "joven Marx" que habló del "trabajo alienado".

La contradicción, sin embargo, es aparente; debe ser resuelta y puede ser resuelta en el análisis de las formas históricas materiales y sociales de la evolución del trabajo humano, así como en la indagación sobre la conclusión de ese mismo proceso en el carácter concreto que adopta el mismo trabajo en la época contemporánea. En la base y en el origen de las formas históricas diversas que adopta la enajenación de la actividad laboral del ser humano se encuentra un fenómeno que deriva y estimula la productividad del propio trabajo de nuestra especie. Así es; con la división del trabajo comienza al mismo tiempo la historia humana e inhumana del trabajo:

La división del trabajo condiciona la división de la sociedad en clases y, con ella, la división del hombre. Y como ésta se torna verdaderamente tal sólo cuando se presenta como división entre trabajo manual y trabajo mental, así las dos dimensiones del hombre dividido, cada una de las cuales es unilateral, son esencialmente las de trabajador manual, de obrero y la de intelectual. Además, como la división del trabajo es, en su forma ampliada, división entre trabajo y no trabajo, así también el hombre se presenta como trabajador y no trabajador. Y el propio trabajador —apareciendo el trabajo dividido, o alienado, como miseria absoluta y pérdida del propio hombre— también se presenta como la deshumanización completa; pero, por otro lado —siendo la actividad vital humana, o manifestación de sí, una posibilidad universal de riqueza— en el trabajador está contenida también una posibilidad humana universal. (Manacorda, 1996)

Una observación fragmentaria y no rigurosa del planteamiento marxista supone que el desiderátum de la emancipación humana consiste en una suerte de retorno imposible al salvaje primitivo, al hombre total, integral —no unilateral— que se identifica con su actividad laboral no dividida, no especializada, y que es expresión del carácter precario de su dominio sobre la naturaleza y, más bien, de su adaptación y sometimiento al propio medio natural. Es decir, del retorno al animal humano natural, a una situación en la cual "el hombre sólo se distingue del corredo por cuanto que su conciencia sustituye al instinto o es el suyo un instinto consciente" (Marx). Pero la naturaleza humana, históricamente construida, está en las antípodas de este estadio original. El hombre natural histórico es la naturaleza producida por la historia y su nueva condición natural es la universalidad generada por su propia actividad, por su trabajo.

En otras palabras, el trabajo produce la naturaleza humana en la misma medida en que la delimita y diferencia de la naturaleza puramente animal, a través de una apropiación específica del propio mundo natural: "La universalidad del hombre se manifiesta prácticamente en la universalidad por la cual toda la naturaleza se transforma en su cuerpo inorgánico". Un hecho que se verifica en que mientras "el animal se hace de inmediato uno con su actividad vital [...] el hombre hace de su propia actividad vital el objeto de su voluntad y de su conciencia; tiene una actividad vital consciente: no existe una esfera determinada con la cual inmediatamente se confunde" (Marx, 1844).

Este carácter voluntario, consciente, universal de la actividad humana, por la cual el ser humano se distingue de los animales y se sustrae al dominio de cualquier esfera particular, está en oposición a todo lo que es, a su vez, natural, espontáneo, particular, esto es, al dominio de la naturalidad (*Naturwuechsigkeit*) y de la causalidad (*Zufaelligkeit*) en la cual el hombre no domina sino que es dominado, no es un individuo total sino miembro unilateral de una determinada esfera (clase, etc.) y vive, en suma, en el reino de la necesidad, pero no aún en el de la libertad. La división del trabajo, por lo tanto, dividió al hombre y a la sociedad humana, pero ha sido la forma histórica de desarrollo de su actividad vital, de su relación-dominio sobre la naturaleza.

Con el capitalismo moderno, con la universalización de las relaciones mercantiles y con la conquista del mercado mundial, la división del trabajo —y con ella la productividad del trabajo humano— alcanza una dimensión irrestricta e ilimitada. En estas condiciones la deshumanización del trabajo encuentra su expresión más clara en la conversión de la

labor humana en el proceso productivo directo en una actividad descalificada, en la transformación del trabajador en una suerte de apéndice de la máquina, conforme a una célebre definición que pasó a la historia con el *Manifiesto comunista*. Pero, al mismo tiempo, en las antípodas de este trabajo real, enajenado y por eso inhumano el desarrollo material de las fuerzas productivas crea un universo real capaz de modificar de un modo revolucionario la actividad vital de la producción. Es el desarrollo que posibilita que el trabajo directo en la producción sea sustituido por el aparato mecánico-electrónico, automático.

Individuo social (para la desalienación del trabajo)

Sobre esto último vale la pena leer cuidadosamente un largo y extraordinario párrafo de los *Grundrisse*, aquel material que Marx escribiera como fundamento para la redacción de *El capital*. Un texto que, al decir de Roman Rosdolsky (2004), “aunque escrito hace más de una centuria, sólo puede leerse actualmente conteniendo la respiración, porque abarca una de las visiones más audaces del espíritu humano”. Dice Marx:

El supuesto [de la producción capitalista] es, y sigue siendo, la magnitud de tiempo inmediato de trabajo, el cuanto de trabajo empleado como el factor decisivo en la producción de la riqueza. En la medida, sin embargo, en que la industria se desarrolla, la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleados, que del poder de los agentes puestos en movimiento durante el tiempo de trabajo, poder que a su vez –su poderosa eficacia– no guarda relación alguna con el tiempo de trabajo inmediato que cuesta su producción, sino que depende más bien del estado general de la ciencia y el progreso de la tecnología, o de la aplicación de esta ciencia a la producción [...]. La riqueza efectiva se manifiesta más bien –y esto lo revela la gran industria– en la enorme desproporción entre el tiempo de trabajo empleado y su producto, así como la desproporción cualitativa entre el trabajo, reducido a una pura abstracción, y el poderío del proceso de producción vigilado por aquel. El trabajo ya no aparece tanto como recluso en el proceso de producción, sino que más bien el hombre se comporta como supervisor y regulador con respecto al proceso de producción mismo [...]. El trabajador ya no introduce el objeto natural modificado, como eslabón intermedio, entre la cosa y sí mismo, sino que inserta el proceso natural, al que transforma

en industrial, como medio entre sí mismo y la naturaleza inorgánica, a la que domina. Se presenta al lado del proceso, en lugar de ser su agente principal. En esta transformación lo que aparece como el pilar fundamental de la producción y de la riqueza no es ni el trabajo inmediato ejecutado por el hombre ni el tiempo que éste trabaja, sino la apropiación de su propia fuerza productiva general, su comprensión de la naturaleza y su dominio de la misma gracias a su existencia como cuerpo social; en una palabra, el desarrollo del individuo social. El robo del trabajo ajeno, sobre el cual se funda la riqueza actual, aparece como una base miserable comparado con este fundamento, recién desarrollado, creado por la gran industria misma. Tan pronto como el trabajo en su forma inmediata ha cesado de ser la gran fuente de riqueza, el tiempo de trabajo deja, y tiene que dejar de ser, su medida y por tanto el valor de cambio [deja de ser la medida] del valor de uso. El plus-trabajo de la masa ha dejado de ser la condición para el desarrollo de la riqueza social, así como el no trabajo de unos pocos ha cesado de serlo para el desarrollo de los poderes generales del intelecto humano. Con ello se desploma la producción fundada en el valor de cambio, y al proceso de producción material inmediato se le quita la forma de la necesidad apremiante y el antagonismo. Desarrollo libre de las individualidades, y por ende no reducción del tiempo de trabajo necesario con miras a poner plus-trabajo, sino en general reducción del trabajo necesario de la sociedad a un mínimo, al cual corresponde entonces la formación artística, científica, etc., de los individuos gracias al tiempo que se ha vuelto libre y a los medios creados para todos. [...]

La creación de mucho tiempo disponible –aparte del tiempo de trabajo necesario–, para la sociedad en general y para cada miembro de la misma (esto es, margen para el desarrollo de todas las fuerzas productivas del individuo y por ende también de la sociedad), esta creación de tiempo de no trabajo se presenta desde el punto de vista del capital, al igual que en todos los estadios precedentes, como tiempo de no trabajo o de tiempo libre para algunos. El capital, por añadidura, aumenta el tiempo de plus-trabajo de la masa mediante todos los recursos del arte y la ciencia, puesto que su riqueza consiste directamente en la apropiación de valor de plus-trabajo, ya que su objetivo es directamente el valor, no el valor de uso. De esta suerte, *malgré lui*, sirve de instrumento para crear las posibilidades del tiempo disponible social, para reducir a un mínimo decreciente el tiempo de trabajo de toda la sociedad y, así, volver libre el tiempo de todos para el propio desarrollo de los mismos. Su tendencia, empero, es siempre por un lado la de crear tiempo disponible, por otro la de convertirlo en plus-trabajo. Si logra

lo primero demasiado bien, experimenta una sobreproducción, y entonces se interrumpirá el trabajo necesario, porque el capital no puede valorizar plustrabajo alguno. Cuanto más se desarrolla esta contradicción, tanto más evidente se hace que el crecimiento de las fuerzas productivas ya no puede estar confinado a la apropiación de plustrabajo ajeno, sino que la masa obrera misma debe apropiarse de su trabajo. Una vez que lo haga —y por ello el tiempo disponible cesará de tener una existencia antitética—, por una parte el tiempo de trabajo necesario encontrará su medida en las necesidades del individuo social y por otra el desarrollo de la fuerza productiva social será tan rápido que, aunque ahora la producción se calcula en función de la riqueza común, crecerá el tiempo disponible para todos, ya que la riqueza real es la fuerza productiva desarrollada de todos los individuos. Ya no es entonces, en modo alguno, el tiempo de trabajo la medida de la riqueza, sino el tiempo disponible. El tiempo de trabajo como medida de la riqueza pone la riqueza misma como fundada sobre la pobreza y al tiempo disponible como existente en y en virtud de la antítesis con el tiempo de plustrabajo, o bien pone todo el tiempo de un individuo como tiempo de trabajo y consiguientemente lo degrada a mero trabajador, lo subsume en el trabajo.

¡Oh, Pereza...!

Riqueza material (libertad y espíritu)

La larga cita que recogimos en el apartado anterior es, a su manera, un homenaje a una obra enorme como es la de Roman Rosdolsky. Su *Génesis y estructura de El capital* es el primer estudio sistemático de los extensos manuscritos de Marx, de 1857-1858, preparatorios de su obra cumbre. Los *Grundrisse*, o *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, habían permanecido prácticamente desconocidos, a pesar de algunas copias que fueron originalmente publicadas en la vieja Unión Soviética estalinista. Rosdolsky los conoció en 1948 y desde entonces se consagró a su estudio y a hacer conocer sus resultados; una contribución decisiva a la comprensión del pensamiento marxiano. Para apreciar tal contribución vale la pena tener en cuenta que Lenin decía que para comprender *El capital* era necesario estudiar y comprender la *Ciencia de la lógica* de Hegel y que, según el propio Rosdolsky, a partir de los *Grundrisse* ya no es necesario apurar ese trago amargo pues se puede lograr el mismo objetivo por la vía directa mediante el estudio de

esas extensas notas. *Génesis y estructura de El capital* es, por lo tanto, una obra imprescindible en la indagación de la obra marxiana.

La larga cita de los *Grundrisse* invita a un desarrollo ulterior de la cuestión sobre las perspectivas de la sociedad poscapitalista, que es precisamente el tema que ocupa un capítulo entero de *Génesis...* sobre las “manifestaciones de Marx acerca del orden socialista” y del cual abusaremos en este apartado. Marx rechazó siempre cualquier elucubración especulativa sobre la sociedad socialista del futuro. “No soy el cocinero que da las recetas para la cocina del porvenir”, dijo alguna vez al respecto. El comunismo que pregonaba era la denominación genérica de esa sociedad del mañana que, concebida como ideal o utopía, correspondía a una visión de las cosas que el propio Marx pretendía superar. El mismo denominaba “comunismo” al movimiento práctico de la clase obrera, determinado por las condiciones de su explotación y por su evolución, es decir, por las propias tendencias del capital a su agotamiento histórico. En este caso el socialismo ya no aparecía como resultado de un ideal, imaginación o fantasía, sino como una fase necesaria del desarrollo de la humanidad de carne y hueso hacia la cual la historia tiende, en nuestra época, conforme a las leyes del propio capital. Como afirma Rosdolsky, todo esto no significa que Marx y Engels no hayan tenido idea sobre el orden socialista, dejando esta tarea a nuestros nietos, como si en ello consistiese el carácter científico de sus teorías. Porque la consideración científica de las relaciones de producción capitalista conduce directamente hacia la contraposición entre este modo de producción y las formaciones sociales precapitalistas que la precedieron; pero también, por otra parte, traza como contraposición al modo de producción del capital los elementos del ordenamiento socialista que el capitalismo deja planteados de un modo muy concreto para su superación.

A partir de la reflexión que acabamos de señalar Rosdolsky cita un párrafo de los *Grundrisse* que es completamente pertinente a nuestro cometido aquí, porque establece una extraordinaria periodización de la civilización humana sobre la base de la dimensión alcanzada por la potencia del propio trabajo. Dice así:

Las relaciones de dependencia social (al comienzo sobre una base de todo natural) son las primeras formas sociales, en las que la productividad humana se desarrolla solamente en un ámbito restringido y en lugares aislados. La independencia personal fundada en la dependencia *respecto de las cosas* es la segunda forma importante en la que llega a construirse un sistema de metabolismo social general, un sistema de relaciones universales,

de necesidades universales y de capacidades universales. La libre individualidad, fundada en el desarrollo universal de los individuos y en la subordinación de su productividad colectiva, social, como patrimonio social, constituye el tercer estadio. El segundo crea las condiciones del tercero. Aquí se capta la historia de la humanidad en su resultado esencial: como un proceso necesario de formación de la personalidad humana y de su libertad [!].

Acá tenemos, por lo tanto, un análisis de la superación histórica del trabajo como compulsión (y de su oposición al no trabajo) iluminado desde un ángulo que es difícil no calificar como universal, universal humano. El "individuo social", como vimos, se gesta en la abolición del trabajo inmediato y compulsivo. Es ese individuo social el que permite al mismo tiempo la expresión plena de la "libre individualidad". Al revés, el individuo "libre" del mundo burgués, del mundo que ha abolido toda relación antigua de dependencia personal, ha hecho de la dependencia de las personas respecto de las cosas la norma suprema; la que tiene su expresión en la "mano invisible", en el mercado, en el "lugar" donde se socializan las cosas y sólo por su intermedio, indirectamente, las personas. Es el mundo del "fetichismo de la mercancía", un tema al cual consagramos un capítulo entero en este mismo libro.

El tiempo libre, o *disposable time*, según la expresión utilizada en inglés en los *Grundrisse*, es el fundamento del nuevo ser humano como sujeto capaz de socializar sus actividades sin que éstas se vean mediadas por la perentoria necesidad de reproducir la inmediatez de la subsistencia. Un tiempo libre, entonces, que no se presenta como condición para volver al trabajo gobernado por la inmediatez y la necesidad, sino como realidad de la trascendencia de este trabajo gobernado por la necesidad. Es este nuevo trabajo libre el que, emancipado de las restricciones que imponen las condiciones propias de la explotación capitalista, establece la comunidad de un trabajo del hombre socializado, como una suerte de supervisor del proceso maquinizado, como una especie de *general intellect*, de cerebros combinados en la aplicación de la organización social de hombres libres; de hombres liberados por el trabajo de la historia, es decir, por su propia historia. Es el trabajo potencia, es el hombre potencia, cuyas relaciones sociales pueden adquirir plenitud sobre la base de haber dejado atrás la escasez limitante del mundo de la "necesidad". La base material del nuevo "reino de la libertad", para reiterarlo en los términos ya aquí precisados, es comprendida en los *Grundrisse* con una connotación que supera cualquier interpretación grosera, propia de un materialismo vulgar, que se asocia en el futuro "apenas" a la abun-

dancia de cosas y la limitación de la escasez que libera al hombre del viejo trabajo social esclavizante (desde la Antigüedad al de la moderna esclavitud asalariada). El aspecto nada prosaico, incluso espiritual de ese reino de la libertad basado en el riqueza material, se presenta en un planteo de Marx que merece ser el que concluya este capítulo. Y aquí va:

Nunca encontraremos entre los antiguos una investigación acerca de cuál forma de la propiedad de la tierra, etc., es la más productiva, crea la mayor riqueza. La riqueza no aparece como objetivo de la producción, aunque bien puede Catón investigar qué cultivo del campo es el más lucrativo [...] La investigación versa siempre acerca de cuál modo de propiedad crea los mejores ciudadanos [...] Por eso, la concepción antigua según la cual el hombre, cualquiera que sea la limitada determinación nacional, religiosa o política en que se presente, aparece siempre, igualmente, como objetivo de la producción, parece muy excelsa frente al mundo moderno donde la producción aparece como objetivo del hombre y la riqueza como objetivo de la producción. Pero, *in fact*, si se despoja a la riqueza de su limitada forma burguesa, ¿qué es la riqueza sino la universalidad de las necesidades, capacidades, goces, fuerzas productivas, etc., de los individuos, creada en el intercambio universal? ¿[Qué, sino] el desarrollo pleno del dominio humano sobre las fuerzas naturales, tanto sobre las de la así llamada naturaleza como sobre su propia naturaleza? ¿[Qué, sino] la elaboración absoluta de sus disposiciones creadoras sin otro presupuesto que el desarrollo histórico previo, que convierte en objetivo a esta plenitud total del desarrollo, es decir al desarrollo de todas las fuerzas humanas en cuanto tales, no medidas con un patrón *preestablecido*? ¿[Qué, sino una elaboración como resultado de] la cual el hombre no reproduce en su carácter determinado sino que produce su plenitud total? ¿[Como resultado de] la cual no busca permanecer como algo devenido sino que está en el movimiento absoluto del devenir? En la economía burguesa —y en la época de la producción que a ella corresponde— esta elaboración plena de lo interno aparece como vaciamiento pleno; esta objetivación universal, como enajenación total, y la destrucción de todos los objetivos unilaterales determinados, como sacrificio del objetivo propio frente a un objetivo completamente externo. Por eso el infantil mundo antiguo aparece, por un lado, como superior. Por otro lado, lo es en todo aquello en que se busque configuración cerrada, forma y limitación dada. Es satisfacción desde un punto de vista limitado, mientras que el [mundo] moderno deja insatisfecho o allí donde aparece satisfecho consigo mismo es *vulgar*.

Alienación y fetichismo, de ayer a hoy

Fetiche. (Del fr. fétiche). m. Ídolo u objeto de culto al que se atribuye poderes sobrenaturales, especialmente entre los pueblos primitivos.

Diccionario de la lengua de la Real Academia Española

La palabra fetiche deriva del participio pasivo de hacer, "hecho" aunque no de un modo directo. Originalmente, "hecho" se transformó en "hechizo" para designar en español, hacia fines del siglo XV, el "artificio supersticioso de que se valen los hechiceros", según definía el Diccionario español-latino (1495) de Antonio de Nebrija. La palabra hechicero, también formada a partir de "hacer", ya aparecía registrada en nuestra lengua desde Calila y Dimna, un libro de cuentos anónimo traducido del árabe por iniciativa de Alfonso X. Hechicero y hechizo pasaron al portugués como feiticeiro y feitiço. Esta segunda palabra portuguesa llegó luego al francés como fétiche; más tarde, al inglés como fetish. En ambas lenguas denomina objetos de hechicería africana, tales como amuletos y talismanes, y finalmente, reingresó al castellano con este significado, bajo la nueva forma fetiche.

<http://www.elcastellano.org/palabra.php?id=1650>

Debemos al economista soviético Isaak Illich Rubin, ejecutado en 1937 por la burocracia estalinista, el planteo, profundo y original, sobre el lugar clave que ocupa la teoría del fetichismo de la mercancía en el análisis de Marx. Fue en la década de 1920 cuando dedicó al tema su obra más conocida, *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*. No se le

escapaba a Rubin la admiración que suscitaba entre propios y extraños el abordaje de la cuestión planteado por Marx en el comienzo de su obra magna. Cuestionaba, sin embargo, el hecho de que tanto defensores como adversarios del marxismo consideraran la teoría del fetichismo de la mercancía como una entidad independiente y separada, que apenas tenía relación alguna con la teoría económica de Marx y que remitía más bien a una indagación particular sobre la naturaleza de la sociedad y del hombre contemporáneo más cercana, en todo caso, a la especulación filosófica. El problema del fetichismo fue abordado, por lo tanto como una interesante digresión literario-cultural que acompaña la obra cumbre de Marx, pero no como lo que realmente es, “la base de todo el sistema económico de Marx, y en particular de su teoría del valor”. Dicho de otro modo, sin una adecuada comprensión del fetichismo de la mercancía, no puede entenderse “la ley del movimiento” de la sociedad moderna, el cometido esencial del análisis de Marx.

En el principio, entonces, la mercancía como fetiche.

El fetiche y su misterio

Ahora bien, ¿qué es el fetichismo de la mercancía? En la definición del diccionario, que encabeza este texto, encontramos una punta del ovillo. *Fetich* significa atribuir a una cosa facultades o propiedades de las cuales carece. Se trata, según la misma definición, de algo propio, “especialmente [de] los pueblos primitivos”, es decir, de un pasado más bien lejano. El agregado, sin embargo, puede ser interpretado también como una alusión a la época contemporánea y como expresión del “primitivismo” que implica una de sus características decisivas: hacer de los productos del trabajo humano un “fetiche”, no dominar las cosas sino dejarse dominar por ellas. De hecho, el significado de fetiche y el de fetichismo, asociados a los “pueblos primitivos”, aparecen vinculados al mito, a la magia o a la ignorancia que puede ser develada.

En términos muy sencillos, hablar de fetichismo es hablar de tomar una cosa por otra, por aquello que no es. La erudita definición del propio Marx en *El capital* incluye esta precisión y vale la pena citarla en extenso:

Lo misterioso de la forma mercantil consiste sencillamente, pues, en que la misma refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas

cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores. Es por medio de este *quid pro quo* [tomar una cosa por otra] como los productos del trabajo se convierten en mercancías, en cosas sensorialmente suprasensibles o sociales [...] Lo que aquí adopta, para los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre cosas, es sólo la relación social determinada existente entre aquellos.

Para comprender el fetichismo, Marx comienza por presentarnos así a la “forma mercantil” como un “misterio”, como el enigma a descifrar. Ahora bien, “forma mercantil” es la que adopta un producto del trabajo humano cuando, más allá de sus características materiales específicas para satisfacer una necesidad de consumo (valor de uso), presenta otra propiedad, que es la de tener valor de cambio, aquello que todos los mortales conocemos como precio, en lo que es su expresión monetaria. Por lo tanto, el “misterio” de la mercancía es aquello en apariencia tan trivial y prosaico como nuestra experiencia cotidiana con el hecho de que todo se vende y todo se compra, lo que en principio se nos aparece como exento de cualquier condición... misteriosa. Sucede que la experiencia cotidiana, la rutina y la habitualidad nos presentan como naturales los “misterios” más “inexplicables” para el ciudadano de a pie. ¿Quién puede explicar, por ejemplo, un hecho tan “natural” como el que el encendido de un aparato de televisión me traiga a la pantalla una imagen determinada?

El “misterio” de la mercancía se vincula entonces a algo en primera instancia “inexplicable” aun cuando sea asumido corrientemente como muy “natural”: el hecho de que el producto del trabajo humano tome forma de “valor”, de algo que tiene precio y se intercambie en el mercado por una plétora enorme de otros productos del trabajo con “valor”; algo que nada tiene que ver con su materialidad, con su naturaleza física (que sería idéntica aunque el mismo producto no estuviera destinado al mercado). Es, además, a partir de tal condición –tener valor o precio–, y sólo por ello, que los productos del trabajo humano se transforman en intercambiables, en “iguales” a otros productos, en portadores de esa posibilidad de cambio que se manifiesta en el hecho de ser “valores”. En esa “intercambiabilidad” universal reside precisamente la notable propiedad de las mercancías de comportarse como “cosas sociales”; una suerte de sujetos en el país de los “valores”, como se señala en la cita de Marx antes reproducida.

La economía convencional que, en sus diversas variantes, se detiene en la apariencia de los fenómenos, trató de explicar el valor como un atributo

inherente al trabajo del cual surgen los productos que se transforman en mercancías, o bien como proveniente de su propia naturaleza de ser objetos útiles, que satisfacen una necesidad. La especie es refutable: los productos que los hombres realizan para poder procesar las condiciones de su propia existencia siempre fueron resultado del trabajo y cosas útiles; pero no por eso revistieron siempre la condición de mercancías o valores. Conclusión: el valor o precio no es algo inherente a los productos de los cuales aparecen como atributo particular. El valor no es un atributo de los cosas.

El valor, por el contrario, es el resultado (una expresión) de determinadas relaciones que los hombres establecen entre sí en la peculiar forma de sociedad que llamamos "mercantil". La sociedad mercantil se caracteriza porque la producción se realiza a partir de productores independientes, autónomos, que sin embargo no producen para el autoconsumo sino para el intercambio de sus productos con otros productores. La producción se desenvuelve a través de la actividad de productores separados entre sí, carece de toda regulación directa por parte de la sociedad, que no prescribe qué debe ni cuánto debe producirse.

¿Cómo se regula en tales circunstancias la distribución del trabajo entre las diversas ramas de la actividad productiva? De un modo indirecto, no por medio de la conducta consciente de los hombres sino incluso a sus espaldas y como resultado del movimiento de los precios, de su ascenso o de su caída. El alza o la baja de los precios es lo que atrae o expulsa trabajo en las diversas áreas o ramas de actividad. Es decir, provoca la entrada de productores en ciertas ramas de la producción por los precios "atractivos" de sus productos en el mercado, o su salida de ellas por el fenómeno opuesto. El movimiento de los precios determina así la redistribución de las fuerzas del trabajo de la sociedad.

El mercado y, por lo tanto, los productos del trabajo humano que en él circulan como mercancías, como "valores", con su propio valor o precio, expresan de este modo una forma particular de organización social del trabajo. Lo que aparece como una sociabilidad directa de las cosas es la sociabilidad negada de los productores en el momento de producir, puesto que lo hacen como administradores y productores privados que sólo se vincularán entre sí luego de haber producido y sólo a través de lo que produjeron. El *quid pro quo* al que hace referencia la cita es el misterio de la forma mercantil, que consiste en la medida en que refleja ante los hombres el carácter social de su propio trabajo como caracteres objetivos inherentes a los productos del trabajo, como propiedades sociales naturales de dichas cosas, y, por ende, en que también refleja la relación social

que media entre los productores y el trabajo global, como una relación social entre los objetos, existente al margen de los productores. Así lo plantea Marx en la cita que reproducimos, y concluye:

Lo que aquí adopta, para los hombres, la forma fantasmagórica de una relación entre cosas, es sólo la relación social determinada existente entre aquellos [...] A esto llamo el fetichismo que se adhiere a los productos del trabajo no bien se los produce como mercancías, y que es inseparable de la producción mercantil.

Ese carácter fetichista del mundo de las mercancías se origina, como el análisis precedente lo ha demostrado, en la peculiar índole social del trabajo que produce mercancías.

He aquí lo esencial del fetichismo de la mercancía, elemento básico y constitutivo de la sociedad moderna capitalista: todo se presenta como un *quid pro quo*, todo aparece "invertido": Las cosas como personas y las personas como cosas, las personas bajo el dominio de las cosas. Un mundo "dado vuelta": los objetos se transforman en sujetos y los objetos en sujetos, la miseria en riqueza de unos pocos, la riqueza en miseria de muchos, el progreso y el dominio (in)humano de la naturaleza en fuente de opresión y desgracia.

Marx convirtió en principio y norte de su indagación científica la percepción intuitiva de contradicciones fundantes del mundo mercantil capitalista moderno. Intuiciones que, no por casualidad, se expresaron también y muy tempranamente en el ámbito de la literatura. El propio Marx cita a Shakespeare y a Goethe cuando retratan al mundo del dinero, que no es otra cosa que el mundo de la mercancía, el mundo donde todo se vende y se compra, el mundo donde todo se transforma en lo contrario de lo que es, donde todo se corrompe y degrada.

La novedad

Entre los méritos del estudio de Rubin sobre el fetichismo de la mercancía se encuentra también el de haber puesto de relieve la conexión indisoluble que lo vincula al concepto original de Marx sobre la alienación en la sociedad capitalista. Un mérito que debe ser destacado porque el planteo de Rubin precedió en casi una década al descubrimiento de los llamados *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx, donde el tema de la "alienación" del trabajo es considerado por primera vez y muy detenidamente.

Aún sin conocer este material (divulgado recién en el comienzo de la década de 1930), Rubin encontró los elementos primigenios de la teoría del fetichismo en el trabajo de Marx y Engels titulado *La Sagrada Familia*, publicado en 1845. En el análisis que se desarrolla en esa obra se afirma que la posibilidad de relaciones auténticamente humanas entre los miembros de la sociedad se opone a la forma alienada e inhumana con que se presentan en la realidad propia de nuestro tiempo, donde lo humano, negado en la práctica, aparece como su contrario, como inhumano (una cosa por otra, un *quid pro quo*). La sociedad capitalista, dirán entonces Marx y Engels, es “en la práctica una relación de alienación del hombre con respecto a su esencia objetiva, así como una expresión económica de la autoalienación humana”.

Rubin reconoce en este planteo de la alienación una primera versión, aún embrionaria, de la teoría del fetichismo. El economista soviético sostiene que, al ir más allá del concepto de “alienación” de sus primeros trabajos y desarrollar en consecuencia el concepto de “cosificación” de las relaciones sociales, Marx habría pasado del plano aún abstracto de la idea de una “esencia humana”, vagamente definida, al análisis materialista de la mercancía como fetiche, dando a su investigación un carácter concreto, riguroso, científico. De tal manera que las relaciones de producción que toman la forma de cosas y las cosas que se presentan como “seres sociales” representan una oposición que coloca en un nuevo plano el contraste original, constatado por Marx, entre las relaciones “auténticamente humanas” y las formas “alienadas” que caracterizan a la sociedad burguesa.

El planteo de Rubin fue rotundamente afirmado por el descubrimiento posterior de los *Manuscritos económico-filosóficos*. En particular por sus célebres párrafos sobre el trabajo alienado, un genial anticipo sobre la “cosificación” del hombre en su condición de trabajador moderno, es decir, asalariado. Creemos, además, que una lectura atenta de los *Manuscritos* moderaría los juicios que insisten en plantear la impronta “idealista” de Marx cuando recurre al concepto genérico o ahistórico de “esencia humana” en los primeros tramos de su labor. Que el supuesto abuso de un concepto “ahistórico” de la “esencia humana” debe ser reconsiderado, se revela en el hecho de que, al presentar Marx la conversión del trabajo y del trabajador en una “cosa”, dice partir –textualmente– “de un hecho económico actual”. Es ya en los *Manuscritos* de 1844, por lo tanto, cuando el joven Marx traza un formidable análisis de cómo el trabajo “enajenado” se vincula a la “cosificación” (mucho antes de la elaboración definitiva de la teoría del fetichismo):

El obrero es más pobre cuanto más riqueza produce, cuanto más crece su producción en potencia y en volumen. El trabajador se convierte en una mercancía tanto más barata cuantas más mercancías produce. La desvalorización del mundo humano crece en razón directa de la valorización del mundo de las cosas [...] Hasta tal punto aparece la realización del trabajo como desrealización del trabajador, que éste es desrealizado hasta llegar a la muerte por inanición [...] que cuantos más objetos produce el trabajador, tantos menos alcanza a poseer y tanto más sujeto queda a la dominación de su producto, es decir, del capital [...] Todas estas consecuencias están determinadas por el hecho de que el trabajador se relaciona con el *producto de su trabajo* como un objeto *extraño* [...] El trabajador pone su vida en el objeto pero a partir de entonces ya no le pertenece a él, sino al objeto. Cuanto mayor es la actividad, tanto más carece de objetos el trabajador [...] La *enajenación* del trabajador en su producto significa no solamente que su trabajo se convierte en un objeto, en una existencia *exterior*, sino que existe *fuera de él*, independiente, extraño, que se convierte en un poder independiente frente a él; que la vida que ha prestado al objeto se le enfrenta como cosa extraña y hostil.

Tiene razón Fredy Perlman (1974) cuando afirma que, considerado retrospectivamente, este pasaje de los *Manuscritos* de 1844 parece un resumen de la teoría del fetichismo de la mercancía. Y también Rubin cuando plantea que el abordaje de la alienación del trabajo y de la “cosificación” introdujo ya, en el inicio de los trabajos de Marx, “un nuevo método sociológico” en la economía política. Y esto porque a partir de esta forma de examinar el modo social de la explotación del trabajo moderno queda establecida una adecuada distinción conceptual entre fuerzas productivas, por un lado, y relaciones de producción, por el otro. Fuerzas productivas y relaciones de producción son las categorías básicas del análisis de lo que constituye el modo de los hombres de producir las condiciones de su propia existencia en determinadas condiciones históricas. Es la distinción analítica que permite diferenciar el aspecto técnico material del metabolismo de la producción humana y su forma social, así como entender su mutua dependencia, su evolución en el tiempo y sus contradicciones.

Se puede afirmar que el vínculo contradictorio entre relaciones de producción y fuerzas productivas es el dato básico de la llamada “concepción materialista de la historia”. Vínculo contradictorio en la medida en que las relaciones de producción que impulsan el despliegue de las fuerzas productivas en un momento histórico dado son las mismas re-

laciones de producción que se transforman ulteriormente en barrera u obstáculo a la expansión y el desarrollo de las fuerzas productivas, lo que demanda la emergencia de otras, nuevas, relaciones de producción, abriendo un período de revolución social.

El “nuevo método sociológico” e histórico de Marx es la dimensión concreta que supone su *Crítica de la economía política*, la que trasciende los límites de los fundadores “clásicos” de la disciplina, Adam Smith y David Ricardo. Mientras estos últimos buscaron abordar los mecanismos propios de la producción en el contexto de las relaciones capitalistas, el punto de partida de Marx fue cómo los hombres “producen” los vínculos sociales capitalistas que dan su forma específica al metabolismo productivo moderno y también sus límites insuperables.

Fue en su crítica a Proudhon, su primera obra de crítica sistemática a la denominada economía clásica, donde Marx admitió que los economistas como Adam Smith y David Ricardo explicaban cómo la producción se lleva a cabo en el contexto de las relaciones modernas, pero no cómo esas mismas relaciones se producen, es decir, el movimiento histórico que les dio nacimiento (y que conducirá a su agotamiento histórico). De modo que con la teoría de la alienación del trabajo y el fetichismo de la mercancía Marx nos legó algo más que una introducción a la crítica de la economía política. Allí está contenido el núcleo de la concepción materialista de la historia: el que nos llevó a abordar la historia humana por medio de la indagación de las formas en que hombres y mujeres fueron produciendo su vida –su modo de producción– y desarrollando sus capacidades de transformar el medio ambiente y sus relaciones sociales de producción.

Por lo que acabamos de señalar Georg Lukács, en su conocida *Historia y conciencia de clase* de 1923 (casi contemporánea de la obra de Rubin), señaló que el capítulo de *El capital* sobre el fetichismo de la mercancía contiene en síntesis “todo el materialismo histórico”. No es casualidad que el autor de uno de los más grandes trabajos sobre la génesis y estructura de *El capital* haya ponderado del mismo modo la contribución de Rubin y la de Lukács e indicado que fue este último “quien nos enseñó a ver con ojos completamente distintos el método económico de Marx” (Rosdolsky, 2004). Es Lukács quien planteó, entonces, el vínculo indisoluble entre la enajenación y la explotación del trabajo y la “cosificación” o “reificación” de las relaciones sociales, un análisis profundo y esclarecedor que fue conocido también casi diez años antes de la publicación de los *Manuscritos*.

En consecuencia, tanto Rubin como Lukács deben ser considerados quienes nos brindaron *avant la lettre* los elementos clave para comprender la relación entre la obra del Marx joven y el Marx viejo que, mucho

más tarde, en la década de 1960, fue considerada propia de una oposición irreductible, como el pasaje de una filosofía especulativa a lo que sería su opuesto: el conocimiento riguroso, científico. Louis Althusser opuso entonces a un supuesto Marx científico maduro el Marx idealista juvenil y su “humanismo” de carácter más bien utópico. El estructuralismo estaba entonces en auge, disolviendo al sujeto en su entorno y circunstancia. Notablemente, los planteos de Althusser fueron presentados como una reacción radicalizada en el escenario de la época, porque enfrentaba la reivindicación fraudulenta de un Marx “humanista”, que las usinas ideológicas de la burocracia soviética colocaban como prenda de compromiso con el gran capital, y la línea restauracionista que se escondía bajo la política de la “desestalinización”. El maoísmo de moda en la Francia de la época creyó descubrir en la lectura estructuralista de *El capital* una *pièce de résistance* contra lo que llamaba el revisionismo krucheviano, al cual oponía la reivindicación de... Josef Stalin. La historia, claro, ha puesto las cosas en su lugar.

Dinero e inmersión en la realidad

Es también en los *Manuscritos* donde Marx presenta de un modo incluso brutal –si se nos permite el exabrupto– un trazo esencial del recorrido que va del trabajo alienado al fetichismo de la mercancía: el de una sociedad donde todo está invertido, puesto de cabeza, convirtiendo lo humano en inhumano y viceversa en un extremo cercano al paroxismo. Nos referimos al análisis de Marx sobre el dinero, inspirado en su lectura de los textos de Goethe y Shakespeare sobre la cuestión. Marx cita a ambos y dice incluso que su propósito es “explicarlos”. Ésta es la explicación del joven Marx en los *Manuscritos*:

Lo que mediante el *dinero* es para mí, lo que puedo pagar, es decir, lo que el dinero puede comprar, eso *soy yo*, el poseedor del dinero mismo. Mi fuerza es tan grande como lo sea la fuerza del dinero. Las cualidades del dinero son mis [de su poseedor] cualidades y fuerzas esenciales. Lo que *soy* y lo que *puedo* no están determinados en modo alguno por mi individualidad. *Soy* feo, pero puedo comprarme la mujer *más bella*. Luego no *soy* feo, pues el efecto de la fealdad, su fuerza ahuyentadora, es aniquilada por el dinero. Según mi individualidad soy tullido, pero el dinero me procura veinticuatro pies, luego no soy tullido; soy un hombre malo y sin honor, sin conciencia y sin ingenio, pero se honra al dinero, luego

también a su poseedor [...] La inversión y confusión de todas las cualidades humanas y naturales, la conjugación de las imposibilidades; la fuerza *divina* del dinero radica en su *esencia* en tanto que esencia genérica extrañada, enajenante y autoenajenante del hombre. Es el *poder* enajenado de la *humanidad*. Lo que como *hombre* no puedo, lo que no pueden mis fuerzas individuales, lo puedo mediante el *dinero*. El dinero convierte así cada una de estas fuerzas esenciales en lo que en sí no son, es decir, en su *contrario*.

¿No está aquí el núcleo mismo de la "teoría del fetichismo de la mercancía" como una suerte de tesis de un teorema aún no demostrado? El dinero es la representación más genérica del valor como equivalente universal, de una relación social que toma la forma de cosa. Una relación social que incluso "desaparece" bajo la forma de cosa, puesto que es la cosa la que se presenta ella misma con atributos y poderes sociales. El dinero es mercancía, manifestación esencial del valor, ícono del mundo del vendo y compro. Es también el dinero la mediación por la cual, en la sociedad capitalista, el ser humano y su fuerza creadora se transforman en objeto de alienación puesto que hombres y mujeres enajenan su capacidad de trabajar por dinero. Cambian dinero por la entrega del poder creador de sus trabajos, sus actividades vitales por aquello que deben comprar para subsistir. El dinero, en esta mediación, es el medio de una inversión de una alienación básica, constitutiva del modo particular de existencia del asalariado moderno y de la exacción capitalista. El dinero transforma todo lo que es o puede ser en lo contrario de lo que puede ser, es el *quid pro quo* en persona, es "verdadera fuerza creadora" que trastoca, que invierte, que da vuelta, que transforma las cosas en personas y las personas en cosas.

Resumen los propios *Manuscritos*:

Como tal potencia *inversora*, el dinero actúa también contra el individuo y contra los vínculos sociales, etc., que se dicen esenciales. Transforma la fidelidad en infidelidad, el amor en odio, el odio en amor, la virtud en vicio, el vicio en virtud, el siervo en señor, el señor en siervo, la estupidez en entendimiento, el entendimiento en estupidez. Como el dinero, en cuanto concepto existente y activo del valor, confunde y cambia todas las cosas, es la *confusión* y el trueque universal de todo, es decir, el mundo invertido, la confusión y el trueque de todas las cualidades naturales y humanas.

El mundo alienado y fetichizado del capital es el objeto de investiga-

ción anunciado en los *Manuscritos* y nunca abandonado, un hilo conductor decisivo del trabajo de Marx. Esta suerte de vampirización mediante la cual el capital y el dinero, como una de sus formas primigenias, crean un mundo de paradojas y contradicciones haciendo de los sujetos objetos y viceversa es un tema recurrente de toda la obra de Marx. La alienación del trabajo en su condición de asalariado, es decir, de la fuerza de trabajo convertida en mercancía, en algo que se vende y se compra y, concomitantemente, la conversión de la mercancía en fetiche, en sujeto social, recorre desde sus escritos juveniles toda la obra de Marx. Será su síntesis más lograda la que finalmente aparece en las páginas sobre el fetichismo de la mercancía de *El capital* y se nos presenta, por lo tanto, como lo fundamental del "método sociológico" de Marx (Rubin) y resumen insuperable de "todo" su "materialismo histórico" (Lukács). Otra prueba de lo que señalamos respecto del carácter recurrente del tema de la "alienación"/"fetichismo" desde el inicio de la investigación de Marx se encuentra en su *Trabajo asalariado y capital* de 1849. Allí nos brindará otra versión del "mundo invertido" moderno en magnífica definición no ya del trabajo, ni de la mercancía, sino del propio capital:

Un negro es un negro. Sólo en determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina, sólo en determinadas condiciones se convierte en *capital* [...] El *capital* es una relación social de producción [...] La existencia de una clase que no posee nada más que su capacidad de trabajo es una premisa necesaria para que exista el capital [...] [que] en cuanto *fuerza* social independiente, es decir, en cuanto fuerza en poder de *una parte de la sociedad*, se conserva y aumenta por medio del *intercambio con la fuerza de trabajo inmediata, viva* [...] Sólo el dominio del trabajo acumulado, pretérito, materializado sobre el trabajo inmediato, vivo, convierte el trabajo acumulado en capital [...] El capital no consiste en que el trabajo acumulado sirva al trabajo vivo como medio para nueva producción. Consiste en que el trabajo vivo sirva al trabajo acumulado como medio para conservar y aumentar su valor de cambio.

El texto que reproducimos es anterior al descubrimiento de la plusvalía y una transición entre el Marx joven y el que le sigue, pero expresa el mismo *quid pro quo* que se retoma en el célebre apartado sobre el fetichismo de la mercancía. Nótese bien: en lugar de presentar al capital como lo hace la economía vulgar, como el trabajo pasado que, cristalizado en medios de producción, potencia el trabajo presente, Marx lo define

como el trabajo pasado, “muerto”, apropiado por los capitalistas, el que se valoriza a costa de la explotación del trabajo vivo. Notable *quid pro quo*.

En un trabajo reciente Néstor Kohan (2011) puso de relieve con suficiente rigor todo ese recorrido de Marx desde la alienación al fetichismo en los textos posteriores a los *Manuscritos* de 1844 hasta los manuscritos de *El capital*, que posteriormente Engels publicará como los tomos II y III de esta última obra. Valga como expresión de este sistemático propósito de descifrar el “mundo invertido” del capital lo que se dice en el tomo III con relación al concepto de ganancia, que aparece en la superficie del metabolismo económico capitalista como una emanación de la totalidad del capital puesto en funcionamiento en la producción. Más allá de esta apariencia, sin embargo, Marx ya había demostrado que tal ganancia no era sino “plusvalía”, una parte del valor creado por el obrero: la que excede a la otra parte del valor producido por el obrero, que éste recupera, siendo su expresión monetaria el salario y que es equivalente al valor de los medios que garantizan la subsistencia del trabajador.

Una vez más, entonces, se plantea un *quid pro quo*: “El modo como la plusvalía se convierte en la forma de ganancia [...] no es sino la prolongación de la inversión de sujeto y objeto operada ya durante el proceso de producción. Ya veíamos allí cómo todas las fuerzas productivas subjetivas del trabajo se presentaban como fuerzas productivas del capital. Por una parte, el valor, el trabajo pretérito que domina sobre el trabajo vivo, se personifica en el capitalista; por otra parte, el obrero aparece, a la inversa, como una fuerza de trabajo objetivada, como una simple mercancía. Y esta relación invertida hace surgir necesariamente, ya en el plano de las simples relaciones de producción, una idea invertida congruente, una conciencia transpuesta, que los cambios y las modificaciones del verdadero proceso, de circulación se encargan luego de desarrollar”. Así, con palabras muy similares a las aquí citadas del trabajo de 1849, en la parte culminante de su trabajo, muchos años después en el último tomo de *El capital*, Marx vuelve al mismo concepto de “capital” como estrujamiento del trabajo vivo, como “inversión” por la cual el obrero aparece como una cosa “objetivada” y las cosas —medios de producción— como si fueran sujetos, personas.

Capital ficticio y fetichismo: crisis y actualidad

En el texto de Néstor Kohan se agregan numerosas evidencias sobre el tratamiento del fetichismo y la alienación capitalista en toda la serie

de trabajos que emprendió Marx desde sus primeras reflexiones de juventud hasta sus obras de madurez. Sería propósito de otro artículo seguir más detenidamente esa trayectoria, objeto de numerosísimos debates desde hace mucho tiempo. En el resumen que aquí realizamos sobre esa trayectoria vale la pena señalar, para concluir, que en sus textos “de grande”, en las décadas de 1860 y 1870, Marx define el capital bancario, el capital de préstamos, es decir, el capital que rinde interés, como “el más perfecto [...] de los fetiches”: es el dinero... produciendo dinero, habiendo desaparecido incluso los rastros mistificados del trabajo, de su explotación y del capital industrial que la ejecuta poniendo en marcha una producción efectiva. El capital bancario o “a interés” parece la fórmula pura del capital como fetiche porque se presenta como dinero que produce dinero, incluso sin mediar directamente una producción. Solamente yendo más allá de las apariencias es posible comprender al interés como una deducción de la ganancia industrial, y a esta última como una expropiación al obrero.

A la apariencia mágica de plata que genera plata corresponde una segunda ilusión: que el interés es siempre el resultado de un capital original, como el invertido en la producción. Un ejemplo clásico es el caso de la deuda pública, cuyos intereses parecen emanar de un capital, pero que es, frecuentemente “un capital ilusorio, ficticio [...] porque jamás [el préstamo] se destinó a gastarse, a invertirse como capital. Para el acreedor [del Estado] la parte de los impuestos que a él le corresponde representa el interés de su capital, lo mismo que para el usurero [...] aunque en ningún caso se invierta como capital la suma de dinero prestado” (la cita es también del III tomo de *El capital*).

Pero no sólo los bonos o los títulos de la deuda son la expresión de un capital ficticio; también lo son las acciones, títulos que dan derecho a participar en la ganancia de una empresa cualquiera. Porque el capital no existe dos veces: una como capital realmente invertido (maquinarias, edificios, materias primas, salarios) y otra como valor-capital de esas acciones. Una forma aun más tradicional de capital ficticio es el pagaré, uno de los más viejos títulos de crédito comerciales, por medio del cual el comprador de una mercancía se compromete a pagarla en un plazo determinado. Pero los capitalistas productores de esa mercancía pueden vender ese pagaré con un descuento a un tercero, para recuperar rápidamente el dinero obtenido en la venta. El pagaré, entonces, toma la forma de un capital propio que puede circular, volver a venderse, garantizar otras operaciones, creando la situación ilusoria de que se trata de un nuevo circuito del capital.

Al lado del capital real funciona el capital ficticio, del mismo modo que al lado de la mercancía circula, contradictoriamente, el dinero. Por eso, ese capital que se diferencia del capital realmente existente y que calificamos de ficticio cumple de todos modos una función real, porque permite ensanchar el terreno de sus negocios, facilitando el consumo y extendiendo las posibilidades de producción durante un cierto tiempo. Este desarrollo hace más estrepitosas las crisis ulteriores, porque rompe una cadena de créditos y de deudas, y de desarrollos especulativos que tienen por base esos créditos y deudas. Es lo que pasa en circunstancias como las actuales, cuando una extraordinaria crisis domina largamente el escenario económico-político mundial.

En el último período, el capital ficticio acumulado en acciones, bonos y títulos de la más diversa especie supera en diez veces el valor real de la producción mundial, alcanzando una cifra superior a los 500 billones de dólares. Durante un corto tiempo pareció que era una suerte de remedio final para el capital y creó, entre 2002 y 2007, lo que los economistas calificaron como "el mayor crecimiento de la historia". Extendió las posibilidades de acumulación del capital a un extremo sin precedentes. Es lo que ahora se derrumba como un castillo de naipes. Como expresión de una contradicción insoluble del capital: se expande como si no tuviera límites cuando sus límites están dados por la explotación del trabajo, que es cada vez más necesaria para mantener su ganancia.

La crisis mundial actual expresa la alienación que es propia del capitalismo a la escala histórica de un alcance y una extensión sin precedentes. El fetiche del capital ha consumado en su historia real su misión específica de crear un mercado mundial y una potencia sin igual de la fuerza productiva del hombre. El capital cumplió su tarea histórica potenciando sus contradicciones a un límite que le es propio e insuperable y que reclama por eso su exterminio (el del capital). La oposición entre el carácter social que el capitalismo imprimió al metabolismo productivo planetario y la apropiación privada de los resultados de esa misma producción se ha desarrollado a niveles impensados en el pasado. Como una suerte de metamensaje, para el que lo quiera comprender, la civilización capitalista saturada de sus propias posibilidades consumadas se presenta como abismal luego de haber proclamado, no hace mucho tiempo, una especie de pasaje a la eternidad: cuando la restauración capitalista en la desaparecida Unión Soviética parecía cancelar de un modo definitivo la experiencia libertaria y socialista con la cual debutó el siglo que, entonces, terminaba. De modo que el fetiche que se presentaba en la pluma de sus apologistas como el "final de la historia" parecía -parece-,

a su modo, dar cuenta del hechicero. La actualidad del planteamiento de Marx consiste en que su análisis, de rigor implacable, del capitalismo señaló no sólo los términos de sus contradicciones insuperables sino que también puso de relieve su carácter históricamente condicionado, los límites que marcan su tendencia irreversible al agotamiento, a la decadencia y descomposición.

En su tendencia irreversible a la conversión de los sujetos en cosas y a las cosas en sujetos, sin embargo, el capital nos plantea también, al menos como ejercicio especulativo, la posibilidad de que su superación histórica sea, contradictoriamente, una meta imposible de lograr. Como si el capital pudiera cancelar la emergencia de su superación a fuerza de degradar la fuerza y la capacidad de quienes deben acometerla, pasando de la condición de objetos de la explotación a sujetos de la emancipación. La tensión que plantean los extremos posibles de estas alternativas no puede resolverse "en clave meramente teórica". Es el problema práctico de nuestra época.

Última observación. En esta suerte de viaje de la alienación al fetichismo nos hemos desplazado del trabajo a la mercancía y también del dinero al capital y sus metamorfosis. Un recorrido que nos muestra desde diversos ángulos cómo la sociedad moderna se estructura en torno a la "inversión", al *quid pro quo*, al mundo patas para arriba que es propio del mundo burgués. El viaje podría seguir, pero escapa a los límites propios de este texto. No obstante, vale la pena dejar constancia del territorio aquí inexplorado que va más allá de lo que podemos llamar como el campo de la infraestructura económica y se interna en el de la política cuando dirigimos nuestra vista a la superestructura institucional del universo capitalista. En tal superestructura el Estado es, también, alienación y fetichismo. El Estado es, en definitiva la expresión de una relación social, de un antagonismo irreconciliable de sujetos que, sin embargo, se presenta como "institución", como objeto-instrumento de la supuesta preservación del interés general en tanto no es otra cosa que la afirmación del interés particular de los explotadores. Fetichismo y alienación de la "política", que se presenta en esta Argentina de hoy como medio para una transformación social cuando reproduce el orden conservador, aun bajo la pátina de lo nacional y popular, y perpetúa la herencia "neoliberal" (privatizaciones, pago de la usura, precarización laboral). El mundo alienado, el mundo del fetiche es el mundo, el universo propio de la paradoja capitalista. Una paradoja que toma formas precisas en las crisis como las que desde el comienzo del siglo XXI recorre el mundo entero.

ACERCA DE LA ACTUAL
BANCARROTA CAPITALISTA

¿Qué es la teoría del derrumbe del capitalismo?

Hace ya más de un cuarto de siglo, la colección Pasado y Presente dirigida por José Aricó publicó en español el libro de Lucio Colletti *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*. El autor presentó su obra como una "antología sistemática de textos de Marx, Bernstein, Cunow, Schmidt, Kautsky, Tugan-Buranovski, Lénin, Hilferding, Bauer, Luxemburgo, Bujarin y Grossmann". La filiación marxista de todos ellos no era naturalmente una casualidad, ni mucho menos una selección unilateral. Como plantea Colletti en su larga y medulosa introducción, "sin Marx y sin el movimiento práctico e ideal que se adscribió a sus principios no sólo no habría surgido nunca una discusión sobre el destino del capitalismo, sino que —quizá— ni siquiera habría surgido nunca la conciencia de que esta sociedad es el capitalismo y el sistema capitalista está destinado a terminar".¹

Las dos afirmaciones de Colletti se encuentran necesariamente implicadas. Si la especificidad del modo de producción capitalista queda disuelta en una generalización sobre el carácter eterno de los medios de producción desde que el hombre es hombre y en consecuencia la herramienta más primitiva pudiera ser considerada como un "capital", si así fuera, la reflexión sobre el origen y el límite histórico del capital carecería de todo sentido. Simplemente no habría historia porque el capital habría existido siempre. Como el hombre es un animal *toolmaking* (hacedor de herramientas), la especificidad de su especie se confundiría con el propio capital (habiendo confundido previamente a este último con cualquier... herramienta). Vale la pena detenerse brevemente en este punto de partida.

1. Salvo cuando se indica otra fuente, las citas textuales corresponden a la introducción de Lucio Colletti a esa compilación.

Clásicos y neoclásicos, capital y trabajo

Este operativo de "ahistorización" de la sociedad capitalista y la tentativa de dotar a las categorías propias de la economía capitalista de un "valor universal" fueron las marcas propias de lo que se conoce como economía "neoclásica". Fue con los llamados "neoclásicos", sobre el final del siglo XIX, cuando la economía dejó de ser la disciplina que indagaba el metabolismo social de la producción moderna. Por eso mismo el nombre original de la disciplina era "economía política" (admitiendo que el concepto original de *polis* remite a la "ciudad" como sinónimo de la sociedad de los hombres en un sentido más general). La "economía" —así, a secas, sin aditamento— no sólo perdió su dimensión histórica al decretar el carácter eterno del capital, sino también su naturaleza social, negando tal atributo a la disciplina una vez que lo negó para el objeto de su indagación. Se convirtió así en una suerte de estudio de la técnica de la práctica eficaz abstractamente definida: el mejor resultado posible en el vínculo entre recursos escasos y objetivos múltiples, concebidos unos y otros al margen de la historia y de la sociedad. Tiene razón Colletti, por lo tanto, en que en tal "economía" el tema relativo al futuro del capital y su raíz histórica carecía completamente de sentido.

Vale la pena una aclaración adicional. La denominación "neoclásica" para esta economía da lugar a un equívoco porque se la presenta de ese modo como renovada versión de su variante "clásica", la que se identifica con los planteos de los grandes economistas de finales del siglo XVIII y principios del siguiente: Adam Smith y David Ricardo. Para estos últimos el centro de su análisis estaba consagrado a la comprensión de la naturaleza del trabajo humano y, en particular, su rol como regulador de las formas específicas de la producción en nuestra época. Con la identificación del trabajo con el desarrollo del ser humano y de su medio material, la "economía política" dio un giro copernicano con relación a las representaciones propias del trabajo en la historia previa, que consideraban el trabajo y al trabajador como pertenecientes a un mundo infrahumano o minusválido, propio de esclavos o siervos. El alcance revolucionario del descubrimiento de la potencia del trabajo humano y de las contradicciones de su explotación por el capital adquirirá su estatura más completa con la "crítica de la economía política". La referencia es pertinente para indicar que con los "neoclásicos" este problema fundacional de la economía, relativo al trabajo humano, simplemente desapareció. Más que una renovación de la disciplina, la "neoclásica" representa una

"contrarrevolución", según la definición de un economista inglés del siglo XX, Maurice Dobb.

La referencia es pertinente, además, porque se vincula también al tema central que nos ocupa sobre el carácter, el significado y el límite del capitalismo, y tiene en este texto un valor heurístico. La consideración sobre el papel decisivo del trabajo como centro de la producción y reproducción de la vida humana y sus "riquezas", formulada en los albores del capitalismo pero por sobre todo del movimiento obrero que con él nació, se transformó en "subversiva" cuando los sujetos del trabajo se integraron en grandes organizaciones colectivas. Cuando se reconocieron no sólo como trabajadores sino como proletarios, o sea, no sólo como productores, sino productores despojados de su producto (contando apenas con su prole) o al menos como marginados de esa riqueza que ellos mismos creaban. El mundo del conocimiento oficial dejó entonces que la economía, disciplina ahora de un solo signo, abandonara su preocupación propia como disciplina social y se convirtiera en una mera "praxeología", en el estudio de la supuesta eficiencia de la acción —conforme a la definición de Oscar Lange—, una disciplina "universal" para el mundo de los hombres sin historia.

Es necesario agregar en este punto que la economía política clásica concebía la historia como parte de su campo de estudio aunque en un sentido teleológico, es decir, destinada a consumarse en el presente en una suerte de estadio definitivo al cual habría arribado la humanidad. De ahí que la forma social actual de la manera de producir de los seres humanos en nuestra era (capitalismo) constituía el fin de la historia, una suerte de estación terminal que encontraba en el mercado, el valor y sus leyes el despliegue último de la misma naturaleza humana y de los vínculos entre los seres humanos que a ella correspondía. En una nota a pie de página del primer capítulo de *El capital*, que en realidad era una cita de un texto previo, *Miseria de la filosofía*, Marx sintetizó así la cuestión:

Los economistas tienen una singular manera de proceder. No hay para ellos más que dos tipos de instituciones: las artificiales y las naturales. Las instituciones del feudalismo son instituciones artificiales; las de la burguesía, naturales. Se parecen en esto a los teólogos, que distinguen también entre dos clases de religiones. Toda religión que no sea la suya es invención de los hombres, mientras que la suya propia es, en cambio, emanación de Dios... Henos aquí, entonces, con que hubo historia, pero ahora ya no la hay.

La certeza como dualidad y el Marx juvenil

El reconocimiento de Colletti a la condición única del marxismo para abordar la cuestión del agotamiento del capitalismo se ve, sin embargo, opacada cuando admite que antes de Marx, y como el propio autor de *El capital* lo señalara, Jean de Sismondi, por un lado, y también Adam Smith y David Ricardo, por el suyo, especularon sobre el carácter histórico del capitalismo o sospecharon que su destino no podía eludir una decadencia posiblemente insuperable. Es entonces cuando Colletti agrega que la novedad del marxismo no consistió en haber postulado el fin del capitalismo sino más bien en haber expuesto este fin en los términos de un paso histórico a una nueva forma de organización de la sociedad: "El elemento realmente nuevo es éste". Con este planteo, Colletti introduce por su cuenta una dosis de linealidad ausente en el análisis marxista. El planteo de Marx no excluye lo que podemos denominar el "optimismo histórico" sobre las posibilidades de la humanidad de superarse a sí misma, pero admite asimismo la eventualidad de un retroceso civilizatorio en el caso en que el fin del capitalismo no implique el "paso" al cual hace alusión Colletti. "Socialismo o barbarie" fue la alternativa (no lineal) que sintetizara Rosa Luxemburgo hace ahora un siglo.

La historia no tiene sentido único y ya en el *Manifiesto comunista*, mucho antes de encarar el trabajo que remataría con *El capital*, Marx había escrito que si "toda la historia de la sociedad humana, hasta la actualidad, es una historia de luchas de clases [...] [esa] lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta, [es] una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes [sic]". La cita es doblemente significativa para esclarecer nuestro punto de vista. En primer lugar, porque revela que la "teoría del derrumbe" del capitalismo no remite apenas a *El capital* y a la "crítica de la economía política" sino que la precede y, más aún, hasta es posible afirmar que la condiciona. En segundo lugar, porque tal derrumbe no admite un pronóstico unidireccional. Así, puede decirse incluso que la mentada "teoría del derrumbe" está implícita, en los términos del propio Marx, en el "hilo conductor" de sus estudios y que puede "resumirse así", según escribió en uno de sus textos más citados desde siempre, el "Prólogo" de la *Contribución a la crítica de la economía política*:

En la producción social de su vida los hombres establecen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad,

relaciones de producción que corresponden a una fase determinada de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una fase determinada de desarrollo las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas, y se abre así una época de revolución social.

En definitiva, la tendencia al colapso de la sociedad capitalista no es en modo alguno un resultado novedoso de las investigaciones del Marx "maduro", y únicamente asociada al descubrimiento de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Ya abundaremos al respecto. Señalemos desde ya que la cuestión del derrumbe es, al revés, algo fundante del "primer" Marx, un aspecto del descubrimiento "original" del marxismo, de su "ajuste de cuentas" con la "ideología alemana" en la cual se formó (para decirlo con las palabras del propio Marx y del título de su trabajo primigenio con Engels). Descubrimiento o punto de partida de lo que podemos llamar la ley más general de movimiento de la historia humana (y de las clases sociales antagónicas que le dan su forma particular).

"Derrumbistas" revolucionarios y... no revolucionarios

La aproximación que aquí desarrollamos sobre la cuestión del derrumbe del capitalismo echa luz sobre otra limitación que nos parece clave en el abordaje de Colletti en la introducción a la antología de textos que presenta en su libro. Tal limitación remite al siguiente procedimiento de Colletti con relación a los autores de los textos que reúne en su obra: los divide entre partidarios y no partidarios de identificar a Marx con una teoría del derrumbe capitalista y enseguida muestra que en uno y otro grupo se puede encontrar revolucionarios y enemigos de la revolución.

Por ejemplo, Rosa Luxemburgo y Eduard Bernstein coincidirían en que el marxismo es indisociable de un planteo sobre el colapso del capital (por lo cual el segundo propuso que fuera "revisado"). Otro caso: el socialista de derecha Heinrich Cunow interpretaba que el planteo "derrumbista" de Marx conducía a esperar pasivamente el final del capital y por eso mismo Lenin, conforme a la clasificación de Colletti, debería ser anotado entre quienes se oponían a admitir una teoría del colapso capitalista. Una variante del mismo asunto: tanto Rudolf Hilferding como Nicolai Bujarin reconocían en Marx una formulación del derrumbe capitalista, siendo el primero un revisionista y el segundo un bolchevique.

Esta particular taxonomía de Colletti es más que limitada, porque introduce en este problema una importante confusión, a modo de prejuicio, en su propio texto. Es decir, antes de abordar la cuestión de si el marxismo y la teoría del derrumbe constituyen algo así como un par inseparable, se hace entrar por la ventana una especie de conclusión prematura (y falsa). Colletti nos adelanta así que la respuesta positiva o negativa al problema de si el capitalismo marcha hacia su colapso no constituiría un elemento fundacional y clave de la concepción materialista de la historia y, por supuesto, de la conducta práctica frente al capital. Desmerece de este modo el debate teórico que pretende divulgar con su antología y, sobre todo, nos presenta un ángulo deliberado de eclecticismo y confusión. Esto porque la reivindicación del marxismo sería compatible con postular la teoría sobre el inevitable colapso del capital o... con su negación.

Aunque Colletti tiende así a disminuir el alcance de la discusión, no deja de abordar el interrogante sin el cual su propia antología carecería de sentido. ¿Existe o no en Marx, se pregunta, una teoría del derrumbe? Enseguida veremos el tenor de su respuesta. Pero importa subrayar que la presentación del tema que aquí llamamos prejuiciosa (en un sentido literal, como juicio previo a la consideración del punto que está en cuestión) condiciona o limita el alcance de esa misma respuesta. Porque en ningún caso estaría en cuestión algo esencial al planteamiento marxiano y al rigor del "socialismo científico", según la conocida sentencia de Engels. Para acomodarse a este planteo la respuesta de nuestro autor al interrogante sobre si el marxismo supone una teoría del colapso es dubitativa, se diría que medrosa, ambigua e inconsistente. Y aunque parezca absurdo, tal respuesta es "sí": hay en Marx una teoría del colapso... Y también todo lo contrario. Veamos el intrínquilo.

La tendencia decreciente de la tasa de ganancia

Según el autor italiano, sí hay una teoría del derrumbe en el análisis de Marx en una parte de su obra y es la que se deriva de la explicación de Marx en el tomo III de *El capital* sobre la tendencia decreciente de la tasa de ganancia (TDTG). Plantea allí lo que denomina una conclusión muy simple y "sencilla" (textual) luego de todo el desarrollo de su investigación sobre el mundo de las mercancías, el valor, el trabajo, la acumulación y reproducción del capital. Una conclusión muy simple que parte de la formulación igualmente sencilla y elemental de la ley del valor, según la cual las mercancías tienden a intercambiarse en una proporción que se explica por el tiempo de trabajo involucrado en su producción.

El capital, conforme al desarrollo de la misma ley del valor, obtiene su lucro o ganancia de la diferencia entre el valor producido por sus trabajadores (el tiempo de trabajo que agregan el producto en el cual participan con su labor) y el valor de sus salarios. Estos últimos se corresponden con el tiempo de producción de las mercancías que el obrero consume, que es menor que el tiempo que los obreros consagran a trabajar para el capital. La aplicación restante del capitalista a insumos, medios de trabajo, materia prima, etc., transmite su valor sin aditamentos al "bien" final que resulta de su utilización en el proceso productivo. En consecuencia, aunque el capitalista mide su ganancia o lucro con relación a la totalidad del capital aplicado, este capital consta de dos partes sustancialmente diferentes: la que se denomina capital variable (V) y la que se denomina capital constante (C), siendo que apenas la primera resulta en la producción de un "plus" de valor o plusvalía, de la cual se apropia el propietario de los medios de producción como... ganancia o lucro.

En la evolución histórica del capital y como resultado de la competencia entre los capitalistas, crece proporcionalmente más el capital constante que el variable o, lo que significa lo mismo, avanza la productividad del trabajo. Esto, como dicen los "manuales" de la economía vulgar, explica que la industria sea más "capital intensiva". Dicho de otro modo: la parte del capital que constituye la "gallina de los huevos de oro" para sus propietarios tiene a disminuir como proporción de la totalidad del capital. De manera que la ganancia, medida respecto de una unidad cualquiera de capital, tiende con el tiempo a... disminuir. El razonamiento es efectivamente "sencillo".

Marx calificó a la TDTG como la ley fundamental para comprender el mecanismo íntimo que hacía del capitalismo un sistema históricamente condicionado, conforme a su planteo original en los escritos juveniles

previos a la escritura de su obra más medulosa y más conocida. Agregó también que los economistas de la burguesía intuyeron este límite insuperable del capital como un "enigma" que no pudieron resolver porque no entendieron nunca el "enigma" de las dos partes sustantivas del capital con relación a la producción de la ganancia, es decir, la diferencia cualitativa entre el capital constante y el variable.

Ya señalamos que al identificar la TDTG con la teoría del derrumbe se omite el hecho de que su fundamento es muy anterior en el desarrollo de la obra de Marx; un fundamento que debe buscarse en su concepto original de la historia y la evolución de la sociedad humana. Hay que agregar ahora algo más, porque cuando Colletti se detiene en la TDTG y reconoce en ella lo esencial de una teoría del colapso del capital, añade que se trata de un enfoque "puramente económico", de una explicación que corresponde a "un punto de vista burgués". Algo que sugiere que desde un punto de vista "no burgués" o "no económico" la teoría del derrumbe no tendría fundamento o validez (algo que, en verdad, caracteriza a la indebida sugerencia).

Marx sobre Ricardo y los *Grundrisse*

Para fundamentar su idea sobre el carácter "económico" y "burgués" de la TDTG, Colletti recurre a una cita de *El capital* que reproducimos:

Lo que a Ricardo le inquieta es observar que la tasa de ganancia, el acicate de la producción capitalista, condición y motor de la acumulación, corre peligro por el desarrollo mismo de la producción [...] Hay algo más en el fondo de esto, generalmente, algo más profundo, que Ricardo no hace más que intuir. Se revela aquí de un modo puramente económico, es decir, desde el punto de vista burgués, dentro de los horizontes de la inteligencia capitalista, desde el punto de vista de la producción capitalista misma, su límite, su relatividad, el hecho de que este tipo de producción no es un régimen absoluto, sino un régimen puramente histórico, un sistema de producción que corresponde a una cierta época limitada de desarrollo de las condiciones materiales de la producción.

Sin la pretensión de una exégesis hermenéutica, nos parece evidente que Colletti fuerza la interpretación de las palabras de Marx en un sentido que no es correcto. Marx no dice que su comprensión relativa a la TDTG sea "puramente económica", "desde el punto de vista burgués";

adjudica tal cosa a la "inquietud" de Ricardo y, en definitiva, a su incapacidad de resolver el "enigma" que le preocupa por no entender la ya indicada diferencia entre capital constante y variable. Una diferencia que, por supuesto, no podía entenderse en los términos de la comprensión del asunto por parte de Ricardo y los economistas de la burguesía.

Esto queda absolutamente clarificado en un párrafo de los *Grundrisse* cuando Marx plantea que la TDTG debe considerarse "desde el punto de vista histórico" como la "ley más importante" que plantea la dinámica de la acumulación del capital. Y especifica:

Pone de manifiesto que [...] el desarrollo de las fuerzas productivas, motivado por el capital mismo en su desarrollo histórico [otra vez, "histórico"], una vez llegado a cierto punto, anula la autovvaloración del capital en lugar de ponerla [...] El desenvolvimiento de las fuerzas productivas se vuelve un obstáculo para el capital; por tanto la relación de capital se torna en una barrera para el desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo.

En este planteo de los *Grundrisse* (que Marx retomará de un modo integral en el tomo III de *El capital*) se reproduce de un modo general, tal cual lo anticipáramos en estas líneas, el eje sobre el cual se estructura toda la investigación de Marx en lo referido a la contradictoria relación entre las fuerzas productivas y las correspondientes relaciones de producción. "En agudas contradicciones, crisis, convulsiones", se dice en los *Grundrisse*, "se expresa la creciente inadecuación del desarrollo productivo de la sociedad a sus relaciones de producción hasta hoy vigentes. La violenta aniquilación del capital, no por circunstancias ajenas al mismo, sino como condición de su autoconservación, es la forma más contundente en que se le da el consejo de que se vaya y deje lugar a un estadio superior de producción social". El párrafo es reproducido por Roman Rosdolsky en su enorme estudio *Génesis y estructura de El capital de Marx*. El propio Rosdolsky sentencia a continuación que "con este pronóstico de derrumbe concluye la tercera sección de los *Grundrisse*". Y además considera necesario precisar lo siguiente en un nota de pie de página:

La afirmación de que Marx no habría instaurado una teoría del derrumbe debe remontarse ciertamente, ante todo, a la interpretación revisionista (por lo cual nunca apreciaremos lo suficiente los méritos teóricos de Rosa Luxemburgo y de Henryk Grossmann).

En síntesis, la teoría del derrumbe del capital no debe ser asociada

a su unilateral consagración con la emergencia de la revolución social victoriosa (se manifiesta también en la eventual descomposición y regresión civilizatoria del orden social históricamente agotado). Tampoco queda planteada con el remate del análisis de *El capital* en su tomo III, referido a la TDTG, porque el planteo del carácter histórico del capitalismo y de su condena a una suerte de ciclo vital pertenece al principio mismo de la investigación marxiana, a su "hilo conductor". Debe desecharse asimismo el confinamiento de esa TDTG al abordaje "puramente económico" o "burgués" que Marx habría admitido como propio de su planteo.

La teoría del derrumbe en la versión de Colletti se presenta, en definitiva, absolutamente desdibujada y ajena a la esencia de los fundamentos con la cual Marx la desarrolló. Sólo a partir de esta versión sui géneris del colapso capitalista puede afirmarse el equívoco de que la teoría de la revolución social puede formularse con independencia de su admisión o su rechazo y que, por lo tanto, los revolucionarios marxistas puedan igualmente admitir o rechazar la teoría del derrumbe. Y, además, hasta tener razón en ambos casos, puesto que "la convicción que nos hemos formado a propósito de esto es que en la obra de Marx hay una teoría del derrumbe pero que allí, por otra parte, también hay razones para refutar, en principio, la validez de cualquier teoría de esta especie", dice Colletti. En este punto hay que decir que sólo es posible afirmar semejante cosa si no se entiende el significado de la teoría del derrumbe en el marxismo. O, a modo de aforismo, con el derrumbe de la propia teoría del derrumbe.

Automatismo y (anti)dialéctica

Lo que sucede es que Colletti ha convertido la teoría de marras en... lo que no es, de tal modo que la teoría del colapso consistiría "en [plantear] un derrumbe económico más o menos [sic] automático [sic] del capitalismo", como afirma al concluir su introducción a la antología sobre el tema. Una sentencia que inmediatamente acompaña con la evidencia incuestionable de que los bolcheviques rechazaban esa tesis. Es que una cosa es lo que plantea Marx sobre el colapso y otra la variante de Colletti sobre su carácter "económico" o "automático", dos atributos que considera íntimamente asociados.

El colapso no es "económico" en el sentido limitante que le adjudica Colletti al término, al asociarlo a un puro efecto acumulativo o "cuantitativo" de la baja tendencial de la tasa de ganancia, hasta un punto en que la máquina del metabolismo productivo dejará de funcionar como

resultado de una dinámica de tipo mecánico. En un cierto (otro) sentido se podría hablar (de hecho, se lo hace) de derrumbe "económico" pero como denominación poco rigurosa de un fenómeno que va más allá de lo "económico", porque expresa la disolución de la relación social de producción, resultado de su estadio terminal con relación a fuerzas productivas que no puede contener y que se encuentran en contradicción con el orden vigente. No sería la primera vez que se fuerza el significado de una palabra. Con ese colapso "económico", según el conocido (y aquí citado) párrafo del "Prefacio" de Marx, queda abierto el momento histórico de la revolución social. Algo que no sería posible si no estuviera planteado el derrumbe o el colapso de la sociedad agotada y la posibilidad de su superación por un nuevo orden social. Una transición en la cual el automatismo está fuera de lugar, porque su destino dependerá de la emergencia de una lucha de clases determinada. Una lucha que, como es obvio, carece de resultados que en modo alguno son "automáticos" o preestablecidos. Ya hemos puntualizado que el derrumbe del capital no puede identificarse linealmente con su superación en un nuevo orden social, pues incluso puede derivar en lo opuesto, en una regresión o descomposición de la sociedad que no encuentra en su seno los recursos para una salida progresiva del colapso al que ha conducido la ley de su propio desarrollo.

La idea de que lo que podemos llamar el resultado "abierto" de una transición histórica (o alternativo en términos de sus resultados considerados en términos polarizados) se opone a la teoría del colapso de Marx sólo es admisible si previamente tal teoría es convertida en sinónimo de "derrumbe económico y automático", con lo cual se concluye en algo que se introdujo de entrada en la premisa del (falso) razonamiento. Es un planteo unilateral: sólo podría hablarse de un "derrumbe" en el caso de un colapso "económico y automático" que da paso al socialismo. Si no, no hay derrumbe. Esta forzada (falsa) oposición puede ser ilustrada con el título de otro libro, dedicado al problema que aquí nos ocupa y que también es una antología de textos publicada en 1978 en la meritoria colección Pasado y Presente. El título es, en la forma de una interrogante, *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?* y tiene la virtud de resumir casi de manera perfecta la incorrecta formulación de la cuestión en términos de antagonismo sumario. El dato es significativo porque Aricó contribuyó mucho a difundir el planteo equivocado de Colletti sobre el colapso capitalista. Algo que tiene actualidad porque aparece muy explícitamente en un capítulo de su libro póstumo, publicado hace poco tiempo, bajo el título *Nueve lecciones de economía y política en el*

marxismo (Aricó, 2012), obra que por otros motivos es muy interesante y sugestiva. Si de ser sumario se trata, la variante acertada de un título para ilustrar los debates sobre el colapso debería ser "Derrumbe y sujeto revolucionario", y si se pretende una aclaración a modo de "subtítulo", habría que pensar en una expresión del tipo: "La asociación inevitable", "El vínculo imprescindible", "La relación necesaria", etcétera.

La antología de Pasado y Presente a la que aludimos incluye textos del debate que en la década de 1930 protagonizaron Anton Pannekoek y Henryk Grossman. Frente a la disyuntiva que plantea el título del libro bajo la forma de un interrogante, la respuesta de Pannekoek sería... "sujeto revolucionario", mientras que la elección de Grossman sería la del "derrumbe" (sesgado a su calificación como "económico o automático"). En el mismo libro, sin embargo, se incluyen dos textos de Paul Mattick que revisten un interés particular porque contribuyen a deshacer esa falsa oposición entre colapso y sujeto revolucionario. Lo prueba la siguiente cita, que reproducimos:

Grossman no afirma, como dice su crítico, que el capitalismo se derrumbará por motivos *puramente económicos*, que el derrumbe se debe llevar a cabo *independientemente de la intervención humana*... Ni siquiera para Grossman el derrumbe es un proceso automático, sino el acto revolucionario del proletariado. Ni siquiera para Grossman existen problemas *puramente económicos* [...] El *reconocimiento teórico* de que el sistema capitalista, por sus contradicciones internas, debe necesariamente ir hacia el derrumbe *no induce en absoluto* a considerar que el *derrumbe real* sea un proceso automático independiente de los hombres. Sin hombres no habría economía, la cual no puede ser abstraída de aquellos. Antes de que el *punto límite* logrado teóricamente sobre la base de un conjunto de abstracciones encuentre su paralelo en la realidad, los obreros ya habrán realizado su revolución. Por lo que si Grossman afirma que el derrumbe es inevitable, prácticamente esto significa tan sólo que la *revolución* es inevitable. Él no sostiene un punto de vista puramente económico sino dialéctico, para el cual toda abstracción es tan sólo un medio para el reconocimiento de la realidad.

Más aún:

No es la economía la que determina las relaciones de clases dadas, sino que son las relaciones de producción capitalista —en cuanto relaciones de clases— las que bajo las condiciones de la economía de mercado adoptan la forma fetichista de relaciones económicas,

cualquier consideración "puramente económica" del capitalismo y de sus leyes de movimiento constituye una imposibilidad desde el punto de vista del marxismo.

El escrito de Mattick es de 1932, de modo que su formulación concluyente tiene ya más de ocho décadas.

La ley del valor: cuánto

Podemos avanzar ahora sobre la cuestión que nos ocupa interrogándonos sobre el porqué del planteamiento ambiguo e inconsistente de Colletti sobre el colapso del capital. El del derrumbe del capitalismo es un tema que no sólo tiene un registro propio en casi un siglo y medio de discusión al respecto y en circunstancias muy cambiantes del capitalismo moderno y sus crisis; tiene además una gran actualidad con relación a la crisis mundial que recorre el mundo entero desde finales de los años la década de 1990. Por eso mismo parece oportuno reconsiderar el intento de Colletti de proceder a una suerte de evaluación de conjunto de la historia del debate sobre el colapso, en función de su tentativa de formular una suerte de punto final sobre el mismo. Puede agregarse, además, que la tentativa de arribar a una suerte de estadio "concluyente" sobre el debate del derrumbe acaba de ser retomada con la mucho más reciente publicación del libro de José Aricó (2012) en el cual se asumen casi integralmente los planteos del análisis de Colletti.

Volvamos, entonces, sobre nuestro objeto de controversia para indagar un nuevo aspecto del problema. Nos referimos al hecho de que Colletti pretende justificar el carácter indeterminado o incoherente de la supuesta visión "dual" de Marx sobre el derrumbe (a favor y en contra al mismo tiempo) en una indeterminación o supuesta "dualidad" que sería propia de la llamada ley del valor y de la cual derivaría la naturaleza ambigua del tratamiento del colapso. De este modo la cuestión del colapso replantearía una suerte de incoherencia de base en el análisis de Marx sobre lo que constituye algo así como la ley de la gravedad de la economía política, puesto que la mentada ley del valor remite al fundamento mismo de la regulación del trabajo social en nuestro tiempo. Es, además, el valor, su contenido y significado, por donde Marx inicia precisamente su crítica de la economía política. Y es mediante esa crítica, como tuvimos oportunidad de mencionar en un apartado anterior de este mismo capítulo, como Marx establece la distinción de los elementos distintivos del valor:

el capital constante, el capital variable y la plusvalía, cuya naturaleza y función esencial habían escapado a los economistas precedentes y que son los elementos imprescindibles para entender, como ya lo indicamos, la "sencillez" de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia. Algo que quedaría cuestionado si la ley del valor de Marx adoleciera, como dice Colletti, de una inconsistencia difícil de superar. Esa inconsistencia radicaría en que la ley del valor de Marx se expresaría en dos dimensiones íntimamente irreconciliables; dos dimensiones cuya naturaleza, por lo tanto, importa precisar para precisar lo que sería su esencial incompatibilidad.

La primera dimensión de la ley del valor remite a lo "cuantitativo" al establecer que las mercancías tienden a intercambiarse en una proporción que se vincula con el tiempo socialmente necesario para su producción, algo que está en la base del "precio" con el cual circulan en el mercado y que puede cuantificarse en horas de trabajo. El valor o precio de producción de la mercancía (la distinción entre valor y precio no importa para el problema que acá tratamos) se manifestará en el mercado por encima o por debajo de su magnitud original, que se configura en el proceso de producción. Una oscilación que estará determinada por la oferta y la demanda respectiva y tendrá como resultado la regulación de la división del trabajo social. Esto porque las mercancías cuya demanda determine una suba de los precios más allá de los valores de su producción pondrán en evidencia que la cantidad de trabajo asignada en la sociedad a esa producción debe ser incrementada. En un sentido opuesto, las mercancías cuya oferta no encuentre una demanda suficiente, al bajar sus precios, evidenciarán que la cantidad de trabajo asignado a su producción debe ser reducida. Naturalmente hablamos de una oferta y una demanda de la "sociedad" en los límites que para una y otra establecen las relaciones de producción basadas en la explotación del trabajo asalariado.

En las condiciones señaladas, la ley del valor es, por lo tanto, una ley que a través del intercambio de las cosas expresa la tendencia a un equilibrio en el metabolismo productivo aun cuando nadie ni nada se ocupe de la regulación del trabajo social, un requisito imprescindible para la reproducción de una sociedad en la cual la mercancía es la célula del tejido económico. El economista marxista norteamericano Paul Sweezy, como recuerda Colletti, al analizar esta dimensión de la ley del valor, la llamó una ley del "equilibrio general", definición que puede admitirse si corresponde a lo que se señaló en este mismo párrafo (aunque no en otras implicancias que Sweezy dio a su interpretación y que no es necesario considerar en este caso).

La ley del valor: cómo

La segunda dimensión de la ley del valor es la que corresponde a su costado "cualitativo", aquel que ignoraron los prohombres de la economía política. Es que Smith y Ricardo consideraban la producción de mercancías como una forma universal y definitiva de la forma de vincularse de los seres humanos para asegurar su vida y la continuidad de su especie. Si para los clásicos la mercancía era la forma natural que tomaba el producto del trabajo en la plenitud del desarrollo humano, para Marx, en cambio, se trataba de una forma nada natural del producto del trabajo humano, histórica, contradictoria y destinada a ser superada en una sociedad donde fuera abolida la explotación del trabajo y la anarquía de la producción (mercado).

En consecuencia, a) que los productos del trabajo humano tomen la forma de mercancía; b) que los hombres se vinculen entre sí no de un modo directo sino indirectamente por medio del "valor" de las cosas producidas; c) que, por lo tanto, todo el metabolismo productivo sea ajeno a la disposición de los hombres, regulado por una "ley" que surgía con independencia de su voluntad; y, finalmente, d) que por lo tanto con el universo de las mercancías, o sea del mercado, el ser humano apareciera gobernado por las cosas en lugar de gobernarlas, todo esto no se le presentó a Marx como un hecho natural, universal, definitivo, correspondiente a la naturaleza del propio ser humano. Al revés, la mercancía es para Marx una "forma social" del producto del trabajo, lo que quiere decir que sólo bajo cierta "forma" que toman las relaciones sociales que corresponden a la producción humana; sólo en tal contexto, cuando los productores privados actúan separados unos de otros, el producto del trabajo humano se transforma en mercancía, es decir se presenta como "valor". Este valor no se encuentra en la materialidad del producto: emerge de las condiciones sociales de su producción y desaparecerá con ellas; en una sociedad que planifique su producción no habrá valores (o precios) del mismo modo que hoy en la planificación de una gran corporación capitalista los productos de sus diversos departamentos circulan sin ser negociados como mercancías, como valores, como cosas que tienen valor o precio.

El punto de partida de *El capital* consiste en poner en claro esta cuestión, en que debe comprenderse que el valor es la expresión de una relación social; no una cosa. Algo indispensable para comprender que tampoco el capital es una cosa. (Recordemos que Marx dice: "Un negro es un negro; sólo en determinadas condiciones se convierte en un esclavo").

vo. Una máquina es una máquina, sólo en ciertas condiciones sociales se convierte en capital".) Colletti acierta al referirse a la denominada "dimensión cualitativa" de la ley del valor cuando apunta que ésta es también una teoría del fetichismo de las mercancías, título de un extraordinario apartado del primer capítulo de *El capital*. Si el capital es una "cosa", es que se ha transformado en un "fetiche" porque se presenta como un medio de producción indispensable para asegurar la vida del hombre; y no como la "forma social" de ese mismo medio de producción que, siendo propiedad privada de un sujeto, permite pagar la fuerza de trabajo de otro sujeto carente de todo medio de producir. "Forma social" es la que deriva de determinado tipo de relación de producción antagónica como el que acabamos de señalar entre propietarios y desposeídos de los medios de producción.

La teoría del fetichismo del capital y la mercancía, como dice Colletti, pone al desnudo la realidad "trastornada" y trastocada que domina en el capitalismo, donde todo se presenta "cabeza abajo", invertido, alienado: el trabajo obligado por un salario dominado por los que no trabajan (representan el trabajo muerto —ya realizado en el pasado— y obtienen ingreso no por trabajar sino como propietarios de los medios de producción). Con el fetichismo de la mercancía Marx funda todo su análisis crítico de la economía política y muestra la realidad histórica condicionada del valor, de la mercancía, del capital (hemos consagrado a este tema un capítulo en este libro, "Alienación y fetichismo, de ayer a hoy"). La dimensión "cualitativa" de la ley del valor pone de relieve la naturaleza social históricamente limitada de la sociedad mercantil y capitalista; su carácter "antinatural" destinado a ser superado en una sociedad donde los hombres dominen el metabolismo productivo en lugar de ser dominados por él (mercado, valores, mercancía).

La extinción de la ley del valor

Este extenso "rodeo" que acabamos de hacer en torno al significado de la ley del valor fue necesario para examinar lo que Colletti encuentra como incompatible e inconsistente en la formulación marxiana. Esto porque las dos dimensiones de la ley del valor serían irreconciliables en el medida en que una de ellas fija las condiciones del "equilibrio" y el "principio regulador" del funcionamiento del capitalismo y la otra aparentemente lo contrario, sus contradicciones insuperables, su destino al colapso. Como las dos caras de Jano, la ley del valor bifronte, según

Colletti, "es tanto el principio que explica la existencia del sistema como el que la niega", lo que encuentra, sino como una "antinomía", como una "dificultad" casi imposible de resolver, cuya naturaleza problemática jaqueó al mismo Marx puesto a resolver lo irresoluble: la ley del valor es o bien el principio que regula el equilibrio del sistema o bien el principio que expresa su contradicción fundamental. De este modo Colletti se introduce *motu proprio* en el callejón sin salida de un mecanicismo inaceptable del tipo "o bien... o bien": "o bien... el capitalismo funciona; o bien... no funciona", "o bien dispone de una norma regulatoria que evita su colapso, o bien se derrumba sin equilibrio alguno como resultado de sus contradicciones insuperables".

Como la *impasse* de Colletti es una especie de trampa que nuestro autor parece tenderse a sí mismo, la resolución del mismo es muy simple: el capitalismo funciona, se mueve, "regulado" por una ley propia (ley del valor) y es la naturaleza (histórica) de ese mismo principio regulador, de esa misma ley, lo que explica su mortal limitación (histórica), su destino a la sepultura. No sabemos por qué no puede admitirse algo tan sencillo como que las leyes de la vida de las cosas —e incluso de las cosas que no tienen vida— conducen a su propio fin o eventual desaparición, es decir, al agotamiento de las condiciones que hicieron posible su emergencia y su existencia. La ley del valor no crea al capitalismo como una suerte de *deus ex machina*, ella misma es una expresión del carácter históricamente condicionado del modo de producción que potencia y cuya decadencia expresa como un atributo que no puede desprenderse; no es eterna ni universal.

No tenemos la menor intención de disolver el problema que analizamos en una generalidad, pero la metáfora a la cual apelamos no deja de ser pertinente para destacar una aproximación que no sea dilemática ("o bien... o bien"). Se puede concretar este análisis a partir de una analogía tan sencilla como la de la foto y la película. Una analogía que, aplicada a la ley del valor, explica cómo, en un corte "estático", se verifica el principio regulador del intercambio mercantil al tiempo que, en un abordaje "dinámico", se pone de relieve que el funcionamiento de esa misma ley va minando las condiciones de ese mismo funcionamiento como resultado de las características contradictorias de la acumulación y la competencia capitalista. Se podría decir que la afirmación de la ley del valor en su desarrollo real conduce a su negación y crea la posibilidad de su superación, lo que significa que la producción del hombre sea regida por la determinación colectiva de los productores.

La forma, por así decir, "hegeliana" de la explicación no va en abso-

luto en detrimento de su carácter concreto, lo que significa que en modo alguno se trata de un ejercicio especulativo de la razón dialéctica. Es muy pero muy concreto: el desarrollo histórico del capital apoyado en la conversión sin igual del trabajo (explotado) en una potencia productiva absolutamente sin igual en cualquier época precedente de la existencia de nuestra especie; ese mismo desarrollo histórico de la fuerza productiva del trabajo conduce al progresivo desplazamiento del trabajo como base de una producción crecientemente automatizada y, en consecuencia, a un escenario en el cual la creación de valor tiende a desaparecer. La creación de valor tiende a desaparecer en la misma medida en que disminuye la participación del trabajo, vivo, directo, inmediato en el proceso productivo y... aumenta la riqueza social. El valor es apenas una relación social; la riqueza, una cosa material, que puede existir sin ser una mercancía, esto es, tener un valor o precio, existir en el mercado.

Hace algún tiempo, en una polémica sobre la cuestión que aquí examinamos, pusimos de relieve que la irreversible tendencia al colapso no podía ceñirse a la interpretación de la TDTG porque su premisa insoslayable es una correcta comprensión de la ley del valor y del propio valor. Es en esta piedra fundacional de la "crítica de la economía política" donde reside el secreto del derrumbe del capital porque, en última instancia, no es sino una expresión de la tendencia al colapso del valor. La justificación histórica del valor, si así pudiera hablarse de él como una suerte de personaje, reside en la incorporación en masa de trabajo colectivo al proceso de la producción que acompaña la emergencia del capitalismo. Pero es ese mismo capitalismo el que, desarrollando la productividad del trabajo, reduce el tiempo necesario para la creación de riqueza. Más aún, tiende a sustituir ese mismo trabajo por máquinas, procesos mecánicos y aun robots. No se trata apenas de que la proporción de capital variable disminuya con relación a la totalidad de capital aplicado y, por eso, decrezca el capital productor de plusvalía mientras aumenta el capital constante que no la produce. No se trata, en consecuencia, apenas de la TDTG que deriva de lo anterior. Se trata, sí, de un proceso que llegado a cierto punto lleva a que la producción de nuevo valor tienda a disminuir en cuanto aumenta la riqueza material. El vínculo inicial entre valor y riqueza en la sociedad mercantil capitalista queda invertido. La tendencia a desaparecer del valor, y naturalmente la "ley" respectiva, expresa el agotamiento histórico de ambos, la declinación definitiva de una relación de producción (propiedad privada de los medios de producción), estadio terminal de un orden social, y la necesidad de su transformación en una nueva relación (de productores colectivamente asociados).

En definitiva, la paradoja esencial del capital consiste en lo siguiente: cuanto mayor es la capacidad del trabajo humano acumulado (bajo la forma de medios de producción) de producir riqueza, menor es la producción de nuevo valor, cuya confiscación es la razón de ser del capital (producción que termina por ser nula en caso de ausencia de trabajo totalmente reemplazado por máquinas). El valor sólo puede crearse como resultado del trabajo vivo involucrado en la producción. Pero el desarrollo de la productividad del trabajo lo torna crecientemente superfluo y sustituible por procesos automáticos. En el capitalismo, cuanto mayor es la productividad del trabajo, mayor es su capacidad de producir riqueza, pero menor es el valor unitario de los productos, al mismo tiempo que disminuye la cantidad de trabajo vivo incorporado a los mismos hasta desaparecer, como acabamos de señalar, en el caso de una producción automática.

* * *

El vínculo entre trabajo, producción de riqueza y valor es histórico y contradictorio. La contradicción alcanza un nivel terminal e insuperable cuando el propio trabajo inmediato en la producción es crecientemente innecesario y cesa de servir a la valorización del capital, que ha desarrollado las fuerzas productivas a un punto en que chocan con relaciones de producción que deben ser superadas. El trabajo inmediato del hombre en la producción estuvo siempre colocado como fundamento de la creación de riqueza; hasta el momento en que, en una potencia muy elevada de su desarrollo histórico, se niega a sí mismo, se desplaza y retira del proceso productivo directo. Esto en la misma medida en que logra ser sustituido por el "monstruo mecánico", como decía Marx. Los procesos automáticos conducirán entonces al ser humano del reino de la necesidad al reino de la libertad, un reino en el cual el trabajo no producirá valor porque el trabajo se transformará en una actividad vital consciente del metabolismo productivo hipertecnificado y cambiará completamente de carácter. Algo imposible de comprender si no se comprende que, a diferencia de la riqueza, el valor no es algo tangible, no es una "cosa", sino la expresión de una relación social mediante la cual los productores de mercancías se vinculan entre sí a través de sus productos que intercambian según el tiempo socialmente necesario para producirlos. El valor está obligado a desaparecer, la riqueza a trascender más allá de la desaparición del trabajo aplicado inmediatamente a la producción.

La decadencia o tendencia decreciente de la tasa de ganancia es una

manifestación inseparable de la decadencia de la ley del valor como principio regulador del movimiento capitalista. "A partir del momento en que el trabajo, bajo su forma inmediata, dejó de ser la fuente principal de la riqueza, el tiempo de trabajo deja y debe dejar de ser la medida de valor de uso. El sobretrabajo de las grandes masas dejó de ser la condición de desarrollo de la riqueza general, tanto como el no trabajo de algunos dejó de ser la condición de desarrollo de las fuerzas generales del cerebro humano". ¡Qué maravilla el viejo Marx! Esta cita extraordinaria de los *Grundrisse* (tantas veces citado) remata nuestra crítica a las tentativas de conciliar al marxismo —y al propio Marx— con un planteo contrario a la teoría del derrumbe capitalista. Imposible.

La Gran Depresión del siglo XXI

Un informe del Fondo Monetario Internacional (FMI), conocido sobre el final de 2012, pronosticó que la economía capitalista no superaría hasta 2018 las consecuencias de la actual crisis mundial. En tal caso, la quiebra de la economía global se extendería por no menos de dos décadas.

El lapso parece a primera vista exagerado porque duplica el de los análisis convencionales, incluidos los del propio FMI, que ubican el inicio del actual proceso un lustro atrás, con la falencia emblemática de los principales bancos de inversión norteamericanos, encabezados por Lehman Brothers, en 2008. Corresponde, sin embargo, situar una década antes el principio de lo que cada vez más se conoce como la Gran Depresión, cuando el derrumbe de los llamados "tigres asiáticos" alcanzó rápidamente una dimensión global, seguido por el default ruso de 1998, el desplome subsiguiente de Wall Street y la cesación de pagos de varios monopolios capitalistas yanquis y, por fin, el "contagio" a América Latina, cuyo punto más alto fue precisamente el colapso económico social en nuestro propio país y el emblemático Argentinazo de 2001, el levantamiento popular que produjo entonces la caída del gobierno de Fernando de la Rúa.

Veinte años y algo más

En la vasta literatura sobre la cuestión no se considera este análisis sobre la extensión de la crisis porque no tomaría en cuenta el hiato que quedó planteado a partir de 2002, cuando los datos relativos a la actividad económica capitalista mundial mostraron un repunte que se prolongó durante algunos años y que parecía cancelar la caída iniciada en el final de los años 90. Pero aun en esa misma literatura se reconoce que el rebote global tuvo características muy poco sólidas y que reposó en un gigantesco mecanismo financiero de especulación. Fue, en consecuencia,

lo que los franceses llaman una *fuite en avant*, una fuga hacia adelante, o sea, un expediente que simplemente postergaba un desastre mayor que el que se pretendía evitar, procurando renovar el proceso económico sobre bases ficticias. En lugar de revertir la dirección en que tendía a despenarse la economía, el seudoboom económico de los primeros años de la década anterior creó las condiciones del estallido ulterior en 2007-2008, cuando reventó la mayor "burbuja" de la economía capitalista de todos los tiempos, según la denominara uno de los voceros tradicionales del gran capital, la revista inglesa *The Economist*.

La base de esta "fuga" y de la correspondiente burbuja fue la creación de una gigantesca masa de crédito, viabilizada por una enorme reducción de las tasas de interés y una supuesta "reingeniería" de las finanzas, incluyendo la postergación de las fechas iniciales de amortización de los préstamos y pago de esos mismos intereses, creando así el espejismo de la creación de una cantidad ilimitada de dinero. Una suerte de maná del cielo para el eventual demandante al que, además, no se le exigía ninguna prueba de solvencia. La inflación crediticia creó la ilusión de un consumo crecientemente desligado del ingreso real de los deudores y de la evolución de la actividad económica; una ilusión que naturalmente acompañaba el desarrollo de las condiciones de una quiebra potencial y en cadena. Y así fue.

El detonante del estallido del "burbujón" fue la elevación de la tasa de interés de la Reserva Federal (el sucedáneo del Banco Central en Estados Unidos) que, sobre el final de 2007, superaba en más de 400% el bajísimo nivel al cual el costo del crédito había sido reducido en 2003, en la tentativa, entonces, de superar el bajón de la economía que se arrastraba desde fines de los 90. Esta suba de la tasa de interés reflejaba los riesgos crecientes de la sobreproducción crediticia y de moneda (y, en consecuencia, la eventual desvalorización del dólar y la inflación). Pero fue el punto de partida de una mora en cadena de los endeudados, particularmente en el hiperinflado mercado inmobiliario, y el principio de la quiebra serial de los activos financieros, "apalancados" en hipotecas que se tornaron incobrables. Sucede que tales hipotecas, es decir, las deudas de los compradores de inmuebles, se transformaban en títulos, una suerte de pagarés que los bancos podían vender a inversionistas. De este modo recuperaban dinero fresco que volvía a servir para generar nuevas hipotecas que se transformaban en títulos... y así de seguido. Los títulos respectivos se agrupaban además en "fondos de inversión" que multiplicaban el negocio a una escala creciente y que los propios bancos compraban, vendían y negociaban en una suerte de calesita que

habría encontrado ese desiderátum utópico de la física, que es el de un movimiento perpetuo. Este apalancamiento o multiplicador del negocio financiero, que actuaba como mecanismo de propagación de la burbuja, fue un inmenso globo que finalmente se pinchó. El estallido de la burbuja, y en consecuencia el "desapalancamiento", tuvo el efecto de desinflar de un globo a la medida de un sistema financiero global hiperdimensionado. Esto, que fue concebido o idealizado como el remedio para evitar el estancamiento o la caída de una economía capitalista en declinación, acabó siendo peor que la enfermedad. Así comenzó el derrumbe, que a partir de entonces (2007-2008) se extendería como mancha de aceite en la economía mundial. La Gran Depresión, en consecuencia, ha puesto en escena una crisis capitalista mundial en dos actos y un final tan incierto como inacabado.

En esta Gran Depresión que se extiende ya durante una larga década y media, el "caso argentino", en el cambio de siglo, quedó definitivamente inscripto como anticipatorio de lo que sucedería más tarde en el plano de la economía global. Lo confirma la infinidad de apelaciones a la experiencia argentina cuando las economías capitalistas comenzaron a alinearse en una serie de derrumbes seriales cuya secuencia continúa ahora en pleno desarrollo. Recordemos que entre 1998 y 2002 la Argentina atravesó la mayor crisis de su historia, un vertebral quebranto económico y social que tuvo su punto más alto en el insurgente Argentinazo. Si este recuerdo tiene en el presente un valor propio es porque ya a fines de los años 90, quince años antes, era obvio para el que lo quisiera ver que lo que se producía en nuestras latitudes era la manifestación específica y aguda de un fenómeno más general que, por eso mismo, denominamos en un nota de la época como "argentinización" de la economía mundial. Pero entonces semejante caracterización fue considerada un exabrupto, algo que se endilgó a una suerte de catastrofismo atávico que profesábamos sin comprender que el caso nativo sería una suerte de "excepción a la regla". Por eso, entonces, los supuestos abanderados del "anticatastrofismo", en el cual se atrincheraba la mayoría abrumadora de la izquierda, oponían a la desintegración de nuestra sociedad el ejemplo de la "integración" de las economías capitalistas, cuya manifestación más evidente era la conversión de la Unión Europea en una suerte de entidad supranacional con una moneda común. Ahora que el euro estalla haciendo estragos y que la Unión Europea se desmorona, vale la pena no perder el hilo de polémicas y controversias sobre la realidad convulsiva de la crisis mundial y su significado. Lo cierto, entonces, es que el ejemplo de la "Unión" supranacional como símbolo de una nueva época

no prosperó sino que, al revés, Europa se “argentinizó”, en un proceso de desintegración todavía inacabado.

La desintegración hasta el hueso de la economía argentina a principios de este siglo era caracterizada como excepcionalidad, además, por una situación que excedía el escenario recién mencionado de lo que sucedía en territorio europeo. En aquel momento la estrella ascendente de la Unión Europea se presentaba como apenas un aspecto de una reconstitución del mercado mundial en escala ampliada, indicando incluso la apertura de una nueva era histórica. Sería la nueva época que habría quedado abierta con la restauración capitalista en la antigua Unión Soviética y en China y que, por eso mismo, planteaba la integración en un plano superior de una economía “global”, de una economía capitalista mundializada que postergaba *sine die* cualquier ilusión de una transformación revolucionaria. Algo que, por fin, limitaba la agenda “progresista” a la propuesta de alternativas en el cuadro insuperable del capital; no en alternativas *al* capitalismo (que fueron remitidas al limbo de una utopía, es decir, al limbo de la imposible), sino en supuestas alternativas *del* propio capitalismo. Con este “programa” supuestamente realista la izquierda latinoamericana se preparó para acceder al poder en el umbral del nuevo siglo.

Como testimonio de tal programa se puede tomar el caso del ascenso del Partido de los Trabajadores al gobierno del mayor país latinoamericano, Brasil, luego de haber triunfado en las elecciones de finales de 2002. Como garantía de la conversión al altar del nuevo orden, el gobierno que entonces encabezó Lula da Silva firmó un acuerdo con el FMI, aun antes de asumir formalmente del poder; un hecho sin precedentes puesto que el FMI sólo establece acuerdos con gobiernos constituidos. Vale como ejemplo también de cuánto macaneo hay en el planteo de “alternativas” capitalistas al propio capitalismo.

Si en la apreciación de la naturaleza de la Gran Depresión incluimos estos comentarios es porque la crisis mundial no puede ser correctamente abordada sólo en el ámbito restringido de lo puramente “económico”. Toda crisis capitalista es siempre la expresión de un principio de disolución de la sociedad, puesto que ella misma no es otra cosa que el estallido de las contradicciones insuperables del capital. Las crisis capitalistas no sólo son el campo propio de una agudización de los antagonismos sociales sino también el terreno de una lucha de clases que pone en juego la conducta, los planteos, la actividad práctica de las fuerzas en pugna que expresan de un modo específico esa lucha. El curso y el destino de la Gran Depresión de nuestro tiempo no pueden ser abordados al margen de esta cuestión

decisiva que es inmanente a toda crisis capitalista. La posibilidad de cooptación de la izquierda a las variantes del orden establecido no es en modo alguno un aspecto que pueda ser soslayado en el análisis de las características específicas que toma la actual crisis mundial. Conviene apuntarlo de entrada para subrayar el carácter unilateral que pueden tener los señalamientos de este mismo artículo si no se los tomara como una parte de la realidad, es decir, del conjunto de sus determinaciones.

Queda hecha la constatación para subrayar el ángulo metodológico de las notas que siguen; un ángulo concreto y contradictorio. Esto porque la actual Gran Depresión estalló cuando no había pasado una década de lo que el *establishment* capitalista consideraba algo así como su victoria definitiva, habiendo quebrado el dique que le permitía colonizar la geografía del Este europeo y del Sudeste asiático (enseguida volveremos sobre este punto). Cuando en 1998 la crisis mundial ponía un rotundo mentís a semejante pretensión, la izquierda se lanzó, sin embargo, al rescate de la nave que se hundía, proclamando el abandono de cualquier tentativa de transformación anticapitalista. No es una contradicción menor la que se expresa, en consecuencia, en las vicisitudes que presenta la crisis mundial.

El signo de la historia

El “relato” dominante en el origen de la actual crisis, cuando despuntaba el siglo XXI, tendía a considerar que se trataba de un corto episodio y que podía ser superado en los términos creados por la nueva realidad de la colonización capitalista del planeta. Un siglo después de que Lenin planteara que el imperialismo era la última etapa histórica del capitalismo, la de su definitivo agotamiento, el signo de la historia se presentaba como la supuesta evidencia de lo exactamente opuesto. No era la agonía terminal; al revés, asistiríamos a los dolores del parto de un renacimiento. No sería la última etapa del capital sino la primera de un novedoso volver a vivir. El nuevo siglo, por lo tanto, exhibiría un plano superior de la evolución del capital, habilitada por el desmoronamiento de los viejos Estados de “economía centralmente planificada”. Como expresión de la nueva época, los especialistas destacaban, por sobre todas las cosas, el supuesto circuito virtuoso de la reconvertida economía china y del hegemon norteamericano, mediante la cual el superávit comercial de la potencia “emergente” financiaba el monstruoso déficit yanqui (comprando títulos del Tesoro norteamericano y acumulando

reservas en moneda estadounidense) y expandía el comercio mundial, una también supuesta evidencia del dinamismo de las renovadas fuerzas productivas del capital.

Lo cierto es que el financiamiento "chino", asegurando la convertibilidad del dólar (que de otra manera quedaba sujeto a una inevitable devaluación) en el cambio del siglo, fue la fuente del ya mencionado ciclo especulativo sin precedentes en el pasado y que acabó, como no podía ser de otra manera, con el estallido brutal un lustro antes. El dólar hipervalorizado fungió como "plata dulce" (argentinismo que caracterizó así el dinero nacional convertible para los negocios de la especulación financiera, sea durante la gestión económica de José Martínez de Hoz en la dictadura genocida, sea en su formato más cercano con la experiencia "neoliberal" del ministro Domingo Cavallo en los gobiernos de Carlos Menem y Fernando de la Rúa). La función de esta "plata dulce" era lubricar el metabolismo especulativo que pretendía estirar las posibilidades de la acumulación del capital, agotadas en la esfera directa de la producción amenazada por ganancias declinantes y un exceso de capacidad frente a la demanda creada por el propio capital. (Finalmente, toda crisis viene a recordar que el afán capitalista de expoliar a la población laboriosa en el ámbito de la producción para asegurar su mayor rentabilidad es incompatible con la pretensión de una demanda solvente para que circulen y se realicen los resultados mercantiles de esa misma producción.)

La Gran Depresión tuvo su "burbuja" como resultado de esa dificultad del capital para alimentar negocios "productivos" en un mundo saturado de capital (sobreproducción). El "acople" Estados Unidos-China fracasó como intento de darle una salida original a la sobreproducción capitalista desarrollada sin prisa y sin pausa en el largo período previo. El término "acople" esconde incluso la naturaleza social de esta tentativa de abortar el desbarranque. Es decir, la tentativa que intentó mitigar los males del desarrollo capitalista exacerbado en las metrópolis mediante una combinación que reproducía un mecanismo primitivo de formación originaria del capital, hundiendo en la barbarie a una enorme masa campesina, desplazándola como tropa superexplotada a las ciudades en las cuales el capital extranjero hacía su agosto con trabajadores en condiciones de semiesclavitud. Un nuevo proletariado chino se formó así en las condiciones bárbaras propias del pasado, asegurando una competencia degradante para las conquistas del proletariado en los países más desarrollados. Pero, en lugar de abrir una nueva época para el capital, mostró los límites irreversibles de una civilización capitalista en descomposición.

En su momento no se quiso ver, sin embargo, esta dimensión catastrófica que incubaba la mentada "globalización" capitalista abierta con la restauración. Ella provocó una suerte de borrachera, sea en su variante eufórica derechista o en la versión melancólica izquierdista. El telón de fondo de toda la confusión prevaleciente sobre el estado de la economía capitalista de fin de siglo no era otro que el de la liquidación definitiva de la muy larga historia de degeneración de los viejos Estados obreros, bajo el mando de una burocracia que pavimentó el camino hacia la restauración lisa y llana. Sin embargo, entre la izquierda radical e incluso entre las corrientes que se reclamaban trotskistas, el ascenso de Mijaíl Gorbachov en la Unión Soviética en los 80, la llamada Perestroika y la Glasnost fueron presentados como un avance hacia una conjunción superior de socialismo y libertad; no como anticipo de una restauración en regla. La izquierda mundial sucumbió en esta experiencia, cuya expresión definitiva fue la caída del muro de Berlín y la disolución de la Unión Soviética. No entendió el significado de la deriva contrarrevolucionaria del estalinismo. Buena parte de esa misma izquierda y del llamado "progresismo" supuso, además, que el fracaso de la Unión Soviética inoculaba una savia revitalizadora al capital y a la democracia capitalista. Por eso, como ya lo señalamos, el socialismo debía permanecer entonces reducido a una utopía y la vigencia de la revolución social, postergada para una indefinible etapa ulterior de la historia. Quedará para el registro de esa misma historia que, "contra la corriente", aun antes del comienzo de esta Gran Depresión, un puñado de organizaciones de la izquierda revolucionaria propugnaron desmitificar la ilusión de un cambio de signo de la época contemporánea y plantearon que, por el contrario, la vigencia histórica de la revolución socialista no había sido revertida, que la decadencia del capital era una tendencia irreversible y que condicionaba, con sus enormes contradicciones, las vicisitudes del proceso de restauración capitalista en curso. Nos referimos a las organizaciones que, junto con el Partido Obrero de la Argentina, proclamaron la necesidad de refundar sobre este principio básico los fundamentos de una internacional obrera y revolucionaria, la IV Internacional.

En síntesis, la enorme victoria para el capital que supuso la posibilidad de penetrar los viejos Estados en los cuales había sido confiscado no pudo sobreponerse a la realidad de su irreversible decadencia histórica. La tendencia a la descomposición capitalista no pudo ser revertida por la restauración sino que, al revés, acabó por condicionarla: por eso la Gran Depresión acabó por estallar poco después de que supuestamente

el capital proclamara algo así como su triunfo en una batalla final. Es el signo específico del lugar histórico que caracteriza a la crisis presente.

Grandes depresiones y agotamiento capitalista

No está mal que se denomine a la actual Gran Depresión, que es como también se conoce en la historiografía a la primera gran crisis capitalista "global" que se produjo en el final del siglo XIX y se extendió por más de dos décadas, a partir de 1873. Permite, además, una metáfora pedagógica. A aquella Gran Depresión el capital no le encontró otra salida que la que correspondió a una conquista brutal del mundo colonial (en pocos años los territorios del planeta quedaron bajo el dominio de un puñado de potencias que podían contarse con los dedos de una mano) y cuando esta repartija culminó el broche de oro fue una carnicería universal, la Primera Guerra Mundial, que inauguró la matanza en masa en la retaguardia, es decir la población civil, gracias a la novedosa aplicación de la aviación y sus bombas letales. He aquí una fuente primigenia del "terrorismo de Estado" contemporáneo.

Más tarde, la segunda Gran Depresión —la de 1929— tuvo su salida en la todavía más letal y masiva carnicería de una nueva guerra mundial. No se trata por lo tanto de ver si el capital encuentra una salida a sus propias catástrofes "económicas" sino de considerar las catástrofes civilizatorias necesarias para "recuperarse". La llamada "recuperación capitalista" crea así una suerte de espiral en virtud de la cual busca superar sus obstáculos, creando así las condiciones para nuevos y mayores obstáculos que traducen sus límites históricamente insuperables.

Las mencionadas "salidas" a las crisis son lo que los economistas llaman "recuperaciones", cuando la actividad de la producción económica vuelve a crecer. Pero ninguna medida de crecimiento de la producción puede sustituir el análisis de los antagonismos económicos y sociales sobre los cuales reposa y se procesa. Por eso los revolucionarios de hace cien años, cuando la economía crecía bajo el látigo de la guerra y el militarismo mundial, se comprometieron en la tarea de oponer el socialismo o la barbarie, considerando que la descomposición capitalista transformaba las fuerzas productivas en fuerzas destructivas (el concepto original es de Marx). No fue, por lo tanto, una consideración genérica sobre la actividad económica en sí misma la que imprimió su marca a los planteos de la izquierda revolucionaria en el umbral del siglo XX. Fue la apreciación de que la Gran Depresión cerraba una

época, implicaba un viraje histórico, indicaba un límite al ciclo de la civilización capitalista y abría el período de la etapa superior o última del capital, el terreno propio de una delimitación decisiva entre la revolución y la contrarrevolución contemporáneas. Sin tal consideración es imposible comprender ni la naturaleza del capitalismo en la última centuria, ni el carácter de las transformaciones sociales del pasado, ni tampoco las vicisitudes de la izquierda socialista y la política revolucionaria de nuestro tiempo.

La Gran Depresión de fines del siglo XIX y la Gran Guerra de 1914-1918 no sólo marcaron la transición a una nueva época. También marcaron un desplazamiento del centro de gravedad de la economía capitalista que, en cada etapa histórica, tuvo un liderazgo propio. En su etapa original, sobre el final de la Edad Media, fueron los Países Bajos los que encarnaron ese liderazgo que luego, con el capital marchando sobre sus propios pies, se trasladó a Inglaterra, la cuna de la Revolución Industrial. Cuando los límites de la civilización capitalista se expresaron en el cambio del siglo XIX al XX, el viejo territorio del capital (Europa) se consumió en la barbarie de la guerra y la cabeza del orden capitalista se trasladó al norte del nuevo continente. Estados Unidos se transformó así en la principal potencia no ya de la "era de la revolución", ni de la "era del capital", sino de la "era del Imperio", utilizando como metáfora la trilogía con la cual Eric Hobsbawm trazó la historia del capitalismo y, por supuesto, aludió a la época de su ocaso definitivo, histórico.

La pretensión de moda de que asistimos ahora a un nuevo desplazamiento del centro hegemónico del capital, esta vez hacia el continente asiático, lleva implícito un supuesto que debe ser explicitado. El supuesto consiste en asumir como un hecho evidente que el pasaje de la hegemonía yanqui a la china representaría, en un sentido contrario al que se desarrolla en nuestro análisis, un nuevo punto de partida para un despliegue novedoso de las fuerzas productivas del capital. Cuando se trata, entonces, de considerar este eventual "corrimiento" hegemónico, lo fundamental es poner de relieve que ningún caso podría concretarse si no es por medio de las contradicciones del propio capital, esto es, mediante una exacerbación de la propia crisis en las condiciones históricas concretas en las cuales se desenvuelve. Una crisis que ya hace tiempo combina los términos propios del caos creciente de la economía con la hecatombe de regímenes políticos, cataclismos sociales, resistencia de masas e insurgencia revolucionaria, que es lo que hoy domina la "cuenca mediterránea" cuando se considera de un lado el proceso de la revolución árabe y, del otro, los levantamientos, las huelgas y las manifestaciones

que se extienden en la parte sur del continente europeo desde Portugal a Grecia, pasando naturalmente por España e Italia.

Es un cuadro del cual de ninguna manera debería excluirse la variante de una guerra abierta, sea en la dimensión más próxima de un estallido en el Oriente Medio, sea en la dimensión menos visible de un enfrentamiento entre las grandes potencias en torno a disputar las condiciones de su lugar en la eventual salida del derrumbe actual. Después de todo, también en el pasado las dos guerras mundiales irrumpieron cuando el mundo "civilizado" estimaba como absolutamente improbable un conflicto bélico que pusiera en acción un potencial destructivo sin ningún tipo de antecedentes. Si apelar al "sentido común" tiene algún sentido, recordemos que en el caso de la Segunda Guerra Mundial el choque entre las potencias capitalistas fue tan brutal que en lugar de mancomunarse para terminar con la expropiación capital en el vasto territorio de la Unión Soviética, acabaron por desangrarse en la infamia bélica que se cargó con sesenta millones de almas en unos pocos años.

Los elementos para un nuevo episodio sísmico de la crisis mundial no permiten predecir su estallido con la precisión de un eclipse. Pareció concretarse cuando en el curso de 2012, a partir de las elecciones de mayo en Grecia que consagraron el triunfo de un partido de centroizquierda que pregonaba el desconocimiento del "memorándum" que la *troika* (Unión Europea, Banco Central Europeo, FMI) había pactado con el gobierno, con una economía en situación de demolición. De un modo muy concreto, la cúpula del capital discutió qué "medidas desesperadas" podían dar respuesta a una "situación desesperada", según las palabras de un artículo de entonces del más reconocido diario del capital financiero mundial, *Financial Times*.

Al momento de editar este libro, en el inicio de 2015, el partido de centroizquierda griego Syriza conquistó la mayoría parlamentaria para formar gobierno. Ya no rechaza el mentado "memorándum" y ha comenzado una muy compleja discusión para limar algunas de sus exigencias más draconianas. El programa de Syriza no contempla una alternativa al capitalismo sino un programa de reformas que pone de relieve la condición bárbara al cual ha conducido el programa de "austeridad" impuesto por la *troika*). Esto explica que las reformas de Syriza contemplen cosas tales como la reconexión de servicios a la población pobre "desconectada" masivamente de la provisión de gas y electricidad, la suspensión de los desalojos igualmente masivos, así como la reincorporación al sistema de salud de los marginados por la plaga de la desocupación y la bancarrota de la economía popular. La izquierda griega estima que estas medidas

más un aumento moderado del salario mínimo y otras disposiciones del mismo tenor tendría un costo poco superior a los 10.000 millones de dólares. Por supuesto, es una parte ínfima de los muchísimos más miles de millones de dólares que Grecia está obligada a pagar a los bancos que la llevaron a la completa miseria. Las concesiones del gobierno griego no han permitido todavía lograr un acuerdo. La cúpula de la Unión Europea vuelve a hablar de medidas excepcionales frente al recrudecimiento de la crisis, que incluirían la retirada de Grecia de la zona donde rige la moneda continental, el euro.

La negación del capital

De hecho, algunas de tales "medidas desesperadas" fueron ensayadas ya en el pasado reciente. El capitalismo yanqui, por ejemplo, apeló a la emisión monetaria y al endeudamiento en proporciones homéricas y a la semiestatización de hecho de algunas corporaciones para evitar el hundimiento del capital financiero (bancario e industrial) en estado liso y llano de colapso. De manera que en la primera potencia del mundo hemos asistido a una suerte de negación del capital privado como recurso último para salvar al capital privado: las más grandes corporaciones emblemáticas del capitalismo norteamericano, si consideramos a las automotrices por un lado y a los bancos más poderosos por el otro, sólo se mantuvieron en pie por la vía de subsidios y transferencias de fondos extraordinarios por parte del gobierno, a costa, por supuesto, de la finanza pública, es decir, de una exacción a la población trabajadora y de una hipoteca descomunal sobre su futuro. En estas condiciones, Estados Unidos exhibe ahora los registros propios de una economía que los manuales convencionales adscribirían a países periféricos: una deuda descontrolada, un intervencionismo oficial desbordado, un déficit público enorme. El resultado negativo de las cuentas públicas es hoy equivalente al 9% del PBI. La deuda pública es del orden del 100% de ese mismo PBI.

Estamos en presencia de una suerte de "capitalismo de Estado", según admitiera uno de los órganos históricos del "neoliberalismo", al cual se ha debido apelar para tratar de contener el colapso general. Lo más importante, sin embargo, es que, a pesar del carácter excepcional de todas las disposiciones adoptadas para intentar poner un límite a la caída, los resultados han sido completamente precarios. A modo de ejemplo, a comienzos de 2013 la inversión en activos fijos de largo plazo era la más baja en los últimos ochenta años, el desempleo superaba la

tasa del 11%, los trabajadores en la industria manufacturera eran el 30% menos que en 2007. Lo que se ha producido es una acentuación enorme de la superexplotación del trabajo y, por lo tanto, un incremento de la plusvalía absoluta que denota el carácter parasitario de todo el proceso. Más importante todavía: los desequilibrios económicos y sociales han alcanzado un extremo desconocido en la historia. Entre 1979 y 2007 el 1% de la población cuadruplicó sus ingresos; el 25% de la base de la pirámide subió apenas 40%. Los analistas hablan de “dos sociedades” al referirse a esta polarización. En el pasado el término “Belindia” se utilizaba para caracterizar economías como las de Brasil cuyo desarrollo desigual combinaba en un solo territorio la realidad de una pequeña Bélgica desarrollada y de una inmensa India atrasada. Estados Unidos es ahora Belindia: casi cincuenta millones de norteamericanos comen con “cupones” de alimentación que distribuye el gobierno.

Es el “capitalismo de Estado” de un capitalismo en descomposición, de una “economía vudú”, según la expresión del economista Joseph Stiglitz: los bancos quebrados han pasado parte de sus activos incobrables al Estado, que ha emitido títulos que compran esos mismos bancos... para financiar una deuda pública que se encuentra en el límite del default. De forma que el capital financiero se rescata a costa de una finanza pública que es “rescatada” con la compra de su deuda por los bancos en situación de bancarrota. Se trata de una bomba de tiempo condenada a estallar. Y estamos hablando de la mayor economía capitalista de todos los tiempos.

No por casualidad la cuestión del “precipicio fiscal” domina en forma recurrente el debate económico en Estados Unidos cuando su Congreso debe aprobar anualmente los límites de la deuda pública. Un ala del imperialismo niega que deuda y déficit presupuestario constituyan un problema serio; no es una novedad y en su momento, en el pasado, pudo ser superado, como afirmó Paul Krugman en numerosos artículos recientes y no tan recientes. El economista aludió, como ejemplo, a lo sucedido en la mitad del siglo pasado cuando, luego del New Deal y de las exigencias de la economía de guerra, las finanzas públicas pudieron licuar su enorme pasivo. Pero entonces Estados Unidos había quedado en una posición extraordinariamente dominante en el mercado mundial y ahora lo que está presente es la enorme erosión de esa posición en la economía global. La brutal preponderancia de los yanquis en el universo capitalista permitió en la posguerra compatibilizar durante un cierto tiempo la conversión de la moneda norteamericana en dinero mundial (Bretton Woods, abandono del patrón oro), planteando una contradicción que nunca dejó de manifestarse críticamente en el período subsiguiente.

Sucede que la inundación de dólares que fluyó al planeta entero implicaba una devaluación potencial o un vaciamiento de las reservas yanquis en oro que perturbaría, temprano o tarde, todo el equilibrio del comercio mundial y las propias posiciones conquistadas en ese mercado por la burguesía norteamericana. Es precisamente lo que estalló con la declaración de la inconvertibilidad del dólar, hace cuatro décadas, en el comienzo de los años 70, y que numerosos especialistas toman como referencia de la larguísima inestabilidad y decadencia de la economía capitalista como un todo, que se arrastra desde entonces como tendencia secular y que remata en la hecatombe presente.

Ahora mismo, la resolución del “precipicio fiscal”, que supondría un aumento de las tasas de interés y un “ajuste” recesivo, implicaría también una revaluación del dólar que debilitaría las posiciones de la industria americana en el mercado mundial, afectando su “competitividad”. A diferencia de la situación de la posguerra, la posición acreedora de Estados Unidos se ha transformado en su opuesto, con una gigantesca deuda con el resto del mundo, que requeriría ser licuada por una devaluación, no por una revaluación. El equilibrio interno de la economía yanqui ha entrado en violenta contradicción con las necesidades de su devaluado papel como gendarme mundial. En septiembre de 2010 la advertencia del ministro de Finanzas brasileño Guido Mantega sobre la irrupción de una “guerra monetaria” puso de relieve lo que sería un eventual punto culminante de la actual crisis con un eventual dislocamiento del mercado mundial en un juego de maniobras explosivas del capital especulativo, en el marco de “devaluaciones competitivas” y de agravamiento al extremo de las rivalidades de las diversas economías capitalistas.

Unión Europea

En este contexto toma su verdadera dimensión la liquidación definitiva de ese cadáver político y económico que se llama Unión Europea, el eslabón más débil en la cadena de la actual crisis mundial. ¿Por qué? Porque a lo largo de todo el siglo XX Europa fue rescatada del pozo por la potencia económica de Estados Unidos, que en el siglo que pasó asumió el liderazgo del capitalismo mundial, desplazando al viejo y decadente imperio inglés. La política, se ha dicho siempre, es “economía concentrada”, y por eso mismo es en la dimensión política propiamente dicha donde importa registrar el alcance de la actual desintegración de la Unión Europea. En definitiva, la Unión fue siempre un intento de cons-

trucción política para enfrentar las tendencias a la revolución social. En su punto de partida, para encarar la reconstrucción del viejo continente, devastado por la guerra y por la amenaza disolvente de resurgimiento de un vigoroso movimiento obrero que amenazara la imprescindible reconstrucción capitalista. Más tarde, para encuadrar las disputas en un marco de colaboración que conciliara los intereses contradictorios de las potencias capitalistas y las amenazas de un resurgimiento revolucionario en el período marcado por la huelga general francesa, la Primavera de Praga, la derrota del imperialismo en Vietnam y la revolución portuguesa, entre finales de la década del 60 y comienzos de la de 1970. Finalmente, la Unión Europea se articuló como instrumento de colonización del Este europeo y de salida a una *impasse* más general del capital continental, sumido en lo que se conoció como “euroesclerosis” y, por sobre todas las cosas, como mecanismo para financiar la unificación capitalista de Alemania, evitando una devaluación del marco y una eventual inflación explosiva. Éste fue el propósito de la “convertibilidad” de las monedas europeas, que confluyeron posteriormente en el “euro”, a partir de la década de 1990. La Unión Europea nunca constituyó una superación de las fronteras nacionales sino más bien una *entente* contradictoria de rescate de los Estados nacionales, que concluye ahora en un completo dislocamiento que establece una reversión del proceso abierto con la desintegración de Europa Oriental y la antigua Unión Soviética.

La desintegración de la Unión Europea, cuyo desarrollo tiene manifestaciones innegables en el campo monetario, financiero y político, plantea la alternativa de su disolución o, dialécticamente, su conversión en un régimen de protectorados bajo la dirección de una potencia dominante o bajo la asociación desigual de un par de ellas. La primera alternativa desencadenará situaciones revolucionarias y revoluciones sociales; la segunda solamente podrá imponerse en el caso de una derrota histórica del proletariado por parte del capital mundial. Este recorrido contradictorio de la etapa en curso implicará crisis políticas e internacionales enormes, además de una tendencia imparable de luchas y sublevaciones populares. De esta manera queda planteado un contrapunto histórico con la etapa iniciada por la disolución de la Unión Soviética y la restauración (transicional) del capitalismo en China. La bancarrota capitalista mundial es la categoría central del desarrollo histórico presente.

Sobre el final de 2012 la tentativa de doblegar al gobierno alemán para que habilitara un salvataje del Banco Central Europeo que evitara la cesación de pagos de las economías más afectadas por la bancarrota terminó en una *impasse*. Esto luego de que se celebrara la supuesta de-

rrrota de la teutona Angela Merkel al respecto; la “condicionalidad” de los eventuales rescates del Banco Común Europeo a nuevos planes de ajuste, a un cronograma indefinido y a supervisiones extranacionales dejó todo como estaba. La parálisis revela contradicciones insuperables: la propia burguesía alemana se divide en torno a la cuestión del rescate europeo. El empantanamiento se reveló entonces en un estudio que estableció que la bancarrota griega le costaría al capital financiero alemán unos 82.000 millones de euros si Grecia se retirara de la eurozona y más todavía —casi 90.000 millones— si Grecia... se mantuviera como miembro de la misma.

Esto último explica por qué una parte del capital financiero alemán apuesta a una ruptura de la eurozona e, *in extremis*, al retorno del propio marco. Su revaluación tendría como contrapartida una desvalorización de las viejas deudas en euros. Por la misma razón, otra parte de la burguesía estima que esa misma revaluación de la moneda alemana (o del euro, en caso de un retorno a las monedas nacionales en la periferia de la Unión Europea) hundiría las exportaciones alemanas, el motor del crecimiento económico en el último período, al mismo tiempo que hundiría toda la precaria estructura del comercio mundial. En el ínterin, la depresión económica en el continente ha alcanzado a la economía de Alemania tanto porque los acreedores de la quiebra financiera continental han visto afectados ya la cotización de sus propios activos como por el hecho de que la locomotora de las exportaciones tiende a estancarse. De conjunto, los organismos oficiales de la Unión Europea han hecho público que se ha acentuado el estancamiento económico de la eurozona como un todo. El derrumbe industrial es calamitoso. El próximo episodio será el derrumbe de la zona euro, eventualmente detonado por la largamente postergada declaración del default griego, en una fila en la cual sigue inmediatamente España.

El cuento chino

El proceso de disolución de la Unión Europea deja planteado una vez más el interrogante-problema que en este mismo capítulo ha sido señalado: el de la emergencia de un nuevo ciclo capitalista que reposaría en el liderazgo de China. Ya señalamos que la ilusión de una transición pacífica en este sentido debía ser descartada y que en el pasado el pasaje de la hegemonía de una potencia a otra fue inseparable de episodios catastróficos, crisis, guerras y revoluciones. Pero esto nos mantiene aún en un nivel de análisis muy general. En un plano más concreto, las

analogías históricas aún deben ser precisadas. En primer lugar, Estados Unidos desplazó a Inglaterra cuando había alcanzado el estatus de una potencia industrial única, habiendo coronado su desarrollo capitalista sui géneris, es decir que pudo sortear, dada su historia particular, el parto de la llamada “acumulación primitiva” por medio del cual el capitalismo original de carne y hueso, el europeo, tuvo que abrirse paso frente a la herencia consagrada de la vieja sociedad en un larguísimo Medievo. La peculiaridad del desarrollo yanqui, luego de la guerra civil en la segunda mitad del siglo XIX, que algunos historiadores consideran el punto final de tres siglos de revolución burguesa, dio lugar a una colonización capitalista del inmenso territorio norteamericano “a la americana”; sin el fardo de lidiar con una aristocracia terrateniente y que fue la base de un poderoso desarrollo del mercado interno.

La posición de China es sustancialmente distinta y el contexto histórico del capital, absolutamente diferente. El 70% de la “industria china” es un gigantesco enclave de exportación en manos de propietarios extranjeros. Este desarrollo, a diferencia del que correspondió al capitalismo americano, que se basó en salarios altos que estimularon un aumento de la productividad del trabajo (plusvalía relativa del capital), tuvo como fundamento una superexplotación descomunal del nuevo proletariado y el trabajo semiesclavo en masa, un recurso que tiende a agotarse como consecuencia del propio crecimiento y resistencia de la nueva clase obrera. En contrapartida, el fenomenal “ahorro” de los chinos fue centralizado por la burocracia en un desarrollo anárquico de infraestructura (carreteras, aeropuertos, obra pública) y una expansión inmobiliaria que ha creado una burbuja semejante a la que reventó en 2007-2008 en los países capitalistas desarrollados. En los manuales convencionales de economía se muestra cómo países atrasados pueden eventualmente tener un crecimiento exponencial de su economía cuando parten de un primitivismo productivo propio del precapitalismo, hasta alcanzar lo que denominan la “trampa del ingreso medio”, que normalmente identifican con el registro de un promedio de 5.000-7.000 dólares por habitante (como máximo, el 20% del que se contabiliza en los países capitalistas desarrollados). China se encuentra actualmente en ese mismo umbral. Los informes de los analistas económicos ilustran ahora el horizonte de desaceleración “estructural” que evidencia la economía china.

Mientras el capitalismo en su origen y el imperialismo en su “fase superior” se constituyeron estrujando las posibilidades de un mercado mundial precapitalista, el “capitalismo” chino se encuentra frente a un planeta dominado por el capital que ha cumplido lo que Marx llamaba

su “misión histórica”, que no era otra cosa que la constitución de ese mercado mundial capitalista. Estados Unidos se transformó en imperialista a partir de una posición deudora y desfalcando a su vieja potencia colonial. China acumula acreencias parasitarias que se acercan ahora a la friolera de cuatro trillones de dólares que no puede transformar en capital actuante y cuyo vuelco al mercado hundiría a la moneda y a la economía norteamericana y mundial como un todo.

En lugar de cohesionar al régimen político único al que ha dado lugar el proceso histórico que siguió a la revolución, las tasas “chinas” del portentoso crecimiento de su economía lo han llevado a una situación explosiva. Un nota en *The Wall Street Journal* de mediados de 2013 revelaba la precariedad en que reposaba la arquitectura política china al contabilizar los miles de millones de dólares que la cúpula dirigente acumulaba en el exterior, lo que con toda razón interpretaba como un índice de la “desconfianza” en su propio futuro que sólo podría remediarse con su pasaje a la condición de “propietarios” privados, que no habían alcanzado. Este “pasaje” no es otra cosa que una promesa de completa desintegración: en el caso de la Unión Soviética dio lugar a una destrucción de fuerzas productivas comparable al de una guerra, a una atomización de la administración gubernamental y a una pugna de camarillas y mafias que sólo encontró una precaria estabilización luego de varios años mediante la entronización de un Bonaparte que hizo escuela en la vieja KGB.

Mientras los expertos especulan sobre el futuro, eluden elaborar los materiales del pasado reciente y no tan reciente sobre el largo proceso de degeneración de las principales revoluciones del siglo XX. Los antagonismos sociales que explotan en la China supuestamente llamada a tomar una revancha histórica (fue la civilización más desarrollada hasta el Medievo) para inaugurar una nueva era capitalista son simplemente descomunales. Un reciente informe sobre el punto ponía de relieve que deben contabilizarse en centenas los conflictos, las movilizaciones y las huelgas que recorren la extensa geografía china... por día (sí, centenas por día). Redundemos: la explosión política y social latente en China es una categoría central de la bancarrota mundial, que es la categoría central de la crisis histórica presente.

Economía y política... mundo

En esta Gran Depresión, el elemento más novedoso está determinado

por el hecho de que las crisis políticas se han transformado en un factor determinante de la crisis mundial. Las estructuras de poder enfrentan una creciente inadecuación frente a la insurgencia de las masas y las divisiones de la propia burguesía. La crisis ha dado paso a una dislocación de las formas de dominación del capital en el plano nacional e internacional. Esto se expresa en el derrumbe serial de los más diversos regímenes políticos, que tiene su epicentro en el sur del continente europeo y en la convulsión generalizada que domina la situación en los países árabes y que se extiende a diversas latitudes (un tema que excluimos del análisis en este texto). A modo de conclusión provisoria, vale la pena reiterar la conclusión de un texto que publicamos en la revista *En Defensa del Marxismo* (Rath y Rieznik, 2012) basado en documentos surgidos de una rica deliberación del mayor agrupamiento de la izquierda argentina:

La crisis política mundial no es la suma de las crisis nacionales, que podrían resolverse en cómodas cuotas, mediante un lento y pacífico proceso de soluciones sectoriales. Con todas sus diferencias y especificidades, ella expresa la crisis capitalista mundial, una crisis sistémica, social, política. La salida a la crisis de la humanidad depende del síndico que preside la quiebra del capitalismo. Si el síndico de la quiebra son los gobiernos del capital, el desenlace lo pagarán los trabajadores, mientras los explotadores se arrancarán los ojos por los despojos, por medio de agresiones políticas y de guerras. Los síndicos de la quiebra tienen que ser los trabajadores, en cuyo caso se procederá a la confiscación de los grandes acreedores y de los accionistas, y los trabajadores ganarán en trabajo libre y bienestar. La puesta en marcha de la quiebra capitalista ya desató una cadena de explosión de contradicciones y crisis nacionales, crisis sociales y políticas... A cinco años de iniciada la bancarrota capitalista mundial, el desafío de desarrollar una estrategia de poder independiente de las masas frente al derrumbe capitalista está más vigente que nunca.

Eso es.

Sobre la crisis mundial, Marx y Keynes

Todo ha sido dicho pero, como nadie escucha, es necesario recomenzar.

André Gide

Marx tenía razón, el capitalismo puede autodestruirse.

Nouriel Roubini

A principios de agosto de 2011, al momento de comenzar a escribir las líneas que siguen, la crisis capitalista mundial ingresa en su quinto año. Estalló a mediados de 2007, cuando se declararon en quiebra dos importantes fondos de inversión aplicados a la especulación con activos inmobiliarios. Fue el detonante que arrastró a Wall Street a un emblemático derrumbe de las cotizaciones de los valores negociados en la principal bolsa del mundo. Y fue apenas el principio de un terremoto que alcanzó su apogeo el 15 de septiembre del año siguiente (2008), el día en que fue declarada la bancarrota de uno de los mayores bancos de inversión norteamericanos: Lehman Brothers. Era la punta del iceberg, porque lo que quedó planteado entonces fue la situación de emergencia del sistema financiero internacional, al borde de una quiebra generalizada.

El *establishment* mundial se debatió entonces entre el expediente de una nacionalización extendida de la banca para intentar mantener en pie la actividad económica semiparalizada o su rescate formal mediante una inyección monumental de dinero y subsidios que evitara un colapso terminal. El monto de los recursos utilizados para este fin se estima en una magnitud equivalente a la totalidad de la producción anual de Estados Unidos, del orden de los 15 billones de dólares (trillones en la

contabilidad anglosajona), una cuarta parte aproximadamente del producto bruto mundial, una cantidad sin precedentes en la historia previa del capitalismo y un indicador, entre otros, de la dimensión también sin precedentes del tsunami que sacude al capitalismo global.

El estallido de la crisis financiera fue seguido por una depresión económica de alcances igualmente planetarios. Las economías más desarrolladas registraron una caída superior al 3% en 2009 luego de haberse estancado durante el año anterior. En los primeros meses de la crisis el desplome de los mercados bursátiles y de la producción industrial llegaba a registros superiores a los alcanzados en la peor crisis de la economía capitalista hasta entonces, la de 1929.

A diferencia de aquella, sin embargo, los analistas consideraron entonces prácticamente por unanimidad que el curso ulterior del derrumbe —que en la década de 1930 se prolongó en un tobogán ininterrumpido por muchos años— esta vez sería limitado por el masivo rescate financiero que se había evitado entonces. De hecho, a fines de 2009 se declaraba oficialmente el fin de la recesión. En 2010 los números que evidencian el movimiento de la actividad económica volvieron a mostrar un moderado crecimiento y las ganancias de las corporaciones capitalistas parecían remontar.

No era un oasis...

Fue sólo un espejismo y demasiado costoso, si se tiene en cuenta la escala monumental de los fondos aplicados en la operación para mantener en pie a la gran banca. Los datos que se mostraban para probar que la marcha hacia el abismo se había detenido e incluso revertido eran, además, engañosos. En realidad los bancos no habían salido, ni salieron todavía, de la situación de falencia, disimulada apenas por manejos de lo que se llama “contabilidad creativa” para sobreestimar el valor de activos incobrables y devaluados.

Por eso mismo los indicadores de la actividad económica se encontraban también distorsionados, del mismo modo que las ganancias corporativas que se presentaban en las cuentas nacionales. Las cifras de la economía “real”, como el nivel de empleo, el volumen del crédito o la inversión, para citar las más significativas, mostraban para el que quisiera verlo que no se recuperaron nunca del sacudón. Los números de la caída de la producción en 2009, por otra parte, tuvieron que ser recalculados dos años después, lo que reveló que habían sido subestimados.

La supuesta recuperación de la recesión a partir de la segunda mitad de 2009 reposaba, además, en el relanzamiento de una actividad especulativa enorme, con límites que rápidamente se pondrían de relieve y que, por sobre todas las cosas, reproducían el mismo mecanismo que había conducido al estallido de la llamada “burbuja” inmobiliaria de 2007, cuando los precios de las viviendas comenzaron a bajar, las tasas de interés a subir y los deudores privados, a ingresar en masa a la fila de la cesación de pagos de sus hipotecas, arrastrando así a los fondos montados a caballo de estas últimas.

Fue una bola de nieve que barrió todo a su paso, liquidando un negocio ficticio que se apoyaba en una hipertrofia del endeudamiento para sostener la sobreproducción de casas, edificios y urbanizaciones.

Fue apenas el comienzo porque, muerta la burbuja, ¡viva la burbuja! Fue otra ola de hiperdeuda la que se creó. Pero no para rescatar a las víctimas sino a los victimarios: los bancos y las compañías financieras golpeadas por el vendaval. A partir de 2008 se infló entonces un nuevo endeudamiento aunque esta vez sobre las espaldas de las finanzas públicas y también en una dimensión homérica, según los datos ya expuestos. Su estallido fue más rápido aun y es el terreno en el que se desenvuelve la crisis ahora, poniendo en acto la quiebra de las economías de países y regiones enteras. El caso más notorio fue el de Grecia —pero también Islandia, Irlanda y antes los países bálticos— que, desde hace más de un año, se desarrolla penosamente como la crónica de un default anunciado, que no cesa de expandirse entre las naciones integrantes del viejo continente.

El default “nacional”, en los términos que acabamos de indicar, no sólo es el terreno emblemático de la nueva fase de la crisis que afecta a los eslabones más débiles de la cadena de la economía globalizada. Es el fenómeno que domina las vicisitudes de la crisis en la actualidad, *urbi et orbi*. Es por eso más que sintomático el hecho de que el quinto año de la crisis (2011) haya debutado con el rimbombante problema del default del gobierno norteamericano. Como es sabido, la declaración formal de cesación de pagos fue evitada formalmente con la autorización legislativa pactada entre el gobierno de Barack Obama y los opositores del Partido Republicano para elevar el nivel de endeudamiento público estatal. Como, por otra parte, Estados Unidos detenta el poder de gestión de la moneda que sigue funcionando como dinero mundial, no pocos especialistas estimaron que el llamado default era un montaje artificial. La cuestión clave en este punto se referiría no tanto al dominio de la economía como al de la política, en particular, a la desarticulación que evidencia el régimen

de mando de la primera potencia mundial y a su manifestación en las disputas en torno al presupuesto entre diversos intereses capitalistas.

Esto último es innegable pero precisamente porque el centro de la crisis económica mundial es, precisamente, Estados Unidos de América. Un oportuno análisis sobre este tema (Altamira, 2011) indica acertadamente al respecto que, si se lo examina con rigor, debe concluirse que la cesación de pagos de la deuda de Estados Unidos es un hecho que se evidencia desde hace mucho tiempo. Sucede que la administración norteamericana ha dejado de pagar su deuda pública desde hace bastante, algo que se oculta en el hecho de que se limitan a renovarla con... más deuda, incrementando así explosivamente su valor. La causa principal de este crecimiento es la acumulación de intereses que se pagan con la emisión de deuda nueva. La tasa de ese crecimiento de la deuda supera la del PBI: por eso ha pasado en el curso de los últimos cuatro años de representar el 62% del producto al 100% en la actualidad. De modo que cuando se dice que Estados Unidos podría incurrir en default, se oculta que ya lo ha hecho. La potencia capitalista más importante del mundo se encuentra en cesación de pagos.

Lo que acabamos de señalar se verifica en el hecho de que el valor de su deuda en el mercado no tiene nada que ver con la realidad. Su valor nominal, siempre creciente, disimula una estrepitosa caída de su valor real, que no es otra cosa que una expresión de la desvalorización del dólar, la moneda que se usa como referencia mundial. Si se valuara la deuda norteamericana en términos de francos suizos, ni qué decir en términos de la cotización del oro, quedaría claro que ya ha sufrido una desvalorización suficiente como para ser declarada deuda basura o en default. La deuda pública norteamericana valía en 2011, en términos de oro, el 12% —un 88% menos— de lo que valía en 2005. Esto cuando la deuda pública federal había crecido vertiginosamente en los últimos años hasta alcanzar los 14 billones de dólares —un 100% del PBI— y cuando el déficit fiscal del ejercicio 2011 superaba el 10% de ese producto, en las cercanías de los dos billones de dólares.

El cómputo de la deuda pública, por otra parte, no incluía para ese año los municipios ni los estados de la Unión, muchos de los cuales, entre ellos el estado de California, habían dejado de pagar sus cuentas en dólares para hacerlo en una suerte de moneda local, un certificado denominado IOU ("I Owe You", literalmente: "Te debo").

Analogía defectuosa (historia)

Es cierto que también en la crisis iniciada en 1929, que aparece una y otra vez como punto de referencia para compararla con la actual, también el epicentro fue Estados Unidos, por lo cual no son pocos los estudiosos que estiman que el dato no es original y tampoco debería ser exagerado. No es sólo este dato el que se utiliza para comparar una y otra crisis. Es un ejercicio reiterado a menudo para examinar la situación actual. La analogía es normalmente utilizada para destacar características que las emparentarían (Rapoport y Brenta, 2010). Por ejemplo, que estuvieron precedidas por una hipertrofia especulativa descontrolada del capital financiero, que esa misma hipertrofia expresaba una sobreproducción en el ámbito de la economía llamada "real", que las autoridades económicas facilitaron y estimularon la espiral ascendente de la especulación, que fueron precedidas por un largo período previo marcado por una tendencia declinante de la tasa de ganancia del capital, que la distribución del ingreso se había incrementado notoriamente durante un amplio lapso previo provocando un hiato creciente entre la oferta y la demanda, etcétera.

De un modo general, la reiterada apelación al antecedente de 1929 para ilustrar las características de la crisis actual conduce a una interpretación de los hechos que se desdobra en dos conclusiones distintas aunque normalmente complementarias. La primera apunta de manera simplista a sugerir que, en definitiva, no hay nada nuevo bajo el sol; que "siempre que llovió paró". Sería un escenario que conocemos hace mucho tiempo sobre la naturaleza del capitalismo y su tendencia a sucumbir en la misma medida en que prueba su capacidad de renacer una y otra vez de sus cenizas, como una suerte de ave fénix renovada. Finalmente, se insinúa, tenemos hoy más capitalismo que ocho décadas antes. La segunda conclusión habitual explicita que, partiendo del planteo que acabamos de señalar, la similitud entre ambas crisis, con ochenta años de diferencia, permite aprovechar las lecciones de la primera y evitar los errores de entonces. En este caso el ave fénix podría remontar vuelo a condición de que podamos aprender de la experiencia y apliquemos los remedios que corresponden. El *mainstream* en este campo es el que pretende inscribirse en la deriva de una supuesta nueva era inaugurada por John Maynard Keynes. Esto porque el economista inglés habría elaborado el corpus teórico capaz de legitimar la intervención estatal allí donde la mano invisible (?) del mercado se muestra impotente. Era hasta entonces el credo oficial dominante en la materia.

El principal defecto de las "lecturas" en términos comparativos de las grandes crisis capitalistas del último siglo es la completa ausencia del elemento histórico en el análisis, algo que es imprescindible para caracterizarlas así como para apreciar los eventuales vínculos que se trazan entre Marx y Keynes al intentar comprenderlas. Por eso conviene detenerse en este punto antes de continuar.

El capitalismo es un modo de producción históricamente condicionado, lo cual significa que la ley de su "movimiento" debe entenderse como aquello que explica las circunstancias de su origen, su desarrollo en plenitud y su ulterior e inevitable decadencia. Importa enfatizar que esto constituye el elemento esencial de la contribución de Marx a la comprensión de la naturaleza de la sociedad moderna. No en vano indicó que la economía clásica suponía que "hubo historia pero ya no la hay". La historia, según los clásicos, habría sido cancelada con la irrupción de la organización social capitalista que representaría el punto de llegada del ser humano a un sistema de organización social que correspondería a su misma esencia como especie. Claro que admitir lo contrario significaría plantear que el capitalismo está condenado al agotamiento e incluso a la desaparición como una forma más de los modos históricos de existencia que marcan la evolución de la humanidad.

El marxismo como abordaje científico de las contradicciones inherentes al capitalismo es indisoluble de una teoría sobre el inevitable colapso de la forma de organización social; una realidad que debe verificarse empíricamente como resultado de su devenir histórico. Es una suerte de petición de principio del autor de *El capital* en torno a la cual se desenvolvió su labor teórica y práctica como un todo. Su planteo de un socialismo "científico" tiene como piedra de toque este punto decisivo porque pretendía abordar la construcción de una nueva sociedad en los términos del derrumbe de la vieja, la que no podía superar precisamente sus límites históricos y estaba condenada a declinar de un modo irreversible. Ya cuando escribe el *Manifiesto comunista*, en 1848, Marx considera que el capitalismo, habiendo llegado a su apogeo, planteaba –por eso mismo y sólo por eso– la transición a un orden social superior, cuyo punto de partida sería la revolución proletaria.

Engels sostendrá muchos años más tarde que el pronóstico se había adelantado a su tiempo, sin cuestionar, naturalmente, el carácter del abordaje histórico general. El coautor del *Manifiesto comunista* vivía aun cuando se produjo, a partir de la década de 1870, lo que se considera la "Gran Depresión", la gran crisis capitalista que se extendió durante dos décadas hasta el umbral del siglo XX y que los sucesores de Marx consi-

deraron que era la bisagra que marcaba el debut de una fase definitiva de decadencia capitalista y el principio práctico de aquella transición planteada por Marx en el *Manifiesto*, la que tomaron en sus manos los bolcheviques en 1917.¹

Lo que importa destacar metodológicamente ahora es que el marxismo es esencialmente una teoría del derrumbe inevitable del orden capitalista y de la periodización histórica a la cual se encuentra asociado.² Un esquema de periodización histórica sobre la curva de la evolución del capitalismo como un todo puede reconocerse en la obra de Eric Hobsbawm, en su trilogía sobre la sociedad moderna –*La era de la revolución*, *La era del capital*, *La era del imperio*– que responde al esquema clásico según la cual el siglo XX marcaría la fase de decadencia capitalista. Un trabajo publicado hace pocos años (Piqueras, 2011) intenta identificar algunas de las características de este proceso autodestructivo del capital en la contracción creciente del mercado mundial –sustituido por el intercambio no mercantil en el seno de las grandes corporaciones o incluso entre ellas–, en la disminución observada más recientemente de la proporción del comercio mundial con relación al producto mundial, en el debilitamiento de la inversión extranjera en el mercado global, en el desplazamiento de contingentes crecientes de la población del espacio del intercambio mercantil capitalista, en la disminución de la fuerza de trabajo que se procesa también en el período más reciente y en la creciente dificultad para la transformación de dinero en capital, que ha dado lugar al incremento sin precedentes de capital ficticio como base de la actual hipertrofia financiera de la economía mundial.

Una cuestión de método

Al abordar la cuestión de la decadencia capitalista es preciso evitar la tendencia "economicista" a examinarla con criterios limitados a lo puramente cuantitativo que, *in extremis*, se limitaría a considerar la evolución del producto bruto como registro privilegiado de la vitalidad del capital. Pero este registro es completamente insuficiente porque excluye

1. En el capítulo anterior y en otro trabajo (Rieznik, 2007) hemos examinado las vicisitudes de ese proceso.

2. Una parte importante de la izquierda ha abandonado este punto de vista sin percatarse o ignorando con displicencia su completa incompatibilidad con el planteo marxista que a veces formalmente se sigue reivindicando. Véase, por ejemplo, Claudio Katz (2011).

lo fundamental. Es evidente que si se desarrolla la industria metalúrgica o se construye un ferrocarril el producto y la actividad económica crecen en la estadística de la contabilidad nacional. Pero también crece el producto del mismo modo si se expande la manufactura de armas de guerra o se desarrolla la industria del turismo sexual –algo que es más que una metáfora, porque hay países del Sudeste asiático en los cuales tal industria es parte significativa de la “actividad económica”–. En ambos casos, puesto que se trata de economía capitalista, se trata por supuesto de la explotación del trabajo ajeno, pero no es difícil asociar la primera variante a un proceso de expansión de las fuerzas productivas y la segunda, a expresiones propias del pasaje a un régimen de destrucción de fuerzas productivas. Alguien tan alejado del marxismo como Robert Kennedy planteó la cuestión con toda claridad en el contexto de una grave crisis en su país durante 1968:

Nuestro PBI suma en su cálculo la contaminación atmosférica, la publicidad del tabaco y las ambulancias que van a recoger a los heridos de nuestras autopistas. Registra los costes de los sistemas de seguridad que instalamos para proteger nuestros hogares y las cárceles en las que encerramos a los que logran irrumpir en ellos. Crece con la destrucción de nuestros bosques de secuoyas y su sustitución por urbanizaciones caóticas y descontroladas. Incluye la producción de napalm, armas nucleares y vehículos blindados que utiliza nuestra policía antidisturbios para reprimir los estallidos de descontento urbano. Recoge [...] los programas de televisión que ensalzan la violencia con el fin de vender juguetes a los niños. En cambio, el PBI no refleja la salud de nuestros hijos, la calidad de nuestra educación ni el grado de diversión de nuestros juegos. No mide la belleza de nuestra poesía ni la solidez de nuestros matrimonios. No se preocupa de evaluar la calidad de nuestros debates políticos ni la integridad de nuestros representantes. No toma en consideración nuestro valor, sabiduría o cultura. Nada dice de nuestra compasión ni de la dedicación a nuestro país. En una palabra: el PBI lo mide todo, excepto lo que hace que valga la pena vivir la vida.

El conjunto de consideraciones hasta aquí planteadas basta para ilustrar por qué en el examen de la crisis actual no es suficiente evaluar la magnitud de las quiebras en curso, las cifras relativas a la marcha de la actividad económica, las cotizaciones en las bolsas, la dinámica del mercado mundial o incluso su extensión territorial en un mercado mundial capitalista globalizado. Es imprescindible tener en cuenta todo

ello pero, por sobre todas las cosas, apreciar el lugar de esta crisis en la dinámica más general del capitalismo contemporáneo. La actual es la cuarta gran crisis capitalista si se considera como la primera la ya mencionada Gran Depresión de finales del siglo XIX. La segunda es la que corresponde a la iniciada a finales de la década de 1920. La tercera es la que se incubaba a partir de finales de los años 60 y encuentra su punto culminante en 1975. La cuarta es la que vivimos ahora en tiempo real y a la cual ni siquiera es riguroso fijarle un principio en 2007. Es más acertado indicar su inicio a fines de la década de 1990, cuando se derrumbaron los países que se llamaban “tigres asiáticos”, se produjo el default de Rusia y se derrumbaron los mercados bursátiles mientras se agotaba la especulación en torno a las empresas denominadas puntocom y se producían quiebras emblemáticas en la economía norteamericana (Enron, Worldcom) En otro texto (Rieznik, 2010) hemos desarrollado el significado de este largo proceso.

Señalemos aquí que cada una de estas crisis marcó una fase histórica particular de amplia duración, signada por cataclismos sociales y económicos de gran envergadura. Sin entrar en detalles, recordemos que las dos primeras fueron seguidas por dos guerras mundiales que mostraron hasta el paroxismo las lacras de la civilización capitalista y un escenario de revoluciones que condujeron a la expropiación del capital en una parte decisiva del globo. La tercera fue continuada por lo que Robert Brenner (2009) popularizó en sus importantes trabajos como el “largo declive” para identificar el desempeño siempre declinante del capitalismo en las décadas siguientes. Lo que importa puntualizar, por sobre todo, es que la crisis actual sobreviene luego de que el capital emprendiera una suerte de ofensiva general en el intento de superar las condiciones de su alto grado de decadencia con una empresa de alcances gigantescos dirigida a acentuar la explotación al interior de sus propias ciudadelas, a una recolonización de la periferia y, decisivamente, a rematar el proceso de quiebra de los regímenes burocráticos del llamado Este europeo y también de China, abriendo sus mercados a un proceso de restauración cuya amplitud es imposible disminuir. En estas condiciones el lugar único de la crisis actual es el que corresponde al estallido del intento más profundo y extendido del capitalismo por revertir las condiciones de su propio agotamiento, cuando en las apariencias había establecido una suerte de victoria definitiva luego de un siglo de largas y diversas batallas. La crisis presente contiene en sí todos los elementos del desarrollo histórico previo y los proyecta en un escenario de colapso, cuyas consecuencias catastróficas aún están lejos de expresarse de una manera acabada.

Keynes ¿revolucionario?

Lo que señalamos hasta aquí basta para apuntar lo que importa para este artículo, llamado a considerar los vínculos entre Marx y Keynes, porque pone de relieve de entrada la diferencia abismal de abordaje que los distancia. Es una diferencia que puede establecerse en términos de clase si se recuerda que el economista inglés admitió en una frecuentada afirmación: "No puedo permanecer insensible a lo que creo que es la justicia y el sentido común; pero la lucha de clases me hallará del lado de la burguesía ilustrada". La obra de Keynes carece absolutamente de toda consideración significativa sobre la naturaleza histórica de la sociedad capitalista. Se ha querido ver en sus trabajos, aun así, una indagación innovadora sobre la incertidumbre del futuro y las posibilidades de la acción humana; lo que sería un punto de partida y fundamento de su crítica al planteo rígido y esquemático de la economía clásica, es decir, a su formulación de un mecanismo mercantil de relojería por medio del cual el tiempo pondría las cosas en su lugar y de la mejor forma posible. Pero ¿cuánto tiempo? El célebre "a largo plazo estaremos todos muertos", mediante lo cual expresaba Keynes sus dudas al respecto, es sin embargo algo más que una impugnación elegante sobre certezas y temporalidades en el plano metafísico. Nos parece que interpela en otra dimensión, no explícita, el mundo de urgencias, cambiante y convulsionado del cual Keynes intento dar cuenta. La muerte y el tiempo parecen aludir mejor, aunque sea como metáfora, a su momento histórico.

Keynes maduró su obra en dos décadas marcadas por la Gran Guerra, el ascenso del bolchevismo, la hiperinflación alemana, la debacle de la República de Weimar, la irrupción del nazismo y la hecatombe económica de 1929. Desarrolló su trabajo en las condiciones de un mundo que se desintegraba, en la declinación del imperio inglés y "bajo el impacto de la amenaza de la revolución" (Schwartz, 1987). Su obsesión por la política monetaria se vinculaba a una y otra cosa. Por un lado, creía que la libra, asociada al patrón oro, se encontraba sobrevaluada, constituyéndose en un factor decisivo que aceleraba el retroceso de Inglaterra en el mercado mundial. Por otro lado, estimaba la inflación como un instrumento "leninista" para la destrucción del capitalismo. Es cierto que los meandros de su confusa reflexión teórica sobre nuestro tiempo pueden iluminar aspectos interesantes de la política económica capitalista. Pero es un exabrupto elevar sus digresiones al nivel de un reconocimiento del supuesto concepto de "equilibrio" en la economía capitalista que habrían planteado... Lenin y Trotsky (Bach, 2009).

En una obra ya clásica publicada hace unas décadas, Paul Mattick (1984) criticó con toda justicia el mote de "revolución" para dar cuenta de los planteos de Keynes. En primer lugar, por su pretensión de fundar la "macroeconomía" a través del estudio de los agregados económicos, que los neoclásicos y Alfred Marshall (maestro de Keynes) habían relegado al rincón de los trastos viejos. La "revolución" al respecto se había iniciado, sin embargo, hacía doscientos años, con el famoso cuadro económico de Quesnay, que establecía a su modo el metabolismo social de la producción y las clases involucradas en el mismo. Era el principio de la economía clásica que Keynes tanto denostaba y malentendía, al confundirla con la de los llamados marginalistas e incluso con el propio Marx.

En segundo lugar, uno de los puntos decisivos de la llamada "revolución keynesiana" —la crítica a la llamada "ley de Say", según la cual los desajustes en el mercado son imposibles porque la realización de toda oferta es automáticamente la creación de una demanda equivalente— carece de mayor relevancia. Hasta un niño puede entender que en una economía mercantil alguien puede vender sin luego comprar y viceversa, de modo que la impugnación del fenómeno de un mercado que no se ajusta automáticamente con el crecimiento del producto no requiere demasiada ciencia, menos aún una dilucidación que se pretende "revolucionaria". Marx, que fue muy cuidadoso en la elaboración crítica de los planteos de la economía clásica y sus emblemáticos representantes —Adam Smith, David Ricardo—, consideró despectivamente a Jean-Baptiste Say. No debía tomarse con seriedad, decía, a "este cómico príncipe de la ciencia" a quien se le adjudicaba "haber desenterrado el tesoro del equilibrio metafísico de las compras y las ventas" (Mattick, 1984).

En tercer lugar, se ha exagerado hasta el hartazgo el significado de la supuesta cuestión clave del análisis keynesiano sobre las crisis que serían el resultado de una quiebra en la demanda efectiva (suma del consumo y la inversión). Keynes consideraba que la caída de la demanda representaba una tendencia estructural del capitalismo, derivada de un hiato que tendía a reproducirse en forma recurrente entre el ahorro y la inversión, una brecha que no podía ser resuelta sin la intervención del Estado como representante general del capital. Keynes pensaba que de este modo se estimularía también y decisivamente el consumo que tendía inevitablemente a declinar como proporción de la demanda total en la medida en que se expandía la actividad económica. Marx, sin embargo, no necesitó ni siquiera considerar la tautológica "demanda insolvente" para (no) explicar la tendencia del capital a una sobreproducción que, más que una explicación, es una tautología. Mientras Keynes explicó las

crisis en términos de un defectuoso funcionamiento del mercado, el autor de *El capital* explicó las consecuencias contradictorias y necesarias de su funcionamiento en plenitud. Es decir, demostró la irreversible tendencia del capital a encontrar sus propios límites y su necesaria decadencia en los términos de una dinámica "exitosa", si se nos permite el despropósito.

Marx mostró, en el siglo anterior al de Keynes, que el capital tiende a encontrar una barrera absoluta que no puede remontar cuando eleva la productividad del trabajo, mediante la cual cada capitalista en particular tiende a sacar ventaja a sus competidores. No sólo crea así las condiciones para un deterioro de su propia rentabilidad —que decrece en proporción a la caída de la participación del trabajo en la inversión de capital como un todo—. El capital crea así las condiciones de una nueva manera de producir los medios de la vida humana en un sistema que desplaza al propio trabajo de su centro de gravedad. Con una producción crecientemente maquinizada o automatizada, el capitalismo nos plantea el escenario de una forma de organización social que libere al hombre del yugo del trabajo como lo conoció a lo largo de la historia o, para decirlo con palabras célebres, para pasar de la prehistoria a la historia auténticamente humana. El marxismo plantea no sólo la emancipación de los trabajadores de la explotación capitalista sino la emancipación de la especie humana de la esclavitud del trabajo obligatorio, necesario e imprescindible para asegurar su existencia (Rieznik, 2007b). ¿No es posible ver en esto la distancia irreductible del alcance de la visión marxista y del enfoque keynesiano que las analogías superficiales tienden a negar?

Lo que se dijo

Contra una opinión que se ha generalizado con extrema superficialidad, no existe en Keynes ninguna teoría de la crisis que amerite una consideración rigurosa. En la medida en que la economía política —entendida en los términos de su formulación clásica y de la crítica marxista que al mismo tiempo tiende a trascenderla— sea apreciada como el desarrollo de una disciplina científica, el análisis de la crisis, de su naturaleza y significado quedó establecido en sus fundamentos con el trabajo de Marx. La pretensión de una "revolución teórica" asociada a la persona de Keynes, que permitiría ir más allá en la comprensión de lo esencial de las crisis capitalistas, es, para decir lo menos, un equívoco. El lugar del keynesianismo debe encontrarse en otro ámbito: en los remedios que propone no tanto para evitar las crisis sino para limitar sus

alcances y eventualmente revertirlas. Pero aun en este caso la historia debe precisarse.

Fue también Paul Mattick quien ya hace mucho tiempo hizo un interesante señalamiento al poner de relieve cómo se pasa olímpicamente por alto la evidencia de que la salida a la crisis de la década de 1930 se concretó, en verdad, aplicando una especie de "keynesianismo al revés". Se refería a la conocida circunstancia de que no fueron el llamado New Deal rooseveltiano y las importantes medidas de intervención estatal de la época los que pudieron levantar la economía capitalista en esa década. Fue la Segunda Guerra Mundial y la carnicería correspondiente, y por una ruta opuesta a la sugerida por Keynes: no mediante un estímulo que recreara la propensión al consumo deteriorado sino a través de un "ahorro forzoso", la destrucción masiva de capital y el disciplinamiento bélico de la masa trabajadora.

Los límites ulteriores de la llamada "economía keynesiana" en los años que siguieron a la Segunda Guerra fueron los que se expresaron en la crisis que hunde sus raíces en el final de la década de 1960 y que se prolongará en la década siguiente. El "neoliberalismo" no nació de un repollo sino del fracaso de aquellos remedios keynesianos; del mismo modo que el llamado "keynesianismo" se presenta en la actualidad como una alternativa al derrumbe del... neoliberalismo. Claro que la versión actual del primero se parece mucho más a un socorro a los actores que protagonizaron el auge del segundo (las grandes corporaciones financieras).

Keynesianismo y neoliberalismo, en definitiva, se engendran mutuamente como expresión de la dinámica del ciclo económico y de sus crisis:

[Las intervenciones estatales] no indican una tendencia reformativa en el capitalismo. Lo que revelan es que el sistema encuentra cada vez más difícil resolver los problemas capitalistas por medios estrictamente capitalistas. En una ideología capitalista consistente, la "nueva economía" no significa éxito sino fracaso. Sin duda las intervenciones gubernamentales pueden posponer o mitigar una crisis; pero la necesidad de tales intervenciones sólo es una prueba de la profundidad de la situación de crisis. En las condiciones del siglo XIX era relativamente fácil superar la sobreacumulación mediante crisis que afectaban en mayor o menor medida a todas las entidades de capital a nivel internacional pero, al empezar este siglo [XX], se había alcanzado un punto en que la destrucción del capital mediante crisis y competencia ya no era suficiente para cambiar la estructura total del capital en dirección a una rentabilidad mayor. El ciclo económico como instrumento

de acumulación había llegado aparentemente a su fin; o más bien el ciclo económico se convirtió en un ciclo de guerras mundiales. Aunque la situación puede explicarse políticamente, también era consecuencia del proceso de acumulación capitalista... En otras palabras, un capitalismo "sano" es un capitalismo estrictamente competitivo, y las imperfecciones de la competencia en las etapas primitivas y últimas de su desarrollo deben ser vistas como las enfermedades propias de un capitalismo senil. Pues un capitalismo que restringe la competencia no puede encontrar su regulación "indirecta" en los movimientos de precios y del mercado que derivan de las relaciones de valor en el proceso de producción. (Mattick, 1984)

Tenemos así una formulación que introduce muy claramente el elemento histórico de la evolución capitalista como el aspecto decisivo para apreciar el alcance y el lugar específico de la crisis capitalista. Dicho de otra manera: es el contexto el que explica la naturaleza de las crisis, y no al revés. Vale la pena tenerlo en cuenta para orientarnos en la convulsiva coyuntura de un derrumbe de la economía capitalista mundial como el que enfrentamos en la actualidad.

La pretensión de reformular la crítica de la economía política (clásica) mediante una suerte de fusión entre Marx y Keynes, alentada por la llamada izquierda de Cambridge y los planteos de un economista polaco, Michal Kalecki, que se reclamaba del marxismo en la época estalinista, no debe ser abordada apenas desde el ángulo de la teoría económica sino considerando especialmente el ambiente político que la condiciona. Sea por la línea general de la dirección estalinista de compromiso y colaboración con las potencias capitalistas, en particular en la segunda mitad del siglo pasado; sea por el rechazo al carácter burocrático y criminal de la cúpula encaramada en la cima del poder de la ex Unión Soviética, la tendencia a una aproximación a los planteos keynesianos tomó frecuentemente la forma de una tentativa por reconciliar a dos hombres que, probablemente, lo único que tuvieran en común fuera que uno murió en el mismo año en que el otro nacía.

El Estado y la crisis, ahora

Reivindicar una filiación keynesiana para las diversas medidas que llevaron a una creciente intervención del Estado en los dispositivos de la actividad económica contemporánea es incorrecto. Keynes, en todo caso, se presenta como quien busca darle amparo en la tentativa de

formulación *ex post* de una arquitectura teórica que procura sostenerla de modo racional. La intervención directa del Estado como una suerte de fuerza autónoma, representando los intereses más generales del capital, o de sus fracciones más decisivas, es anterior a Keynes: data de las primeras décadas del siglo pasado y aun de finales del siglo XIX, cuando el estado de las grandes potencias se transforma en el ariete de la expansión imperialista. El fenómeno se fue acentuando en la misma medida en que el capitalismo envejecido requería diversas muletas para mantenerse. El New Deal también fue lanzado antes de que Keynes publicara su *Teoría general* y sin su intervención. En América Latina, algo similar queda planteado en la década de 1930. Son los años conocidos en la Argentina como los de la década infame, por la perpetuación de los fraudes electorales y la corruptela que caracterizaban a los gobiernos oligárquicos de la época. Fue entonces cuando el joven economista Raúl Prebisch, futuro numen de la Comisión Económica para América Latina, planteó una política de corte desarrollista, más tarde identificada con el legado de Keynes y que suponía el abandono de una política económica basada en el puro *laissez faire*. Prebisch volvió a tomar protagonismo con el golpe militar que en 1955 derrocó al gobierno de Juan Domingo Perón, sin que esto obstara para que ya se presentara su figura como una especie de keynesianismo progresista que se elaboraba desde las particularidades propias de la periferia del mundo capitalista.

En la década de 1960, la convergencia eventual entre los planteos de Marx y los de Keynes sería el biombo bajo el cual una generación con vínculos con la academia se lanzó a la travesía de una conversión definitiva hacia las trincheras del orden establecido, con el brasileño Fernando Henrique Cardoso como nave insignia de la flota. Cardoso muy tempranamente lanzó una tesis que declaraba que la "dependencia" no sería sinónimo de expoliación y sometimiento nacional sino el cuadro en el cual se podía también esperar un "desarrollo" compatible con la colaboración con las grandes corporaciones capitalistas y sus respectivos Estados (imperialismo). Algo que, como sabemos, trató de promover como una suerte de izquierda del neoliberalismo (?) y desde la cúpula del poder. Debe decirse que el engendro desarrolló su propia cría si se tiene en cuenta la continuidad entre la política económica del gobierno petista en funciones con posterioridad, hasta hoy, en su país. Ya hemos escrito sobre esto hace un buen tiempo (Rieznik, 2000).

Habrà que agregar, por fin, que también en la presente crisis la tentativa de formular una variante de salida "heterodoxa", que incluiría la admisión de la crisis con condimentos marxianos y una medicina de

naturaleza keynesiana, al menos en lo que respecta a una intervención activa del Estado, resulta en un híbrido no menos inconsistente que en el pasado.

Como hemos señalado en un principio, la intervención de las autoridades ha tenido un alcance, al menos en términos de la magnitud de recursos involucrados, monumental. A pesar de esto, sólo ha conseguido un respiro apenas transitorio, concluyendo en una recaída que puede ser todavía más grave que la de 2008; algo que admitió en agosto de 2011 el presidente del Banco Mundial, lo cual exime de mayores comentarios. Los mercados bursátiles han entrado nuevamente en una caída cuyo final es difícil de prever. La desintegración de la Unión Europea es un hecho, si consideramos que algunos de sus países se han convertido en una suerte de protectorados semicoloniales de sus socios mayores y sin que esta alternativa haya frenado la tendencia a las bancarrotas que se extiende como una mancha de aceite.

Es cierto que entre los keynesianos más ortodoxos, en la medida en que sea posible hablar así —por ejemplo, algunos de los planteos de Paul Krugman o Joseph Stiglitz—, se critica la política de medio camino adoptada hasta el momento, con iniciativas contradictorias y descoordinadas en el ámbito internacional y se propugna una expansión fiscal muy audaz, y aun un ataque en regla a la banca y a la actividad especulativa. Pero algo de esto ya han hecho los *policy makers* en Estados Unidos y el déficit presupuestario sin freno marcha paralelo a una caída en el valor de la moneda que puede desatar una dislocación del sistema monetario mundial, algo que llevaría a una catastrófica dislocación del mercado mundial.

En el estadio actual del desarrollo financiero del capitalismo, el valor de una moneda lo determina la cotización de la deuda pública. La deuda norteamericana es el anteúltimo refugio del capital frente a la crisis; el refugio último, el oro, sería, precisamente por eso, el detonante de un derrumbe mayor, porque privaría a los Estados de los medios para financiarse. No es apenas esto porque, como también vimos, los representantes del capital tienen en agenda una eventual nacionalización del sistema financiero que constituye el sistema nervioso del mercado mundial. El asunto tiene su interés porque prueba que una medida tan extremista como ésta podría ser ensayada como parte del esfuerzo para salvar al capital de una hecatombe. Al mismo tiempo plantea el problema en términos sociales y políticos muy clarificadores. No se trata ya de nacionalizar o no, estatizar o no, considerando el punto en el limbo de una economía abstractamente concebida, sino de precisar el “quién” y “el

para qué”, que es lo que importa. O sea, si se procede a una variante de lo que podríamos llamar “capitalismo de Estado” como línea de defensa para salvar al paciente en terapia intensiva o como transición a una planificación racional del metabolismo productivo bajo el control y la gestión de los productores, es decir, de los trabajadores.

Está claro ahora que el rescate capitalista al cual se lanzó la política dominante en los principales países en sus distintas formulaciones ha llevado el conflicto social a un punto en el cual se ha creado una situación de insurgencia, movilizaciones y luchas que constituyen el elemento novedoso de la crisis mundial en el período más reciente. Las huelgas han adquirido una dimensión inusual y extendida a pesar del inconcebible inmovilismo de sus liderazgos burocráticos y mientras se plantean “ajustes” económicos que conllevan la liquidación en regla de conquistas seculares del movimiento obrero. En el mundo árabe la rebelión en marcha se ha propagado con un vértigo sin igual conmoviendo regímenes de larguísima data, abriendo una nueva etapa de consecuencias duraderas y extendidas en el tiempo y el espacio. En la ciudadela israelí asistimos a las mayores manifestaciones de masas desde el nacimiento del Estado sionista. El movimiento de los indignados parece el debut de una reacción tan novedosa como de amplitud que no reconoce fronteras. Es cierto que el capitalismo ha llegado a una concentración tan enorme de los recursos económicos que podría salir de esta crisis con un gasto planificado gigantesco, que elevaría la producción y el movimiento comercial, y con ellos las finanzas públicas. El problema es que esos recursos están concentrados en manos privadas, que operan en función de sus propios intereses, y que el capital financiero ocupa la cúspide de esa concentración económica.

Por eso, la salida del gasto impone la nacionalización, la usurpación de la propiedad capitalista por el Estado capitalista. En contra de esta tendencia, la crisis, por esto, ha propiciado el florecimiento de un mercado incendiario: el de los seguros contra default, que apuestan a que se produzca una cesación de pagos de los Estados, como si las compañías que venden esos seguros pudieran cumplir con los compromisos en el caso de un estallido (Altamira, 2011).

Nos encontramos en un punto de inflexión de la historia: la que Marx entendió, la que Keynes inútilmente busco corregir sin llegar a entenderla. Vale aquella alternativa que muchas veces cité en mis trabajos, actualizada por los acontecimientos actuales, la formulada por Rosa Luxemburgo hace casi un siglo: socialismo o barbarie. Se trata de poner manos a la obra.

Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial

El carácter excepcional de la actual crisis que recorre la economía capitalista planetaria ha sido puesto de relieve desde las más diversas perspectivas. Es un hecho que ha sido señalada una y otra vez como la mayor crisis en la historia del capitalismo y por eso se alude normalmente a su magnitud, a la velocidad de su propagación y a su extensión sin precedentes. En relación con la magnitud de la bancarrota en curso, un estudio dado a conocer por dos profesores norteamericanos puso de relieve que, en los primeros ocho meses de la crisis de 2007, las caídas en términos de la producción industrial mundial, de los valores de los activos bursátiles y de los niveles del comercio internacional eran mayores en ese año que las correspondientes al mismo período luego de que detonara el crack de 1929 en Wall Street. En un lapso relativamente breve, por otra parte, la tesis del “desacople”, que postulaba que el derrumbe no se extendería a la periferia “emergente” del capitalismo global, ha sido simplemente abandonada en la misma medida en que la crisis se transformó en una suerte de pandemia universal. También es un hecho que —comparado con las dos grandes crisis del siglo XX, la del umbral de los años 30 y la que se manifestó en los 70— el colapso presente se extiende por primera vez por toda la geografía terráquea. En los casos anteriores no tuvo esa extensión porque, desde 1917, la vieja Unión Soviética había quedado al margen de la circulación universal de bienes y capitales, un fenómeno que era más notorio todavía en la crisis más reciente de principios de la década de 1970, cuando la expropiación del capital se había extendido a China e incluso echado sus raíces en nuestras latitudes, en pleno Caribe y a 145 kilómetros de la mayor potencia capitalista del mundo. Ahora, en cambio, los territorios ruso y chino son el escenario de una enorme colonización por parte del capital y en tal condición se integran al convulsivo proceso económico, social y político presente.

Se trata, además, de una crisis en dos actos. El primero estalló con

una crisis generalizada en el Sudeste asiático, golpeando entonces a los países que se suponía habían emprendido un ritmo irreversible de ascenso y modernización capitalista. Eran los llamados "tigres asiáticos", que se derrumbaron uno tras otro a partir de la bancarrota de Tailandia en 1997. En 1998 la ola de quiebras se extendió a la restaurada economía rusa, que declaró el cese del pago de su deuda externa y arrastró en su caída a una gran inversora yanqui muy conocida (Long Term Capital Management, LTCM), lo que amenazó con provocar un crack en Wall Street. La crisis se extendió al año siguiente a América Latina, con una significativa devaluación del real, la moneda de Brasil, y una recesión que, como sabemos, tuvo un alcance descomunal en la Argentina y que derivó en el levantamiento popular de diciembre de 2001, el Argentinazo (ver, al respecto, el capítulo sobre el caso argentino). La debacle sólo fue contenida merced a una burbuja especulativa de características difíciles de adjetivar por su volumen sin antecedentes, centrada en los negocios financieros a partir del mercado inmobiliario. La explosión de esta burbuja nos llevó a la situación que es ahora nuestro presente.

Esta crisis debe ser apreciada no como un episodio periódico, cíclico, sino como manifestación de una disolución más amplia de todo el orden social. Recordemos al respecto que, en el primer capítulo de la bancarrota que recorre el globo, la Argentina retrocedió a un estadio de desarrollo tan primitivo que volvimos a la época bárbara del trueque, símbolo fuerte, para quien lo quiera ver, de un retroceso civilizatorio. No en vano, como hemos dicho en otro capítulo de este libro, se habla ahora de la "argentinización" de la economía mundial. Estamos ante la emergencia —típica de toda crisis, pero que en este caso adquiere características inéditas, de los límites insuperables del capital, que son los límites retratados muy tempranamente en el célebre diálogo entre el hijo y una madre de una familia minera en la Inglaterra del siglo XIX ("Por favor, enciende la estufa", reclamó el niño, aterido. "No puedo", respondió su madre, "porque falta carbón". "¿Por qué falta carbón?", preguntó su hijo. "Porque tu padre no cobró su jornal, lo despidieron de la mina." "¿Y por qué lo echaron de la mina, mamá?" "Porque sobra carbón"). Claro que mucha agua corrió bajo el puente desde el siglo XIX. La crisis de sobreproducción es abismal. Nos hundimos, no porque falta capital sino porque sobra para repartirse los resultados de la explotación del trabajo globalizado. Sobreproducción de capitales y también sobreproducción de mercancías invendibles. El exceso de capacidad productiva es gigantesco: en la industria automotriz, en las telecomunicaciones, en la producción de acero, en la industria textil, etc. Sin embargo, la mitad de la humanidad padece

hambre. Una expresión monstruosa de esta realidad lacerante es que con mucho menos que una milésima parte de lo que ha sido gastado en los recientes paquetes de salvataje al capital se resolvería el problema de la comida para esa mitad hambrienta de nuestro planeta. Y a pesar de todo esto la crisis no ha pasado; todavía falta lo peor.

Una cuestión decisiva

Para comprender el alcance histórico de la crisis presente, algo que es normalmente ignorado o incomprendido (lo que supone desconocer la naturaleza decisiva de la situación actual), hay un dato clave. Nos referimos al hecho de que la crisis a la que asistimos se produce en una circunstancia que se identifica con la etapa en la cual el capital pretendía haber establecido su definitiva supremacía histórica. Ese era el significado de la "caída del muro de Berlín", de la restauración que se extendió como mancha de petróleo hacia el Este del viejo continente y con la irrestricta penetración capitalista en Asia, que convirtió a China en una gigantesca plataforma de exportación de envergadura homérica. Éste es el punto decisivo porque con esa conquista formidable el capital suponía haber coronado un enorme y extenso operativo que podía resolver sus catástrofes recurrentes a lo largo de la última centuria y abrirse un porvenir ilimitado de progreso. La liquidación de la propiedad estatal en los países que habían confiscado la propiedad privada de los medios de producción parecía invertir de hecho el signo mismo del siglo XX, cuya marca original y su "mayor acontecimiento", según la definición de Edward H. Carr, era la Revolución Rusa, que en el umbral del siglo XX se proponía como debut de una nueva época para la comunidad humana.

El avance capitalista sobre la Unión Soviética y China en la década de 1990 era, además, sólo el remate de un proceso más vasto emprendido por el capitalismo en todos los frentes sin excepción y durante una larga década y media. Un proceso que incluyó la agresión en toda la línea contra las conquistas del movimiento obrero en los países metropolitanos y que tomó forma definida con la política de los emblemáticos gobiernos de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, y la llamada política neoliberal de desregulación de los mercados, privatizaciones y precarización del trabajo. Es una evidencia reiterada en numerosos trabajos e investigaciones que los salarios se han deteriorado sistemáticamente desde la década de 1970, en una secuencia amplia, en todos los grandes países capitalistas, con el propósito indisimulado de servir a la reconstitución de la renta-

bilidad capitalista y de extender el área de negocios del capital. Con el mismo propósito se abarataron todos los costos laborales, se redujeron los programas sociales más diversos y se procedió a un desmantelamiento general de las condiciones de vida de la población laboriosa. Esa tentativa estratégica del capital incluyó también una ofensiva general contra los llamados "países atrasados", que en la década de 1980 quedaron arrasados por una política de depredación y vaciamiento económico y financiero. Por eso son los años conocidos como "década perdida" en América Latina, con sus estallidos hiperinflacionarios, desorganización económica generalizada, deterioro enorme de los ingresos de las clases trabajadoras y hundimiento de los medios de existencia de las masas.

En resumen, la crisis de nuestra época debe ser considerada en este contexto concreto: derrumba lo que pretendía ser la fortaleza inexpugnable del capital en su conquista "global" más reciente. Una arquitectura cimentada en esa suerte de tripode que acabamos de describir, con un alcance planetario: en el entonces llamado "primer mundo", desmoronando los diques de defensa que habían construido sus trabajadores en un largo recorrido previo; en el "segundo mundo", quebrando hasta el final a las viejas economías estatizadas y, finalmente, en el "tercer mundo", desplegando una política de tierra arrasada que no se privó de los regímenes de los Videla y los Pinochet. El derrumbe actual, por lo tanto, no sólo cancela la pretensión del capital de haber alcanzado su definitiva supremacía con la restauración en la antigua Unión Soviética y con la colonización de la China "comunista". Porque, como acabamos de ver, semejante "triunfo" era al mismo tiempo la culminación de una empresa de largo aliento en el planeta entero cuyo propósito era salir de una *impasse* que se tornó particularmente aguda en los terremotos económicos, políticos y sociales de finales de la década de 1960 y comienzos de la siguiente. Era la gran crisis de la segunda posguerra, que ponía fin al pretendido período dorado del siglo pasado, conocido como los "treinta años gloriosos", a partir de 1945.

1968-1975

No fueron treinta; ni mucho menos gloriosos: eso es precisamente lo que planteó la gran crisis mundial que se expresó en los estallidos de ese año revolucionario que fue el célebre 1968. Un año que, de modo unilateral, tiende a ser identificado con una revuelta de estudiantes insatisfechos con la "sociedad de consumo", que los habría saciado ma-

terialmente y vaciado en el plano espiritual. Es al menos la versión que volvió a aparecer en primer plano al recordarse, en 2008, el 40º aniversario de aquel Mayo francés. Pero si el Mayo francés trascendió fue, en primer lugar, porque el levantamiento juvenil fue la chispa que encendió la más importante huelga general del proletariado de ese país de toda su historia, que paralizó a Francia durante casi un mes. La movilización revolucionaria de la clase obrera en el centro del mundo capitalista echó por tierra la especie de que los trabajadores de las grandes potencias se habían transformado en una suerte de cómplices de la explotación mundial por parte de sus propios gobiernos, y se transformó en el símbolo de toda una época. No es por casualidad que el ex presidente francés Nicolas Sarkozy haya señalado hace algún tiempo que se trataba de enfrentar el desafío de "liquidar de una vez por todas la herencia de Mayo del 68".

Si puede afirmarse que el convulsivo 1968 marcó un hito en la historia moderna es, además, porque tuvo, otra vez, una dimensión específicamente "global". Comenzó con lo que se conoce como la ofensiva del Tet, que arrinconó en Vietnam a las tropas invasoras, asestándoles un golpe decisivo a pesar de su enorme costo en vidas y del fracaso de sus objetivos inmediatos. El impacto fue enorme en Estados Unidos en particular, donde se había desarrollado un gigantesco movimiento contra la guerra. Liquidó de un plumazo la reelección del entonces presidente Lyndon Johnson y golpeó en el corazón del régimen político norteamericano, que ese mismo año fue conmovido por dos magnicidios: el de Martin Luther King en abril y el de Robert Kennedy algunos meses más tarde. Pero si el Mayo francés fue precedido por el enero vietnamita, fue continuado, a su turno, en agosto de ese mismo año, por un nuevo estallido, esta vez en el Este europeo: 5.000 tanques rusos y 200.000 soldados invadían Checoslovaquia para aplastar la llamada "Primavera de Praga", un hito clave en las rebeliones que desde hacía más de una década atrás sacudían el territorio dominado por el estalinismo y sus gobiernos títere en Europa Oriental. Así la clase obrera del Este europeo ocupaba un primer plano en la lucha contra el dominio de los usurpadores que decían gobernar en su nombre. En octubre, finalmente, otro hito clave de 1968: en nuestro continente, la policía y el ejército mexicanos reprimen a sangre y fuego una masiva concentración estudiantil, asesinando a centenas de compañeros en lo que se conoce como la masacre de Tlatelolco.

Vietnam, el Mayo francés, Praga y Tlatelolco son probablemente los puntos más altos que marcan a ese año de 1968, que "conmovió al mundo". Además de México, en nuestra América Latina el pueblo uruguayo se levantaba contra el gobierno de su país con huelgas y manifestaciones

masivas. En Bolivia, la guerrilla de Inti Peredo aparecía como evidencia de una nación insurgente contra la decadente dictadura del general René Barrientos, que pocos meses atrás había hecho fusilar al Che. En Brasil, el estudiantado se levantaba contra su propia dictadura; en la Argentina debutaban las huelgas y la deliberación obrera que poco después culminarían con el Cordobazo. En El Salvador, una huelga general de maestros hacía temblar el país.

Valga la referencia extensiva a los acontecimientos de aquel 1968 para contrastar los hechos con la versión superficial que los pinta como una suerte de acné juvenil, localizado en una sociedad satisfecha y en crecimiento. Al revés, sin embargo, la heterogeneidad de los levantamientos que entonces recorrieron el mundo y sus diferentes alternativas revelan justamente el final de una época. En las huelgas, en las calles y las plazas, en los obreros y su protagonismo renovado, en la guerra interminable en la periferia colonial y en las manifestaciones multitudinarias en las principales capitales del mundo es necesario reconocer un escenario común: el de una quiebra de los equilibrios políticos y económicos armados al finalizar la Segunda Guerra Mundial, los equilibrios negociados entonces entre las potencias capitalistas victoriosas y la Unión Soviética gobernada por el régimen criminal de Stalin. El período abierto en 1968 se extiende entonces hacia los emblemáticos años de 1970; a mediados de esa década, en 1975, tendremos la primera gran crisis capitalista de conjunto de la posguerra y en ese mismo año la debacle yanqui en Vietnam y un nuevo gran acontecimiento en el viejo continente: la revolución portuguesa, que parecía abrir a toda la vieja Europa una perspectiva de cambio radical.

Lecciones de la historia

¿Qué conclusión debemos sacar de esta revisión sumaria de nuestra propia historia? La bancarrota que atravesamos ahora debe ser apreciada, precisamente, como el fracaso histórico de una política de conjunto, en la triple dimensión que ilustramos, que buscó sacar al capital del atolladero en el cual se empantanaba cuatro décadas antes. Un empantanamiento que se puso en evidencia en los hechos del convulsivo 1968, pero que de ninguna manera era un rayo en cielo sereno: se incubó en las limitaciones del propio boom de la posguerra. Si la clase obrera francesa se levantó en aquel año con la virulencia que haría historia, es precisamente porque entonces el gobierno de Charles de Gaulle había comenzado a plantear una política de "ajuste" que buscaba sacar al ca-

pital francés de su propio pantano: la pérdida de sus dominios coloniales y la amenaza del capital norteamericano. La cuestión francesa era, por otra parte, la expresión de un fenómeno de conjunto. Por eso el boom capitalista de la época mostraba sus fisuras, como lo prueba el hecho de que fue en 1968 cuando se estableció algo que los argentinos conocemos bien: un "corralito" bancario. En aquella oportunidad fue un corralito que estableció la Reserva Federal, o sea el Banco Central estadounidense, sobre el oro que tenía depositado, como contrapartida de los dólares que emitía y aceptaban el mecanismo de la reproducción de la economía mundial. De modo que las reservas de los bancos centrales del resto de los países quedaron sin respaldo, anunciando una medida de las más trascendentes de la historia económica del siglo XX: la inconvertibilidad del dólar, declarada apenas tres años después, en 1971, por las autoridades norteamericanas. Es decir: la crisis que encontró su momento culminante en 1968-1975 no fue en absoluto la interrupción súbita e inabordable de un proceso virtuoso de crecimiento económico sino, por el contrario, la expresión de los límites insoslayables de la dinámica del capitalismo en una época de descomposición histórica muy acentuada de la sociedad que le es propia.

Éste es el nudo de la cuestión en una perspectiva de conjunto: la gran crisis de la segunda posguerra, en los años de 1970, debe ser entendida como parte de un proceso todavía más amplio: el que incluyó dos guerras mundiales y una crisis devastadora, la que comenzó en 1929 y es reiteradamente tomada como referencia para compararla con la actual. La Primera Guerra, la crisis mundial de la década de 1930 y la Segunda Guerra procuraron, con sus métodos brutales, "ajustar" el mercado a las necesidades del capital, pero no pudieron, ni podrían, devolverle a éste su potencia histórica, que había quedado definitivamente atrás. Es que la civilización del capital, su contribución a la historia social de nuestra especie, encontró su "techo" con el desarrollo de las fuerzas productivas y el mercado mundial establecido sobre el final del siglo XIX. A partir de entonces sólo podría perpetuarse a costa de una decadencia creciente e irreversible. Por eso, la primera gran crisis del capitalismo "globalizado" se produjo precisamente cuando se encontraba en el apogeo de su desarrollo. Fue, como vimos en capítulos anteriores, la crisis de 1873, que abrió dos décadas de lo que ahora se conoce como la Gran Depresión, y cuya salida fue catastrófica: el reparto del mundo entre las grandes potencias, la exacerbación sin precedentes de los conflictos internacionales, una carnicería humana en el centro del mundo civilizado, la Revolución Rusa... Estamos, en consecuencia, en nuestro presente, marcados por

un largo pasado de decadencia, testimonio de una realidad irreversible: el capitalismo es un sistema históricamente condicionado, que tiende a su agonía como consecuencia de las leyes de su propio desarrollo. Como lo hemos señalado en reiteradas oportunidades, la metáfora biológica es pertinente a condición de comprender que los tiempos en la vida de un organismo son distintos de los tiempos históricos en los que una sociedad puede extender su propia descomposición. Una nueva sociedad debe ser fundada por la acción colectiva y consciente de los hombres: en este caso, creando una nueva comunidad humana sobre otras bases; no las del lucro, no las del capital, que debe ser confiscado. Pero la omisión en este caso no nos salvará de la barbarie.

La crisis actual replantea esta cuestión de una manera muy concreta porque la historia que acabamos de mencionar nos muestra que no sólo las bancarrotas o colapsos periódicos son la expresión de la barbarie que no cesa. Bárbaros y catastróficos son también los métodos con los cuales el capitalismo busca salir de sus propias crisis y por eso acabamos de indicar cómo fue que el capital buscó salir de su primera gran crisis general sobre fines del siglo XIX. Las "salidas" capitalistas a las crisis son tan brutales como las "entradas" en ellas, y revelan de conjunto el carácter del período histórico. Los métodos catastróficos con los cuales el capital superó su primera gran crisis global, la que se inició sobre el final del siglo XIX, volvieron a reiterarse en los caminos que tuvo que recorrer el mismo capital para salir del terremoto que estalló en 1929. Dicho de otra manera: la crisis de 1929 no se revela sólo en la debacle económica sino también en los métodos con los cuales se buscó superarla, porque finalmente el nazismo en la década de 1930 condujo la "reactivación" en Alemania. Pero nadie con sentido común, que como sabemos es muchas veces el menos común de los sentidos, puede pasar por alto a los Hitler como expresión del carácter terminal de una época histórica del capital. El estalinismo, sobre otras bases sociales y como expresión de degeneración de un proceso revolucionario, es también, a su modo, el reflejo de las consecuencias que derivan de la incapacidad de concluir positivamente un período de anacronismo social e histórico. Pero nazismo y estalinismo son sólo expresiones en los extremos de un proceso más general: la década del 30 es la de la terrible guerra civil en España, la de la huelga general y el gobierno de las izquierdas y luego del fascismo servil en Francia, la de la miseria social y la convulsión del movimiento obrero en Estados Unidos... Las crisis de nuestra época son menos "económicas" que nunca porque reflejan precisamente no sólo los defectos de un sistema sino su límite histórico más general, una vez que

han contribuido a crear un mercado mundial y a desarrollar las fuerzas productivas a escala global.

Cadáver insepulto

Asistimos en este momento a la estatización generalizada de medios de producción como tentativa de salvataje del capital. Los mayores gigantes corporativos privados, financieros e industriales, se mantienen en pie por la inyección de dinero público en cantidades homéricas, y esta estatización de la economía plantea una alternativa muy sencilla que incluso ha tomado la forma de consigna popular en el "primer mundo": que los medios de producción estatizados sean para salvar a los trabajadores, no a los bancos y a los capitalistas.

Todo depende, en definitiva, de la clase social que oriente la gestión estatal y el metabolismo de la producción colectiva. El problema del poder ha pasado al primer plano en un sentido preciso porque enfrentamos el desafío de comprender que es necesaria una transformación social radical para reconstruir la sociedad sobre otras bases, o continuar por el camino de la barbarie. Es la acción del hombre la que debe replantear la continuidad de la civilización sobre bases auténticamente humanas. Será la obra de las nuevas generaciones, en primer lugar de los trabajadores. El capitalismo es un cadáver insepulto.

Equilibrios, desequilibrios y catástrofe capitalista

George Soros, en un breve artículo de marzo de 2008, después de pintar con trazos catastróficos la crisis económica internacional, planteaba que los índices de bancarrota económica que son propios del centro del mundo capitalista no se observaban todavía en China. Y concluía: si tal divergencia se mantiene, resurgirá el proteccionismo, asistiremos a turbulencias muy serias en el mercado internacional o –textualmente– “cosas aún peores”. El multimillonario especulador en los mercados bursátiles insinuaba entonces la posibilidad de una guerra planetaria como consecuencia de la eventual dislocación del comercio y de los flujos del capital internacional. Hay que admitir que no está nada mal el planteo y que da una pista para el abordaje de la crisis presente con una dialéctica que está ausente en gran parte de los análisis de la cuestión, incluidos los de quienes se declaran marxistas y hasta trotskistas. Porque señala la perspectiva de la catástrofe, no del hecho de que China sea arrastrada por la debacle económica de las principales potencias, sino de la eventualidad de que, al revés, pudiera evitarla. La economía mundial es una totalidad orgánica y una severa descompensación puede terminar de liquidar al paciente. No se trata de aislar sus componentes para clasificarlos a unos independientemente de los otros, sino de apreciar el carácter de los desequilibrios que le dan a la crisis un carácter de conjunto.

A diferencia de Soros, quienes consideran la hipótesis improbable de una excepción “china” a la regla de la crisis mundial postulan no un colapso general, sino la emergencia de un nuevo eje de referencia del capitalismo, incluso de alcance histórico, algo así como un siglo XXI, asiático u oriental, que trazaría un rumbo ascendente para la civilización del capital, marcada por el siglo XX norteamericano y previamente por el siglo XIX inglés. Soros parte del “mejor” escenario, que China se salve del

derrumbe del centro del capitalismo presente para pronosticar... la mayor catástrofe: la bancarrota de la economía global y un conflicto bélico sin precedentes. Por lo tanto, aun en la eventualidad de que China pudiera mantener su "crecimiento económico", lo que el mundo no se ahorraría es la consecuencia del terremoto emergente de un trastocamiento brutal de los ejes sobre los cuales se articuló el capitalismo en el período histórico reciente, dando lugar a un quebranto de alcance revolucionario del "orden mundial".

En oposición a esta perspectiva se alinean no sólo diversos analistas e intelectuales del mundo capitalista; también marxistas de diverso tipo, incluidos "trotskistas" que han hecho profesión de fe "anticatastrofista". Entre estos últimos es muy habitual que se apele precisamente al mentado "crecimiento" de la economía china como un mentís a las teorías sobre el derrumbe capitalista. China, entonces, sería un ingrediente clave en la "estabilización" de una nueva etapa del capitalismo, de un nuevo "equilibrio" y hasta de una reversión en un sentido positivo de la curva declinante que registra la economía mundial desde la década de 1970. Destacamos entre comillas las palabras "estabilización" y "equilibrio" porque son las mismas que utiliza Trotsky en un análisis sobre la dinámica del capitalismo contemporáneo y que es normalmente considerada una evidencia de la posición "anticatastrofista" del líder bolchevique. El análisis de Trotsky fue desarrollado en dos conferencias del partido bolchevique previas a la reunión del III Congreso de la Internacional Comunista en 1921, donde el tema del "equilibrio" y la "estabilidad" capitalista adquirió una gran importancia política. Para Lenin y Trotsky estaba claro entonces que las expectativas sobre la extensión de la revolución de octubre habían sufrido un importante golpe. La burguesía había conseguido frenar los embates del proletariado en Europa, el comunismo alemán había fracasado en sus tentativas por concretar una alternativa a la crisis revolucionaria en su país, el Ejército Rojo había sufrido una seria derrota en Polonia y los partidos comunistas todavía no habían conquistado a la mayoría de la clase obrera en los principales países del viejo continente. Había que reconsiderar, por lo tanto, los problemas de la lucha revolucionaria y de la táctica política a la luz de las nuevas circunstancias: las batallas mal preparadas o prematuras no llevarían a ninguna parte o podían provocar un desastre. A esa cuestión y a ese nuevo cuadro político, luego de cumplida la primera etapa de la revolución de 1917, estaban dedicados los planteos de Trotsky, reunidos posteriormente, junto a algunos textos adicionales sobre la dinámica histórica del capitalismo mundial, en un breve texto llamado "Una escuela

de estrategia revolucionaria". De modo que la cuestión de los equilibrios y los desequilibrios en la actualidad remite también a una polémica de comienzos de la década de 1920 y al cual se recurre una y otra vez para tergiversarlo. Consideraremos aquí ambas cosas y comenzaremos por aclarar esta última.

Las cosas en su lugar

El problema que analizaba Trotsky entonces tenía que ver con la caracterización política que correspondía a los problemas que enfrentaba la Revolución Rusa en el momento en que —como vimos— su onda expansiva había encontrado un límite y la Internacional Comunista se veía obligada a ajustar los términos de su propia táctica. Contra el doctrinarismo ultraizquierdista que pintaba el panorama de una crisis permanente del capital y de una ofensiva permanente de los revolucionarios por la conquista del poder, Trotsky parte de admitir que no se puede negar teóricamente la eventualidad de un nuevo equilibrio del capitalismo y pasa a examinar con todo cuidado el conjunto de la situación. Admite de entrada que es imposible negar que la burguesía mundial se ha "tranquilizado", luego del impacto provocado por la Revolución Rusa, "después de un momento de pánico y desorden". De nada valía negarlo y proseguir con una "ofensiva permanente" por el asalto al poder, ignorando incluso los propios errores. Por el contrario, se trataba de mirar de frente a la realidad, corregir el rumbo y preparar las condiciones para un nuevo curso ascendente de la revolución y, sobre todo, para avanzar en la conquista de la mayoría de la clase obrera. Para eso el congreso de la Internacional se aprestaba a discutir con el ala "izquierdista" el planteo del "frente único" dirigido a las organizaciones obreras no comunistas.

¿Cuál era el alcance del nuevo escenario al cumplirse tres años de octubre? Ese es el interrogante clave que se propone aclarar Trotsky. Por eso procede a indicar las contradicciones que marcan la nueva situación, en diversos planos: el económico, el de la lucha de clases, el de la política nacional e internacional. El análisis es muy minucioso. Indaga la situación planteada con el ascenso del capitalismo norteamericano, el retroceso del capital en el viejo continente y los enormes desequilibrios entre las propias economías europeas, desquiciadas por la guerra. Considera también los efectos del temprano resurgimiento del militarismo, los preparativos de una nueva hecatombe bélica. Su conclusión es que, a pesar de las derrotas políticas del proletariado en el lapso inmediatamente

previo, "no se puede hablar de restablecimiento del equilibrio capitalista". Al contrario, un curso ascendente de la revolución resultaba inevitable, porque los equilibrios que se habían reconstituido en el plano económico, finalizada la guerra, eran de una enorme precariedad. Todavía se estaba muy lejos de alcanzar los niveles de producción del pasado y el desarrollo de un gigantesco capital ficticio planteaba perspectivas explosivas (las "burbujas" del capital no son sólo cosas del siglo XXI). En ese marco, las contradicciones sociales no tendían a atenuarse sino a agudizarse:

La riqueza y las rentas nacionales disminuyen, mientras el progreso de las clases aumenta. El número de proletarios aumenta, los capitales se concentran... cuanto más se restrinja la base material, más crecerá la lucha entre las clases, y los diferentes grupos para el reparto de las rentas nacionales se encarnizarán luchando; no hay que olvidar nunca esta circunstancia.

Retroceso productivo, desequilibrios económicos y financieros, agudización de las contradicciones sociales, preparativos para otra carnicería universal; de esto habla Trotsky en "Una escuela de estrategia revolucionaria", y cuestiona el planteo de que se ha alcanzado un nuevo "equilibrio" capitalista, que era el punto de vista de la socialdemocracia... ¡no de Trotsky! Sorprende entonces que se vuelva una y otra vez a ese texto para mostrar cómo su autor oponía el concepto de "equilibrio" al de catástrofe o derrumbe del capital. Algo absurdo, además, porque la historia ya mostró que lo que siguió, como decía Trotsky, no fue ningún equilibrio sino una completa catástrofe: la hiperinflación alemana, le revolución abortada de 1923, el nazismo, el fascismo en Italia, el crack de 1929 y luego la Segunda Guerra Mundial. ¡Un "equilibrio" bárbaro! Por lo tanto, sorprende más todavía que no se aprenda de Trotsky el método con el cual se aborda una realidad, no de equilibrio sino "catastrófica" como era a principios de la década de 1920 y que luego fue confirmada plenamente. Un método que permite también aproximarnos como corresponde al examen de los "equilibrios" y de los "desequilibrios" que se engendran unos a otros; una crisis mundial sin precedentes y una fase más aguda de la descomposición histórica del sistema capitalista.

El "centro de gravedad"

La referencia al texto de Trotsky tiene un interés adicional porque consideraba que el "hecho decisivo" de aquel momento era el "traspaso del

centro de gravedad de la economía capitalista y de la potencia burguesa de Europa a América". Un señalamiento que importa tener en cuenta al abordar la situación presente, marcada por el derrumbe de ese "centro de gravedad" y remate de todo un proceso histórico. Estados Unidos se convirtió definitivamente en el eje de la economía capitalista luego de la Primera Guerra. Se reforzó todavía más su papel protagónico como consecuencia de los desequilibrios catastróficos de la Segunda Guerra Mundial, de los cuales emergió un nuevo y frágil equilibrio, con la colaboración del estalinismo y el objetivo de contener a las masas insurgentes, en Europa en particular, al concluir medio siglo de barbarie. Es el frágil equilibrio desafiado por la revolución que, en China primero, en 1949, y más tarde en Cuba, en 1959, extendió a medio planeta el ámbito en el cual el capital había sido expropiado. Un frágil equilibrio, por fin, que encontró sus límites poco después, cuando la década del 60 no había terminado. Como señalamos anteriormente, 1968 fue el año en el que crujió precisamente el mundo de la posguerra con la explosión conjunta a uno y otro lado del "muro", con el Mayo francés y la Primavera de Praga como señales emblemáticas. Es 1968, también, el de la formidable ofensiva de los guerrilleros en Vietnam, que detona la cuenta regresiva del imperialismo en el Sudeste asiático, indisociable de la profunda crisis del régimen político yanqui del momento, jaqueado por movilizaciones populares contra la guerra y por los derechos civiles de la población negra.

Es a fines de la década de 1960, por otra parte, cuando se produce la llamada crisis del dólar, que sufre de hecho entonces una primera devaluación (cuando las autoridades norteamericanas limitan el cambio de la divisa por oro). Puede plantearse la hipótesis de que el proyecto del "siglo estadounidense" quedó liquidado muy tempranamente en el Sudeste asiático y con la crisis política y económica de fines de la década de 1960. Ese "siglo norteamericano", según la denominación de los estrategas yanquis al finalizar la Segunda Guerra, que pretendió evitar los "errores" de sus antecesores, no debía ser un imperio colonial pero sí imponerse por la fuerza de la colonización económica con el dólar como dinero mundial. El mito del imperio "sin colonias" se derrumbó rápidamente en la aventura vietnamita, y la quimera del dominio planetario del billete verde chocó con una barrera previsible cuando comenzaron a drenarse las reservas de oro que guardaba la Reserva Federal para sostenerlo. El "equilibrio" de la última posguerra, heredado de medio siglo de guerras, revoluciones y crisis gigantescas, consumió su combustible cuando no había concluido la década de 1960 y tomó forma explosiva en la gran crisis de la siguiente. El nuevo "centro de gravedad" de la economía

capitalista que emergió de la Primera Guerra no pudo echar un ancla histórica a un modo de producción que había ingresado en un período de decadencia y convulsiones económicas y sociales sin precedentes.

Hoy, lo que está en cuestión es el “centro mismo de gravedad” del mundo capitalista y esto le da a la crisis una dimensión histórica única. Es cierto que el capital ha sobrevivido en su agonía más allá de todo pronóstico, pero por eso mismo las crisis recurrentes tienen un carácter potencialmente más explosivo. En la primera posguerra, Trotsky ponía de relieve en su análisis la base completamente precaria de las economías que vivían del capital ficticio, las exacciones derivadas de la guerra y el endeudamiento, en contraste con la base en retroceso de la economía real. ¿Qué decir ahora de una economía que se arrastra desde hace muchas décadas sobre una especulación que tiene una dimensión diez veces superior a la del producto mundial? (los mercados financieros mueven un volumen de 500.000 billones de dólares, contra los 50.000 que suma la producción de todos los países del planeta).

Final de época

Lo que estalla ahora, por lo tanto, es mucho más que una burbuja financiera que tuvo su epicentro en el mercado inmobiliario norteamericano y que *The Economist* consideró la mayor de toda la historia del capitalismo. Esta burbuja es el último de un conjunto excepcional de recursos al que tuvo que apelar el capital desde hace más de tres décadas para tratar de sostener la economía capitalista sin conseguir nunca la reversión de su tendencia declinante. Esto se manifiesta en el hecho de que todos los indicadores económicos de Estados Unidos, Europa occidental y Japón —crecimiento, inversión, empleo, salarios— han ido deteriorándose desde los años 70, década tras década y ciclo económico tras ciclo económico. Por eso mismo, en la última primavera de “expansión” económica desde 2002, el crecimiento del PBI de Estados Unidos ha sido el más bajo en comparación con cualquier otro período desde finales de la década de 1940. “Este declive del dinamismo económico del mundo capitalista avanzado hunde sus raíces en una caída sustancial de los beneficios, cuya causa primaria es una tendencia crónica a la sobreproducción en el sector manufacturero industrial a escala mundial que se remonta a finales de la década de 1960 y comienzos de la de 1970. La tasa de beneficio en la economía privada todavía no se ha recuperado en la primera década de este siglo, y sus niveles en la fase alcista del ciclo en la década de 1990

no llegaron a superar los de los años 70”, planteó Robert Brenner en un texto de 2008, “Devastating crisis unfolds”. Es imposible, en consecuencia, comprender el momento histórico actual sin tener en cuenta los fracasos sistemáticos de la política capitalista en los últimos treinta años para terminar con la esencia de lo que puso de relieve la crisis de la década de 1970: una enorme crisis de sobreproducción. Sobreproducción que no es otra cosa que un exceso de capital y mercancías en relación con la posibilidad de garantizar las ganancias que le permitan reproducirse. El capital se derrumba porque enfrenta las contradicciones propias de su mismo desarrollo, “equilibrios” y “desequilibrios” cada vez más explosivos, para decirlo con las palabras de Trotsky. La sobreproducción es la barrera insuperable que el capital encuentra en la pobreza de las masas que explota, lo que explica en “última instancia”, según las palabras de Marx, el límite recurrente con el cual se enfrenta la potencia productiva que el propio capital pone en movimiento.

Para contrarrestar la tendencia al derrumbe, el capitalismo apeló, en las décadas que siguieron a la crisis de la de 1970, a “remedios” de un alcance inusitado. Fue una “terapia de shock” global: desde la devastación de las conquistas de los trabajadores, que debutara en la década de 1980 con la “flexibilidad laboral” de los Reagan y Thatcher, al saqueo de las economías del llamado “mundo periférico” en esas mismas décadas, cuando las tasas usurarias y el creciente endeudamiento condujeron a la quiebra de países enteros. Fue el caso paradigmático de México en 1982, cuando tuvo que nacionalizar los bancos para proceder al rescate del capital financiero: la contratara de las nacionalizaciones del presidente Lázaro Cárdenas en la década de 1930, porque aquellas fueron para limitar la voracidad de los pulpos imperialistas mientras las de la década de 1980 se concretaron para salvar a gigantescos monopolios bancarios, cubriendo sus pérdidas con fondos públicos. En la “terapia de shock”, luego de la crisis de los 70, hay que incluir también la “recuperación” para el capital de una extensa región en la cual había sido expropiado, con la restauración capitalista en los viejos Estados obreros. Por lo tanto, si esta ofensiva planetaria no pudo revertir la curva declinante del capitalismo mundial, el fracaso debe medirse a la escala de los remedios cada vez más brutales aplicados y de los crecientes desequilibrios que tienden ahora a reunirse en una “crisis devastadora”.

El desequilibrio que se puso de manifiesto en la crisis de sobreproducción del final de la década de 1960 y comienzo de la de 1970 nunca fue superado. Una nueva crisis sobrevino en la década siguiente, cuando se produjo un derrumbe bursátil en los principales mercados capitalistas,

en 1987. Un derrumbe que acabó por quebrar el proceso, que entonces se consideraba inevitable, de la supuesta transferencia del “centro de gravedad” de la economía mundial hacia un nuevo eje. Se decía entonces que la vieja y ya agotada locomotora del tren capitalista global –la norteamericana– sería sustituida por nuevas máquinas –japonesa y alemana– respectivamente. Pero en lugar de este supuesto “reequilibrio” lo que sobrevino fue la debacle de Japón por un lado, que entró en un letargo económico del cual aún ahora no ha salido. Por otro lado, la economía alemana acabó sumándose a lo que se llamó la “euroesclerosis”, para denominar a la decadente economía del viejo continente. Quienes en la actualidad pronostican que será China la nueva locomotora que remolcará al mercado mundial, olvidan el estrepitoso fracaso de los pronosticadores de la generación previa con metáforas ferrocarrileras. Conciben la economía capitalista como una suerte de mecanismo de equilibrios y desequilibrios que se acomodan y desacomodan mecánicamente, no como la expresión de los límites históricos de un modo de producción que sobrevive a su tiempo con catástrofes y convulsiones crecientes. La aproximación metodológica de Trostky en los debates que jalonaron las discusiones decisivas de la vanguardia revolucionaria, al comienzo de la década de 1920, sigue siendo insustituible; a condición, claro, de que sea correctamente asimilada.

Otra vez China

Volvemos al tema del principio de este capítulo: el lugar de China en la crisis actual. Cuando decimos China, hablamos en realidad de la explotación de los trabajadores chinos y de los beneficios del “orden” impuesto por la burocracia gobernante, asociada a los negocios capitalistas en la mayor plataforma de exportación de toda la historia. Dicho esto, es claro que China contribuyó en los últimos años a evitar el marasmo de un derrumbe general que había comenzado en Tailandia en 1997, extendido luego a Rusia, que se declaró en default en 1998. Fue un tsunami que amenazó con arrastrar a Wall Street y recaló posteriormente en Brasil, sacudió como nunca a la Argentina y afectó igualmente al “coloso del norte” (recordar las quiebras de gigantes como Enron y Worldcom). El “crecimiento chino” pareció frenar el desastre en 2002 con un “equilibrio” particular: que el gigante asiático actúa como bomba demandante en el mercado mundial a condición de que sus exportaciones sean igualmente demandadas; algo que se sostuvo,

decisivamente, con la contrapartida de un monstruoso déficit en el comercio exterior norteamericano.

El “equilibrio” se sostuvo entonces en un enorme y en verdad doble desequilibrio de la economía yanqui. Porque hay que considerar también el déficit del presupuesto norteamericano, que entre otras cosas financia la industria bélica que lleva a la barbarie a Irak y al Sudeste asiático. La deuda pública norteamericana servía para captar los dólares que salían del país por el descomunal exceso de importaciones sobre las exportaciones norteamericanas. La deuda absorbía los dólares que de otra manera derrumbarían el precio de la divisa norteamericana, del mismo modo que el precio de la papa cae cuando la cosecha es abundante. Los déficits “gemelos” de la economía yanqui, entonces, parecían complementarios, pero lo cierto es que incubaban una contradicción explosiva, porque la tendencia creciente a devaluar el dólar para corregir el déficit comercial y la competencia externa presionan en el sentido de dismantelar todo el circuito del financiamiento yanqui. Es que para mantener la captación de fondos se necesita un dólar que no se caiga o, alternativamente, tasas usurarias que terminan arruinando la especulación interna.

Es esto lo que comenzó justamente a reventar a mediados de 2007 cuando la suba de las tasas de interés detonó la crisis hipotecaria, provocando el fenómeno dominó que caracteriza el panorama en la crisis actual, en pleno desarrollo. Es cierto que las tasas norteamericanas han bajado desde mediados de ese año, cuando comenzó el colapso que aún no cesa, para proceder a un salvataje del capital financiero en ruinas. Por eso mismo, no obstante, se debilita la toma de los dólares excedentes en el mercado mundial y la caída de la moneda norteamericana, porque su demanda cae y golpea al comercio internacional, que se desmorona. El alerta de Soros contra un derrumbe del mercado mundial está indisolublemente unido al peligro de las “devaluaciones competitivas”. Ahora, el euro “fuerte” está paralizando a Europa, que se tornó poco competitiva en el mercado mundial. Y no sólo eso, porque el euro “fuerte” amenaza con derrumbar a la Unión Europea: los países más golpeados por la tendencia económica depresiva buscan sus propias “devaluaciones competitivas” para proteger sus mercados de la descomposición general. En la fila se anotan en cualquier momento Italia y España.

Los desequilibrios económicos internacionales se desdobl原因 entonces en el agravamiento de las contradicciones internas en el plano económico, social y político. El retroceso industrial en Estados Unidos, estimulado por el dólar alto que favorece la competencia de los productos procedentes del exterior, buscó ser combatido con la superexplotación de la

mano de obra interna, en particular la de los inmigrantes, cuyos salarios miserables sostienen ramas y regiones enteras de la economía yanqui. Resultado: junto a la devastación de las viejas zonas industriales, como es el caso de Detroit, otrora orgullosa "capital automotriz", sede de la emblemática industria capitalista yanqui, asistimos al despertar de un gigante. Así fue llamada la enorme movilización de 2007 contra la legislación represiva que afecta especialmente a los hispanos. Por otro lado, la tentativa por "equilibrar" a la primera potencia del mundo con la invasión en Oriente Medio ha concluido con un empantanamiento, que no en vano es comparado una y otra vez con lo que fue Vietnam: un golpe brutal al régimen político yanqui.

Un derrumbe histórico

Al examinar, aun sumariamente, la situación actual a la luz del método con el cual se abordaban los problemas de la economía y la política mundial en el mencionado y tan malentendido como distorsionado trabajo de Trotsky, la peculiaridad actual es que en el derrumbe presente del "centro de gravedad" del mundo capitalista no aparece otra alternativa: la ruptura del antiguo equilibrio tomó la forma de una bancarrota general, algo que a su modo está presente en una enorme cantidad de análisis de la más diversa naturaleza. La reiterada ilusión de que China pueda cumplir el papel de nuevo "centro" no sólo omite que tal improbable eventualidad no excluiría una enorme crisis sino, más importante todavía, se niega a considerar a China misma como parte del problema y no de la solución. En el pasado, los países coloniales cumplieron un papel en la "globalización" del capitalismo como fuentes de recursos de materias primas, de absorción del excedente de mercancías en los países centrales e incluso como deudores del capital financiero metropolitano. Hoy China demanda alimentos y materias primas, y como plataforma de exportación llena el mundo con sus mercancías. Con su superávit comercial se transformó en acreedora del país más endeudado del mundo: ¡Estados Unidos de América! La crisis actual no derivará en un traslado más o menos armonioso del eje de la economía mundial de una punta a la otra del planeta, sino que amenaza con desestabilizar las bases de la restauración capitalista inconclusa de la economía estatizada en el gigante asiático. La globalización capitalista ha convertido las convulsiones de la decadencia del capitalismo en catástrofes planetarias.

La tentativa de apelar a las ideas de Trotsky de la década de 1920,

cuando refluía la ola revolucionaria del final de la Primera Guerra Mundial, para oponer el concepto de "equilibrio" al de agotamiento histórico y catástrofe capitalista es francamente insólita y puramente hermenéutica, porque no sale del texto e ignora la realidad. Ni siquiera vale como hermenéutica porque es contraria a las propias palabras de Trotsky en esos mismos textos: "Actualmente estamos en plena crisis, crisis aterradora, desconocida en la historia del mundo [...] esta crisis marca hoy la ruina y el desastre de las fuerzas productivas de la sociedad burguesa". Se preguntaba entonces el propio Trotsky: "¿Quiere decir esto que el fin de la burguesía llegará automática y mecánicamente? De ningún modo", se respondía, indicando a sus camaradas la importancia de debatir los problemas de la táctica política revolucionaria y la necesidad de evitar que se vincularan los problemas del momento con un análisis embellecedor del capital, de su capacidad de alcanzar "equilibrios" y evitar "catástrofes". En tal caso, el debate carecería de rigor y cuestionaría la estrategia del bolchevismo, que se encontraba a la cabeza de la Internacional Comunista. Como aporte metodológico a las discusiones del presente esto no debería ser olvidado, porque apunta al mayor y más importante de los "desequilibrios": el que se presenta entre el viejo mundo en descomposición y el desarrollo de la vanguardia, el programa y la organización revolucionaria destinada a plantear su superación. Un desequilibrio que tiene su base material porque, como señala Trotsky, siempre en el texto que nos ocupa, la burguesía se encuentra en el "máximo de su potencia, de la concentración de sus fuerzas y medios, medios políticos y militares, de mentira, de violencia y de provocación... en el mismo momento en que más amenazada está por su decadencia". Este desequilibrio no ha sido resuelto y su contenido es una histórica crisis de dirección del movimiento revolucionario. Para bien o para mal, esto no atenúa la catástrofe capitalista; nos obliga, por el contrario, a mirarla de frente y a luchar por dar cuenta del desafío. No hay otra posibilidad.

MATICES CRIOLLOS

Neoliberalismo, (anti)neoliberalismo y crisis: el caso argentino

La economía argentina evoca, una y otra vez, la imagen del desastre. Hace muchos años, un célebre economista la estigmatizó como caso único cuando caracterizó al mundo capitalista como integrado por cuatro tipos de países: los desarrollados, los subdesarrollados, Japón y Argentina (la frase se adjudica a Simón Kuznets, ganador del premio Nobel de economía en 1971). Japón, porque representaba entonces un supuesto atípico de crecimiento secular; nuestro país, porque se identificaba con su perfecto opuesto. En verdad, el único secreto sobre esta cuestión reside en el lugar histórico que ocupó la Argentina en el escenario global, en el cual concluyó integrada como semicolonias inglesa (así la consideró Lenin en 1916, explícitamente, en su célebre trabajo sobre el imperialismo). Una renta agraria excepcional permitió a esta economía del Río de la Plata un registro de producción per cápita excepcional a final del siglo XIX y comienzos del XX, que le dio la apariencia de país moderno cuando, al mismo tiempo, echaba las raíces de un atraso muy perdurable en el tiempo. El enigma de su historia es la historia de un enigma que se resuelve en la naturaleza específica de su capitalismo agroexportador y su particular integración al mercado mundial dominado por el capital financiero de los países centrales.

La muy débil estructura social del país, sin embargo, sufrió muy tempranamente, desde el siglo XVIII, la presión del mercado mundial. La eventualidad de una acumulación de capital de la burguesía local en función de un rol de intermediario con el centro de la economía colonial en el Alto Perú se vio rápidamente frustrada por las trabas paraaduaneras. Luego de las vicisitudes del proceso independentista, las posibilidades ulteriores de capitalizar la renta agraria enfrentaron los límites de un débil mercado interno, un resultado del régimen de la gran propiedad agraria (más precisamente ganadera, con su correlato, la estancia, en el

marco de una escasa población agraria). Esta limitación se manifestaría en la incapacidad de creación de una clase media agraria a partir de la inmigración en masa. La formación de un capital nativo original se dio en el marco comercial y, tardía y limitadamente, en la explotación productiva del trabajo agrario. Si la integración de las Provincias Unidas al mercado mundial fue relativamente prematura, la de la burguesía agraria, primero, e industrial, después, fue definitivamente tardía. El capital nativo no pudo encontrar un lugar propio en su anticipado intento por arrimarse al capitalismo mundial en su etapa de ascenso y llegó tarde cuando buscó superar su base agraria en la etapa de copamiento del mercado planetario por el imperialismo. No es una línea recta la que traza la explicación del atraso del país respecto de la economía mundial.

La imagen del desastre "argentino" se renovó en el umbral del siglo XXI, cuando el país sufrió agudamente los efectos de la crisis mundial. Fue a principios de este siglo, en ocasión de un hundimiento nacional sin precedentes resultado de lo que podemos considerar el primer acto del quebranto general de la economía internacional al cual asistimos en la actualidad y testimonio dramático de la historia presente. Por eso mismo es que ahora la "argentinización" de los países que se dislocan en el torbellino de la actual gran depresión es una apelación recurrente en la literatura especializada, que ya identificó con el país de las pampas a Islandia, a Letonia y a Irlanda, para tomar los casos más notorios.

Es en este contexto, señalamos, que en forma también recurrente la Argentina es presentada como una víctima emblemáticas de las llamadas políticas "neoliberales". Pero también lo es de las políticas "antineoliberales" que ahora se habrían extendido al mundo entero. A los representantes oficiales del *establishment* argentino actualmente en el poder se les ocurre incluso que fueron pioneros en los remedios a los cuales se apela ahora para combatir la pandemia de una quiebra de alcance internacional.

Big bang

Esta pequeña historia tiene condimentos propios, porque fue el peronismo —que a no pocos analistas se les antoja también un extraño producto autóctono— el que produjo un gobierno que, como pocos, encarnó la aplicación de los llamados principios del Consenso de Washington en la década de 1990. Fue cuando la rápida conversión de Carlos Menem al credo conservador moderno de Ronald Reagan (presidente de Estados

Unidos entre 1981 y 1989) y Margaret Thatcher (primera ministra del Reino Unido entre 1979 y 1990) parecía entonces confirmar un nuevo tiempo. Doble conversión si se tiene en cuenta que el mismo partido de Menem, y muchos de los mismos personajes que lo acompañaron, pasaron luego a abrazar la causa "antineoliberal" y con un entusiasmo similar al que desplegaran para aprobar la política contraria en la década anterior.

El "neoliberalismo" criollo se expandió en un momento de euforia "global", con George H.W. Bush (presidente de Estados Unidos entre 1989 y 1993) en la Casa Blanca. El capitalismo mundial celebraba lo que suponía una suerte de victoria definitiva: la restauración que se extendía sin freno en la disuelta Unión Soviética y como una mancha de aceite en China, bajo la tutela de un igualmente restaurado Partido Comunista. La Argentina se transformó entonces en un ícono de la nueva religión "neoliberal" que sus gobernantes siguieron con entusiasmo devoto: apertura comercial, privatización sin límites de servicios y empresas estatales, desregulación de los mercados y, en particular, flexibilización y precariedad laboral que arrasó con muchas décadas de conquistas en la materia. Pero si el neoliberalismo tuvo su acta de bautismo en la década de 1980 de Reagan y Thatcher, en la Argentina, bajo el gobierno de Raúl Alfonsín, se pretendió lanzar, con el visto bueno de los kirchneristas de la época (en ese entonces, "renovadores" del peronismo), un plan de privatizaciones que anticipaban los planes de Menem. Esta primera intentona se consumó luego del derrumbe provocado por los tres procesos hiperinflacionarios que provocaron las dos grandes crisis mundiales en 1987 y 1989.

Es la historia conocida de una aventura que también concluyó en desastre. La crisis mexicana de mediados de la década de 1990 y el tsunami económico que se desató en el Sudeste asiático en 1997 acabaron por recalar en la Argentina, provocando un gigantesco derrumbe, una depresión prolongada que llevó a una caída del producto bruto en los años subsiguientes de más de 20%. La desorganización económica del país no dejó de manifestarse hasta culminar en una disolución social sin precedentes: desaparición de la moneda, quiebra completa del sistema financiero, miseria social inédita, bancarrota del régimen político y estallido revolucionario sobre el final de 2001. El llamado Argentinazo acabó con la experiencia menemista luego de que su gobierno fuera sucedido, en 1999, por un frente opositor que en lo esencial continuó los lineamientos de su antecesor. Lo prueba el hecho de que Domingo Cavallo, el artífice de la (contra)revolución neoliberal de los 90, fue convocado al gobierno que ocupó el poder en 1999, presidido por Fernando de la Rúa.

El "neoliberal" Cavallo fue siempre un hombre de la burguesía "nacional", a la que rescató ya en la época de la dictadura (1982) cuando estatizó la deuda de los grandes capitalistas nativos. Incluso durante el propio gobierno menemista tuvo sus roces con el FMI, cuando éste pretendía reducir subsidios a los grupos locales y destinar el ahorro "argentino" para pagar a los acreedores externos (recientemente otro "Chicago boy", al frente del Banco Central se opuso al planteo de los Kirchner, y del FMI, de utilizar las reservas del banco para cubrir los pagos de la deuda). Cavallo fue el inspirador de lo que se interpretó en su momento como una de las medidas más sorprendentes de la política económica del gobierno menemista a principios de los años 90, cuando la moneda argentina fue fijada en paridad "uno a uno" con el dólar y, al mismo tiempo, declarada libremente convertible. La medida se fijó incluso por ley, violentando por supuesto el credo oficial del mercado, pero con la excusa de que se trataba de un "ancla" que permitiría el restablecimiento de la circulación de mercancías y capitales, quebrada una y otra vez por estallidos inflacionarios y devaluaciones que habían caracterizado la evolución de la Argentina en el período previo, y en el contexto de un estancamiento crónico espectacular: el nivel del PBI por habitante en la década de 1990 era inferior al de principios de la de 1970.

La convertibilidad estableció la intangibilidad de las reservas del Banco Central en la divisa extranjera y el hecho fue presentado como evidencia no sólo de la supuesta autonomía de la autoridad monetaria sino del compromiso con la población con el respaldo a la moneda nativa, presentada, por eso mismo, como dinero "fuerte" que rompía con una larga tradición de la economía nacional. Lo cierto es que, en realidad, se trataba de lo contrario. En primer lugar, porque la convertibilidad a un tipo de cambio fijo funcionaba, de hecho, como una suerte de "seguro de cambio" para metamorfosis varias del capital especulativo, beneficiado astronómicamente por la posibilidad de lucrar con tasas de interés y negocios de altísima rentabilidad. El alcance de esta operación leonina puede medirse en el hecho de que durante la "convertibilidad" el alza de los precios internos superó el 60%, un lucro completamente excepcional que se "dolarizó" por la arbitraria disposición de mantener el valor de la divisa norteamericana "anclada" en ese mismo lapso. Esto significa que un "inversor" extranjero que simplemente hubiera conservado durante algún tiempo un conjunto de bienes, que reflejaran la inflación promedio del período, podría acumular una ganancia de la misma magnitud.

En segundo lugar, el fraude del peso "fuerte" y convertible se expresaba en el hecho de que el tipo de cambio era para algunos más igual

que para otros, según la ironía orwelliana. Así, en el caso de las inversiones, supuestamente encarecidas por un peso sobrevaluado, o lo que es lo mismo por un dólar barato, el tipo de cambio no era el del "uno a uno". Es que el gobierno aceptaba para la compra de activos estatales los bonos de la deuda argentina a valor nominal o cercano a él, mientras que la compra de esos mismo bonos se hacía a "precio de banana" en los mercados financieros, hasta 20% de ese valor nominal. De modo que las "inversiones", que en lo sustancial no eran otra cosa que transferencias de activos estatales a capitales privados extranjeros, se podían concretar a un dólar muy valorizado, del orden de 4 o 5 pesos por cada unidad de la moneda norteamericana o, lo que es lo mismo, a un peso baratísimo, beneficioso para los tenedores de divisas. Si se tiene en cuenta la desvalorización gigantesca con la cual el patrimonio público fue entonces ofrecido a la venta, la magnitud de este negocio lo convierte en una de las mayores estafas de la historia económica nacional. En tercer lugar, detrás de la apariencia de una moneda fuerte, la realidad era, en definitiva, la opuesta: la convertibilidad implicaba la imposibilidad de una política monetaria propia, revelaba que el peso no servía ni como reserva de valor ni como instrumento de pago. La convertibilidad no fue en este aspecto otra cosa que la "dolarización" de la economía nativa, la conversión de la Argentina en una colonia monetaria del Banco Central norteamericano, la Reserva Federal. Todavía en la década de 1990 un periodista oficialista, defendiendo al llamado Plan Cavallo, se jactaba de que la moneda nativa fuera un "peso balboa", como se denomina la moneda panameña.

Lo que le dio un carácter explosivo al mecanismo de la "convertibilidad" fue que reunió en un dispositivo común dos elementos diversos de la política cambiaria, incluso formalmente contradictorios. Una "caja de conversión" no implica un tipo de cambio fijo, puesto que actúa simplemente como reflejo del aumento o de la caída de la masa de oro o moneda extranjera que sirve como reserva (dinero mundial) y cuyos flujos son la contrapartida del déficit o del superávit de la balanza de pagos, es decir, de los movimientos comerciales y financieros con el exterior. Un saldo positivo, que incrementa la oferta de dólares, significa, en este sentido, un aumento de la oferta monetaria extranjera y deprime su precio, como es el caso de cualquier mercancía en una economía mercantil. Al revés, el signo monetario nacional se devalúa cuando se produce el efecto contrario, como resultado de la salida de divisas del país, provocada por los saldos negativos en las cuentas que registran las transacciones con el exterior.

El mecanismo muy elemental que acabamos de describir es el que

corresponde al que preconiza la llamada "teoría clásica" para la integración de las economías nacionales al mercado internacional. El ingreso de divisas resultante de un balance superavitario en el intercambio externo aumenta la masa monetaria circulante y provoca un ascenso en los precios nacionales que resta competitividad a la producción nativa, corrigiendo hacia el equilibrio la balanza de pagos superavitaria, y esto en razón de que los precios incrementados estimulan la importación y desestiman la demanda externa de productos del país (exportaciones). Al contrario, un déficit en las cuentas externas restringe el circulante nativo, deprime los precios y tiende a estimular las exportaciones y deprimir las importaciones, volviendo a impulsar el movimiento hacia el equilibrio. La "convertibilidad", en cambio, fijó el precio de la divisa y, en consecuencia, dejó como única variable "de ajuste" a la base monetaria que determina el circulante de pesos en la actividad económica. Una situación de esa naturaleza conduce al quebranto económico en caso de una baja significativa de las reservas, porque vacía de pesos a todo el circuito económico para subsidiar la venta de una demanda de dólares, que fue previamente establecida a un precio fijo y que no se modificaría siquiera en caso de una demanda muy violenta y drástica de la divisa extranjera. Fue exactamente lo que sucedió cuando se produjo una retirada en masa de dólares en 2001, que obligó al gobierno a congelar el retiro de depósitos de los particulares ("corralito bancario") y que condujo a la explosión literal del "modelo Cavallo". Que, en verdad, no fue ningún "modelo" sino una improvisación para salir de la crisis hiperinflacionaria que caracterizó el final del gobierno de Raúl Alfonsín (quien tuvo que adelantar el final de su mandato en 1989) y que se extendió al comienzo de la década del 90. Más que una improvisación, fue una política —no un "plan", como también se lo denominó— y estuvo dirigida a extremar la explotación de los recursos nacionales y laborales de la Nación, sin la menor consistencia entre sus diversos componentes, como sería propio de un "modelo".

Lo revela, en particular, el enorme desbarajuste fiscal promovido por el "neoliberalismo" contra sus supuestos principios conceptuales sobre el equilibrio en esta materia. Un eje vertebral de este desbarajuste fue la privatización del sistema jubilatorio con el pasaje de los aportes previsionales del Estado a las administradoras de fondos de jubilación privada (AFJP) y a supuestas cuentas individuales de "descapitalización". El financiamiento de los haberes jubilatorios que se realizaba con tales aportes de los trabajadores activos quedó de hecho, a partir de la privatización, en manos del presupuesto público que tuvo que destinar

hasta el 40% de sus partidas para mantener los penosísimos ingresos de los jubilados. El déficit fiscal resultante obligaba a la emisión de deuda que se colocaba en las propias AFJP a tasas usurarias y en dólares. El financiamiento externo se incrementaba por otro lado debido al déficit comercial en el sector externo, jaqueado por la falta de "competitividad" de un dólar barato que estimulaba todo tipo de importaciones y desalentaba en igual medida las exportaciones. La deuda externa, entonces, crecía a tasas siderales (aumentó más del 120% entre 1992 y 1999) y su servicio se tornaba impagable. Ni "modelo" ni "plan": la política de Cavallo que se extendió del gobierno de Carlos Menem al de Fernando de la Rúa era un cóctel explosivo. Y explotó, bajo la forma de un levantamiento popular, en el Argentinazo de diciembre de 2001.

El ajuste y sus condiciones

La política económica que siguió a la explosión se mantuvo, sin embargo, en los cánones clásicos de un ajuste, con la peculiaridad de presentarse como la antípoda de la anterior, como sinónimo de "antineoliberal". El mote derivaría de ciertas medidas centrales de esa misma política que formalmente representaba una variante opuesta a la que acababa de agotarse mediante un estallido general. En primer lugar, una gigantesca devaluación. De la paridad uno a uno, el dólar pasó a la de casi cuatro a uno en los primeros meses de 2002, para luego estabilizarse en valores próximos al tres a uno que, con leves oscilaciones, se mantuvo hasta 2008, cuando volvió a aumentar poco más de 20%, pero siempre desde entonces en valores inferiores a la inflación. Los efectos inflacionarios de esta megadevaluación fueron contrarrestados, en principio, por una demanda deprimida hasta límites nunca alcanzados en el país. El consumo retrocedió en la magnitud que corresponde a un cuadro social caracterizado por niveles de pobreza superiores al 50% y una desocupación global (abierta y encubierta) superior al 40% de la población económicamente activa. Las inversiones, por supuesto, quedaron completamente paralizadas. La devaluación condujo a profundizar la depresión.

En situación de terapia intensiva, y frente a un estado de insurgencia popular muy extendido, el gobierno lanzó un programa de asistencia social que abarcó en principio a millones de personas con un ingreso mensual de 50 dólares. Al mismo tiempo y sin otra alternativa, decretaba el momentáneo cese del pago de la deuda externa. En realidad, el default original fue decretado por Adolfo Rodríguez Saá, que ocupó efí-

meramente la Presidencia durante una semana en diciembre de 2001 y también intentó evitar la devaluación mediante la creación de una doble moneda: una financiera para los activos, el peso de la convertibilidad, y otra para transacciones, lo que hubiera sido el "argentino". La presión del FMI y la burguesía endeudada en pesos provocó su caída y Eduardo Duhalde, ya en la Presidencia, procedió a la devaluación lisa y llana. En contrapartida, se pesificaron las deudas en dólares para salvar a los grandes capitalistas y se emitió nueva deuda para compensar a los bancos que habían prestado las divisas originales.

Toda devaluación –y la devaluación fue la clave original del nuevo proceso económico bautizado "antineoliberal"– tiene, más allá de sus objetivos formal y mentirosamente declarados, dos funciones básicas: devaluar los salarios y devaluar el gasto público como condición necesaria para recrear condiciones de rentabilidad al capital. Es una variante de las políticas de ajuste clásicas del "liberalismo". La otra es la que observamos ahora en los "argentinizados" países del Este europeo que, imposibilitados de apelar a la devaluación porque están integrados a la zona del euro, tienen que apelar directamente a un draconiano recorte de gastos y salarios, excluidos, por supuesto, los subsidios al propio capital. Como la devaluación, a su turno, era la consecuencia del vaciamiento provocado por el capital financiero, era una manera de sancionar su resultado en lugar de sancionar a los que habían lucrado con ese mismo vaciamiento, y disponer un plan de reconstrucción económica orientado por los intereses de la mayoría. Claro que se trata de una alternativa que supera los límites de una variante capitalista.

Éste es el punto y no es una cuestión de "tipo de cambio". Con la devaluación argentina en condiciones de una miseria social que no cesaba, el "antineoliberalismo" procuró una salida capitalista que se apoyaba en la desvalorización general de salarios y activos y en la capacidad ociosa creada, pero que, además y decisivamente, encontró una oportunidad en la reversión del ciclo económico mundial que se planteó desde 2002, con un incremento progresivo y en flecha del precio de las *commodities* que dominan la pauta de exportación del país. De modo que, desde el final de ese mismo año, la actividad económica comenzó a repuntar impulsada por los negocios del comercio exterior. En circunstancias de un excepcional freno a las importaciones provocada por la megadevaluación, dio lugar a un superávit en la balanza comercial del sector externo inédito en el país. Esto fue acompañado por un superávit fiscal que se apoyó en la ya señalada devaluación de los gastos y, específicamente, de los haberes jubilatorios que habían llegado a concentrar, según lo señalamos, una

proporción enorme de la erogación fiscal. Por el lado de los ingresos comenzaron a crecer los correspondientes a los impuestos a las exportaciones, cuyo valor dio un salto monumental, si se tiene en cuenta no sólo la triplicación del valor de la divisa sino la multiplicación, de hasta tres y cuatro veces, en el precio de las materias primas clave en el comercio exterior argentino. Un negocio sencillamente colosal.

Los "superávits gemelos", el abandono del dólar barato, lo que se llamó política de "desendeudamiento", fueron presentados entonces como la expresión del "nuevo modelo", postulado por los gobiernos de Eduardo Duhalde y, poco después, por el de Néstor Kirchner. Eran, según sus mentores, la evidencia de una política nacional y popular. Se trata de una impostura. Con el telón de fondo de la moratoria externa, a la cual habían apelado con anterioridad gobiernos del más diverso signo, la dependencia del país en relación con el capital financiero se acentuó notablemente. En primer lugar, porque obviamente lo que no se devaluó ni podía devaluarse eran los pasivos externos. La deuda externa, al momento de declararse la moratoria, alcanzaba unos 200.000 millones de dólares. Importa precisar, además, que jamás se habló de desconocerla a pesar de las manifiestas evidencias de su carácter fraudulento, demostrado incluso en los estrados judiciales al cabo de un larguísimo proceso. En consecuencia, el peso de la deuda se triplicó automáticamente en relación con un producto nacional depreciado en dólares hasta representar casi 200% de aquel. En segundo lugar, la magnitud del endeudamiento no disminuyó a pesar de su reprogramación, que culminaría en 2005 con quitas a la deuda "defaulteada" que el gobierno anunció pomposamente que llegaban al 60% del valor original.

El misterio es muy sencillo porque lo que sucedió fue que, en paralelo a la deuda impaga y renegociada, el gobierno lanzó "nueva deuda", en particular para mejorar la situación patrimonial de los bancos que se encontraban en situación de completa bancarrota. Por eso, la nueva deuda fue en gran medida dirigida a "compensar" a los bancos por los efectos de la propia devaluación. Es que, al momento de provocar la triplicación del valor del dólar, el gobierno decretó asimismo la llamada "pesificación asimétrica" por medio de la cual permitió que las deudas contraídas en dólares se pagaran en pesos, mientras los depósitos atrapados en el corralito de Cavallo debían devolverse a 1,40 en un lapso dilatado y también con bonos de la nueva deuda. De esa manera, los depósitos de pequeños y medianos ahorristas sufrieron una enorme confiscación y fue un negocio de la "China", porque los grandes capitales pudieron licuar su deuda en una magnitud homérica. No sólo respondían con 33 centavos

de dólar por cada dólar del crédito original sino porque, además, podían pagar ese mismo crédito devaluado con los títulos aun más devaluados de la deuda declarada en moratoria, y que eran reconocidos a un valor que duplicaba el de su precio en el mercado. Resultado: el capitalista "endeudado" podía cubrir con 15 dólares un valor de 100 de su obligación original. Por otra parte, con el dólar estabilizado en torno de los 3 pesos durante varios años, lo que se reiteró fue la bicicleta financiera propia de la "convertibilidad" a precio fijo del pasado. Este negocio fue estimulado por la "nueva deuda" que sustituyó en 2005 al viejo endeudamiento declarado en default con el pretexto de hacerla "nacional" al emitirla en pesos. Esto último porque las nuevas obligaciones se ajustan por un índice próximo a la inflación, con lo cual la novedosa convertibilidad, recreada como una suerte de seguro de cambio, volvió a producir ganancias espectaculares para los especuladores.

Por último, en lo que respecta a este punto, importa precisar que lo que viabilizó toda la negociación de la deuda externa, a diferencia de lo que se planteaba en el pasado, fue el hecho de que los acreedores ya no eran precisamente los bancos. Las entidades financieras, que en épocas previas eran los prestamistas, ahora habían vendido la deuda argentina que había sido retirada de sus balances por la transferencia de los títulos de la misma al "público". Los estafados en este caso fueron ahorristas (por ejemplo, jubilados europeos y japoneses) que tuvieron que malvender sus bonos, que muchos bancos recompraron otra vez a precio de liquidación y se convirtieron en un gran negocio con la valorización posterior resultante del acuerdo para la reprogramación del pago de la deuda. Así, por ejemplo, un título que llegó a cotizar al 20% de su valor rindió al banco que entonces lo compró el 100% de ganancia cuando su valor se duplicó al momento de cerrar la negociación para retomar el pago de los servicios de la deuda. Hasta la "quita" fue un fraude. No menor al pago efectuado en 2005 y en un solo acto de 10.000 millones de dólares al FMI, sin ninguna quita y sin romper con el Fondo, al cual ahora se quiere volver a recurrir.

Parasitismo... final

El resultado del default fue entonces un increíble reendeudamiento alargado en el tiempo, es decir, a costa de una hipoteca creciente hacia el futuro. Todo esto financiado con la quiebra de la economía de la población laboriosa y del gasto social. Fue sobre esa base que los grandes

"superávits gemelos" permitieron girar al exterior una cantidad enorme de dólares para cumplir con los servicios de la deuda, reestructurada en una dimensión que serían incapaces de imaginar... los "liberales" adictos al endeudamiento desenfrenado. Entre 2003 y 2008, un total superior a los 60.000 millones de dólares fue derivado al cumplimiento de las obligaciones externas por el "progresista" gobierno kirchnerista. El carácter parasitario de esta política se revela en el hecho de que el crecimiento económico del sexenio 2008 tendió a encontrar un límite en la misma medida en que el salario real recuperaba valores... que ya había alcanzado hacía una década, cuando el gobierno de Menem enfrentaba el contexto de la crisis internacional de la época. Un crecimiento que, además, se hizo a costa de un deterioro general del patrimonio público e incluso del capital privado, si se tiene en cuenta que se apoyó largamente en la capacidad ociosa preexistente y que fue acompañado de una "huelga de inversiones" que llegó a afectar el stock de capital acumulado. Como entre 2003 y 2008 el superávit fiscal fue el mayor de toda la historia económica del país (del orden del 3% del PBI), más de 50.000 millones de dólares fueron dilapidados en pagos a la deuda y en la compra de dólares para acumular reservas y evitar que el ingreso enorme de divisas tirara abajo el precio del dólar. El dólar que, como señalamos, se mantuvo fijo y convertible durante más de un lustro. Las crecientes obligaciones externas con el paso del tiempo y, finalmente, el estallido de la actual crisis mundial han llevado al colapso al plan antineoliberal de los Kirchner que, como en el caso de sus predecesores liberales, no es sino una política capitalista que no puede superar sus propias limitaciones en un estadio de descomposición muy avanzado del capital, aquí y en el mundo.

La expresión más acabada de este final de función es la monumental fuga de capitales que afecta a la economía nacional: sumó más de 40.000 millones de dólares desde 2007 hasta 2009, excediendo considerablemente la fuga que precedió al final del gobierno de la Rúa-Cavallo en 2001. El gobierno "antineoliberal" de los Kirchner fue la emergencia resultante de una crisis de alcance mundial. La crisis presente es el final de esa misma experiencia gubernamental, de su carácter inconsistente y de su naturaleza profundamente capitalista (ni nacional ni popular).

Cuando se oponen de un modo abstracto los elementos de la política del liberalismo y del antineoliberalismo (dólar barato/dólar caro, endeudamiento/desendeudamiento, déficit fiscal externo/superávit, etc.) no sólo se omite el contenido esencial de ambas políticas, sino que se oculta también su rol complementario una vez que se deja de lado la

foto y se puede observar la película. Pero se esconde, además, lo que tienen en común: las privatizaciones se mantuvieron, los negociados no se investigaron, los activos mal habidos no fueron expropiados. Cuando se concretó parcialmente una nacionalización fue para proceder a una operación de salvataje del antiguo dueño, como los casos emblemáticos de Aerolíneas Argentinas e YPF. En esta función, la política del gobierno de los Kirchner tiene una dimensión internacional si se tiene en cuenta el importante papel jugado por las autoridades argentinas para que el venezolano Hugo Chávez pagara un gran sobreprecio por la siderúrgica Sidor en Venezuela, amén de las prebendas que aseguraran los negocios del monopolio argentino de la industria de acero.

En los primeros meses de 2007 el gobierno argentino procedió a nacionalizar el sistema previsional privado que estaba en ruinas, y luego de que durante más de una década sus propietarios cobraran "comisiones" de hasta el 40% de los fondos acumulados por administrar un negocio único (sus ganancias se incrementaban a pesar de que las inversiones financieras destinadas a preservar el fondo se desplomaban en forma irreversible). Pero ahora esos mismos fondos manejados por el gobierno están siendo usados para pagar deuda en los límites de un nuevo default, cuya posibilidad ha sido una y otra vez comentada en la prensa internacional. Se posterga el default externo con un default de los salarios diferidos acumulados por millones de trabajadores y expropiados por el Estado. De modo que en la actualidad el 80% de los jubilados cobra una jubilación mínima que no alcanza los 300 dólares, una cuarta parte del salario promedio de los trabajadores en actividad y que, según el orden constitucional vigente, debiera ser equivalente al 82% de ese mismo salario. Fueron los mismos fondos que se confiscaron al sistema previsional los que también se utilizaron para subsidiar al capital privado y camuflar las manifestaciones más evidentes de una muy severa recesión económica, en particular en el primer semestre de 2009, que antecedió a las elecciones legislativas y frente a las cuales el gobierno se enfrentó con los límites de su propia descomposición y desprestigio popular. Se trata de un desfallo en línea con la gama de remedios que en el mundo entero se destinan a tratar de rescatar al capital en quiebra.

Neoliberalismo y antineoliberalismo son también una expresión del ciclo más amplio de la economía mundial bajo la hegemonía del capital financiero. Frente a una expansión del capital a préstamo y de un creciente y explosivo desarrollo de capitales ficticios que buscaban multiplicar las oportunidades de ganancia sin contrapartida

en el crecimiento de la actividad productiva, los países "emergentes" fueron parte del mecanismo de absorción de tales recursos. Es un hecho, sin embargo, que toda inversión o crédito extranjero exige en algún momento la repatriación de ganancias e intereses, como es un hecho también que toda bancarrota implica la utilización de fondos que anteriormente circulaban en ámbitos de los cuales son sustraídos para procurar el salvataje de los capitales en quiebra. La Argentina y los países atrasados se adaptan a esas manifestaciones cambiantes del ciclo capitalista en el mercado internacional con políticas igualmente cambiantes, que deben ser apreciadas de conjunto en relación con los espasmos de la economía global. En este sentido neoliberalismo y antineoliberalismo se articulan e incluso se complementan de un modo que sería incomprensible fuera de la apreciación del proceso económico como un todo. Dicho de manera más simple: los liberales crearon una enorme hipoteca en los 90 como agentes del gran capital y el FMI; los antineoliberales pagaron la factura, sin alterar, por supuesto, la lógica general de la gestión social del metabolismo productivo por el capital, que es la cuestión esencial. Bajo la apariencia de políticas económicas opuestas se oculta la función común de planteamientos que deben ser integrados en una comprensión integral de los vaivenes de la economía capitalista nacional e internacional.

Se puede decir que el anticipado "antineoliberalismo" o el supuesto keynesianismo de la política económica argentina ilustró de antemano la naturaleza de la ola de "antineoliberalismo" mundial presente: está condenada, en el mejor de los casos, a preparar crisis y explosiones más severas. Con un agregado: la Argentina, luego del tremendo pozo en el que cayó a principios del siglo, no fue rescatada para la actividad capitalista por el "antineoliberalismo" sino por la burbuja del mercado mundial, que produjo los años de "mayor crecimiento" de la economía capitalista en muchísimo tiempo. ¿Quién rescatará ahora al capital, que es el corazón mismo del mercado mundial? Desastre no es la Argentina, es el capitalismo mundial, ahora en la más severa crisis de su historia. Y no hay salida fuera de una política anticapitalista muy sencilla: ninguna suspensión o despido de trabajadores, nacionalización de la banca para rescatar a las víctimas, no a los victimarios, y un plan económico al servicio de los productores, no de los que lucran a costa de su trabajo. Como la estatización de la economía mundial avanza inevitablemente frente al quebranto generalizado del capital, esta salida ha tomado la forma de una consigna popular: salven a los trabajadores, no a los bancos y a los capitalistas. Está en juego, en definitiva, una cuestión

política decisiva, es decir una cuestión de "economía concentrada" decisiva: la naturaleza del Estado, la cuestión del poder. Que gobiernen los expropiados y no los expropiadores. Habrá que sacar, por lo tanto, las conclusiones pertinentes.

La deuda eterna: el Plan Brady, o la pequeña historia de una gran entrega

La deuda externa constituye, como fenómeno histórico, una constante en la economía nacional. En sus orígenes se identifica con la naturaleza misma de la emergencia de la Argentina "independiente", es decir, como una colonia financiera del Reino Unido. No en vano el nombre del primer presidente de la Nación —Bernardino Rivadavia— aparece asociado a uno de los préstamos internacionales que figuran en la antología de la usura moderna y cuyo acreedor era el banco Baring. Se trata de un préstamo que demoró décadas en ser saldado y por el cual se pagó el monto original multiplicado por siete veces. El carácter colonial del vínculo emergente con esta deuda quedó, entonces, a fines del siglo pasado, inmortalizado en una frase del presidente Nicolás Avellaneda:

La República puede estar dividida hondamente en partidarios internos, pero no tiene sino un honor y un crédito, como sólo tiene un nombre y una bandera. Hay dos millones de argentinos que economizarían hasta sobre su hambre y sobre su sed, para responder a los compromisos de nuestra fe pública ante los mercados extranjeros. (Citado por Brailovsky, 1985: 31)

En la época más reciente, el endeudamiento fue identificado como un lastre intolerable, como un motivo clave del atraso y del estancamiento crónico de las fuerzas productivas del país. Esta es una apreciación formalmente compartida por diversos enfoques, sea en el ámbito teórico o en los discursos de connotación política más directa.

Es justamente en virtud de las razones que acabamos de apuntar —a las que podían agregarse otras— que importa analizar la pretensión del actual gobierno de haber diseñado una política económica que, más allá de sus supuestos diversos logros, habría tenido uno, realmente decisivo, cual es el de resolver el aparentemente insoluble problema de

la deuda externa. Un alegato que parece verosímil en la misma medida en que las cuestiones vinculadas al endeudamiento dejaron de ocupar por un largo período el lugar destacadísimo que tenían en publicaciones y trabajos vinculados a la coyuntura económica. La cuestión de la deuda desapareció, incluso, como tema de los discursos políticos de la mayoría de los agrupamientos y partidos que lo agitaban en un pasado no demasiado lejano.

Lo cierto, de todos modos, es que lo que aquí explicaremos demuestra exactamente lo contrario, es decir, que el problema de la deuda externa es más grave ahora que en cualquier otro momento del pasado, que la política oficial ha hipotecado el país con el objetivo, no de resolver, sino de perpetuar la dependencia nacional del capital financiero y que, en tales condiciones, se reunirán inevitablemente los requisitos de una nueva crisis, más profunda y amplia que en el pasado. Esta crisis estará marcada, con toda seguridad, por una combinación de insolvencia, despilfarro y corrupción, parálisis en sectores clave de la producción, privaciones y miseria social creciente, etcétera.

Para verificar tal caracterización, el eje de nuestro análisis será el llamado Plan Brady, puesto que es a través de una serie de negociaciones, procedimientos y acuerdos que toman tal denominación, que el gobierno postula el mérito de haber resuelto la "herencia" del insoportable endeudamiento. Recordemos, además, que Nicholas Brady, cuyo apellido se utiliza en este caso, es quien estimuló tal "solución" desde el no poco influyente cargo de secretario del Tesoro de gobierno de Estados Unidos, entonces presidido por George H. Bush (1989-1993), o "my friend", según el afectuoso y público tratamiento que le dispensara en reiteradas oportunidades su colega argentino Carlos Saúl Menem.

Un año de preparativos

Desde que se iniciaron los contactos con los bancos acreedores, en este caso a partir del lanzamiento del denominado plan de convertibilidad de marzo-abril de 1991, hubo una demorada y por momentos tensa ronda de negociaciones que se extendió a lo largo de un año. El anuncio de un acuerdo con los representantes de las instituciones financieras externas se consideraba un requisito para el ingreso fluido de capitales y, en consecuencia, una condición verdaderamente decisiva para la continuidad del conjunto del planteo económico gubernamental. Esto explica la importancia que se le asignó al anuncio público de tal

acuerdo para la reestructuración de la deuda externa argentina con la banca privada. Es lo que se concretó el 7 de abril de 1992 en la capital de la República Dominicana, Santo Domingo, en ocasión de la reunión del Banco Interamericano de Desarrollo. Fue en la isla del Caribe donde se pulieron los detalles del entendimiento entre ambas partes, bajo el control directo del ministro de Economía argentino -Domingo Cavallo- y del presidente del comité coordinador de los bancos -William Rhodes, representante del Citibank-.

De todas maneras, el entendimiento entonces alcanzado no significó todavía el punto final de los convenios con la banca acreedora. En verdad era el principio, ya que, sobre la base de los parámetros generales establecidos con el "comité coordinador", comenzó la discusión particular con cada uno de los 320 bancos extranjeros acreedores del país, cuyo visto bueno era necesario para refrendar lo pactado en la primera fase de la negociación global. El dato no es irrelevante porque anticipaba en su momento, como efectivamente sucedió más tarde, concesiones ulteriores a la banca acreedora. No es poco si se tienen en cuenta los términos precisos de este primer "gran acuerdo" de abril de 1992 y las sencillamente descomunales ventajas arrancadas, ya entonces, por los acreedores del gobierno argentino. Parece paradójica la última afirmación porque el aspecto más propagandizado del Brady de marras es que implicaba lo contrario: una significativa "quita" sobre los montos adeudados, descuento que favorecería al país y era la condición para encontrar una salida al saldo del endeudamiento. Reconstruyamos, por lo tanto, esta historia.

Sin descuentos

El esquema del Plan Brady, que es como se denominó a lo que no es más que un convenio de garantías para asegurar el pago de la hipoteca de la deuda, reposó en verdad en tres aspectos clave que conviene repasar para precisar el significado de lo sucedido.

El primero tiene que ver con el monto general de la deuda sobre la cual se procedió a la reestructuración. Al respecto importa decir que las negociaciones partieron de admitir como pasivos financieros nacionales con relación al exterior a todo aquello que los propios acreedores consideraron como tal. La observación es pertinente porque es sabido que buena parte de tales pasivos fueron meros dibujos contables de autopréstamos (dólares fugados clandestinamente al exterior y que reaparecían blanqueados como obligaciones de empresas nacionales o extranjeras

residentes en el país), asientos simplemente fraudulentos u operaciones carentes de registro y que en su momento se consideraban como la parte "ilegítima" de la deuda.

El señalamiento tiene un valor particular porque los representantes oficiales del actual régimen político considerado como un todo (los hoy gobernantes fueron "opositores" durante la gestión de Raúl Alfonsín) se ocuparon en su momento de sugerir que tales procedimientos irregulares serían investigados y la deuda "limpiada" antes de negociar las posibilidades de su cumplimiento. Si el Plan Brady demoró un amplio lapso en concretarse, es porque suponía el "olvido" de semejantes propósitos y partir para una negociación aceptando las exigencias de reconocimiento total de la deuda, cualquiera fuera la característica o las circunstancias en que había sido originalmente contraída.

Es sólo como resultado de este enorme handicap inicial que la banca concordó en debatir una "quita" o reducción del monto global del endeudamiento. Pero es justamente la garantía de no investigación del monto real de la deuda original lo que otorga un carácter puramente ficticio a la historia de la "quita". De igual manera vale la pena indicar que, si el gobierno argentino presentó como una "conquista" propia la obtención del mencionado descuento, se limitó en esto a repetir lo que ya habían afirmado previamente los gobiernos mexicano, venezolano, costarricense y finlandés, que entonces ya habían establecido sus propios "acuerdos Brady". Puede decirse, de todos modos, que aun considerando el total "inflado" de la deuda la mentada reducción era un reconocimiento parcial de que buena parte de la misma había sido de hecho pagada por medio de tasas usurarias, comisiones y prebendas de diversa naturaleza, impuestas por los bancos a lo largo de la década anterior.

Por lo que acabamos de señalar debe calificarse como un acto de encubrimiento de las maniobras financieras fraudulentas a todo el operativo propagandístico del gobierno que precedió a la firma del acuerdo y que consistía en publicitar que negociaría con "firmeza" las condiciones de ingreso al Plan Brady. Concretamente, los voceros oficiales se encargaron entonces de anunciar que reclamarían no menos de un 40% de "quita" sobre la deuda y que, en cualquier caso, obtendrían una cifra superior a la obtenida por México, un *leading case* en América Latina. Semejante logro —se afirmaba desde el gobierno— reflejaría, a su turno, el amplio apoyo y reconocimiento con el cual contaba el plan económico oficial timoneado por Cavallo en el celebrado "primer mundo". Pues bien, conforme al acuerdo definido en abril de 1992, lo cierto es que la "quita" fue

de 35% y no más —como reclamaba la banca—, y no superó lo negociado anteriormente por México. Pero, además, tal "quita" sólo se aplicó a una parte muy reducida de la deuda, como tendremos oportunidad de explicarlo. En verdad, ni siquiera fue realmente un descuento, todo lo cual veremos a continuación para demostrar la presentación totalmente distorsionada de las características de este acuerdo.

El lado oculto de las cosas

Lo que sucede es que la famosa "quita" en el monto principal de la deuda sólo era factible si las autoridades aceptaban continuar pagando un interés variable en el futuro, fijado por los acreedores. Éste es, por otra parte, el aspecto más abiertamente leonino de toda la operación de endeudamiento a la cual quedaron atados los denominados "países periféricos" y que consiste en contratar un préstamo sin saber su costo porque éste es determinado, cada seis meses, por el prestamista a través de lo que se denomina la Libor (que, en inglés, significa "tasa interbancaria ofrecida en el mercado londinense", dominado por supuesto por las más grandes corporaciones financieras del planeta). Todo esto significaba que los bancos aceptaban la reducción del monto original de sus "créditos" pero el país continuaba pagando un interés imprevisible, totalmente sujeto por sus propios acreedores o, en definitiva, por la política económica de sus países sede.

Debe recordarse, además, como ya lo adelantamos, que esta "quita" no se aplicaba al total de la deuda renegociada. Así, el Plan Brady incluyó desde el inicio una opción que consistía en la posibilidad de los bancos de negarse a efectuar quita alguna sobre el endeudamiento y fijar, en cambio, la tasa de interés (que así no quedaría atada a las fluctuaciones de la mencionada Libor). Los voceros oficiales afirmaban que, en esta variante, la no reducción de lo que se "debía" a los acreedores se vería compensada con un costo no sólo previsible sino obviamente menor, puesto que la tasa fija pactada debería ser lo suficientemente baja como para justificar el reconocimiento integral de la deuda primitiva, sin aplicarle reducción alguna.

Por esta razón, el segundo aspecto clave de la negociación del Plan Brady se concentró en la determinación de la tasa fija para el rendimiento de los llamados *par bonds*, es decir, bonos que se emitirían por un monto equivalente a la deuda renegociada, sin quita de ningún tipo (esto por oposición a los *discount bonds*, que pagarían el rendimiento de la tasa

Libor). Está claro que para un nivel alto de las tasas fijas aplicables a los *par bonds* los bancos –con derecho a optar por sustituir su “vieja deuda” por los nuevos bonos– se inclinarían por esta variante y de esta manera obviarían incluso hasta la ficticia “quita” de 35%.

¿Qué sucedió? Que en el acuerdo con el “comité coordinador” de la banca el gobierno argentino admitió precisamente que se determinarían tasas muy altas para remunerar los *par bonds*, esto en relación con las tasas muy bajas existentes en el mercado internacional en abril de 1992 y como resultado de la coyuntura depresiva del conjunto de la economía mundial, de la liquidez que dominaba los mercados y de la ociosidad de fondos que se alejaban de las aplicaciones bursátiles ante el derrumbe que se venía observando en las principales bolsas del mundo. De este modo, mientras la tasa Libor se encontraba en un nivel poco superior al 4% anual y con tendencia a bajar más todavía, el gobierno de Menem aceptó que los bancos pudieran “optar” por no efectuar ninguna rebaja en el endeudamiento a cambio de una tasa fija inicial de 4%, durante el primer año, que luego subirá progresivamente hasta alcanzar 6% desde el séptimo año y hasta la culminación del plazo de pago, que se extendía por tres décadas en total. Si se tiene en cuenta que la tasa “normal” en los mercados internacionales de la posguerra no superaba en gran medida el 1% anual, lo que tenemos así es el registro de un interés usurario y de la completa subordinación de los negociadores nacionales a las exigencias de los grandes bancos. Un registro, también, de las características de gran inestabilidad, volatilidad y especulación que marcan la evolución de la economía mundial como un todo.

Ahora bien, como las dos variantes que surgieron del Plan Brady (deuda con quita e interés móvil según la evolución de la Libor o deuda sin quita con tasas fijas) podían ser unilateralmente elegidas por los propios bancos, todos los medios económicos del país, al conocerse el “acuerdo marco” del “Brady”, coincidieron de entrada en que, dadas las condiciones de ese acuerdo, habría una inclinación masiva de los acreedores por los *par bonds*. De tal forma, y después de todo el marketing oficial en torno a las ventajas de lograr una reducción de la deuda, el Plan Brady concluiría prácticamente sin ninguna “quita” sustancial, siquiera ficticia, según lo explicado anteriormente. Los anuncios del gobierno nacional en el sentido de que, por la vía del Brady, el endeudamiento se vería reducido en 7.000 millones de dólares carecieron desde el inicio de todo sustento real. Un pago adicional de 1.500 millones de dólares (y 1.000 más de yapa).

El tercer aspecto decisivo de las negociaciones sobre la deuda para

“cerrar” el acuerdo general del Plan Brady tuvo que ver con los llamados “intereses atrasados”, los que se debían como consecuencia de las moratorias de hecho en las que se había incurrido en el pasado. Tradicionalmente los acreedores exigían, con relación a este punto, un pago *cash* que, desde un comienzo, entendían que debía orillar los 1.000 millones de dólares. La propuesta inicial de los negociadores argentinos era que se trataba de una cuestión innegociable porque, cualquiera fuera la concertación que se alcanzara, el presupuesto era no tocar precisamente las entonces muy escasas reservas disponibles por las autoridades monetarias para respaldar al peso, según el plan vigente de “convertibilidad”. Es decir, la promesa original del ministro Cavallo era que en ningún caso el reordenamiento de la deuda implicaría un pago al contado que afectara las condiciones establecidas en el esquema económico vigente.

Ya en el transcurso mismo de las negociaciones, este compromiso fue abandonado y la prensa comenzó a afirmar que los representantes argentinos estaban dispuestos a “tocar” una parte de las reservas del país hasta alcanzar los 300 millones de dólares, que rápidamente pasaron a ser 400 millones, para dar una prueba de “buena voluntad” en el lanzamiento del Brady. Cuando, en abril de 1992, se hizo el anuncio del acuerdo en la República Dominicana, el representante argentino indicó que el único pago contado al cual había quedado obligada la Argentina era el correspondiente a esta última cifra, en concepto de aporte inicial a la refinanciación de los mencionados intereses atrasados.

Pues bien, esto tampoco fue cierto. El depósito *cash* a los bancos se elevó no a 400, sino a 700 millones de dólares, siendo que la Argentina se endeudó en 300 millones para que el Citibank y sus socios tuvieran la inmediata disponibilidad de tales fondos.

Pero tampoco la cuestión termina aquí. Sucede que hasta abril de 1992 la Argentina venía girando mensualmente a los bancos 60 millones de dólares, también en demostración de “buena voluntad”, y el criterio original era que tales pagos cesarían cuando se concretara el “acuerdo marco” del Brady. Sin embargo, tales cuotas mensuales no sólo no fueron eliminadas, sino que aumentaron a 70 millones de dólares por mes hasta fin de ese mismo año de 1992 y a partir de los pagos correspondientes a marzo. En consecuencia, a los 700 millones antes señalados es necesario sumarle el total de estos doce giros a lo largo del año, con lo cual el contado efectivo que la Argentina desembolsó como consecuencia de su ingreso al Brady totalizó los 1.500 millones de dólares. No obstante, se podría esperar que tan elevada suma quedara obviamente descontada del monto inicial envuelto en las negociaciones: aproximadamente

23.000 millones de dólares por préstamos y 8.000 millones de dólares por intereses atrasados.

Tampoco esta presunción se cumplió. Una vez conocidos los acuerdos sellados en Santo Domingo, la prensa especializada descubrió que, a pesar de no estar incluidos en los anuncios oficiales, la Argentina se había comprometido a pagar intereses sobre los propios intereses atrasados (esto a las tasas vigentes en el momento del atraso, que superaban en más de 50% a las de mayo de 1992). El efecto de esta concesión particular fue que la suma de intereses adeudados pasó de 8.000 a 9.000 millones de dólares por este pequeño "detalle". La distancia entre estos resultados y la pretensión oficial del "ningún costo" que significaría todo el proceso de cierre de las negociaciones del Plan Brady puede medirlas el ciudadano común sin recurrir a ninguna sabiduría "económica" en particular. Y sacar, entonces, sus propias conclusiones.

Todavía hay más

En verdad, la deuda pública negociada con la banca privada —que es menos de la mitad de la deuda externa total— tuvo como consecuencia un incremento general de los pasivos argentinos con relación al exterior. El motivo es algo que aún no hemos mencionado y que constituía un requisito *sine qua non* para el ingreso de la Argentina en el Plan Brady: la compra, por parte de las autoridades argentinas, de una garantía para los bonos que emitirían para denominar a la deuda "reestructurada". Esta garantía podría ser ejecutada en la variante de un desconocimiento, una moratoria o un repudio de las "obligaciones" contraídas por el gobierno argentino.

Para tal objetivo se eligieron bonos del Tesoro norteamericano denominados de "cupón cero", lo que significa que no rinden intereses periódicamente sino que acumulan rendimientos por un largo plazo (treinta años), al cabo de los cuales son rescatados. Por este motivo un bono norteamericano de tales características se compra, al momento de emitirse, a un monto que equivale a una fracción muy pequeña de su valor nominal de emisión. Pues bien, la Argentina tuvo que gastar alrededor de 3.300 millones de dólares para la adquisición de tales activos financieros, de modo que funcionaran como garantía de los aproximadamente 30.000 millones de dólares negociados en el marco del Plan Brady. Las autoridades obtuvieron la suma indicada para la compra de la garantía de parte del FMI; de manera que el operativo ficticio de

reducción de la deuda culminó con un aumento en regla de su valor, y a un costo superior al del pasado. Una carga que, como veremos, tuvo enormes consecuencias en el futuro.

Deuda... peor que nunca

Poco después de concretado el mencionado anuncio sobre los parámetros generales del Plan Brady, una institución dedicada al análisis de las economías latinoamericanas publicó un revelador trabajo sobre el peso del servicio de la deuda —interna y externa—, a partir de los acuerdos alcanzados con los bancos acreedores. Se trata del Centro de Estudios para América Latina (CEAL), que edita mensualmente *América Financiera*, una publicación muy cuidada y costosa dirigida a servir de consulta en los más altos niveles de decisión del mundo empresario y económico del país. El trabajo indicado es la elaboración de profesionales que han hecho del credo en favor del programa económico de la "convertibilidad" una suerte de modo de vida. Por esto último es que resulta de gran utilidad examinar los datos elaborados por el CEAL: ponían de relieve que el "plan Cavallo" se apoyaba en una hipoteca cuya cobertura era prácticamente imposible de cumplir y cuestionaba de conjunto la viabilidad del proceso económico en el que se apoyaba el gobierno nacional.

En primer lugar, porque el pago de los aproximadamente 30.000 millones de dólares envueltos en la negociación del Brady redundarían en un pago total de poco menos que el doble de tal monto: exactamente 53.674 millones de dólares deberían pagarse en el curso de los treinta años siguientes. Al cabo de la decimotercera cuota se habría cubierto el total de la deuda original y en los diecisiete años restantes se sumaría un excedente que superaría en 73% el monto del endeudamiento primitivo. Como se puede apreciar, el monto de los pagos era particularmente oneroso en los primeros años.

Debe considerarse, en segundo lugar, que los montos involucrados en la negociación realizada en el contexto del Brady eran apenas una parte del endeudamiento público, que de conjunto sumaba un total superior en un 150%, por lo menos, al de la deuda con la banca privada. A esta última era necesario agregar los restantes pasivos externos —vinculados, por un lado, a préstamos del Banco Mundial, del Banco Interamericano de Desarrollo, del FMI, del Club de París y, por otro lado a los títulos nominados en dólares emitidos por el gobierno nacional—. No era todo porque, a lo que se acaba de mencionar, resultaba necesario sumar

todavía los pasivos internos, es decir, la deuda pública contraída en moneda nacional.

Según las estimaciones oficiales, que diversas fuentes consideran subvaluadas, el total del endeudamiento público era, en el primer semestre de 1994, del orden de los 75.000 millones de dólares. Desde el punto de vista del flujo de caja necesario para cubrir el servicio del total del endeudamiento importa considerar que no sólo los costos del Brady se concentraban con particular intensidad en los años siguientes: el mismo fenómeno se reprodujo en las demás áreas que abarca la deuda pública.

Contabilizando costos

¿Cuál es, en consecuencia, la carga que representaba el conjunto del endeudamiento sobre la economía nacional en el futuro inmediato? Al contabilizar el total de los servicios, es decir, amortizaciones más intereses, *América Financiera* estimó que su monto global promedio alcanzaría al 2% del PBI en los cinco años siguientes para, a partir de entonces, elevarse al doble —4%—, nivel del cual descendería lentamente durante el primer lustro de la década inicial del siglo XXI. El abrupto salto en los pagos por deuda pendiente a partir de 1997 se explica porque, a partir de entonces, se concentraron importantes vencimientos derivados del endeudamiento interno.

En el momento en que el CEAL realizó su estudio cada punto porcentual del PBI representaba alrededor de 1.500 millones de dólares, pero el cálculo tiene un carácter ficticio porque el producto bruto se encontraba artificialmente elevado, cuando se lo contabilizaba en dólares, debido a que la divisa americana estaba subvaluada en proporciones muy significativas. Si nos guiáramos por los valores nominales en dólares, la economía argentina había crecido más de un 100% los últimos años, algo que, ciertamente, era sólo una ficción.

De lo que acabamos de apuntar se desprende que los cálculos relativos al peso de los servicios de la deuda se hallaban considerablemente “rebajados” en el trabajo en cuestión. Pero no apenas por el motivo recién indicado. Sucede que al calcular el porcentaje relativo al pago de intereses y amortizaciones, *América Financiera* tomaba como supuesto un crecimiento ininterrumpido del orden del 3% anual y, por lo tanto, de alrededor de 40% en una década. De esta forma, en el cociente entre el servicio de la deuda y el PBI, el resultado final acababa siendo crecientemente subestimado por el aumento supuesto del denominador. Todo el

mundo sabe que un crecimiento como el que los autores del trabajo toman como hipótesis no tiene antecedentes en el pasado inmediato. Por otra parte, en un escenario tan dilatado, cualquier estudio debiera considerar por los menos algunas alternativas posibles. Téngase en cuenta que en el mismo estudio en consideración se planteaba que para lograr un crecimiento del orden de 3% del PBI se necesitaba un nivel de inversión neta del orden del 12% y, por lo tanto, un nivel de inversión bruta del 22% del PBI, una magnitud que la economía argentina no conocía desde hacía décadas.

Un fracaso anunciado

Otro supuesto que condicionó el análisis efectuado por *América Financiera* es que la tasa de interés real en los mercados internacionales sería del orden del 3,5% anual. Esto significa que mientras se sobrevaloró la evolución del PBI se subestimó la posibilidad de un incremento en las tasas inscripto, sin embargo, en la lógica del funcionamiento actual de los mercados, caracterizados por una amenaza permanente de bruscas oscilaciones, quiebras importantes y aumentos en el costo del dinero.

Aun con todos los déficits de rigor analítico ya marcados, el estudio de *América Financiera* concluyó en que, para cumplir con el conjunto de obligaciones del gobierno nacional en materia de deuda, se necesitaría un financiamiento externo del orden de los 5.000 millones de dólares anuales, como promedio. En los años de mayor concentración de pagos, sin embargo, este monto debiera aproximarse a los 9.000 millones de dólares. Estas cantidades carecen de precedentes, por su magnitud, en la historia argentina; requerirían además de otra conquista de magnitud histórica.

Ahora bien, si el cometido de pagar la deuda “vieja” consiste en endeudarse, está claro que se pretende levantar una hipoteca... con una hipoteca aún mayor. Reproducimos aquí las propias palabras de los técnicos del CEAL: “La política de estabilidad y crecimiento [sic] implicará una sustitución de deuda externa pública por deuda externa privada; ésta es la esencia del esquema Brady” (por el cual el Estado compraría con recursos fiscales los dólares que obtenga el sector privado mediante nuevos préstamos).

La ceremonia y su significado

Fue casi ocho meses después del anuncio del acuerdo marco de renegociación de la deuda, el 6 de diciembre de 1992, cuando el gobierno argentino firmó formalmente el contrato de reestructuración de sus pasivos con la banca acreedora privada. Fue un domingo, naturalmente una jornada no laborable para las instituciones financieras. No obstante, la fecha ya está inscripta en la historia económica del país como el día en que el mayor y más importante número de banqueros de las principales plazas mundiales se dieron cita en Buenos Aires para participar de la ceremonia que consagraba el "ingreso" de la Argentina al Plan Brady. Las delegaciones de las trece instituciones financieras integrantes del llamado "comité negociador" estaban en pleno, encabezadas por William Rhodes, vicepresidente del poderoso Citibank.

Los que conocen la materia pueden extrañarse por el hecho poco habitual de que un acontecimiento de esta naturaleza se haya desenvuelto en una capital tan alejada de las principales *cities* donde normalmente se suscribe este tipo de acuerdos. Es, además, el escenario que "corresponde", porque los contratos relativos a la deuda estipulan que la jurisdicción pertinente para la eventual intervención judicial por litigios entre las partes es la de los tribunales... de Nueva York. En verdad la modificación del "hábitat" no respondió a una demostración de gentileza con el gobierno "primermundista" argentino ni a ninguna sutil reafirmación de la soberanía nacional. Sucede simplemente que hasta en Nueva York existe un impuesto —de 1%— que, como en la mayoría de los países, grava fiscalmente los contratos de todo tipo. En la Argentina, Cavallo había eliminado tal impuesto poco tiempo antes —se denominaba "tributo a los sellos"—; esto como parte de la política de conversión del conjunto del sistema impositivo en una carga sobre el consumo. En el caso del Brady su firma en Estados Unidos hubiese costado 210 millones de dólares. Por mucho menos los ejecutivos de los principales bancos del mundo hicieron sus valijas y viajaron hasta Buenos Aires.

Se concreta el "descuento-aumento"

La firma del contrato final tuvo que superar a último momento la resistencia de algunas instituciones financieras, particularmente las alemanas y las japonesas, a cambiar sus antiguos activos financieros argentinos por nuevos títulos que redujeran un 35% el valor original. Y

esto apenas para poco más de una tercera parte de la deuda que tenían acreditada. Se confirmó así que el tema de la "quita" era un puro macaneo, porque los bancos preferían optar por los bonos sin "quita" y a una tasa fija, establecida en valores tan altos —como indicamos con anterioridad—, de modo que eran preferibles a los bonos con "quita" y tasa variable.

En todo caso, el episodio sirvió para demostrar en qué consistió el célebre "descuento" que se presentara como la ventaja clave de discutir el pago de la deuda en el contexto del Plan Brady. Si se lo mide en términos nominales, es decir, contabilizando la deuda por su valor formal original, la "quita" fue del orden de los 2.500 millones de dólares, lo que representa poco más de 12% del total del capital adeudado y un menguado 8% si se tiene en cuenta no sólo el capital sino los intereses atrasados que se sumaron al "paquete" de la reestructuración, por el total global próximo a los 30.000 millones de dólares. Recordemos, no obstante, que lo de valores "nominales" es tan concreto como el hecho de que los principales bancos norteamericanos tenían computada la deuda de la Argentina a 30% de su valor... "nominal". En consecuencia y considerando la "quita" de 12% esto significa que los acreedores se deshicieron de títulos de 30 centavos de dólar por unidad del endeudamiento primitivo por otros, equivalentes a 88 centavos de la misma unidad. Magia: la "quita" supuestamente beneficiosa para el deudor se ha transformado en una ganancia de casi 200% para el acreedor.

Los voceros del gobierno incluyeron el "descuento ficción", con el cual pretendieron justificar la negociación con la banca acreedora, a la disminución del monto de la vieja deuda en virtud de su utilización para el pago de las "privatizaciones". Es lo que se denominó la "capitalización" del endeudamiento, mediante la transferencia de las principales empresas del sector público. En este caso estamos ante una impostura de doble característica. En primer lugar, porque los pliegos de venta de los activos estatales incluyeron una garantía del gobierno sobre la tasa de retorno y sobre la libre transferencia de los lucros al exterior. De este modo ya no salían del país "intereses" sino "dividendos" y, estos últimos, por un monto superior a los primeros.

Pero tampoco la deuda externa había sido eliminada porque casi en el 100% de los casos los nuevos dueños de las viejas compañías públicas se endeudaron en el exterior sin aplicar capital propio. La conclusión que ya en diciembre de 1992 extrajo al respecto el diario de informaciones financieras de mayor circulación en el país nos exime de mayores comentarios:

Como el escenario internacional permite pronosticar una suba de tasas y, además el flujo de capitales hacia América Latina se ha enfriado considerablemente, muchos se preguntan hasta dónde los nuevos dueños de estas empresas lograrán que el negocio sea tan rentable como para mantener semejante nivel de endeudamiento.

Peor que antes

De conjunto, por lo tanto, luego del Brady la dependencia financiera de la Argentina con el exterior se agravó bajo el peso de una enorme hipoteca, cuya ejecución impiadosa apenas quedó postergada. En primer lugar, la deuda aumentó y la carga de sus servicios se hizo todavía más gravosa que en el pasado. En segundo lugar, importa tener en cuenta que a la deuda externa "normal" es necesario agregarle, como consecuencia de las "negociaciones", las nuevas obligaciones de remesas de divisas al exterior anteriormente inexistentes. Estas remesas surgen de la libre disponibilidad de los lucros que tienen garantizadas las empresas extranjeras que fueron beneficiadas con el remate a precio vil de las ex empresas del Estado. Entregaron títulos desvalorizados (con el argumento de que así se disminuiría el endeudamiento) y obtuvieron la garantía del envío de dólares "frescos" al exterior. La única diferencia es que el dólar que antes salía como servicio financiero provocado por un préstamo fue sustituido, e incrementado, como beneficio de las muy rentables operaciones de "compra" de activos públicos efectuadas por consorcios extranjeros.

En resumidas cuentas, el "Brady" ideado por Cavallo bajo la gestión menemista en lugar de asegurar una salida al quebranto financiero montó una suerte de bomba de tiempo condenada a explotar. Es todo.

Progresismo, ciencia y capitalismo en el Mercosur y más allá

La tesis de que los gobiernos de los Kirchner habrían abierto un nuevo rumbo en materia de política científica es falsa; lo mismo puede decirse del discurso similar que se plantea en Brasil y también en otros países marcados por un signo político semejante. Son países cuyos gobiernos pretenden haber abierto un ciclo opuesto al de los neoliberales que los precedieron en el poder. También esto es falso si se consideran las marcas decisivas del neoliberalismo que los "antineoliberales" mantienen en pie: privatización del patrimonio público, hipertrofia del negocio financiero, trabajo precarizado, sometimiento de la economía a las exigencias del gran capital, etc. La política científica no podía escapar a las determinaciones más generales de esta orientación gubernamental en el cono sur de nuestro continente, más allá de matices y diferencias que son propias de cada experiencia nacional.

Quid pro quo nac & pop

Hablar de un nuevo "modelo" de política científica nacional en la Argentina es sencillamente una impostura: no existe una política nacional en materia de ciencia y técnica (CYT). Ni siquiera un plan de conjunto, lo que se revela en el hecho de que los organismos de CYT dependen de siete ministerios diferentes, o de ocho si consideramos que las universidades dependen administrativamente del Ministerio de Educación. Cristina Kirchner creó el Ministerio de Ciencia y Técnica con ampulosa publicidad pero la nueva cartera, sin embargo, nada hizo al respecto; navegó sobre la fragmentación e inconsistencia de la política del sector CYT de un modo deliberado. Esto explica por qué su orientación de trabajo se agota en la tarea de fomentar actividades aisladas cuyo único denominador

común es que son lucrativas para los intereses capitalistas asociados a la explotación de algún nicho de la industria científica dominado por las corporaciones empresarias privadas. Por eso a la cabeza del Ministerio de Ciencia y Técnica se colocó a Lino Barañao, un hombre que acumuló experiencia en la Agencia de Promoción Científica creada por Carlos Menem en la década de 1990 con ese mismo propósito. La Agencia fue establecida para sortear los obstáculos que planteaban las anquilosadas camarillas del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), fundado medio siglo antes, y que pretendían imponer sus propias condiciones para avanzar en la colonización del quehacer de CYT, conforme a los nuevos negocios en puerta.

El “modelo” que el kirchnerismo pretende mostrar en su política de CYT no es tal (porque significaría un planteo integral de partes articuladas de una política científica de conjunto) y tampoco es “nuevo”: fue lanzado por el ex presidente “neoliberal”. No hay, entonces, ruptura con el pasado: “Las políticas del Ministerio de Ciencia y Técnica continuaron sustentándose, esencialmente, en articular emprendimientos productivos entre el sector privado y el público, sobre la base de proyectos generados en el sector privado y financiados o subsidiados por el sector público” (Grupo de Gestión, 2010). La caracterización corresponde a un grupo de científicos críticos de la formulación oficial de la política del gobierno.

El Ministerio de Ciencia y Técnica ha priorizado la “innovación” que, según la definición de la Real Academia Española, es la “creación o modificación de un producto, y su introducción en un mercado”, por lo que un aspecto esencial es su aplicación comercial por parte de las empresas. Su asunto no es la ciencia sino los negocios, y por eso ha privilegiado los mentados “nichos” afines a posibilidades de ganancias capitalistas: las prioridades del Ministerio de Ciencia y Técnica son la biotecnología, la nanotecnología y el software. En este terreno desarrolló su propia experiencia profesional el ministro Barañao, de modo que aquí también funciona el “capitalismo de amigos” que caracteriza a los gobiernos kirchneristas. El principal proyecto en que se ha involucrado el Ministerio de Ciencia y Técnica en materia de “innovación” supone un gasto de 14 millones de dólares (mitad público y mitad privado o de agencias capitalistas internacionales) para medicamentos de alta complejidad y muy caros, que permitiría abaratar costos a laboratorios farmacéuticos o ahorrar divisas en la importación sin alterar en nada el negociado descomunal de la medicina privada.

Sobre ninguna de estas iniciativas supuestamente innovadoras existe deliberación alguna, no ya en el ámbito popular, sino en el de la propia

comunidad científica. El Conicet mantiene secularmente un funcionamiento vertical y aristocrático, la Agencia de Promoción Científica ha pasado del manejo de las trenzas menemistas a las kirchneristas sin solución de continuidad. La ciencia “aplicada” que se estimula no consulta para nada los intereses de las masas, ni propende a la utilización de recursos existentes susceptibles de ser movilizados en beneficio de la mayoría de la población.

Nos preguntamos —el interrogante corresponde al grupo de científicos anteriormente citado—: ¿cuáles son los problemas que no permiten implementar, por ejemplo, la producción pública de medicamentos, de vacunas y de insumos médicos, la erradicación de vinchucas para atenuar la incidencia del mal de Chagas, la eliminación de arsénico en aguas para consumo, el saneamiento de cuencas fluviales, el control del uso de agroquímicos, la generación de polos tecnológicos públicos donde se pueda producir, por ejemplo, anticuerpos monoclonales, proteínas recombinantes, productos químicos de síntesis, etc.? Todos ellos son desarrollos de aplicaciones múltiples que permitirían utilizar racionalmente el conocimiento existente y activar la capacidad potencial que subyace en los organismos de CYT y en las universidades nacionales.

El gobierno se adjudica haber incrementado la inversión en CYT pero su monto actual es de apenas el 0,6% del PBI, muy por debajo de los estándares internacionales y aún de Latinoamérica, muy lejos del mínimo de 1% establecido formalmente por los organismos de CYT más diversos. Algo parecido sucede con la reivindicación oficial de su apoyo al aumento de investigadores en el Conicet: en gran medida se debe a becarios que se encuentran en situación laboral absolutamente precaria, sin estabilidad, con remuneraciones en negro, sin obra social, etc. Con el kirchnerismo ha nacido el movimiento... de los “jóvenes científicos precarizados” que reclaman por sus condiciones de trabajo. Por ejemplo, a comienzos de 2012 varios centenares de estos “becarios”, que formalmente debían ingresar en la carrera de “investigador” que es propia del Conicet, fueron rechazados y sometidos de hecho a un despido encubierto en masa, a pesar de haber reunido los requisitos académicos y curriculares exigidos para continuar con sus trabajos. En la actualidad tampoco los salarios de los becarios son abonados en condiciones normales, debido a restricciones presupuestarias que afectan su pago en tiempo y forma.

Queda como reflexión final algo obvio: un gobierno que ha pagado deuda al FMI y a la banca como nunca antes, que bajo la excusa de un desarrollo industrial ha convertido a la industria en una armadura y a las exportaciones en sojaderpendientes y que ha saqueado los fondos de

los jubilados para subsidiar el capital y la usura, ¿por qué promovería una política científica nacional? No son sólo las burbujas financieras las que hay que pinchar. Como aquellas, las del kirchnerismo terminarán derrumbándose por su propia inconsistencia.

Macaneo tropical

No es muy distinto el panorama de CYT en Brasil, tan marcado como el argentino por la distancia abismal que separa un discurso supuestamente progresista y la realidad. Un investigador que se alinea con el gobierno ha puesto de relieve en un pequeño texto reciente el completo fracaso de la política oficial en la materia. Así, según Renato Dagnino, en los largos años de la gestión del PT nunca se rompió con el planteo, que él mismo llama “conservador”, de desarrollar la CYT mediante el gastado recurso de vincular la universidad y la investigación científica a las empresas. Se trata de un callejón sin salida, cuestionado desde hace cuatro décadas en los medios universitarios de Brasil y Argentina por intelectuales de las más diversas trincheras ideológicas. Es, además, un fracaso secular, si se tiene en cuenta un estudio al respecto de 2000, patrocinado por el Instituto Brasileño de Geografía y Estadística (IBGE). El trabajo había detectado entonces 80.000 empresas que parecían ser “innovadoras”, sobre un universo muy amplio de 5 millones de compañías de todo tipo y tamaño. El foco del análisis se centró en 28.000 empresas, destacadas por su actividad en “innovar”. Resultado: el 80% compraba e importaba equipos sin ninguna actividad propia en materia de investigación y desarrollo (I+D). Además, las pocas empresas “innovadoras” no lo eran realmente: menos de 1% de las innovaciones que introdujeron en el mercado nacional eran novedad en el mercado mundial. Y, lo que era todavía más sorprendente, apenas utilizaban la estructura de investigación pública y los investigadores formados por el sistema de posgraduación (Dagnino, 2011).

Lo fundamental, sin embargo, es que nada cambió luego de que los neoliberales de la década del 90 abandonaron el gobierno. En el período 2006-2008, mientras se formaron anualmente casi treinta mil maestros y doctores en “ciencias duras” que la política en materia de ciencia y técnica (PCT) supone son los que las empresas necesitan, el número de los que en ellas hacen I+D pasó de 4.330 a 4.398, un aumento de 68 investigadores en tres años. Lo que da una tasa de absorción anual de 0,07% (68 sobre 90.000), mientras que en Estados Unidos el 70% de los

posgraduados formados cada año son absorbidos por las empresas. En el mismo período, apenas el 10% de las compañías innovadoras establecieron asociaciones con universidades e institutos de investigación y de éstas el 70% las consideró irrelevantes o de baja importancia. La conclusión, según Dagnino, es que “la PCT brasileña no ha conseguido movilizar nuestro potencial de generación de conocimiento tecnocientífico para promover la I+D empresarial. Tampoco logró hasta ahora atender las demandas cognitivas de la mayoría de la población”. La filiación del autor, allegado al oficialismo “lulista”, nos exime de comentarios adicionales: es una confesión de parte.

Habría que aclarar, en función de lo recién señalado, que si se contraponen al desastre descrito por Dagnino, los “logros” de la asociación “universidad-ciencia-empresa” que son propios de los países desarrollados, como sería el caso de Estados Unidos, el “modelo” no deja de ser una catástrofe. No sólo porque la I+D no puede inocular al capitalismo una vacuna contra el derrumbe que ahora se desarrolla ante nuestros propios ojos. También porque la captura y la privatización de la I+D por parte de las empresas constituyen en sí mismas un atentado a la ciencia y sus desarrollos en beneficio de la sociedad toda. Lo prueba el caso “canónico” de Apple, colocado en la primera plana de la prensa mundial por la muerte de su mentor, Steve Jobs, en 2011. Vale la pena considerar el caso en particular. Antes, sin embargo, un comentario pertinente: en Brasil el Ministerio de Ciencia y Técnica cambió su denominación por el de Ciencia, Técnica e Innovación. De acuerdo con lo que planteamos aquí, su nombre adecuado sería Ciencia, Técnica o Innovación.

La manzana podrida

Los numerosos panegíricos sobre el fundador de Apple omitieron regularmente señalar que todos los avances de la producción tecnológica de la empresa tuvieron como base no la investigación desarrollada por Jobs, sino la que en su momento se concretó en algunas universidades norteamericanas como Stanford y el Instituto Tecnológico de Massachusetts en la década de 1960. Un conocido film sobre el origen de las empresas en la cuales nació la industria de la computadora tenía por eso el sugestivo título de *Piratas de Silicon Valley*, el lugar donde se radicó y desarrolló el negocio informático. No está mal que se considere a Jobs como uno de los mayores innovadores tecnológicos de la época si se despoja al concepto de innovación del halo que encubre su definición literal, a la cual

aludimos antes, como “adaptación o modificación de un producto para colocarlo en el mercado”. Pero cuando el producto científico se convierte en mercancía, un producto privado, está sometido a las generales de la ley: no sólo se puede comprar o vender, sino también robar o adulterar.

La “innovación” conlleva un monopolio que al mismo tiempo paraliza el progreso técnico, su difusión y aplicación al servicio del bienestar humano. Todos los programas que sirven para poner en marcha los dispositivos digitales de Apple están “patentados”, es decir, privatizados. Pero un “programa” es, en definitiva, una serie de secuencias de operaciones y cálculos matemáticos que son sustraídos de la posibilidad de su utilización por la comunidad científica, de especialistas y usuarios. Por lo tanto, la tesis de que con la difusión universal de los productos comercializados a partir de la iniciativa de Jobs hemos ganado en “libertad” y posibilidades “individuales”, porque se habría puesto a disposición de millones una tecnología que se manejaba en el ámbito de los especialistas, es simplemente un verso. Los defensores del “software libre” han puesto de relieve el carácter dictatorial del monopolio de los Steve Jobs sobre productos que deberían ser patrimonio de todos. Y no, además, fuente de carestía para el ciudadano común, de embrutecimiento para los “analfabetos” digitales, de negocios y subsidios multimillonarios para el *big business* de la informática. Bajo el control de los servicios de seguridad, los iPhone de Jobs se han transformado además en la posibilidad de establecer, no un universo de hombres libres, sino un “gran hermano” que controla la comunicación y la ubicación de cada uno de nosotros.

Si en la época de Isaac Newton el patentamiento se hubiera desarrollado a los límites que hoy conocemos, la fórmula de la ley de la gravedad sería privada. Y estamos hablando de ciencia, no de técnica de programación. Jobs, en cambio, ha dejado a Apple con más de trescientas patentes. Aun así no sabe si esto le asegurará una sobrevida tranquila frente a los monopolios rivales. Porque ahora se ha desarrollado lo que un comentarista denominó recientemente una “loca carrera de patentes” que inundan los estrados judiciales de diversos países. El carácter parasitario de este asunto se revela en el comentario de un analista de la industria que afirma que, si las cosas siguen así, las empresas como Apple (o Google, o Samsung y otras) tendrán entre sus empleados más “abogados que ingenieros”.

Se ha comparado con cierta razón a Jobs con Edison, que se mantiene al tope de los “patentadores” yanquis de todos los tiempos, omitiendo que don Thomas Alva es conocido porque su oficio también fue su estafa: no inventó la bombilla eléctrica, ni el fonógrafo, ni el proyector de cine,

para citar algunos de sus “logros” más conocidos. Eso sí: los “patentó”. Los obituarios de Jobs también lo comparan con Henry Ford. En este caso se olvidan del carácter de notorio fascista y antisemita de este último. La pretensión generalizada de los obituaristas de que Jobs y Apple representan un capitalismo honesto innovador y productivo, diverso del que se viene abajo con la bancarrota de los bancos, es por lo tanto un invento. Nada más que una fuga hacia adelante frente a la barbarie de un capitalismo en estado de descomposición, que los negocios de Steve Jobs no pudieron dejar de reflejar. Las computadoras modernas de Apple se fabrican en China con el esfuerzo semiesclavo de centenares de miles de trabajadores (sí, centenares de miles). Sus filiales en este país “comunista” fueron investigadas algún tiempo atrás por la ola de suicidios que se extendía entre su personal, agobiado por una labor sólo interrumpida para alimentarse y dormir, por un sueldo de 100 dólares por mes y bajo una disciplina dictatorial. Las empresas que fabrican los millones de aparatos informáticos de Apple figuran al tope, además, en el ranking de las destructoras del medio ambiente. Apple, la manzana de Jobs, no es ciertamente muy saludable.

Por supuesto, no se trata sólo de la industria informática. La industria petrolera tiene una larga historia de adquisición de patentes para evitar que ciertos productos nunca lleguen al mercado; ni hablar de su responsabilidad en catástrofes medioambientales. Los monopolios automotores han saboteado por todos los medios las investigaciones sobre la alternativa de un “auto eléctrico” que limitaría los males de la anárquica y destructiva producción de vehículos con motores de combustión. Los avances en el conocimiento de la evolución humana se han visto bloqueados por la extendida privatización del mercado de... fósiles. Los monopolios farmacéuticos impiden la producción en masa de medicamentos baratos, etc. (Palacek, 2010).

Discurso, vulgaridad, encubrimiento

Contra lo que esgrime una suerte de discurso uniforme en nuestra región sobre las políticas de CYT supuestamente renovadas, que nos permitirían avanzar hacia una “sociedad del conocimiento”, lo dicho hasta aquí evidencia la vulgaridad del planteo. No vamos hacia una “sociedad del conocimiento” sino al revés, a un embrutecimiento creciente de la humanidad, a una miseria social más extendida e incluso a la posibilidad de un retroceso civilizatorio; todo esto merced a la explosiva combinación

de capitalismo, educación y ciencia. Esto no impide que la afirmación opuesta se incluya y repita sistemáticamente en los discursos gubernamentales de la Argentina y Brasil, y del llamado progresismo intelectual de nuestras latitudes.

El relato oficial en materia de CYT ha retomado sin ninguna originalidad los lugares comunes de la ideología liberal decimonónica, la misma que surgió con pretensiones de *aggiornamento* en la segunda mitad del siglo XX. La tesis de que la educación y la ciencia se transformarían *per se* en un factor de elevación del hombre a una nueva etapa de la civilización acompañó en su momento las ilusiones de que la “democracia”, la “libertad” y la “fraternidad” podían imponerse en el contexto de la sociedad capitalista, avanzando hacia un igualitarismo creciente. En nuestros países se trató, sin embargo, de una ilusión tardía o de una cobertura ideológica de las oligarquías que dominaban el proceso de integración de la región como semicolonia del capital metropolitano.

En la posguerra el embellecimiento de la actividad de los científicos cobró vuelo por motivos diferentes. Después de medio siglo de barbarie bélica, el orden de Yalta y de Potsdam se presentaba como la fundación de un mundo de paz y de convergencia entre sistemas opuestos (que ya sabemos cómo concluyó). La apelación a una irrefrenable “revolución científico-técnica” (RCT) que, hoy se repite, era ya entonces la fórmula que anunciaba un supuesto nuevo horizonte de la mano de los hombres del saber, en el orden existente. La RCT era la apelación clave en el lenguaje de los autorreformadores del estalinismo en las décadas de los 60 y los 70, es decir, en las vísperas de su disolución. La intelectualidad hacía un culto abstracto de la ciencia y la tecnología, porque en el ámbito de la cultura estaliniana –y también de la izquierda liberal norteamericana– era el caballito de batalla para postular una “convergencia” entre capitalismo y socialismo. Uno de los íconos de este planteo fue el sociólogo estadounidense Daniel Bell, quien difundió la tesis de una sociedad “posindustrial” basada en la información y el conocimiento (Rieznik, 2005). La historia no se movía hacia adelante por medio de la revolución, sino por medio de la técnica y el saber científico; no por la lucha de clases, sino por el laboratorio y la academia; no por la clase obrera, sino por los científicos. Pero en lugar de un capitalismo que se superaba a sí mismo por medio del saber, lo que tuvimos fue su degradación a un casino universal que ahora revienta *urbi et orbi*. Las predicciones de Bell concluyeron en un completo fiasco: “Nunca un científico social ha interpretado tan erróneamente su momento histórico, ni ha hecho predicciones tan miopes que hayan sido refutadas en un plazo tan breve” (Petras, 2011).

A la ideología “cientificista”, en la década de 1970, se la presentó en nuestras latitudes como una ciencia “rebelde”, según la denominación de Oscar Varsavsky, bajo la apariencia de representar una alternativa, incluso “revolucionaria”. También como la posibilidad de una práctica tecnológica “autónoma”, si se toman algunos planteos de Jorge Sabato o Amílcar Herrera en la Argentina. El asunto no pasó nunca del verbo a la acción. Ni hubiera podido, porque ni la ciencia ni su forma aplicada pueden superar por sí los límites del régimen político que las condiciona. ¿Hace falta recordar que entonces, en la Argentina, Perón había vuelto al país no para abrir paso a la liberación de las fuerzas creativas de la Nación, sino para imponer a Isabelita y a José López Rega?

En Brasil, un planteo similar corría entonces por cuenta de Celso Furtado o incluso de Severo Gomes, un ministro “desarrollista” que propugnaba en la época modernizar la dictadura inaugurada por Humberto de Castelo Branco en 1964. El antiguo científicismo propugnaba la invasión del capital extranjero en la esfera de la industria, como la primera fase del capitalismo en los países atrasados, una formulación que tempranamente había planteado el aprismo en Perú bajo el liderazgo de Víctor Raúl Haya de la Torre, variante derechista del movimiento insurgente de la Reforma Universitaria que estalló en la Argentina en 1918. Mucho después el científicismo tardío, con Fernando Henrique Cardoso como nave insignia, postuló la superación del antagonismo entre “dependencia y desarrollo” para justificar una política de adaptación al capital financiero (imperialismo), que más tarde se encargaría de ejecutar. *Dependencia y desarrollo* era el título de un célebre libro de cabecera de la intelectualidad de la época, que circulaba como agua en la academia progresista de la década de 1970. Cuando el progresismo kirchnerista o trabalhista de nuestros tiempos repite fórmulas del pasado no ofrece otra cosa que el plato recalentado de una apología *demodé*. Nada nuevo bajo el sol.

Las cosas por su nombre

La ciencia ha conocido con el capitalismo un desarrollo sin precedentes. Fue la consecuencia de una revolución social: con el ascenso de la burguesía, el monopolio de la cultura y del saber fue arrebatado a la nobleza y, decisivamente, al clero. Con una nueva forma de conocimiento, la ciencia llamada “experimental” contribuyó decisivamente a forjar el mundo moderno y a revolucionar nuestra concepción sobre el hombre y

el universo. La ciencia fue incorporada en la sociedad capitalista al proceso de producción como un factor autónomo y contribuyó a desenvolver una elevación excepcional de la productividad del trabajo. El capital, apropiándose de las conquistas de la ciencia, hizo de la humanidad un taller social universal y creó la posibilidad del pasaje de nuestra especie a una nueva era histórica, “del reino de la necesidad al reino de la libertad”, para decirlo con palabras célebres. Pero sólo la posibilidad, una suerte de promesa incumplida e incluso cada vez más distante en función de las limitaciones insuperables del propio capital. No sólo porque todo avance del metabolismo productivo es al mismo tiempo, bajo el capitalismo, un desarrollo de la explotación y de la alienación del hombre en el trabajo; también porque el capital ha arrastrado a la ciencia a las vicisitudes de su evolución histórica, que tiende a una decadencia también insuperable, transformando en su contrario a las formidables fuerzas productivas que puso en pie, es decir, desarrollando fuerzas destructivas igualmente formidables.

En el siglo XX, la ciencia develó los secretos del mundo atómico, pero el capitalismo nos condujo a Hiroshima. La “revolución verde” permitió un incremento de la capacidad de producción alimentaria capaz de abastecer las necesidades del doble de la población mundial, pero en el capitalismo “globalizado” la mitad de la humanidad no come o apenas puede desayunar, almorzar y cenar. La industria farmacéutica puede fabricar antibióticos de uso masivo para prevenir infecciones que afectan a los más pobres del mundo, pero no lo concreta porque no es lucrativo. Las computadoras más modernas, como vimos, se fabrican en reductos que congregan a centenares de miles de personas en China en condiciones laborales de semiesclavitud. El hardware y el software más avanzados del planeta se encuentran bajo control de los organismos de “seguridad” o al servicio de la gran especulación capitalista, ahora en una bancarrota generalizada. ¿Es necesario alargar la lista?

La actividad científica no puede sustraerse, ahora, al escenario de una crisis mundial que domina el presente con un alcance sin precedentes en la era capitalista. Los presupuestos se recortan, los científicos se quedan sin empleo, el trabajo calificado se dilapida, la investigación se paraliza, la educación y la cultura se degradan. El desempleo en masa de la juventud (50% en el continente europeo) incluye a una generación que es la cultural y científicamente más calificada... desde siempre. La crisis, naturalmente, no es un rayo en cielo sereno; es el estallido de contradicciones incubadas en el tiempo de una larga descomposición. En primer lugar, porque muy tempranamente en el siglo XX la producción científica

se transformó en una suerte de subsector del complejo industrial militar, relegando los estudios y las aplicaciones relativas a la salud, la vivienda, la educación; un ámbito marcado por crecientes desigualdades que no han cesado de crecer. La conversión de la *big science* en una rama de la industria para matar y destruir tuvo su marca original en el emblemático Proyecto Manhattan, en el cual llegaron a trabajar 130.000 personas, con los mejores recursos científicos y materiales en un emprendimiento gigantesco... que concluyó con la bomba nuclear.

En segundo lugar, porque desde la década de 1970 son muy manifiestos y “alarmantes” los indicadores de una decadencia generalizada en el ámbito de la CYT. El diagnóstico lo formuló en su momento Mario Bunge (1993), un privilegiado observador, de larga y destacada actuación en los medios universitarios anglosajones, representante de una de las variantes del positivismo académico. Los indicadores de una crisis que, según el propio Bunge, podría tornarse “irreversible” y hacernos regresar a una nueva era de oscurantismo propio del Medievo, son múltiples y variados: 1) los recortes sistemáticos en los fondos dedicados a la investigación; 2) la creciente privatización de la actividad científica y la decadencia del “comunismo epistémico”, que se concreta en la aversión cada vez mayor, por parte de los hombres y las mujeres de ciencias experimentales, a intercambiar datos, ideas y materiales, a causa de la competencia exacerbada y de las presiones comerciales; 3) el número cada vez mayor de casos de fraude y plagio, particularmente en las ciencias biomédicas, como resultado de la implacable competencia para conseguir subsidios y empleos; 4) la declinación del número de científicos y de estudiantes de ciencias en Estados Unidos y Gran Bretaña, y 5) la prosperidad de las doctrinas y los movimientos anti y pseudocientíficos y de filosofías irracionalistas en los países industrializados. De conjunto asistimos a una degradación científica y a una “decadencia epistémica” (Rush, 1998) que, ahora, cobra contornos más explosivos con las consecuencias aún inconclusas de la actual crisis mundial.

Crisis mundial: puede decirse que la sociedad misma estalla como expresión de su organización contraria a la ciencia, a la racionalidad, a las potencias creadas por el capitalismo y que él mismo está obligado a destruir. Los medios colectivos de alcance universal puestos en acción por el capital se enfrentan a la privatización creciente de esos mismos medios. Medios de producción que sólo pueden ser movilizables si rinden beneficios que tienden a escasear como resultado de la propia expropiación de la población trabajadora. Una centésima parte del 1% de la población detenta en la actualidad el 40% de los activos económicos del

planeta. La producción, que puede crecer como si no tuviera límites, se niega como resultado de una explotación que reduce a millones de personas a una situación de absoluta inhumanidad, al desempleo crónico y masivo, al trabajo indigno, a la completa precarización de sus condiciones de existencia. Una contradicción insoluble que estalla con la fuerza de un tsunami ante nuestros propios ojos. Apenas ayer, en términos históricos, el neoliberalismo —el capital— proclamaba que se había impuesto definitivamente con la colonización de los países en los cuales había sido expropiado, superando definitivamente las crisis: el famoso “fin de la historia”. La ilusión se desmoronó y todos hablan ahora de una especie de “historia del fin”. Europa tambalea, el “siglo norteamericano” se agota, la rebelión popular se extiende “indignadamente” como nunca antes.

Nuevos tiempos: si se considera el desarrollo de la CYT en la actualidad es claro, en cambio, que existen los fundamentos materiales para la emancipación del trabajo compulsivo y embrutecedor, susceptible de ser sustituido por la máquina, por el proceso automático, por la información transmitida instantáneamente *urbi et orbi*; en síntesis, por una productividad sin antecedentes del esfuerzo humano potenciado al infinito por las conquistas de la civilización entera. Ningún científico puede ignorar que se han creado condiciones únicas para superar incluso la más antigua de las divisiones del trabajo, la que se crea entre trabajo manual y trabajo intelectual. Sin embargo, contradictoriamente, frente a estas posibilidades reales, lo que prevalece son los abismos sociales planetarios, las catástrofes económicas y aun la barbarie del belicismo; todo ello alcanzando un nivel inigualado en el pasado. No se puede ni se trata de elevar al hombre por medio de la ciencia y la tecnología sino de liberar a ambos de un metabolismo social históricamente agotado. Educación, ciencia y capitalismo se han transformado definitivamente en términos incompatibles. Saquemos las conclusiones.

La mercantilización educativa: denuncia y crítica

Hacia fines de 2005 los titulares de la prensa argentina informaban de un hecho sin precedentes en la educación superior del país. Nunca antes, en la larga historia de la universidad argentina, el rector de una de sus casas de estudio había sido destituido por el máximo órgano de gobierno de la misma institución. Se trata de la denominada Asamblea Universitaria que integran los representantes docentes, graduados y estudiantiles electos para los consejos directivos de las respectivas facultades que pertenecen a la universidad. En este caso, la Universidad Nacional de Formosa, que acababa de resolver no sólo la separación de su cargo del rector —Carlos Dalfaro— sino también del decano de la Facultad de Administración y Negocios —Héctor Quijano—. La resolución fue prácticamente por unanimidad —ochenta votos a favor y dos abstenciones— y justificada por la violación, por parte de ambos funcionarios, de sus deberes legales, académicos e institucionales. Dalfaro y Quijano fueron destituidos de sus cargos por sus responsabilidades en el montaje de un circuito para la emisión de diplomas fraudulentos, no sólo universitarios sino también secundarios y terciarios que eran comercializados en España. Era entonces un producto de exportación nacional.

Luego de la expulsión de los funcionarios, la cuestión siguió dando que hablar. El Instituto Cibernos, con sede en Madrid, venía otorgando desde hacía algún tiempo diplomas que permitían conseguir a quien tuviera apenas formación primaria, en un tiempo record, una titulación universitaria. Para ello los certificados relativos al cumplimiento de las exigencias de las carreras secundarias eran provistos por un denominado World College que, gracias a un “convenio” firmado con la Universidad Nacional de Formosa, habilitaba a sus poseedores a finalizar carreras universitarias en esta última. El *college* tenía sede en Ushuaia, la ciudad más austral del mundo, a aproximadamente 2.500 kilómetros de

Formosa, una de las provincias del extremo norte del país. La sede era un pequeño departamento en un edificio de viviendas particulares.

Lo cierto es que, de todos modos, semejante "red" de "instituciones" cumplía una función muy precisa: en un año y medio, cursando un día por semana y con un sistema de tutorías, los alumnos españoles podían acceder a un diploma de graduación en la enseñanza superior. Según las investigaciones hasta ahora conocidas, se habrían emitido entre 300 y 400 títulos. Los certificados secundarios y terciarios implicaban un desembolso de 4.000 euros y uno de los damnificados (certificados y títulos han sido ahora declarados nulos) reveló ya que pagó 9.000 euros por una licenciatura en Sistemas. Las informaciones que los investigadores designados por las autoridades de la propia Universidad Nacional de Formosa divulgaron pusieron de relieve que el negocio total había involucrado varios millones de euros, sin que todavía se sepa la ruta que siguieron los fondos involucrados en esta operaciones "académicas".

Iceberg

El episodio de marras puede provocar numerosas reacciones y estimular diversos análisis y reflexiones. Pero ¿acaso sorprende? Cualquier docente o estudiante universitario con una dirección de mail puede dar fe de la propaganda recibida con relación a la oferta de *PhD degrees* que pululan por la red. Con la transformación de los currículum vitae en una acumulación compulsiva, entre otras cosas, de titulaciones, la cuestión no es menor y comenzó a ser estudiada para establecer criterios que distingan los World Colleges de las fuentes genuinas de acreditación de saberes, destrezas e incumbencias profesionales. Una nueva rama, seguramente, para la provisión de funciones burocráticas pertinentes e investigaciones ídem que crecerán en el futuro inmediato.

La mercantilización del fenómeno educativo y particularmente de sus resultados, ahora bajo formas muy específicas, que siguen la ruta de la no frecuentemente bien caracterizada "globalización", se ha convertido de hecho en materia recurrente de preocupaciones y debates que se despliegan en una cantidad muy amplia de terrenos. En todo caso, el comentado "Formosagate" educativo alude a una realidad que no puede ser ignorada y que afecta cuestiones vitales ya no sólo del ámbito de la educación sino de la vida social como un todo. El carácter mercantil de la educación, sus procesos y resultados transformados en cosas que pueden ser traficadas en nuevos mercados, la dimensión y

escala que esos mismos mercados pueden alcanzar se han venido constituyendo progresivamente en un factor decisivo que afecta y cuestiona los sistemas educativos *urbi et orbi*.

Es sabido que una referencia clave para este proceso es el hecho de que en 1995 se incluyó en el Acuerdo General de Comercio y Servicios de la Organización Mundial de Comercio a la educación superior en particular, como un servicio que debía ser reglamentado en el contexto de la política y los tratados que debe considerar la organización que norma el comercio mundial. Claro que "reglamentar" en estos casos implica, en realidad, desregular y liberar el terreno a la "competencia", que es como se denomina a la puja por el dominio de los mercados de las grandes corporaciones del capital. Vale como síntoma el hecho que, en el comienzo de este siglo se celebró el primer World Education Market, en Estados Unidos. La mercantilización invade ahora todos los poros del cuerpo universitario. Un sistema de enseñanza superior que enfrenta, de este modo, un desafío de dimensiones que escapan a la de cualquier frontera nacional y que, en muchísimos casos, se abordó con el principio del viejo Maquiavelo (¿o Sun Tzu?): "Si no puedes con tu enemigo, únete a él".

Los protagonistas de los sistemas de enseñanza pública comenzaron entonces a hablar de crisis de "identidad" y las redefiniciones se pusieron a la orden del día con el objeto de resignificar, recontextualizar y reconstituir vivencias, ideas, instituciones y paradigmas. Hasta el lenguaje se desarmó para abordar lo incomprensible. Había que explicar cosas tales como la "universidad de la hamburguesa" —sí, de McDonald's— e inclusive nominar —¿o encubrir?— una nueva realidad. Por eso mismo no es poco frecuente que se pretenda negar el fenómeno de la mercantilización mediante el recurso de una "nueva" caracterización: toda educación es "pública", aunque en ella se integre la "gestión pública" y la otra..., la "privada". De un lado, por lo tanto, la realidad y del otro la máscara o en el mejor de los casos el autoengaño. En consecuencia, la vieja enseñanza estatal, conquista de una época en que la cuestión educativa se convirtió en un objeto político moderno en el sentido literal de la palabra (ciudadana, cosmopolita); esa enseñanza estatal, lejos de desaparecer o descomponerse, aparecería ahora con el disfraz de una última revitalización.

"¡No es la educación, estúpido!"

Tenía razón Bill Clinton: es la economía. La privatización-mercan-

tilización de la educación que se despliega como fenómeno particular en las últimas décadas no hunde sus raíces en ninguna especificidad pedagógica. La educación, como todo el mundo sabe, no es una isla y no puede dejar de reflejar las tendencias de la sociedad de la que participa. En un universo que viene siendo dominado por la “flexibilidad” laboral como principio que ordena el mundo de la producción, ¿por qué sorprenderse de la extensión de esa misma “flexibilidad” en el terreno de la comunidad educativa y en un campo que va más allá de la propia y degradada condición del docente de la época? A las “reformas” laborales “desreguladoras” corresponden entonces, sus congéneres educativas. A la “precariedad” del trabajo, la “precariedad” educativa que condena la denominación de la etapa presente como “sociedad del conocimiento” a no ser sino otra máscara, un eufemismo.

Es porque carece de todo fundamento pedagógico que la mercantilización, como parte de la (contra)reforma educativa reciente, encontró uno de sus más importantes, sino el principal, ideólogo y aún ejecutor, en un... banco. Y no en cualquier entidad financiera, sino en una que puede ser considerada como una especie de banco de bancos, y todavía más. El Banco Mundial es, con el FMI, una de las patas del trípode en el que se apoyó el monitoreo de la economía mundial luego de la posguerra, desde mediados del siglo anterior y, naturalmente, bajo el control de las potencias del mundo capitalista del momento. La tercera, y no es casualidad, es la Organización Mundial del Comercio (OMC), continuidad de un organismo que cumplía funciones similares con anterioridad —llamado GATT por las iniciales de su nombre en inglés— y que ha tomado ahora la posta de desenvolver la liberalización globalizada de los servicios educativos privatizados y transformados en objeto mercantil.

El papel del Banco Mundial ha sido muy estudiado, no siempre con claridad. De un modo general el objetivo de su empresa “educativa” consistía en transformar los servicios respectivos en ramas rentables para la aplicación de capital privado y, en estrecha asociación con el mismo propósito, en ahorrar el gasto “improductivo” de las finanzas públicas para los sistemas de enseñanza, cuyos fondos deberían en cambio servir para otorgar subsidios y estímulos de diverso orden a la inversión corporativa. Los procedimientos adecuados a esta tarea implicaba tanto la destrucción de conquistas de trabajo de docentes, profesionales e investigadores como todas las medidas tendientes a la reducción o el control de la matrícula estudiantil; disposiciones que se complementarían con el arancelamiento creciente de los estudios en todos los niveles y, en particular, en los de la enseñanza superior. Para este fin la imposición

de posgrados pagos y la degradación de los cursos de grado fueron —y son— objetivos recurrentes.

La educación, como un todo y desde una perspectiva general, fue dominada por un hecho que marcó al capitalismo mundial en la etapa final del llamado “boom” de la posguerra, a finales de la década del 60 y tomó formas definidas con las crisis económicas de mediados y finales de la década siguiente. Para nuestro análisis puede resumirse en una palabra que indica la forma típica en que la crisis se presenta en la sociedad capitalista: la sobreproducción —respecto de la capacidad de consumo que crea la forma de producción que es propia del capitalismo—. Sobreproducción de capitales en primer lugar, que precisan recrear las condiciones de su funcionamiento y que plantean recortes a las condiciones y al valor de la fuerza de trabajo en su más amplio sentido (lo que significa, entre otras cosas, el recorte al llamado salario indirecto involucrado en el financiamiento público a la educación), pero, notablemente también, la sobreproducción de diplomados, que fue la preocupación fundamental de las autoridades educativas oficiales de la misma época. Sobreproducción que además se asociaba a una revuelta juvenil en ascenso, signada, entre otras cosas, por la frustración derivada de la falta de perspectivas y posibilidades con relación a los estudios y calificaciones educativas.

“Aprender a ser”

Lo que acabamos de señalar explica que, en su momento, una “comisión de notables”, que presidiera un ministro de Educación de Francia, realizó un estudio, que fuera publicado por la Unesco con el nombre que designa este apartado, y cuya recomendación central era desconectar los “diplomas” de una asociación directa con atributos laborales específicos. No debían, en este sentido, “calificar”.

La descalificación de la enseñanza devino norma bajo la cobertura de una suerte de existencialismo de ocasión que diluía las necesidades específicas y crecientes de una enseñanza universalista y científica en el embellecimiento fraudulento del aforismo de que en la “vida se aprende” simplemente “siendo”. Sólo más tarde, la ideología oficial transformó la fórmula en el sentido de volver a conectar la educación con la vida, con el mercado y con las empresas (lo cual en el capitalismo es casi sinónimo), pero ahora bajo el signo de nuevos diplomas, adaptados y reconfigurados a las necesidades específicas de empleabilidad asalariada de los monopolios modernos de la producción.

Todo este proceso fue acompañado por el desarrollo concomitante de la evolución de la actividad científica como el ámbito de una especie de nueva industria, asociada o no de un modo directo a empresas de diversos sectores de la economía. La innovación tecnológica estimulada originalmente por las necesidades bélicas de las grandes confrontaciones del siglo XX culminó por convertir a la ciencia en una suerte de gran tarea de tipo empresarial. En ese contexto, la imagen del viejo profesional o científico, asociada a una tarea de tipo individual y dominada apenas por las vicisitudes del genio particular personal, tendió a desdibujarse bajo el peso de una nueva realidad. En tales condiciones, la actividad de investigación y desarrollo se transformó en órbita de la producción capitalista como tal y tendió a generalizarse la conversión del viejo profesional "liberal" en asalariado. El panorama de la denominada "proletarización" de la mano de obra educada comenzó a ser objeto propio de los estudios de las facultades de ciencias sociales.

La nueva "escala" educativa fue también marcada por una creciente población juvenil que asaltó a su modo los escalones más altos del sistema educativo. Cualquiera sea el criterio de medición que se tome, el crecimiento de la matrícula estudiantil tiene una dimensión generalizada y global. El problema de la llamada rebelión estudiantil, tan notoriamente expandida en las décadas del 60 y 70, pero también presente en los años subsiguientes, tomó connotaciones que deben comprenderse a la escala de la masividad con la cual la generación más joven irrumpió en el viejo aparato educativo de la enseñanza superior, mucho más contenido y elitista en el período histórico anterior. Es un elemento que de ningún modo puede desconocerse a la hora de abordar las contradicciones que recorren a la educación y la dimensión de lo que podemos denominar el negocio de la mercantilización.

Millones y millones

En 1995, punto de partida de la ofensiva de la OMC, el mercado global para la educación superior se estimaba en un volumen próximo a los 30.000 millones de dólares. Algunos años después, a principios de los 2000, un estudio del banco Merrill Lynch calculó que el "mercado mundial del conocimiento", sólo a través de internet, podría superar cifras del orden de los miles de millones de dólares en el primer lustro de este siglo. En numerosos artículos sobre el problema los volúmenes de negocios giran en torno a cifras astronómicas, que contrastan con

las del financiamiento de la educación pública, siempre acotadas, sometidas a ajustes y recortes permanentes en las más diversas geografías y territorios. Son magnitudes de dinero sin precedentes las que están por detrás del fenómeno irresistible, y por sobre todo irreversible, de la mercantilización educativa; un punto clave sobre el que habrá que volver para precisar su significado.

Por ahora señalemos que la mención a internet en el párrafo anterior es deliberada porque aparece como el soporte de una especie de negocio virtual y controvertido que se presenta como ilimitado. Tan fuera de control que demandaría una regulación, igualmente polémica porque acabaría, de hecho, legitimando todo el avance de las nuevas corporaciones "educativas" del capital. Incluso en la Unesco, donde en algún momento pareció atrincherarse una posición irreductible con relación a la OMC, crecen debates, conferencias y papers sobre la necesidad de abrir paso al debate sobre como normar criterios de acreditación, titulación y compatibilidad de cursos y carreras universitarias, a riesgo de que la alternativa sea una especie de desarreglo universal, en particular bajo el impacto de la educación por la "web" y "a distancia"; como es el "caso" que tomamos como referencia inicial en este mismo texto.

Además, ¿quién sino grandes corporaciones pueden encarar la pedagogía y la certificación de saberes en una magnitud que sólo toleraría la presencia de gigantes compatibles con la dimensión completamente globalizada que ha tomado la cuestión? Son grandes empresas y grupos financieros los que aparecen detrás de la promoción de portales educativos que en los últimos años van creciendo como hongos después de la lluvia. La privatización habría llegado entonces a un nivel que plantea la conversión directa de las universidades en secciones o departamentos de grandes empresas. No es novedad que no es sólo el caso de la aquí ya mencionada "universidad de la hamburguesa": nuevas casas estudio o cátedras son ahora fundadas y llevan el nombre de grandes empresas. Y no sólo para negocios "virtuales".

Resistencias

El avance de la mercantilización educativa, y en particular los planteos de la OMC, dieron lugar a una serie de críticas y pronunciamientos que se han multiplicado en los últimos años. En el ámbito institucional, el punto de partida fue un planteo de la Conferencia Mundial de la Unesco sobre la Educación Superior de 1998, señalando que la enseñanza uni-

versitaria no debía ser considerada mercancía y convocando a mantener las instituciones oficiales respectivas en el ámbito del derecho público. El mismo planteo fue enfáticamente defendido en las reuniones de rectores de universidades públicas latinoamericanas realizadas en agosto de 1999 en Chile, en octubre de 2000 en la Argentina, en abril de 2002 en Brasil y en México en 2003.

La crítica a la tentativa de considerar la educación un producto más, a transar en el mercado, fue motivo de declaraciones de la Conferencia Sindical Mundial de la Enseñanza y del Foro Mundial de la Educación que sesionó en Porto Alegre. En este caso quedó planteada la elaboración de una plataforma mundial de educación que, en oposición al proyecto neoconservador y neoliberal, desarrollara los principios de “una educación libertadora y de inclusión, capaz de promover la ciudadanía activa, intermulticultural y planetaria” (www.fmmeduccion.com.ar/Sisteduc/Criticas/generalesfsm2003.htm). El documento aludía a la necesidad de establecer “una utopía pedagógica: la Escuela Ciudadana, deber del Estado, bajo control social [...] constituyéndose de un currículum intermulticultural, potenciadora de vivencias democráticas, con procesos de evaluación, emancipadora y productora de conocimientos que preparen a todos los seres humanos para el protagonismo activo, en los contextos específicos de sus respectivos procesos de civilización”. En otro plano, menos propenso al derrame verbal, debe señalarse que las políticas a favor de la transformación mercantil y privatista de los sistemas de enseñanza superior y su correlative fundamental, que es la asfixia de los respectivos presupuestos públicos, fueron confrontados por movilizaciones estudiantiles y docentes muy significativas en el último período. Hay que destacar entre ellas las huelgas docentes universitarias muy importantes en estos años en Brasil y Argentina, así como las manifestaciones estudiantiles y en conjunto con los profesores que ganaron las calles reclamando normalmente mayores recursos para la educación pública y mejores condiciones de estudio, así como el desmantelamiento de los variados mecanismos de la “flexibilidad laboral” docente. En este caso la resistencia se traduce en planteos reivindicativos más precisos y trasciende con la fuerza propia de las intervenciones que se caracterizan por la masividad y la acción directa de los protagonistas.

Insuficiencias...

¿En qué términos deben oponerse mercantilización y educación? El

interrogante no es vano porque la respuesta no puede ser unilateral. Desde el punto de vista histórico, el concepto moderno de educación y el carácter universal de la enseñanza, como de la cultura y la ciencia de nuestra época, son indisociables de un metabolismo social que se articula mediante una circulación de mercancías que tiende a tomar un carácter global y planetario. En cualquier examen del pasado de nuestra especie es un hecho que el progreso de la cultura y la educación aparece siempre en contacto directo con el comercio y el intercambio... de mercancías. La mercancía que se convierte en la célula del metabolismo productivo y que se infiltra por todos los poros de la sociedad es, de un modo general, un factor de progreso de la historia de la humanidad, es decir, del aumento de la capacidad que tenemos de conocer y controlar la naturaleza (y nuestra propia naturaleza social). Todo esto no puede ser negado por el hecho de que el capitalismo –de eso estamos hablando– sea al mismo tiempo un sistema contradictorio de producción y explotación y una configuración particular de la sociedad que, en la etapa que nos toca vivir, evidencia, además, señales de agotamiento muy precisas, cuando se considera el proceso histórico de la época.

Si, a la luz de lo que acabamos de señalar, se replantea o precisa la pregunta original de este capítulo, lo que debe ser determinado es en qué contexto, cómo y por qué se oponen la mercancía y la actividad cultural y pedagógica. Un criterio que no puede ser arbitrario sino corresponder a una cambiante realidad del problema en el curso de la historia moderna. Algo que, además, debe ser celosamente considerado en un ámbito en el cual la tendencia al *wishful thinking* se presenta como si fuera un deber de oficio. Se argumenta frecuentemente que, partir de las nuevas tecnologías y de iniciativas como las de la OMC, la educación se ha transformado en una cosa. Pero antes de mercantilizar la educación, el capitalismo “mercantilizó” y cosificó a los hombres, convirtiendo la capacidad de trabajar, el más humano de los atributos de nuestra especie, en una mercancía. Bajo el capitalismo la socialización creciente de la producción no puede avanzar de otro modo y en contraposición al carácter crecientemente privado de la apropiación. Lo mismo vale para la ciencia y la educación convertidas en gran industria. En definitiva, el “mal” no se encuentra en el soporte, ahora incluso “virtual”, de las nuevas tendencias a la monopolización capitalista de prácticas pedagógicas, sino en el uso social de las nuevas tecnologías, en su explotación por el capital financiero.

...y críticas

Bajo el capitalismo, la tendencia a la mercantilización es naturalmente inevitable. La educación, la cultura, la ciencia, no son islas. Si se trata de superar la mercantilización pero no el capitalismo, el resultado es una terapia que reposa en un diagnóstico poco riguroso y una tentativa por contener o limitar un efecto, sin revertirlo. Es sintomático que en el ámbito de los debates institucionales sobre el problema que nos ocupa se haya pasado de una denuncia a la mercantilización que plantea la OMC al planteo de la necesidad de que la regulación del fenómeno inevitable de la privatización "globalizada" de los servicios educativos quede bajo el control de la Unesco. El curso no es novedoso porque las privatizaciones globalizadas comenzaron hace mucho en el terreno de otros servicios estatales y la línea de "resistencia" fue la misma. Se pasó del rechazo a la enajenación de los bienes "públicos" a la aceptación resignada y la petición del control, que terminó bajo la órbita de los privatizadores. La experiencia latinoamericana en la materia es bien clara.

Por otro lado, tampoco es clara de por sí la contraposición abstracta entre el carácter "público" y privado de los segmentos del propio sistema educativo. Bajo la forma de convenios, servicios de extensión, vínculos diversos entre investigación y mundo productivo, etc., ha progresado enormemente una suerte de feudalización de cátedras, institutos, programas, cursos especiales, posgrados y diversas variantes que puede asumir un negocio privado que, además, se beneficia del acervo material, de los recursos humanos y hasta del escasísimo financiamiento de la educación "estatal". El caso citado al inicio de este trabajo revela que el asunto no está exento de matices que involucran el pasaje de una frontera hacia la región propia del derecho penal.

En el terreno de las movilizaciones prácticas, los reclamos parecen tener un carácter más concreto que la etérea formulación de una "utopía" pedagógica como la anteriormente mencionada. Es un principio. Es posible que sea en el terreno de las organizaciones docentes y estudiantiles donde mejor pueda prosperar una discusión sobre cómo "trascender" la mercantilización y la privatización. No podrá evitarse un debate sobre alternativas de conjunto, más allá del fenómeno pedagógico como tal. Por eso mismo la discusión puede ser más fecunda si se entremezcla con los protagonistas de una acción directa que bien puede ser integrada como elemento de análisis también. Al parafrasear a un importante pensador de nuestra época, se ha dicho que la universidad debe ser un lugar "fuera del poder". Si esto equivale a una suerte de aislamiento de las perspec-

tivas destructivas del presente histórico, el planteo es inviable. No hay islas. ¿"Fuera del poder"? ¿Contra el poder? ¿Por el poder? Es posible que "la universidad" sea una entelequia; ciertamente no lo son quienes como sujetos y actores de la educación la habitan y la agitan. Finalmente, sin una transformación social no habrá transformación educativa, una fórmula que no admite la inversión propia del guante.

A MODO DE EPÍLOGO.

EL JUICIO ABO, LA HISTORIA,
LA IMPUNIDAD... Y YO

Fui convocado a declarar en el juicio del llamado circuito ABO (por los campos de concentración Atlético, Banco y Olimpo). En el banquillo de los acusados se encontraba una patota de torturadores que no dejaron miseria, tropelía o humillación sin cometer. Allí estaban, emblemáticos, el Turco Julián (Julio Héctor Simón), Raúl Guglielminetti, el apropiador Samuel Miara, ratas de albañal de los submundos del régimen de la dictadura.

Un contexto determinante

Fui convocado a declarar... treinta y tres años después de haber pasado por las catacumbas; un cuarto de siglo pasó luego del testimonio original en la Conadep. Al cabo de esas tres décadas, sobre el inicio de 2010, cuando debía presentarme al juicio ABO la información oficial señalaba que las sentencias por los crímenes de la dictadura sumaban algunas decenas de casos. El dato no debe ser pasado por alto. Después de treinta mil desaparecidos, después de centenares de campos de concentración, después de un genocidio sin precedentes, después de todo lo que ya sabemos... un puñado de viejos de mierda encarcelados, muchos de los cuales revistaban hasta las sentencias recientes en las filas de los organismos de "seguridad".

Las circunstancias en las que se me convocó a declarar se presentan, por lo tanto, como un contexto insoslayable de mi participación en el juicio: constituyen una sentencia inapelable del régimen "democrático" y su supuesta política reparadora de los derechos humanos. Una convicción

definitiva sobre la cuestión es imprescindible y determinante en lo que respecta a mi actitud frente a la convocatoria a intervenir en el juicio ABO.

Treinta años después se suponía que debía renovar —como tantos otros— el relato de los hechos, volver a recorrer la barbarie, los detalles de la picana, recordar el hábitat ignominioso de personas reclusas como despojos, los intentos de violación, retratar las cadenas, los golpes, el hedor de la muerte...

¿Por qué? ¿Qué es lo que no se sabe... treinta años después? ¿Otra vez? ¿Exigencia de la "Justicia"? Los que asistieron a los testimonios en el curso del juicio oral saben del desgarró brutal de los víctimas que renuevan la vivencia de lo invivible. No es todo: el llamado a declarar no incluía una citación formal al domicilio respectivo, para no "deschavarlo". Algo que, según me informaron, se dio luego de la desaparición de Julio Jorge López y prueba, contradictoriamente, la indefensión de la víctima revictimizada en estos juicios; un hecho que tomó ribetes criminales en varios juicios con amenazas efectivas a los testigos y también "suicidios" de ex represores quebrados.

El escenario de la convocatoria de la "Justicia" se diseña así con una especial sutileza. Es una suerte de mundo al revés. Los que deberían testimoniar después de tres décadas son los que permitieron que hayamos llegado hasta aquí de este modo: ofrecer una explicación a las víctimas, familiares y sobrevivientes de cómo es que, cuando los asesinos seriales de una generación están por desaparecer carcomidos por la senilidad, el régimen del "estado de derecho" haya dejado pasar años y años y años sin castigo a los culpables. Claro que, para esto, los representantes de muestra "democracia" deberían ser lo que no son. Habrá que volver sobre esto en la conclusión.

El alegato necesario

La narración de la declaración en un juicio como el ABO comienza por lo tanto con las condiciones que la determinan y la explican. Por eso me negué a testimoniar en los términos habituales: mi planteo fue por sobre todas las cosas un alegato, incluso sobre los límites insuperables del propio juicio, que, entre otras cosas, se ceñía al tratamiento de los delitos "individuales" del grupo de energúmenos imputados. Límites que incluían el hecho de que se juzgaban "187 casos" y cinco homicidios en campos de concentración por los cuales se estima que pasaron 1.500 personas y se cargaron con centenares de desaparecidos. Límites que

marcan la continuidad de una política de impunidad por otros medios, los que formalmente se presentan como la expresión de una forma de superarla.

Pero, además, la convocatoria a declarar como testigo, como víctima particular de los delitos atroces de victimarios particulares, encerraba otro equívoco. Mi paso por el campo de concentración era, en su especificidad, la manifestación de un fenómeno político más general porque fue en mi condición de militante político y dirigente juvenil de la época y no por ninguna otra razón que me tocó pasar por las mazmorras de la dictadura. En consecuencia, mi presentación en el juicio ABO estaba obligada a plantear la naturaleza de lo que estaba en cuestión en los crímenes de la dictadura y en el tratamiento de los mismos por el régimen semiconstitucional que le siguió hasta el presente. Se trataba, por lo tanto, de un alegato (razonamiento, exposición, según la definición del diccionario) dirigido a poner de relieve no un "caso" de "tormentos", "privación ilegítima de la verdad", etc., otro más entre decenas de miles, sino a exponer mi apreciación de la causa, del proceso político en el cual se inscribe (que hunde sus raíces en la historia reciente) y, por fin, de mi presencia en el juicio oral en el cual, además, estaba incluido como parte querellante.

Historia: el Cordobazo

Así comenzó mi alegato: los crímenes perpetrados por la dictadura deben ser abordados como parte del intento de aniquilar una generación que corporizaba una lucha histórica. En esto se verifica el contenido propio del genocidio, que es la materia que los propios juicios se empeñan en desconocer. Las propias sentencias a los acusados en el juicio ABO, en el veredicto conocido en diciembre de 2010, excluyeron deliberadamente la tipificación de genocidio, reclamada por la Fiscalía y la querella.

La dictadura y su tarea criminal no fueron un rayo en cielo sereno. Fueron el remate de un período clave en el cual el sistema político dominante buscó por todos los medios arrinconar, quebrar, destruir aquello que había emergido en las facultades y en los colegios, en los barrios y en talleres y fábricas, bajo el impulso de un acontecimiento que nos marcó a todos los integrantes de aquella generación que se buscó exterminar finalmente con los métodos propios de los Videla y sus secuaces. Mi alegato refería así al levantamiento obrero y popular del Cordobazo de 1969. Porque en nuestra historia concreta fue el Cordobazo el que marcó

un punto de inflexión en la evolución del movimiento de los trabajadores y la juventud argentina y, además, como parte de un contexto de crisis cuyos alcances iban mucho más allá de nuestras fronteras: la huelga general francesa de 1968, la Primavera de Praga, la heroica ofensiva del Tet en Vietnam que ponía un límite definitivo al ejército más poderoso del planeta, la lucha contra la guerra al interior de Estados Unidos, la lucha estudiantil en México y el resto de Latinoamérica, un situación revolucionaria en Uruguay y Bolivia...

El Cordobazo no era ajeno a este panorama, en un continente sacudido una década antes por la emergencia de la Revolución Cubana y al que asistía con sus energías de actividad comprometida la nueva generación de la época. El Cordobazo puso en pie un nuevo movimiento de masas en el país que se nutría de lo mejor de la juventud trabajadora y estudiantil. Recuerdo todavía —señalé en mi alegato— la viva impresión que me provocó, cuando aún no tenía veinte años, el editorial del periódico *Política Obrera* de entonces, que caracterizaba el Cordobazo por el protagonismo de un proletariado que emprendía una acción revolucionaria. Es un recuerdo personal que en buena medida marcó mi vida. Pero también un señalamiento objetivo sobre la clase trabajadora que quebraba entonces los moldes de regimentación de la vieja dirigencia sindical peronista. Esa misma burocracia había tenido una participación activa en el golpe de 1966, que encumbró al general Juan Carlos Onganía y a la dictadura que en ese mayo de 1969 recibió un golpe definitivo. Sin este registro histórico es imposible comprender el significado del genocidio posterior en la década de los 70. ¿De qué otra manera entender, además, mi propio lugar en el infierno del campo El Atlético?

Fue el Cordobazo el que me lanzó a la actividad política, a la construcción entonces de la Tendencia Estudiantil Socialista Revolucionaria (TERS), agrupación estudiantil de Política Obrera (la denominación del Partido Obrero en la época), a mi participación en la dirección de la Federación Universitaria Argentina y, en tal condición, al llamado de la Unión de Estudiantes de Francia (UNEF) para que participara en su congreso de 1973. El último dato no es menor porque fue la misma UNEF la que se movilizó a la Embajada Argentina para reclamar mi aparición con vida, no bien supo de mi secuestro, amenazando incluso con ocuparla y contribuyendo así a la posibilidad de este mismo alegato.

Más historia: la huelga general de 1975

Fue la tentativa de liquidar ese proceso de radicalización que explotó en la Córdoba insurgente de fines de los 60 el que determinó las características del período posterior y condujo, finalmente, a la dictadura, luego de que el peronismo en el poder se mostró incapaz de contenerla. El propio retorno del general Perón fue concebido y estimulado por el poder como un recurso para desviar la evolución política del movimiento prohibido por el Cordobazo. Desde Ezeiza hasta la famosa plaza del último discurso contra la Juventud Peronista en 1974 se buscó mediante el palo y la zanahoria “encuadrar” el movimiento de las masas en el marco del orden establecido. Sea mediante los métodos de la cooptación, que incluyó una tentativa de colaboración del Ejército y los Montoneros (conocido como operativo Dorrego), sea con los métodos también de la guerra civil que predominaron durante la presidencia de Isabel Perón. De modo que lo que comenzó con José López Rega, Juan Perón y la Triple A se continuó con los Videla y los Massera. No hubo sólo ruptura sin también continuidad. Cambió el régimen político, pero no el dominio de la clase social que se atrincheró en la defensa de sus intereses con los medios que fueran necesarios para liquidar a una generación revolucionaria de trabajadores y jóvenes de nuestro país.

Un punto de inflexión clave en esta historia, que acabaría en los campos como el ABO, fue la huelga general de junio-julio de 1975, el mayor levantamiento obrero de nuestra historia, esta vez contra un gobierno peronista que pretendía ejecutar lo que se conoció como el Rodrigazo, un intento brutal por recrear las condiciones de lucro del capital a costa de un fenomenal tarifazo y del “ajuste” sin cortapisas de las condiciones de vida de la población trabajadora. Es a partir de entonces —con una clase obrera insurgente, paralizándolo al país, construyendo sus propias organizaciones independientes, enfrentando a su dirección burocrática, anonadando al gobierno capitalista que pretendía su representación histórica y eterna (valga la contradicción)— cuando el golpismo se presentó a la clase dominante como el último recurso para detener la marea de radicalización que dominaba la política nacional. Había que poner fin al período abierto con el Cordobazo y la generación revolucionaria que lo encarnó.

No fue el desafío de las llamadas organizaciones armadas el que buscó dar cuenta el golpe de marzo de 1976, cuando se encontraban ya severamente golpeadas. El propósito decisivo del golpe fue acabar con la generación activista, que no podía ser contenida ya con los métodos

tradicionales del régimen constitucional. El genocidio se puso en marcha con el aval de todos los representantes del orden establecido y sus "instituciones", que consideraban la eventualidad como un mal menor. El genocidio fue una empresa política, no la obra apenas de degenerados individuales empeñados en demostrar los extremos de maldad de los miembros de nuestra especie. Fue alentado y financiado por todos los representantes del "orden" capitalista, incluyendo por supuesto a sus partidos "tradicionales" de la burguesía nacional que incluso participaron activamente en el proceso: ¿o hay que recordar a los centenares de intendentes radicales y peronistas que militaron en la "gestión" dictatorial, luego del 24 de marzo de 1976?, ¿o a los embajadores de la dictadura, que supieron incluir también a un viejo dirigente del Partido "Socialista"?

Memoria sí, hipocresía no

El verdugo Jorge Rafael Videla declaró en una entrevista desde la cárcel, poco antes de morir en 2013, que Ricardo Balbín le dio apoyo al golpe en febrero de 1976, algo que todo el mundo sabe desde entonces, cuando el prohombre del radicalismo convocó a terminar con la "guerrilla... fabril". ¿O no sabemos, también, que la burocracia sindical "se borró" para que los esbirros uniformados hicieran su trabajo? ¿O que colaboraba en el marcado, el secuestro y el asesinato de los activistas antiburocráticos desde la "democracia" anterior al golpe, en defensa de la "juventud sindical" fascista que buscaba limpiar el país de "zurdos"?

¿Cómo calificar entonces, a la luz de esto último, que el día en que se conoció el veredicto del juicio ABO la calle fuera ocupada por un escenario en el cual la agrupación La Cámpora sumó al festejo de las condenas a los representantes de la "juventud sindical"? Así, el día en que se conocían las doce cadenas perpetuas a la patota del ABO, desde el gobierno se alentó a su manera un acto de "reconciliación nacional" en la línea de una política de impunidad que ha sido una constante de nuestra "democracia", cualquiera sea el lastre que haya tenido que lanzarse en cómodas cuotas y a lo largo de treinta años.

La historia concreta del genocidio es también la historia concreta de la impunidad. No hubo sólo ruptura sino continuidad cuando el golpe; tampoco hubo sólo ruptura sino continuidad luego de que la dictadura se desmoronara como un castillo de naipes a partir de 1982. El orden jurídico "posdictadura" reposó incluso en la continuidad de las normativas y "leyes" del período dictatorial que aún se mantienen vigentes.

¿Es necesario recordar los puntos finales y las obediencias debidas votadas por los mismos que muchos años después las derogarían cuando su vigencia se utilizaba como argumento para poner en marcha juicios de lesa humanidad en el exterior? ¿Es necesario recordar el gatillo fácil y sus centenares de crímenes impunes, la Bonaerense, María Soledad, Miguel Ángel Bru, el soldado Carrasco, Cabezas, Kosteki-Santillán, los chicos asesinados en Bariloche, los compañeros de los pueblos originarios en Formosa, el crimen de Mariano Ferreyra, los asesinatos en Villa Soldati...? Una lista apurada escrita apenas al correr de la pluma.

Para decirlo con el rigor que corresponde: la clase que apoyó el genocidio es la misma que domina bajo los regímenes que la precedieron y la continuaron. En el banquillo de los acusados de los juicios, ¿por qué no están nunca los que financiaron el genocidio, los cómplices, los autores intelectuales? Las patronales que no sólo se beneficiaron con la dictadura sino que fueron partícipes activos de la tarea genocida, abriendo incluso sus instalaciones para el secuestro y el accionar de los grupos de tareas, ¿en qué juicio están acusadas? La cúpula de la Iglesia que patrocinó y bendijo la masacre ¿dónde está?

Hablan las víctimas, calla el poder (impunidad)

La razón por la cual el tribunal que juzgó a la patota de los campos del ABO ni siquiera consideró el delito de genocidio no es difícil de entender. La admisión del genocidio debería contribuir a abrir una investigación sobre el carácter de la matanza sistemática de una generación activista, no concebida apenas como el ejercicio psicopático de los Turcos Julianes. El propio tribunal escuchó testimonios en este sentido sobre la naturaleza social y política del operativo, la colaboración de los aparatos de los partidos "democráticos", la activa e imprescindible intervención de la cúpula clerical, de la dirigencia empresarial capitalista que financió los grupos de tareas, habilitó secuestros y matanzas, de la burocracia sindical. En el veredicto, sin embargo, no se plantea ni reclama ninguna investigación al respecto. ¿Justicia?

No es una limitación del Código Penal la que obliga a que los juicios tengan el formato que acá impugnamos. Finalmente ya en 1985 en el juicio a las Juntas se estableció la existencia de un "plan criminal". ¿Qué impedía la investigación del plan, de sus mentores, de su configuración política, de su naturaleza clasista, de las "instituciones" que permitieron su ejecución? Como dijimos en un principio, en los juicios hablan las

víctimas, calla el poder. Se repite una y otra vez el relato horroroso del martirio, de la vejación, del salvajismo más inimaginable. El Estado "derechohumanista" no aporta archivos (aunque en los juicios siguen la evidencias de que anidan todavía en los socavones del poder). La burguesía y el capital no aparecen con sus personeros implicados en la matanza de miles. Los jefes de la pedofilia, tampoco. El Poder Judicial ni nadie abre "sumarios" contra sus colaboradores en la barbarie genocida... No hubo genocidio, nos dicen; hubo Videlas y Turcos Julianes, cuyas condenas hoy, tres décadas después (!), suman a un puñado de miserables del crimen más innoble, envejecidos y enmerdados por sus propias tropelías. ¿Justicia?

Mientras se sustanciaba el juicio ABO fue divulgado un revelador informe de la Unidad Fiscal de Coordinación y Seguimiento de la Procuración General de la Nación sobre el estado de situación de las causas por violaciones a los derechos humanos consumadas por la dictadura militar. El relevamiento actualiza las cifras de personas juzgadas, condenadas, procesadas y detenidas a octubre de 2010. Los datos hablan por sí solos: sólo 41 condenas están firmes luego de juzgar a 145 personas. De los 464 que están detenidos, 37,5% están en sus domicilios, dada su edad o sus dolencias. Los procesados son casi con exclusividad miembros de las fuerzas armadas o de seguridad: no existen causas contra integrantes del clero o de la "burguesía nacional" que recurrió al establecimiento de la dictadura militar para preservar su dominación social. Además, como es sabido, bajó la cantidad de represores presos por el notable incremento de excarcelaciones dispuestas en los últimos meses por varios tribunales. Punto final. Gatillo fácil, torturas en las comisarías, zonas liberadas, regenteo del delito por el aparato de represión: éste es el balance inapelable de la política de "derechos humanos" de la "democracia". Años después de ese informe, el panorama no ha cambiado.

Homenaje

Los que pueden y deben reivindicar las condenas, la incansable lucha contra la impunidad, la certeza sobre el camino que nos marca el irrealizado "juicio y castigo a los culpables" son los militantes que no se han rendido ni renunciado a la lucha de siempre, los compañeros de las organizaciones de los derechos humanos que han resistido la cooptación y los cantos de sirena del poder, incluso cuando se traviste de progresista. A ellos brindé mi homenaje en la conclusión de mi alegato, herederos de

mis compañeros de cautiverio y de aquella generación que luchaba por una sociedad sin explotadores ni explotados, por abolir el capitalismo y toda forma de opresión. La lucha que no terminó.

Por eso mismo vayan estas líneas y este testimonio para homenajear ahora a Adriana Calvo, que murió días antes de la lectura del veredicto del ABO, y para mi compañero de partido, de la más noble de todas las causas, Mariano Ferreyra, presente.

Bibliografía

- ALBORNOZ, Susana (1998), *O que e o trabalho*, San Pablo, Cortez, 1998.
- ALTAMIRA, Jorge (2011) "Los yanquis en defol", *Prensa Obrera*, N° 1187, Buenos Aires 28 de julio de 2011.
- ANDRÉE, Jean Marie (1966), *L'otium dans la vie morale et intellectuelle des Romains, des origines à l'époque augustéenne*, París, PUF.
- AREA MOREIRA, Manuel (2005), "Nuevas tecnologías, educación a distancia y la mercantilización de la formación", *Revista Iberoamericana de Educación*. Disponible en <http://www.rieoei.org/deloslectores/578Area.PDF>
- ARICÓ, José (2012), *Nueve lecciones de economía y política*, Buenos Aires, El Colegio de México-FCE.
- ASTRADA, Carlos (1999), *Marx y Hegel*, Buenos Aires, El Aleph.
- BACH, Paula (2009) "Apuntes a proposito de Keynes, el marxismo...", *Lucha de Clases*, N° 9, Buenos Aires, junio.
- BATTAGLIA, Felice (1955), "Filosofía del trabajo", *Revista de Derecho Privado*, N° 33, Madrid.
- BIDET, Jacques (1995), "Le travail fait époque", en Jacques Bidet y Jacques Texier, *La crise du travail*, París, PUF.
- BRAILOVSKY, Antonio (1985), *1880-1982 Historia de las crisis argentinas. Un sacrificio inútil*, Buenos Aires, De Belgrano.
- BRAVERMAN, Harry (1987), *Trabajo y capital monopolista*, México, Nuestro Tiempo.
- BRENNER, Robert (2008), "Devastating crisis unfolds", *Against the Current*, N° 132, enero-febrero.
- (2009), *La economía de la turbulencia global*, Madrid, Akal.
- BUNGE, Mario (1993), *Sociología de la ciencia*, Buenos Aires, Siglo Veinte.
- CIPOLLA, Carlo (1968), *La población mundial*, Buenos Aires, Eudeba.
- COGGIOLA, Osvaldo (2001), *Universidade e ciencia na crise global*, San Pablo, Xamá.
- COLLETTI, Lucio (1978), *El marxismo y el "derrumbe" del capitalismo*, México, Siglo XXI.
- DAGNINO, Renato (2011), "Para una nueva política de ciencia y tecnología: con-

- tribuciones a partir de la experiencia brasileña", *Voces*, N° 9. Disponible en <http://www.vocesnelfenix.com>
- ENGELS, Friedrich (2014), *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre y otros textos* (1876), Buenos Aires, Godot.
- FREYSSINET, Michel (1995), "Historicité et centralité du travail", en Jacques Bidet y Jacques Texier, *La crise du travail*, París, PUF.
- GEYMONAT, Ludovico (1984), *El pensamiento científico*, Buenos Aires, Eudeba.
- GOULD, Stephen Jay (1996), "La postura hizo al hombre", *Razón y Revolución*, N° 2, Buenos Aires, primavera.
- GRUPO DE GESTIÓN DE POLÍTICAS DE ESTADO EN CIENCIA Y TECNOLOGÍA (2010), www.grupogestionpoliticas.blogspot.com, noviembre.
- GUEDJ, François y Gérard VINDT (1997), *Le temps de travail, une histoire conflictuelle*, París, La Découverte-Syros.
- HOPENHAYN, Martín (2001), *Repensar el trabajo*, Buenos Aires, Norma.
- KATZ, Claudio (2011), "Etapa final o temprana del imperialismo", mimeo.
- KOHAN, Néstor (2011), "Nuestro Marx". Disponible en <http://www.rebellion.org/docs/98548.pdf>
- LAFARGUE, Paul (2005), *El derecho a la pereza* (1880), en Eduardo Sartelli, *Contra la cultura del trabajo: una crítica marxista del sentido de la vida en la sociedad capitalista*, Buenos Aires, Razón y Revolución.
- LANFANT, Marie Françoise (1978), *Sociología del ocio*, Barcelona, Península.
- LUKÁCS, Georg (1970), *Historia y conciencia de clase* (1923), La Habana, Instituto del Libro.
- MANACORDA, Mario A. (1996), *Marx e a Pedagogia Moderna*, San Pablo, Cortez.
- MANDEL, Ernest (1986), *La formación del pensamiento económico de Karl Marx*, México, Siglo XXI.
- MARX, Karl (1977), *Líneas fundamentales de la crítica de la economía política (Grundrisse)*, Barcelona, Crítica.
- (1997a), *Contribución a la crítica de la economía política* (1859), Buenos Aires, Siglo XXI.
- (1997b), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Barcelona, Debarris.
- (1999), *El capital* (1867), México, Siglo XXI.
- (2004), *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires, Colihue.
- y Friedrich ENGELS (1977), *La Sagrada Familia* (1845), Madrid, Akal.
- MATTICK, Paul (1984), *Marx y Keynes: los límites de la economía mixta*, México, Era.
- MÉDA, Dominique (1995), *El trabajo, un valor en peligro de extinción*, Barcelona, Gedisa.
- MÉSZÁROS, István (1970), *La teoría de la enajenación en Marx*, México, Era.
- MOLLIS, Marcela (2005), "Un breve diagnóstico de las universidades argentinas: identidades alteradas", mimeo.
- NAREDO, José Manuel (1987), *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico*, Madrid, Siglo XXI.

- NAVILLE, Pierre (1957), *De l'aliénation à la jouissance*, París, Librairie Marcel Rivière.
- y George FRIEDMANN (1958), *Sociología del trabajo*, México, FCE.
- PALACEK, Mike (2010), "Capitalismo versus ciencia". Disponible en www.marxists.com, consulta: 22 de septiembre de 2010.
- PANNEKOEK, Anton, Karl KORSCH y Paul MATTICK (1978), *¿Derrumbe del capitalismo o sujeto revolucionario?*, México, Siglo XXI.
- PERLMAN, Fredy (1974), "Introducción", en Isaak Illich Rubin, *Ensayos sobre la teoría marxista del valor*, Buenos Aires, Pasado y Presente.
- PETRAS, James (2011), "El imperio pierde a un publicista: epitafio de un ideólogo". Disponible en www.rebellion.org.
- PIQUERAS, Andrés (2011), "Algunos criterios para calibrar la decadencia del sistema capitalista", *Observatorio de la crisis*, mayo. Disponible en www.observatoriodelacrisis.org
- RAMA, Claudio (2005), "Ética y educación superior en el contexto de la mercantilización". Disponible en www.iadb.org/ética
- RAPOPORT, Mario y Noemí BRENTA (2010), *Las grandes crisis del capitalismo contemporáneo*, Buenos Aires, Capital Intelectual.
- RATH, Christian y Pablo RIEZNIK (2012), "Un desafío histórico para la izquierda revolucionaria", *En Defensa del Marxismo*, N° 40, Buenos Aires, septiembre.
- RIEZNIK, Marina (2005) "La objetividad en la ciencia", en Pablo Rieznik, *El mundo no empezó en el 4004 antes de Cristo. Marx, Darwin y la ciencia moderna*, Buenos Aires, Biblos.
- RIEZNIK, Pablo (1998), "La dictadura del proletariado como un acto de cordura (y una referencia al amor)", *En Defensa del Marxismo*, N° 24, Buenos Aires, abril.
- (2000), *Marxismo y sociedad*, Buenos Aires, Eudeba.
- (2007a), "En defensa del catastrofismo", v Coloquio Internacional Marx y Engels organizado por el Centro Marx en el Instituto de Filosofía y Ciencias Humanas de la Universidad de Campinas, San Paulo.
- (2007b), *La formas del trabajo y la historia*, Buenos Aires, Biblos.
- (2010), "Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial", *En Defensa del Marxismo*, N° 37, Buenos Aires, abril.
- RODRIGUES DIAS, Marco Antonio (2002), "Educação superior: bem público ou serviço comercial regulamentado pela OMC?", en *Universidade, um lugar fora do poder*, Rio Grande do Sul, UFRGS Editora, 2002.
- ROSDOLSKY, Roman (1978), *Génesis y estructura de El capital de Marx*, México, Siglo XXI.
- RUBIN, Isaak Illich (1974), *Ensayos sobre la teoría marxista del valor* (1928), Buenos Aires, Pasado y Presente.
- RUSH, Alan (1998), "Ciencia y capitalismo posmoderno", *Herramienta*, N° 8, Buenos Aires.
- SCHWARTZ, Gilson (1987), *Keynes*, São Paulo, Brasiliense.
- SCHWARTZ, Ives (1995), "Circulations, dramatiques, efficacités de la activité industrielle", en Jacques Bidet y Jacques Texier, *La crise du travail*, París, PUF.

- STROOBANTS, Marcelle (1993), *Sociologie du travail*, París, Nathan.
- TIMPANARO, Sebastiano (1973), *Praxis, materialismo y estructuralismo*, Barcelona, Fontanella.
- TROTSKY, León (1921), "Una escuela de estrategia revolucionaria". Disponible en <https://www.marxists.org/espanol/trotsky/eis/1921-escuela-rev.pdf>
- VEBLEN, Thorstein (1966), *Teoría de la clase ociosa*, México, FCE.

